

ANDRÉS GONZÁLEZ-BARBA

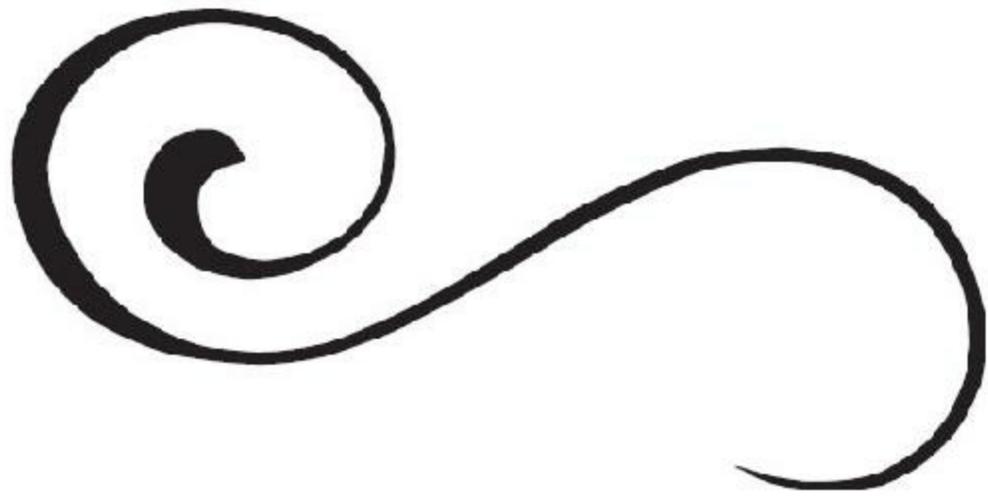
EL ÚLTIMO TREN DE LA ESTACIÓN DEL NORTE



PUNTO ROJO
LIBROS

Carlos Agudo es un detective privado especializado en resolver casos de poca monta hasta que un día recibe un extraño encargo, buscar un antiguo códice medieval que se creía perdido, el «Libro de las almas». Mientras tanto, Arturo Enigma, un escritor que antaño tuvo mucho éxito con un best seller, es requerido por un estrafalario personaje para escribir la historia más inquietante que jamás le haya llegado a sus manos. Ambos aceptarán estas pruebas del destino para intentar escapar de la anodina existencia en la que se encuentran, pero al mismo tiempo se introducirán, sin pretenderlo, en una peligrosa espiral que tendrá unas consecuencias poco esperadas para ellos. Misterio y terror se mezclan por iguales dosis en esta novela que no dejará indiferente a nadie.

EL ÚLTIMO TREN DE LA ESTACIÓN DEL NORTE



El último tren de la estación del norte

Andrés González-Barba

Editado por: PUNTO ROJO LIBROS, S.L. Cuesta del Rosario, 8 Sevilla
41004 España

902.918.997 info@punterojolibros.com

Impreso en España ISBN: 978-84-16439-88-1

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros © 2015 Andrés
González-Barba © 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copy-right, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

A mis padres, porque todo se lo debo a ellos

Uno



Era una de esas mañanas tristes de otoño de las que se caen del almanaque para acabar esfumándose por el horizonte, engañadas con la vana esperanza de que un nuevo día soleado fuera a borrar todas sus penurias de la memoria del tiempo. El cielo estaba encapotado y no daba ninguna tregua desde hacía casi una semana; una persistente lluvia parecía reírse de los transeúntes que pululaban por las calles de un lado hacia otro intentando sobrevivir a la crueldad de un frío que no terminaba nunca de desaparecer. Quizás por todo ello la ciudad se asemejaba a un inmenso teatro en donde los deseos de sus habitantes se habían perdido por cualquier acera o esquina.

Tal vez fuera mediados de octubre, aunque eso parecía importarle poco a los barrenderos que se afanaban en eliminar pacientemente, con sus largos cepillos, todas las hojas que se acumulaban extraviadas por el suelo. También ellos habían soñado en alguna ocasión con un futuro mejor para terminar claudicando mientras hundían sus rostros en el frío y enfermo pavimento que reflejaba cada mañana todas las miserias del ser humano. Uno de ellos maldijo incluso al hijo de perra que la noche anterior había vomitado todos sus tormentos sobre el acerado.

En esa sinfonía caótica varios padres trataban de correr en vano intentando llegar al colegio a la hora adecuada a la vez que sus hijos aún devoraban por el camino los restos del desayuno. Siempre era la misma rutina diaria, de lunes a viernes, como un martillo que aplastaba las mentes de esos progenitores, los cuales también se veían atrapados en una red de frustraciones

y esperanzas rotas, de ilusiones vaporosas que ya nunca llegarían a cumplirse.

Así amanecía cada mañana en la ciudad de los Austrias, aquella nueva Babel del siglo XXI que respiraba el pulso diario de la vida y que llegaba con lo justo hasta el día siguiente. Contagiado por ese pesimismo endogámico se mostraba Carlos Agudo, un detective de segunda división que hasta la fecha nunca había alcanzado su gran oportunidad. Tal vez rondara la cuarentena, aunque por su aspecto parecía algo más avejentado. Era un hombre corpulento, de un metro ochenta y cinco por lo menos y de cara algo cuadrada; de sus hombros tan anchos como un armario colgaban dos brazos lánguida-mente. Poseía unos cabellos ensortijados, de un tono castaño oscuro, a juego con el color de unos ojos que en el pasado habían brillado más pero que ahora se apagaban entre las ascuas del desengaño y la desidia. En su frente se estampaba un mapa de incertidumbres, como si hubiese perdido el rumbo y ya no pudiera volver a encontrar de nuevo su camino.

Ese era Agudo, un tipo de lo más vulgar; un personaje más de los miles que durante aquella mañana transitaban por las calles más céntricas de Madrid. A lo mejor su larga gabardina de un tono marrón claro le daba un cierto toque de elegancia, pero sus torpes andares impedían cualquier juicio positivo sobre su persona. Ese era Agudo, un ser al que le abominaban los fracasos del pasado y que estaba embargado por una amargura interna que le corroía hasta el tuétano de sus instintos más primarios. Pocas personas podían ser más negativas que este sabueso de tres cuartos que daba la impresión de haber perdido todos los trenes que le había ofrecido la vida. Por eso su existencia se centraba en investigar casos de poca monta: pequeños espionajes de empresas, infidelidades conyugales, fraudes en las matrículas escolares, impagos bancarios y un triste etcétera que no merece la pena enumerar en esta narración.

Agudo caminaba sin sentido a lo largo de la Gran Vía. Al mismo tiempo que los carteles de los últimos estrenos lo vigilaban, éste no parecía fijarse en nada que tuviera que ver con el mundo de la farándula. Tan sólo se preocupaba por rebuscar en el ojal de su gabardina otra cajetilla de esos apestosos cigarrillos de tabaco negro a los que se había visto obligado a fumar tras las últimas pagas miserables recibidas. Las cosas no le podían ir peor. No obstante era consciente de que a mediados de mes tendría que abonar una

nueva factura de la luz de su oficina, y eso sí que era un golpe bajo directamente dirigido hacia el estómago de su precaria economía.

De todas formas trataba de no pensar demasiado en esas cosas, pues de lo contrario se hubiera hundido en un marasmo existencial de imposible salida. Siempre que tenía algún problema optaba por ver el vaso medio vacío; eso formaba parte de su ADN vital y no podía evitarlo.

Mientras deambulaba por una calle perpendicular a la Gran Vía, notó como una fina lluvia lo estaba empapando cada vez más. Encima se le había olvidado su paraguas en el despacho. Y es que había salido tan rápido hacia el estanco que ni siquiera tuvo la decencia de fijarse en el tiempo que hacía en la calle. Menudo detective; si no era capaz de vigilar la meteorología, entonces sería complicado que se desarrollara por la ciudad persiguiendo a cualquier sospechoso. Pero en el fondo al sabueso le importaba un bledo que los bucles de sus cabellos estuvieran chorreando. Lo único que parecía congratularle era observar a los viandantes correr de un sitio para otro de la calzada en el mismo momento que se intoxicaba bajo el fétido humo de aquel tabaco barato que tenía pegado a sus labios.

Arrugando el ceño siguió su camino hasta que por fin, después de recorrer un par de callejuelas, llegó al bloque en el que se encontraba su oficina. Se deslizó hacia el ascensor. Era un habitáculo ridículo, de apenas algo más de metro y medio cuadrado, y todo por la tacañería de la comunidad de propietarios, que habían decidido colocar el elevador más pequeño y barato que hubiera en el mercado, amparándose en el argumento de que el hueco del patio era ínfimo.

Por desgracia, el bajo salario de Agudo no había podido llevarlo hacia otro inmueble más digno, así que tuvo que conformarse con alquilar una oficina de mala muerte en un tercer piso, puerta derecha.

Una vez que hubo salido del ascensor, introdujo la llave en la puerta de su despacho. Los goznes volvieron a protestar con el chillido habitual. Muchas veces había jurado engrasar aquellas viejas bisagras, pero al final incumplía sus promesas y no ponía remedio al problema. ¿Para qué hacer hoy lo que puedas terminar mañana?, se repetía en su mente una y mil veces.

Al fin entró en su oficina después de pensárselo mucho. En el fondo le tenía miedo a la rutina; por eso trataba de escabullirse de aquella sensación de

pavor que le producían esas eternas horas en blanco en espera de la más mínima oportunidad. Además, sabía que no estaba en condiciones de rechazar nada que se le pusiera a tiro, dado su estado económico.

Dio unos pasos por aquella moqueta verdosa y sintió las motas de polvo danzando a sus anchas. Era alérgico a los ácaros, de modo que estornudó en un par de ocasiones. Estaba tan tieso que ni siquiera podía permitirse el lujo de contar con una asistente del hogar que al menos le hiciera una limpieza semanal. Más bajo no podía caer.

Una vez hubo comprobado que todo estaba en orden, Agudo se sentó en una silla giratoria de color negro, de aquellas que se pueden adquirir a bajo precio en Ikea. Enfrente tenía la pantalla de su ordenador. Cuando movió el ratón apareció aquella imagen evocadora que siempre tenía como fondo de escritorio; se trataba de una fotografía paradisíaca de los Mares del Sur, concretamente de la isla de Samoa. Se quedó hipnotizado al contemplarla durante unos segundos, ya que en cierto modo era capaz de sentir la brisa y el sol de aquel lugar que por desgracia se encontraba a miles de kilómetros de una ciudad tan desapacible en esa época del año como era Madrid. Deseó haber tenido dinero para coger un avión e irse a la aventura, como hizo en su momento Robert Louis Stevenson; sin embargo, las cosas no eran tan fáciles como parecían.

Pronto abandonó ese sueño imposible y comenzó a consultar algunos documentos de casos aún pendientes. Como era de esperar, eran pura basura, nada que pudiera poseer valor para un detective como él que aún estaba a tiempo de lograr un cierto prestigio, o al menos esa fue la meta que se propuso al inicio de su carrera. Ahora parecía que todo le daba igual, moviéndose por una inercia acomodaticia amparada en una existencia demasiado abúlica.

A la vez que revisaba esos papeles, la lluvia golpeaba el cristal de su despacho. Entonces Agudo se dio cuenta de que la ventana estaba entreabierta y que el agua empezaba a colarse por la habitación. «Lo que faltaba —se maldijo—, que la dichosa pintura de la pared se termine de estropear y que tenga que reparar las manchas de humedad».

Cuando terminó de cerrar la ventana, volvió a sentarse en el asiento giratorio y apoyó sus brazos en una mesa de escritorio que era de lo más vulgar, probablemente fabricada con algún tipo de aglomerado industrial que

no daba muchas garantías de perdurar en un futuro. Entonces volvió a caer en el efecto hipnótico del fondo de pantalla de su ordenador pero, sin saber por qué razón, bajó levemente su mirada hacia un punto muy concreto de la mesa. Era el rincón izquierdo, en donde tenía colocado su teléfono. Mientras lo contemplaba con aparente desidia, comprobó cómo se encendía el pilotito rojo que avisaba de la llegada de una llamada. En ese momento comenzó a sonar aquel tono tan estridente que frecuentemente le ponía de los nervios cuando sobre todo se hallaba inmerso en una jornada de duro trabajo.

—Agudo al habla —expresó con el mínimo de atención y con no menos desgana.

Al otro lado del hilo telefónico se oyó, después de un breve silencio, una respiración un poco entrecortada. Fueron apenas unos segundos imperceptibles, el tiempo suficiente como para que el detective se diera cuenta de que estaba en comunicación con una persona de cierta edad. Menos mal que ahí su sentido de la intuición no le había fallado.

—Buenos días, señor Agudo, mi nombre es Jorge Sempere. No nos conocemos de nada, pero no sabe lo que me alegra contactar con usted.

—Está bien, Sempere, dígame qué es lo que quiere y no se ande con demasiados rodeos porque estoy muy atareado —protestó el investigador tirándose un farol, ya que apenas unos minutos antes había bajado al estanco a comprar su horrible tabaco para intentar matar el aburrimiento.

—De acuerdo, no se ponga tan nervioso. Verá, le llamo porque tengo un caso muy interesante para usted, pero como comprenderá no podemos hablar de esto por teléfono, sería demasiado vulgar. Es algo que creo que le gustará estudiar, así que desearía que nos viéramos esta misma tarde.

—No sé, no tengo nada en contra lo que me propone pero ya le he dicho que estoy muy ocupado, aunque por otra parte sería muy descortés rechazar la invitación de una persona que ha llamado a mi oficina, ¿no cree?

—Así me gusta, Agudo. Veo que ya nos vamos entendiendo mucho mejor. Parece usted un tipo razonable, por eso creo que podremos llegar a un acuerdo.

—Sempere, no puedo seguir con esto si no desembucha pronto. Tengo una reputación y me fastidia andar a ciegas. A menos que me diga algo más de lo que se trae entre manos, le juro que tendré el culo pegado a mi asiento todo el

día sin moverme de aquí.

—Me decepcionaría mucho si rechazara mi oferta. No sabe lo generoso que puedo llegar a ser.

—¿De cuánto dinero estamos hablando, Sempere?

—De muchísimos euros, más de los que se puede imaginar. De todas formas, si no está interesado en el caso que quería proponerle, siempre puedo llamar a otras personas. Debe haber por ahí algún detective que esté dispuesto a resolver este affaire y, créame, me daría mucha pena si al final no fuera usted.

Ahora era Agudo el que se mantuvo en silencio durante unos segundos. Se sentía igual que un boxeador noqueado que estuviese aprisionado contra las cuerdas del cuadrilátero a punto de besar la lona.

—Muy bien, señor Sempere. Es usted una persona demasiado persuasiva. ¿Dónde quiere que quedemos?

—Vaya, eso sí que me va gustando mucho más, mi joven sabueso. Pero si al final vamos a ser dos grandes amigos y todo —ironizó el viejo—. Verá, trabajo en un anticuario en la calle Toledo. Ya sabe, al lado de la Plaza Mayor. A lo mejor puede que hasta lo conozca.

—Sí, he pasado muchas veces por ahí. ¿Cuándo podemos vernos? —contestó el detective algo impaciente.

—Cerramos a las ocho y media, de modo que podría pasarse sobre esa hora para charlar más tranquilos. ¿Qué le parece, Agudo?

—Bien, de momento no tengo otros planes mejores. Procuraré ser puntual.

—Hasta la tarde, pues —respondió un Sempere muy crecido por el triunfo alcanzado ante su oponente.

El investigador privado colgó su teléfono y calculó que la conversación que había mantenido con el viejo no pudo haber durado más de un par de minutos; a pesar de lo cual, y sin saber por qué extraña circunstancia, le dio la sensación de que hubieran estado hablando mucho más tiempo. Presentía que estaba cociéndose algo importante, sobre todo a tenor de la oferta tan generosa que el anticuario deseaba desplegar sobre el tapete de la mesa.

Además, el detective se dio cuenta de que la oferta podía resultar una tabla de salvación para su maltrecha economía.

Sin más demora siguió trabajando con los documentos que tenía apilados

sobre la mesa. Quería arañar todo el tiempo posible para concentrar sus energías en el nuevo desafío que se le había puesto a tiro.

Dos



Agudo se introdujo por las calles del Madrid antiguo intentando sortear a todas las personas que se chocaban con su figura corpulenta. Iba ataviado con su gabardina habitual que para él era como una segunda piel, y afortunadamente esta vez sí llevaba el paraguas consigo. A pesar de todo, por la tarde no llovió, con lo cual se pudo transitar un poco mejor por las aceras. Como los comercios estaban a punto de cerrar, había mucho ajeteo por toda la zona. Los turistas se dirigían sumisos y en varios grupos hacia la Plaza Mayor, en donde el ambiente era muy animado.

El detective estaba tan embebido en sus pensamientos que apenas reparó en los puestos y en las tiendas de la plaza. Se llegó a preguntar varias veces el motivo de la llamada de Sempere aquella mañana a su oficina para proponerle un nuevo caso. Después de no llegar a ninguna conclusión, imaginó que por fin había tenido un golpe de suerte; menos mal, ya que su trayectoria de los últimos meses había resultado de lo más patética, pudiendo resolver sólo algunas bagatelas.

Entonces pasó por una de las puertas laterales de la plaza y comenzó a bajar por una calle empedrada. Debía tener cuidado, ya que el pavimento aún estaba húmedo y podía resbalar y caerse al suelo. Era lo que le hubiera faltado, no poder acudir a la cita por culpa de un accidente.

Llegó por fin a la calle Toledo y se aproximó a la Taberna la Percha, que se encontraba muy cerca del anticuario. Esperó a que fuera la hora prevista y se asomó al escaparate de la tienda. Entre un abigarrado surtido de jarrones

chinos y otros objetos de similar ralea, distinguió la figura de un hombre de una envergadura mediana y de unos ochenta años de edad, con el pelo canoso y una perilla del mismo tono. Poseía una cara ancha y un color de tez sonrosada; sus ojos eran pequeños y curiosos, como los de un hurón, mientras que su nariz se mostraba rechoncha y abultada. No mediría más de un metro sesenta y cinco, siendo muy generoso. Vestía, además, un traje de chaqueta de color marrón oscuro y, sobre la garganta, asomaba un fular que le rodeaba el cuello estrangulándolo como una boa constrictor. Sin lugar a dudas tenía que tratarse de Jorge Sempere.

Agudo entró en aquella especie de santuario sin saber muy bien qué era lo que iba a sacar de allí.

—Buenas tardes, señor Agudo. Me alegra conocerlo en persona — admitió el anticuario alargándole una gruesa mano al sabueso.

—Usted dirá qué es lo que quiere de mí —gruñó éste con la típica parquedad de palabras que le caracterizaba.

—Todo a su tiempo, pero por favor, no se quede ahí porque el día tampoco está demasiado apacible que digamos. Pasemos a mi despacho ya que ahí estaremos más tranquilos.

El detective siguió la invitación de aquel hombre algo estafalario y, tras andar unos metros, se dio cuenta de que la tienda era una maravilla. Por supuesto nunca había mostrado el menor interés por el arte, pero intuía que allí podía haber miles de euros repartidos entre esas antiguas esculturas, cuadros y objetos de mobiliario. Algunas pinturas tenían mejor aspecto incluso que las de muchos museos, pero él no solía frecuentar por supuesto el Prado ni tampoco se le esperaba por el Reina Sofía o el Thyssen.

—Veo que le gustan las antiguallas —declaró Agudo como único piropo ante todo lo que veía.

—Claro que sí, Agudo. Las antigüedades han sido mi pasión desde que era un niño. Si le soy sincero, cuando mi madre me llevaba a casa de mis abuelos, siempre me interesaba más por todas las obras de arte que tenían allí que por el estado de salud de ellos. De toda la vida he sido un devoto hacia todo lo que tuviera que ver con el pasado, así que no es extraño que mi obsesión fuera abrir un anticuario.

—A eso le llamo yo tener las cosas claras —apostilló su invitado.

Al mismo tiempo que el anciano le hacía un ademán con su mano para que lo siguiera, le dijo a la empleada que había junto al mostrador:

—Dolores, ya puede cerrar la tienda cuando quiera. No se preocupe, pues mi amigo y yo nos quedaremos charlando un buen rato en mi despacho, así que ya nos veremos mañana.

—Como usted diga, señor Sempere —respondió la subalterna casi con devoción—. Hasta mañana.

Después de haber recogido sus cosas, la muchacha de cabellos morenos y rostro ensoñador se marchó de allí, no sin antes asegurarse de que había cerrado correctamente por fuera la puerta con su llave.

—Dolores es una chica encantadora. Lleva trabajando conmigo unos años y se ha convertido en una persona de absoluta confianza.

—Ya, pero no creo, Sempere, que me haya hecho venir hasta aquí para hablarme de las bondades de su empleada —le cortó el detective de una forma impertinente y algo despiadada.

—Agudo, sabe usted ir al grano cuando le interesa. De acuerdo, nos atendremos a las reglas del juego tal y como habíamos pactado por teléfono. Venga conmigo a mi despacho.

Los dos caminaron, no sin cierta dificultad, entre aquellas valiosas reliquias que se hallaban desperdigadas por esa especie de antiguo bazar persa, de esos que salían en los cuentos de «Las mil y una noches». A medida que el anticuario observaba el creciente interés que Agudo manifestaba por sus cachivaches, cada vez se sentía más dueño de la situación. Sabía que tenía en la mano a su adversario y que, aunque el detective mostrara por fuera una actitud tan altanera, en el fondo se hallaba impresionado por lo que ofrecía en su tienda.

Una vez pasaron al fondo de aquella amplia habitación, Sempere abrió una puerta que los condujo a su despacho. Era un sitio algo angosto y, como cabía esperar, estaba atestado por mil objetos de arte. Al igual que en el resto del local, la atmósfera de aquella sala se hallaba algo enrarecida. Después de encender la luz, el anticuario se precipitó a apagar la de la gran estancia que habían abandonado hacía tan sólo unos segundos atrás.

—Como comprenderá, no me puedo permitir el lujo de gastar tanta electricidad porque todo se está poniendo carísimo. Si el Gobierno nos sigue

subiendo los impuestos y nos aprieta más las clavijas, no sé adónde vamos a ir a parar.

Agudo no entendía que la misma persona que era capaz de gastarse miles de euros en adquirir una vieja obra de arte, y que incluso le había hablado de ofrecerle una buena suma de dinero después de la conversación telefónica que habían mantenido por la mañana, fuera a la vez tan tacaña que no se pudiera permitir ni siquiera el lujo de dejar un rato la luz encendida de la otra habitación.

—Siéntese aquí —le espetó el anciano en un tono de orden.

El detective obedeció y comprobó que el sillón que le había ofrecido el anticuario era mucho más cómodo que el de su oficina. Asimismo, advirtió que en su mesa de escritorio Sempere tenía un conjunto de pequeñas estatuillas de diferentes épocas. Su mirada se detuvo en una que le causó cierta impresión porque se trataba de la figura de un ser que tenía un aspecto maligno, diríase casi diabólico, algo que lo desconcertó sin lugar a dudas. No pudo evitarlo y se quedó mirándola durante unos segundos.

Cuando los dos estuvieron ya sentados uno enfrente del otro, Sempere volvió a tomar la palabra y prosiguió con su discurso:

—Me imagino que estará preguntándose por qué motivo he contactado con usted. Debo darle alguna explicación, ¿no cree?

—Sería lo más lógico —barruntó Agudo sin dejar de ocultar cierta perplejidad en sus palabras después de escuchar los comentarios del viejo.

—Mire, mi joven e incrédulo detective, aquí está el origen de mis pesares. ¿Qué le parece?

Mientras decía esto, desplegó una especie de pergamino impregnado con una tez amarillenta que había sufrido el desgaste producido por el paso del tiempo. Aquel documento mostraba una ilustración de la época medieval perteneciente a algún códice desaparecido en donde se observaba a un monje con un libro abierto entre sus manos.

—¿Qué opina, Agudo? ¿A que nunca en su vida había visto algo similar? No me negará que se trata de una preciosidad.

El investigador respondió con un gesto de desconocimiento total y se encogió de hombros.

—No sé qué decirle, Sempere. Para mí no deja de ser un bonito dibujo,

nada más. Ya le he dicho que no soy ningún experto en arte. ¿Cómo se lo puedo meter en la cabeza? —protestó con un tono de desesperación profundo.

—Está bien, hombre. No se altere tanto. Verá, este documento pertenece al viejo «Codex Hispanorum», de finales del siglo XII o principios del siglo XIII, aproximadamente. Como puede observar, en esta miniatura el monje sostiene algo. Se trata del «Libro de las almas», una reliquia que le encantaría a cualquier bibliófilo. Algunos estudiosos consideran que puede ser de mediados del siglo X incluso, aunque no se han puesto nunca de acuerdo sobre esta última cuestión. Durante todo este tiempo muchas personas han ido en su búsqueda y desde hace años no se sabe nada de él.

—Perdone, Sempere, pero creo que se ha equivocado de persona. Tendría que haber contratado a Indiana Jones, ¿no le jode? Soy un investigador serio que va detrás de casos atractivos, ya sabe, maridos infieles, espionaje empresarial u otras muchas lindezas de ese estilo. No me considero ni arqueólogo ni cazatesoros, ¿me entiende?

—Ja, ja, ja —sonrió Sempere—. Me encanta su sentido del humor. Es un placer trabajar con personas así, pero no nos desviemos del asunto, Agudo, ya que hay muchas más cosas de las que hablar. Pues bien, resulta que este libro, después de haber dado miles de vueltas por muchos países, recaló en mi familia hace un siglo. Ya le he hablado antes de que mis abuelos maternos eran muy buenos coleccionistas. En su casa vi por primera vez este ejemplar. Aún lo puedo recordar como si fuera hoy mismo; era de grandes dimensiones, con pastas duras forradas en piel negra y unas estampaciones doradas en su portada formando unas figuras geométricas. Es lo más maravilloso que he visto nunca y le puedo asegurar que daría todo lo que tengo en mi tienda por ese tesoro —manifestó con unos ojos llenos de codicia.

—Vamos por partes, amigo. Me ha dicho que el libro pertenecía a su familia. ¿Por qué motivo se iban a deshacer de esa obra tan valiosa?

—Eso tiene una respuesta fácil. Al comenzar la Guerra Civil yo tenía seis años. Recuerdo que cuando era inminente la entrada de las tropas franquistas en Madrid, en marzo de 1939, mis padres y mis abuelos tuvieron que precipitar su huida hacia el puerto de Alicante para salir del país. En ese momento de angustia, y a pesar de los esfuerzos de mis progenitores, fue cuando el libro se perdió y no volvió a saberse nada del mismo. Este suceso

significó una gran zozobra para mi familia, por eso desde entonces consagré mi vida para hacerme de nuevo con algo que nos pertenecía por derecho.

—No entiendo muy bien, señor Sempere —señaló Agudo algo cohibido después de haber escuchado el relato conmovedor del viejo—. Usted dice que desde hace más de setenta años no ha vuelto a ver ese códice. Si lleva todo ese tiempo buscándolo y no lo ha encontrado, ¿cómo espera que yo dé con él? Es como tratar de hallar una aguja en un pajar. Tendría que estar otros setenta años detrás de su pista, y no le puedo asegurar que mi vida sea tan longeva.

Una vez que el sabueso hubo lanzado estas últimas e inoportunas palabras, en la habitación se hizo un silencio más propio de la cripta de una iglesia. El coleccionista cerró sus ojos con una expresión de dolor mezclada con cierto abatimiento y decepción. Al verlo el investigador no supo cómo reaccionar. Era un tipo tan sincero que sus comentarios podían herir a cualquiera, y con el anciano lo había conseguido a la primera.

—Perdóneme, Sempere, no quería ser impertinente. Tiene que comprender que todo este asunto del libro me ha cogido por sorpresa.

—Es normal, no se preocupe. Me hago cargo de la situación —aclaró el viejo intentando recuperar la calma—. Lo que pasa es que no se da cuenta de lo importante que es todo esto para mí. Les debo mucho a mis familiares por todo lo que sufrieron, por eso estoy tan obsesionado con ese manuscrito. Además, según me han dicho algunos confidentes, hay noticias de que alguien en Madrid podría tenerlo. ¿No le resulta maravilloso? —observó aquel ser con un cierto aire maligno en sus ojos.

—Estupendo. Si estamos hablando de Madrid, entonces el terreno sería mucho más acotado.

—Por supuesto que sí, querido sabueso. La persona que posea el códice tiene que estar respirando bajo el mismo cielo que nosotros ahora mismo.

—Eso está muy bien, Sempere, pero si algún día diera con ese individuo, ¿qué le digo?, ¿que me dé su precioso libro medieval porque hay un coleccionista que lo quiere?

—Me da igual si lo tiene que robar. Yo mataría por un códice tan valioso. El «Libro de las almas» pertenece por derecho a mi familia desde hace un siglo y ahora tengo que recuperarlo como sea, por lo civil o por lo criminal. Además, en cuanto a los emolumentos que usted recibirá, no se preocupe, pues

ya le dije esta mañana por teléfono que le iba a hacer una oferta muy succulenta.

—Soy todo oídos —sentenció el joven mientras le entraban ganas de frotarse las manos.

—Le avanzaré 3.000 euros para cubrir todos los gastos que tenga en las próximas semanas, y si al final su labor resulta exitosa, entonces le daré otros 9.000 euros más. ¿A que es una propuesta muy tentadora que no puede rechazar? —le planteó el coleccionista a la par que le extendía un pequeño sobre abultado en donde debía estar su primera paga por adelantado.

—¿Se da usted cuenta de la oferta tan desmesurada que me ha hecho? — le preguntó el detective con los ojos desorbitados.

—Soy totalmente consciente de eso, Agudo, pero le juro que no me voy a volver atrás.

—Si es así, le debo dar las gracias por su generosidad —le contestó el detective guardándose el sobre en un bolsillo del pantalón—. ¿Por dónde quiere que comience?

—Por donde le dé la gana, pero ponga toda la ciudad patas arribas si hace falta. Quiero tener resultados cuanto antes, así que estaré permanentemente en contacto con usted.

—No se preocupe, Sempere. Sé buscarme bien la vida y le aseguro que tendrá resultados pronto. Confíe en mí. Ha dado con la persona adecuada para encontrar el libro.

—No lo pongo en duda, Agudo, pero sea discreto ya que no me gustaría que la policía estuviera al corriente de este asunto. Cualquier cosa que nos desvíe de nuestros planes podría producir unas consecuencias terribles.

—Si es por la discreción cuente con mi silencio. No voy por ahí aireando con la pasma los casos en los que estoy trabajando.

—Muy bien, Agudo. Entonces ya podemos dar por finalizada nuestra primera reunión.

Tras haber dicho esto Sempere, le volvió a estrechar la mano con fuerza al detective y, una vez recorrieron todo el anticuario en un camino a la inversa, lo condujo hasta la puerta de salida.

—En fin, que tenga mucha suerte, joven.

—Gracias, creo que la necesitaré. Por cierto, antes de irme querría preguntarle una última cosa —le interrumpió el investigador con algo de

misterio.

—Dígame.

—¿Por qué ese nombre de «Libro de las almas»?

—Magnífica pregunta. Eso es así porque en el códice se incluyen unas oraciones para que el piadoso pudiera purificar su alma, preparando de esa forma su camino hacia la salvación eterna. En mi caso no he sido nunca un santo ni espero ahora expiar mis pecados más graves, pero comprenderá que a mi edad todo aquello que tenga que ver con la salvación del alma es algo a tener en cuenta.

—Esa respuesta suya me suena a cuento chino, pero como es usted el que paga, me limitaré a actuar con la boca callada. De todas formas quiero que sepa que yo tampoco me considero excesivamente religioso. Bueno, no lo voy a molestar más. Ya recibirá noticias mías. Hasta pronto, Sempere.

Al marcharse de aquel lugar, el detective rumió en su mente toda la conversación que había mantenido con el anticuario. En lo más profundo de su cerebro había una batalla de pensamientos enfrentados. Debía hallar un viejo códice medieval que aquel ser tan estafalario le había encargado buscar. No obstante, lo más importante de todo es que cuando se palpó de nuevo el bolsillo del pantalón sintió el tacto de los 3.000 euros. La suerte volvía a sonreírle después de mucho tiempo.

Tres



Arturo Enigma se encontraba tirado en la cama de su habitación. Había trasnochado y al final se acostó a las cuatro y media de la madrugada, por eso al principio no pudo escuchar el sonido de su teléfono. Tenía treinta y cinco años. Se trataba de una persona muy atractiva, con unos ojos azules grisáceos, pese a que en ese momento los tuviera cerrados por sus párpados. Su cara era alargada, con una boca bien perfilada donde se dibujaban unos labios finos y algo rosáceos, como los de un niño. Su cuerpo, bañado con una piel blanca y tersa, se apoyaba sobre el colchón, mientras que unos cabellos de color castaño claro y de textura lacia le caían desordenados en varios mechones por su rostro. Todo ello le confería un aspecto cercano al de un adolescente.

Nuevamente sonó el teléfono. Eran las doce de la mañana, pero Arturo pensó que podrían ser las nueve o las diez como máximo. Después de pensárselo dos veces, se precipitó hacia el saloncito de su apartamento y cogió el inalámbrico. En el instante en que se desperezaba y bostezaba pudo decir:

—Buenos días. ¿Dígame?

—Arturo, ¿eres tú?

—Claro que sí, Javier. ¿Quién iba ser si no? Mira que la preguntita que me haces es menuda.

Javier Tamargo era el agente literario de Arturo Enigma. Se conocían desde hacía muchos años.

—Tengo que hablar contigo seriamente.

—Dime, Javier. Me estás empezando a asustar con ese tono tan lúgubre de voz.

—Te llamo porque me ha salido otro trabajo y quería que tú fueras el primero en saber que no vamos a poder seguir juntos a partir de ahora.

—Joder, ¿y me dices esto por teléfono? ¿Qué pasa con lo que hemos hablado en estas últimas semanas? ¿Es que ya no te interesa la historia de mi nueva novela?

—No te pongas así, Arturo. Ya sabes cómo se mueve el mundo literario. Hoy estás aquí y mañana, allí. Para mí esto también es muy duro; no creas que actúo de esta forma sin haberlo meditado mucho antes. Hemos colaborado juntos durante mucho tiempo, pero ahora creo que es el momento de que cada uno de nosotros siga por su propio camino. Es ley de vida.

—¿De quién se trata?, ¿de esa sabandija de Daniel Matienzos? Sé que estaba detrás de ti desde hacía tiempo. Sus novelas han empezado a venderse como rosquillas mientras que las dos últimas mías han bajado mucho. ¿Es que no tengo derecho a pasar por un bache?

—Por favor, Arturo, no compliques más las cosas de lo que están ya. Tengo mujer e hijos y debo velar por mis intereses. Compréndelo.

—¿Qué lo comprenda?, ¿pero es que te has vuelto loco? Cómo se ve que ya no te acuerdas del éxito que conseguimos gracias a «Luna de invierno». Ingrato, no eras nadie y con ese libro pudiste hacerte un nombre en el mercado de las editoriales. Creo que te has vendido y has oído unos cantos de sirena allá lejos, por eso me das asco y siento ganas de vomitar.

—Te deseo toda la suerte del mundo a partir de ahora, Arturo. Pienso que eres un fantástico escritor y que algún día volverás a escribir esa gran novela que todos estamos esperando desde hace tanto tiempo...

—Quédate esperando tú, maldito capullo. Que te jodan, cabronazo.

Tras escupir estas últimas palabras, el novelista colgó el teléfono con mucha rabia, cortando definitivamente la conversación. Se sentía traicionado por la persona en la que más confiaba. Tantos años de esfuerzo no le habían valido para nada. Era cierto que sus últimas obras no vendieron lo que esperaba, pero pensaba que aún tenía derecho a otra oportunidad. Además, había estado muchos meses dándole vueltas a una nueva historia; el problema era que quizás se había pasado más de la cuenta con el alcohol, por eso las

ideas no le fluían con la misma agilidad que antaño. Desgraciadamente a las grandes editoriales no les interesaba un autor que pudiera resultar conflictivo y que parecía haber perdido para siempre su olfato comercial.

Arturo se hallaba abatido y sin ninguna orientación sobre qué rumbo coger. El contrato con su antigua editorial había terminado a finales del año anterior y su representante poseía una cláusula que le permitía actuar libremente en caso de que el escritor no hubiese publicado ningún libro en un periodo de un año, como así sucedió. Durante todos esos meses, Enigma había estado malviviendo escribiendo varios guiones de poca monta para la televisión. Acabó prostituyendo sus principios si se tiene en cuenta que un día llegó a ser una de las jóvenes promesas de la literatura española.

No había duda de que estaba atrapado entre la espada y la pared, por lo que se tendría que habituar a una nueva vida mucho más incómoda que la anterior. Atrás quedaban esos primeros años de gloria en donde era habitual verlo en las secciones de cultura de los periódicos y también, por supuesto, en programas de televisión y radio. Ahora Arturo se veía como un juguete roto, sin que nadie se preocupara por él.

Pasaron unas cuantas horas y el escritor seguía tumbado en su cama. No había comido nada y sólo tenía ganas de desaparecer del mundo. En su cabeza trataba de barruntar mil veces todas aquellas circunstancias que podrían haberlo hecho caer en esa situación tan dramática; a pesar de lo cual, se veía incapaz de encontrar una respuesta convincente.

Entonces, después de haber pasado varias horas enredado entre estériles divagaciones, fue cuando sintió la necesidad de salir a la calle, así que decidió vestirse y se precipitó escaleras abajo. Su apartamento estaba en la calle Alfonso XI, a un tiro de piedra del Parque del Retiro. Los royalties de sus primeras novelas le habían permitido vivir en una zona tan privilegiada de Madrid.

Era media tarde y el sol aún permanecía en una suspensión melancólica por el horizonte de la urbe, aunque comenzaba a poseer ese tono rojizo tan típico de la época otoñal. Enigma accedió al parque por la entrada que estaba situada junto a la Puerta de Alcalá. Subió por unas escaleras y observó a lo lejos a muchos niños que jugaban y que eran vigilados por sus padres dentro de un ambiente muy relajado. El escritor parecía sentirse ajeno a los ecos que

le llegaban de los chillidos de los pequeños; le daba igual que el recinto estuviese lleno o vacío, pues en el fondo lo único que quería era desvanecerse por la atmósfera. Sabía que era un fracasado y que el sueño que había perseguido durante tantos años terminó por esfumarse.

Al mismo tiempo que pasaba por el gran estanque central, frente al monumento a Alfonso XII, muchas personas no paraban de dar vueltas subidas en las barcas. Se oían gritos de alegría por todas partes. En ese instante, un turista japonés que estaba haciéndole unas fotografías a su mujer a la vez que ésta se apoyaba en la barandilla de la alberca, se acercó hasta Arturo y, mediante gestos, le pidió el favor de retratarlos a los dos juntos. Sin embargo, el novelista emitió un gruñido por respuesta y el nipón huyó despavorido.

Cuando se introdujo en la avenida de Cuba se levantó un viento muy frío. Además el cielo se nubló levemente. Menos mal que traía consigo esa vieja chaqueta suya que siempre lo había acompañado en las más intempestivas circunstancias. Caminaba como un autómatas, con la mirada fija en un punto marginal del horizonte. Se metió por entre las veredas aledañas a esta vía principal, las cuales eran muy frondosas y a la vez siniestras. Poco después Arturo se sentó en uno de los bancos que había allí intentando poner cierto orden a sus ideas. Después de que una pareja de novios se marchara, aquel lugar se quedó sin un alma alrededor. La soledad de esa zona del parque sólo se vio interrumpida por el lejano graznido de algún ave.

De repente Arturo elevó su mirada hacia el firmamento y vio cómo unas nubes de plomo se estaban agrupando confabulándose en una especie de danza macabra. Ni él mismo comprendía aquella reacción de los elementos naturales. En ese preciso momento le cayó en el rostro una gota de agua que estaba muy fría. Lo que le faltaba era que se pusiera a llover justo entonces.

Mientras tanto, los arbustos situados a su espalda comenzaron a producir un ruido extraño y parecían revelarle algún secreto. El viento arreció y Arturo tuvo que subirse el cuello de su chaqueta hasta taparse media cara. Notaba sus miembros muy entumecidos, casi agarrotados por lo desapacible de aquel tiempo.

Decidió, pues, seguir por la avenida hacia abajo, hasta su desembocadura en la glorieta del Ángel Caído. En dicha rotonda se percató de nuevo de que la soledad le acompañaba como única aliada. Un sol cada vez más sangriento

seguía descendiendo por el horizonte y con sus rayos acuchillaba el skyline madrileño. Entonces se topó con la escultura de Luzbel. Ahí estaba el ángel rebelde, con un gesto de odio contenido dirigido hacia el Creador. En su brazo derecho y en sus piernas se enredaba una serpiente que miraba al escritor con su boca abierta en señal de amenaza. Arturo padeció un miedo primario e irracional. Sus ojos no podían desviarse de aquella diabólica escultura. Se sentía observado. Un aliento cercano parecía helarle el cuello. Instantáneamente se puso a temblar, tanto que sus dientes castañeaban. El sol moría a lo lejos lentamente y debía quedar muy poco tiempo para que cerrasen las puertas del parque. Ante tanta ansiedad, el novelista pensó que lo mejor sería regresar a su casa para no volverse loco. Sin embargo, sin esperárselo en absoluto, le pareció que la escultura bajaba levemente la cabeza y que lo observaba con una horrible mueca dibujada en su rostro. Arturo nunca se hubiera imaginado que la cara del Diablo resultara tan espantosa. Esta escena apenas duró unos segundos, pero a él ese tiempo se le hizo eterno.

Impulsado por el pavor, el escritor se alejó de aquel lugar corriendo sin mirar atrás ni un solo instante ante la posibilidad de que la cabeza bronceada de aquella Medusa le petrificara su alma con su mirada asesina. Al mismo tiempo que huía se cruzó con algunas personas que pudieron ver en su cara el terror cincelado en su máxima expresión. Por fin llegó a una de las puertas del parque y se escabulló tan rápido como le permitieron sus piernas, aún entumecidas por los efectos del frío y del miedo.

El tráfico, muy concurrido a esa hora de la tarde, transitaba alrededor de la Puerta de Alcalá. El cielo ya estaba completamente oscuro y las luces eléctricas se habían adueñado de la ciudad. A Enigma le estallaba aún el corazón. Intentaba dar una explicación lógica a lo que le había ocurrido, pero por más que lo hacía, todo resultaba en balde. A lo mejor padecía una demencia severa; tal vez los disgustos de aquel día le habían afectado más de la cuenta a su cerebro. Pero el caso es que no sabía qué hacer. De lo que sí estaba seguro era que no debía volver a su casa. Necesitaba hablar con alguien urgentemente.

El novelista se chocó en su huida con algunos viandantes que protestaron por su actitud. Aún sentía el horror metido en el cuerpo al recordar aquella diabólica expresión que acababa de ver en esa escultura. Era imposible que

una estatua pudiera cobrar vida, pero ya no sabía si lo que había presenciado tan sólo unos minutos atrás era real o fruto de su imaginación. En todo caso el corazón le martilleaba cada vez con más violencia, así que decidió coger su móvil y llamar a su amigo Antonio Estrada. El teléfono dio la señal y estuvo sonando un rato. Su amigo no respondía. Al final salió un contestador automático que le indicaba que éste se hallaba de viaje y que no regresaría hasta unas semanas después. «Mierda —pensó—, era lo que me faltaba para colmo de mi mala suerte».

Estaba tan desesperado que intentó serenarse un momento. Cerca de su casa había un bar en el que solía pasarse muchas horas, bien leyendo o escribiendo. Decidió ir para allá en busca de protección. Al entrar saludó a don Eustaquio, un hombre de unos setenta años de edad con una sonrisa bonachona que se asomaba por debajo de un espeso y canoso bigote. Regentaba una taberna de las de toda la vida, con azulejos decorados con motivos arábigos y fotografías antiguas de Madrid, de esas que tanto les gusta ver a los nostálgicos.

—Buenas tardes. Me alegra verlo de nuevo por aquí. Hacía unos días que ya no venía.

—Buenas tardes, don Eustaquio —respondió el joven con un suspiro.

—¿Le ocurre algo, Arturo? Tiene la cara demasiado pálida. Es como si hubiera visto un fantasma.

—No lo sabe usted bien. Si yo le contara...

—Dígame qué es lo que le apetece tomar que hoy invita la casa.

—Se lo agradezco. Tengo los nervios a flor de piel, así que prepáreme una tila doble.

—De acuerdo, ahora se la traigo —le contestó aquel hombre con una amabilidad casi paternal.

Cuando se marchó el dueño de la taberna, el escritor se percató de que aún tenía un pulso muy acelerado. Mientras reflexionaba un poco sobre lo que le acababa de suceder, llegó un mensaje a su teléfono móvil. Lo abrió creyendo que sería de su amigo Antonio Estrada, pero la sorpresa fue enorme al leer las siguientes frases:

«Los días del pasado ya no volverán. El futuro es un inmenso libro en blanco que aún está por abrir».

Arturo se quedó anonadado al recibir esas palabras. El remitente era desconocido, ya que se lo habían enviado desde un número privado, de manera que no pudo contestar a nadie. A la vez que el tabernero le acercaba una tila muy caliente encima de una pequeña bandeja plateada, el corazón no paraba de latirle con violencia.

Cuatro



Agudo estaba más perdido que un pobre demente en un desierto. Contaba ya con el jugoso adelanto de los 3.000 euros de Sempere, pero más allá de eso, ahora era él quien tenía que cumplir con la misión asignada. Lo primero que hizo fue dirigir sus pasos hacia la Biblioteca Nacional. Esperaba encontrar allí algo interesante sobre el «Libro de las almas». Hacía una mañana de perros, de esas en la que te podía caer encima una manta de agua en cuestión de segundos. El pobre detective, como era natural en él, se había olvidado una vez más su paraguas en la oficina, con lo que llegó a su destino con una pinta que hubiera asustado a cualquiera.

Fue atendido por una mujer de mediana edad que tenía una cara alargada como la de una alpargata.

—Buenos días. Necesito consultar los índices de los libros que tienen registrados.

—¿Busca usted libros publicados antes de 1958? —le preguntó la mujer con una desagradable voz nasal.

—Ha leído mis pensamientos, eso es justo lo que quiero.

—En ese caso necesita un carnet de investigador.

—Mire, no se confunda. Yo no soy un ratón de biblioteca, soy un detective y es de vida o muerte que pueda echarle un vistazo a esos dichosos fondos — aclaró Agudo mostrándole su licencia.

—Si es así, se lo tendré que consultar a mi jefe.

Tras realizar una llamada telefónica, aquella mujer le dijo:

—Está bien, puede pasar, pero sea usted discreto.

—En cuanto realice mi consulta me largaré y no la molestaré más. Se lo juro.

Dicho y hecho. El sabueso se movió con torpeza por aquel lugar produciendo un ruido muy molesto con las suelas de goma de unos zapatos aún mojados por la lluvia. Trató de buscar algún rastro del «Libro de las almas» aunque todo esfuerzo fue en vano. No existía la más mínima referencia sobre el dichoso códice medieval, algo que desesperó a Agudo. No obstante, tampoco le extrañó esa circunstancia teniendo en cuenta que se trataba de un manuscrito que había permanecido perdido durante tantos siglos.

Ante el primer fracaso en las pesquisas que llevaba a cabo, intuyó que el caso iba a ser muy complicado. A continuación salió presuroso de la Biblioteca Nacional sin despedirse siquiera de la mujer con cara de alpargata. Si Sempere lo hubiera visto no se habría sentido demasiado orgulloso de él.

Seguía cayendo esa lluvia impertinente y Agudo sacó uno de esos cigarrillos de olor tan desagradable. Rodeado por aquellas fétidas volutas de humo era incapaz de pensar con suficiente claridad. La búsqueda de ese libro le iba a resultar de lo más incómoda, aspecto que no dejaba de desanimarlo. La única esperanza que albergaba era encontrar a alguien que le diera una pista a partir de la cual pudiera empezar a tirar del hilo de la madeja.

Como el tiempo era muy desapacible, fue corriendo hasta la estación de metro más cercana. El tránsito en el suburbano le pareció inaguantable al tener que permanecer casi todo el camino de pie, agarrado a una barra y haciendo equilibrios de funambulista para no caerse al suelo mientras era aplastado por las personas que atestaban su vagón. Sus pies estaban tan fríos como la escarcha y por ahí era precisamente por donde siempre cogía los resfriados más fuertes. Había que ser lerdo para olvidarse otra vez el paraguas.

Al fin llegó al bloque. Subió de nuevo por aquel angosto ascensor no apto para claustrofóbicos. No quería saber nada del mundo, de modo que se encerró en su despacho, aislándose de cualquier ruido. Los papeles se le habían amontonado durante los últimos días, pero ahora sólo tenía ya la obsesión de encontrar el «Libro de las almas». Si le hubiese llamado Sempere se hubiera visto obligado a contarle la verdad. Era un momento para él muy delicado, ya que este caso se parecía muy poco a las historias rutinarias que

solía investigar.

Estando absorto en estas disquisiciones, escuchó el sonido del timbre de la puerta de su oficina. Aquel ruido seco le hizo dar un pequeño respingo en su asiento. Como un resorte se dirigió hacia la entrada. Al girar la llave — pues siempre acostumbraba a cerrar por dentro— se encontró con una mujer muy atractiva. Tendría unos treinta años como máximo. Era alta, de un metro setenta y cinco aproximadamente. De piel blanca como la porcelana y salpicada por innumerables pecas a lo largo de su cutis facial, poseía unos cabellos rizados de color caoba, cayéndole varios bucles por una frente lisa. Su rostro se recortaba tan delicado como el de una muñeca, destacando unos labios pintados en un tono carmín intenso, algo que contrastaba con la palidez de sus facciones. Sus ojos eran de un color azul marino cobalto y, a pesar de que tenía un cierto aspecto de candidez, en su mirada brillaba un toque de picardía y maldad. Llevaba puesto un abrigo largo que se le ajustaba como un guante a un cuerpo muy estilizado.

—Buenos días, me llamo Carmen Altamira. ¿Puedo pasar, detective Agudo? —preguntó aquella mujer con un tono de voz seductor.

—Claro que sí, no tengo el menor inconveniente. Por favor, deme su abrigo y su paraguas porque veo que está empapada.

—Sí, y parece que no soy la única —le contestó de forma irónica.

—Es cierto, pero tuteémonos. Somos jóvenes y creo que podemos saltarnos los protocolos —replicó rápidamente el investigador cambiando de conversación, ya que no le gustaba admitir sus fallos.

Al quitarse el abrigo, aquella mujer exhibió un largo jersey de cuello vuelto que le caía por debajo de la cintura. Llevaba asimismo unos pantalones marrones y unas botas altas del mismo color.

—He venido aquí, Agudo, porque alguien me ha dicho que eres un detective muy eficiente.

—Depende de qué casos. Me gusta ser sincero desde el principio para que no te lleves ninguna decepción.

—¿Qué modesto eres! ¿Te importa si fumo?

—Claro que no; a la mierda con las leyes antitabaco del Gobierno —protestó el investigador.

El sabueso no le quiso ofrecer uno de sus cigarrillos inmundos porque eso

hubiera sido rebajarse al máximo y evidenciar su decadencia. Menos mal que la joven era precavida y llevaba consigo una cajetilla de Lucky Strike. Cuando se llevó el tabaco a sus labios continuó con su conversación.

—Verás, no me andaré con rodeos. Sé que estás buscando el «Libro de las almas» y eso me parece muy interesante.

Al escuchar esto Agudo se sobresaltó. Por lo visto sus movimientos empezaban a dejar de ser desapercibidos para ciertas personas.

—Así es, pero siéntate. Este asunto lo tenemos que discutir más tranquilamente. ¿Qué es lo que sabes del código? —preguntó el investigador con mucha curiosidad.

—No mucho más que tú, te lo aseguro. Lo que sí te puedo decir es que Sempere es un pájaro de mal agüero. Ten mucho cuidado con él pues no es tan inocente como pinta.

—Mira, no sé lo que conoces de la vida de Sempere. Lo que tengo muy claro es que él es mi cliente. Me ha contratado para encontrar ese dichoso manuscrito y no voy a parar hasta conseguirlo.

—¿Cuánto dinero te ha ofrecido, Agudo?

—Una cantidad muy apetitosa, de eso puedes estar segura, pero no te la voy a decir, ya que eso es algo que sólo nos concierne al anticuario y a mí— protestó el detective indignado ante el interrogatorio de tercer grado al que estaba siendo sometido.

—Está bien, no te pongas así. No quería ofenderte. Te digo todo esto porque mi jefe te quiere pagar 30.000 euros, una cifra que seguro que mejora a la de ese viejo. ¿Te apetece trabajar con nosotros? No te arrepentirás, te lo aseguro. Además, podría ponerte en contacto con varias personas de la ciudad que seguramente te ayudarían con el caso. ¿Qué te parece?

—Todo esto es muy complicado. La oferta que me hacéis es muy jugosa. Lo que pasa es que detesto estar cambiado de novias a cada minuto. No soy el mejor investigador de la ciudad, pero no deseo venderme a cualquiera.

—Bravo, detective —aplaudió Carmen Altamira—. Me gusta ver esa fidelidad en ti. A lo mejor podríamos negociar una cantidad mayor. Deberías pensarlo con calma porque creo que no vas a tener otra oferta tan buena en toda tu vida.

—¿Pero qué es lo que tiene ese maldito libro para que todos andéis como

locos detrás de él? O no me he enterado muy bien de la película o creo que estáis como una regadera.

—Todo a su momento, Agudo. Como sabes es un códice medieval, en eso Sempere no te ha mentado. Lo único que te puedo decir es que mi jefe es tan legítimo dueño de ese códice como el anticuario, así que no debes tener escrúpulos en trabajar con nosotros.

—¿Y qué hago con el viejo?, ¿lo abandono?

—Claro que sí. Tíralo a la basura si hace falta. Es una persona que ya no merece la pena y que está fuera de este juego —dijo Carmen con una sonrisa maléfica impregnada en las comisuras de sus labios.

El detective se quedó descolocado ante aquellos comentarios crueles salidos de una persona con una apariencia tan frágil.

—¿Qué es lo que tenemos que hacer, sabueso, para que trabajes con nosotros?

—Ya te lo he dicho, no me vendo tan fácilmente. ¿Es que no lo quieres comprender?

—Vamos, no te lo pienses más, Agudo. Te alegrarás de estar a mi lado, te lo aseguro —contestó aquella mujer esbozando un gesto seductor con su mirada—. Son 30.000 euros y te aseguro que habrá otras muchas ventajas.

—Hay algo que no me cuadra en todo esto, Carmen. Si como dices tienes contactos de personas que podrían darme pistas sobre el libro, ¿por qué no lo buscáis vosotros mismos en vez de recurrir a mí?

—No lo quieres comprender, cabeza hueca —bramó la joven cambiando a un tono de voz mucho más soez—. Mi jefe es una persona muy importante y está siempre a tiro de los medios de comunicación. ¿Crees que los periodistas no se regodearían sacando una historia tan jugosa como la búsqueda de un códice medieval?

—Lo entiendo, pero no puedo hacer mucho más.

—Maldito capullo, no eres más que un detective de mala muerte. Si no aceptas nuestras condiciones, te saldrá caro —le amenazó la muchacha mientras se levantaba violentamente de su asiento. Entonces se aproximó hasta el detective y se plantó a escasos centímetros de él—. No tengas miedo de mí, no muerdo. Anda, hazme caso —le insistió al mismo tiempo que le rozaba levemente su mano con las yemas de unos dedos de seda.

Agudo estaba siendo seducido y sobornado al mismo tiempo sin ningún tipo de miramientos. En su mente se había creado un conflicto moral: ¿debía seguir con el anticuario o por el contrario tendría que fiarse del jefe de aquella desconocida? A la vez que se atormentaba con estas cuestiones era capaz de oler el perfume embriagador que se había puesto Altamira. Tenía tan cerca su piel que se dio cuenta de que era tersa y suave como la de un niño chico.

—¿Va en serio lo de los 30.000 euros? —le insistió apartando su mano de la de su invitada.

—Por supuesto que sí, detective. Cada vez nos estamos entendiendo mejor.

—Déjame pensarlo, ¿de acuerdo?

—Está bien, pero no tardes mucho porque se trata de un asunto vital.

Antes de marcharse Carmen le dejó su número de móvil y una tarjeta con la dirección de la oficina de su superior, que trabajaba en un famoso despacho de abogados de Madrid. Su nombre era Alejandro Soriano.

—Ven a vernos esta tarde. Es una orden, Agudo —dijo en el mismo momento en que se levantaba y recogía su abrigo del perchero del investigador—. Ya sé la salida, no hace falta que me acompañes.

Cinco



La oficina de Alejandro Soriano se hallaba en el Paseo de Recoletos. Era un bloque no demasiado alto en el que se ubicaban varias empresas. Menos mal que aquella tarde el tiempo había mejorado y que se podía caminar tranquilamente. Estaba siendo un mes de octubre muy revuelto después de un verano muy caluroso en el que se habían superado los cuarenta grados en no pocos días.

Debía subir hasta el cuarto piso, por eso llamó al portero automático no sabiendo muy bien lo que se iba a encontrar. Al cabo de unos segundos respondió una mujer joven.

—¿Sí?, ¿dígame?

—Buenas tardes, tengo una cita con el señor Soriano.

—¿De parte de quién?

—Soy Carlos Agudo.

—Suba, don Alejandro lo espera.

Al abrirse la puerta el detective entró en el vestíbulo de aquel edificio. Se dio cuenta de que estaba decorado lujosamente, con unos mármoles de colores claros que recordaban a los de algunas iglesias renacentistas italianas. Además había unas cuantas fotografías antiguas en blanco y negro de la Castellana, la Gran Vía y otros rincones típicos de la ciudad. Después de fijarse unos segundos en esas imágenes tan evocadoras, entró en el ascensor.

El bufete Soriano-Ramírez era uno de los más prestigiosos de Madrid. Se habían ganado la fama gracias a unos excelentes servicios jurídicos, de modo

que Agudo sabía que estaba pisando un buen terreno.

Esperó unos segundos antes de dirigirse hacia la oficina, luego llamó al timbre y le abrió la puerta una muchacha que tenía pinta de ser secretaria. Se trataba, sin duda, de la misma persona que le había contestado a través del portero automático.

—Buenas tardes, señor Agudo. Acompañeme —diciendo esto la joven le hizo un ademán para que se sentara en una silla. —El señor Soriano saldrá enseguida.

—De acuerdo, muchas gracias —contestó el detective lo más amablemente que pudo.

Aquella oficina era amplia y alegre, con unos ventanales a través de los cuales se filtraba muchísima luz. Desde luego en este lugar sí que daba gusto trabajar y no en el antro que tenía él alquilado. Si quería progresar en la vida necesitaba empezar a cuidar esa clase de detalles, de lo contrario se quedaría anquilosado. Tal vez si hubiera sido un poco más ambicioso otro gallo le hubiera cantado, pero Agudo era un tipo conformista, de los que se sientan a verlas venir y no poseen ninguna capacidad de iniciativa.

Antes de que saliera a recibirlo el abogado, el investigador privado vio a Carmen y ésta lo saludó brevemente.

—Me alegra verte por aquí, sabueso. Espero que sea la primera de muchas ocasiones. Si no nos cruzamos luego, a ver si quedamos otro día — comentó mientras se alejaba cimbreado suavemente sus caderas.

Un minuto más tarde salió un hombre de unos cincuenta y cinco años. Era de estatura normal, aunque la anchura de sus hombros y su espalda le daban una especial corpulencia. El rostro se perfilaba cuadrulado y encima de una frente muy ancha brillaba una prominente calva adornada por mechones de cabellos rubios que se derramaban por el cráneo. Su mirada era ansiosa, como la de una comadreja herida. Vestía, además, de una forma elegante, intentando estar a la última moda.

—Por fin está aquí ya, señor Agudo. Me da mucho gusto conocerlo — aseveró aquel hombre como tarjeta de presentación al mismo tiempo que le alargaba su mano derecha para estrechársela—. Se lo ruego, pase a mi despacho pues tenemos bastantes cosas de las que hablar.

—Usted primero —replicó el detective con su habitual parquedad de

palabras y mostrando una actitud defensiva.

Al entrar en aquella habitación Agudo se quedó impresionado por la panorámica que ofrecía del Paseo de Recoletos. El sol comenzaba a bajar por el horizonte y aquella avenida se mostraba majestuosa, con esa mezcla de arboledas, grandes edificios y un tráfico abundante que no paraba de fluir de un lado para otro de la vía.

—Tiene usted unas bonitas vistas desde aquí, Soriano.

—Me alegro de que coincidamos en eso. Una persona que se muestra sensible a estas cosas puede ser también proclive a negociar sobre ciertos asuntos —respondió el abogado guiñándole el ojo derecho. Agudo no estaba dispuesto a admitir ningún tipo de piropos.

—Va demasiado rápido, ¿no cree? Ya le habrá contado su amiguita la visita que me hizo esta mañana a mi oficina. Quiere que trabaje para usted pero le dije que eso de momento va a ser complicado.

A Soriano se le nubló por un momento la sonrisa profiláctica y mostró una expresión sombría que apenas le duró un par de segundos.

—Es muy pertinaz con sus pretensiones. Carmen le informó muy bien sobre nuestra propuesta y creo que es inmejorable. No sé por qué le tiene que guardar tanta fidelidad a Jorge Sempere cuando éste le va a dar mucho menos dinero. Si se une a nosotros no se arrepentirá y además le proporcionaré todos los incentivos que le hagan falta.

Agudo se quedó unos segundos en silencio porque le resultó una oferta demasiado tentadora como para rechazarla. Había atravesado por enormes dificultades económicas en los últimos tiempos y ahora parecía que la suerte le iba a cambiar para siempre. Sólo tendría que aceptar unas nuevas condiciones. Después de todo, tampoco le unían tantas cosas a Sempere y no se acababa de fiar de la historia que el viejo le contó sobre el manuscrito y sobre esa aparente obsesión que tenía respecto a la idea de que su familia fuera la legítima poseedora de aquella reliquia.

—No sé si estaré haciendo lo correcto pero creo que me ha convencido por la vía económica. Sin embargo, no quiero que se haga demasiadas ilusiones conmigo. Todos ustedes piensan que voy a encontrar ese libro y no es nada fácil.

—Estupendo, Agudo. Veo que ha sido sensato y no se va a arrepentir. Nos

estamos entendiendo mejor de lo que pensaba. Me alegro de que Carmen haya sido tan persuasiva...

—Si le he dicho que sí no es porque me haya convencido su amante o quien quiera que sea —le interrumpió Agudo—, sino porque necesito esa pasta. No tengo otro interés mayor.

—Está bien, no se ponga así, hombre. Sólo quería acercar más nuestras posturas —afirmó el abogado acomodándose un poco más en su asiento.

—¿Y qué empeño personal tiene usted por ese maldito código si se puede saber? —le preguntó Agudo para ver si averiguaba de una vez por todas una verdad en este caso.

—Eso es algo que ahora mismo no estoy en condiciones de responderle ya que ocupo un puesto en el que me expongo todos los días a la opinión pública. Si lo encuentra le juro que le contaré con pelos y señales la relación tan estrecha que poseo con ese manuscrito.

—Me dijo Carmen esta mañana que usted era tan legítimo dueño de esa antigualla como Sempere, ¿es eso cierto?

—Mi familia llegó a poseerlo durante el siglo XIX y está demostrado que el código estuvo en Madrid en aquella época. Desde entonces fue nuestro patrimonio máspreciado hasta que nos lo robaron, de ahí que sea crucial que usted me ayude a recuperarlo.

—Todo este asunto me está empezando ya a cabrear mucho. Usted dice una cosa; Sempere, otra, y seguro que hay más gente por ahí reclamando ese librito. A mí eso me importa un bledo. Sólo quiero que me pague bien y lo demás ya depende de lo que quiera hacer con esa reliquia.

—Como quiero que vea que soy un hombre de palabra, aquí le dejo este maletín con 12.000 euros. Cuéntelos si quiere, pero no falta ningún billete. Le prometo que cuando resuelva este caso tendrá el resto.

Agudo lo abrió y vio que los fajos de dinero estaban perfectamente ordenados. Su cara brilló de pura codicia. Sabía que con esa acción se había metido hasta el fondo del fango, pero ya no podía volverse atrás. Cuando salió de la oficina del abogado respiró profundamente y pensó durante unos segundos en Sempere mientras se fumaba uno de sus cigarros baratos. Su principio de la lealtad se había disuelto entre las fétidas volutas de humo.

Seis



A la mañana siguiente, Agudo estaba trabajando en su oficina cuando recibió la llamada del que hasta ahora había sido su cliente, el señor Sempere. Esto lo descolocó pues no esperaba tenerse que enfrentar tan pronto a él después de haberse asociado con Soriano.

—¿Cómo va la investigación? —le preguntó con cierta impaciencia el viejo.

—Verá, Sempere, no me voy a andar por las ramas. Ayer estuve con Soriano y he aceptado trabajar con él porque su oferta es superior a la que usted me propuso.

El anticuario se quedó en silencio. La noticia le había cogido desprevenido.

—Desde luego no esperaba que se fuera a vender tan pronto, Agudo. Seguro que Soriano le habrá ofrecido una millonada pero ha caído en su trampa. Al final lo ha llevado hasta su terreno y lo ha engatusado con buenas palabras. Pero no sabe en dónde se ha metido. Ese abogaducho es un hijo de puta y no parará hasta acabar con usted.

—¿Quiere darme clases de moral? Tampoco creo que usted sea un santo precisamente. Además, yo hago con mi vida lo que quiero y no necesito que nadie me tenga que corregir y decirme qué hago bien o no.

—Se arrepentirá, Agudo. Me da mucha lástima que sus penurias lo hayan llevado hasta el ser más depravado de esta ciudad. Cuando hablé con usted le di toda mi confianza y esperaba que los dos pudiéramos trabajar juntos, pero

ya veo que eso no funciona en su caso. Maldito estúpido, no se puede imaginar lo que es tenerme como enemigo.

—¿Está amenazándome?

—Aquí somos ya todos muy mayorcitos y cada uno conocemos las cartas de nuestras barajas. No es momento de tirarse ningún farol, Agudo. Está cometiendo un grave error con Soriano, ya que él sería capaz de cualquier cosa por encontrar el código. Cuando vea que usted ya no le sirve para nada, será su próxima víctima.

—No tengo muchas ganas de seguir con esta conversación tan aburrida, Sempere. Sinceramente, tengo muchas cosas que hacer.

—Está bien, usted lo ha querido así. Yo ya se lo he advertido y el que avisa no es traidor. De todas formas, le sugiero que se informe bien sobre la vida de Soriano, seguro que encontrará algún que otro escándalo muy apetitoso y se enterará de la calaña de ese tipejo con el que está trabajando— replicó el anticuario soltando una carcajada que tenía un cierto toque siniestro.

El detective se quedó sorprendido ante la cara más perversa de su antiguo cliente. Incluso llegó a dudar durante unos segundos y se preguntó si había apostado por un caballo perdedor al haberse unido al abogado, pero ya no podía dar vuelta atrás y la decisión había sido tomada.

—Le deseo suerte —prosiguió el anciano con un tono irónico—. Estoy seguro de que usted intentará cualquier cosa para conseguir el «Libro de las almas», y ya sé que no siempre se ha movido con unos métodos muy legales. Ya entiende lo que le quiero decir; chantajes, palizas y otras lindezas de ese estilo. ¿Por qué cree que me interesaba un perro de presa como usted para lograr mis objetivos?

—Me está cabreando mucho, Sempere. Le he dicho que estoy muy ocupado y que no tengo nada más que decirle. No se preocupe porque le devolveré su dinero de inmediato. Déjeme en paz y métase sus antigüedades por donde le quepan.

—Está bien, ahora se muestra así de arrogante pero algún día se arrepentirá de todo esto y querrá volver a mi lado. Entonces yo ya no seré tan magnánimo —volvió a sonreír malévolamente mientras colgaba el teléfono.

Después de esta desagradable conversación, el detective ya no sabía a quién creer ni qué camino tomar. Como esas disquisiciones no le conducían

hacia ningún terreno claro, decidió buscar información sobre el abogado como le acababa de sugerir Sempere. No tenía nada que perder, por eso tecleó en internet el nombre de Alejandro Soriano y comenzaron a salir numerosas páginas en torno a su figura y a su bufete. Era difícil discernir algo relevante, a pesar de lo cual, Agudo sabía que tendría que ser riguroso en este asunto, pues a lo mejor podría encontrar una pista que le fuera favorable.

Se llevó varias horas ante su ordenador y todo lo que vio resultaba de lo más normal. Daba la impresión de que el letrado se hubiera cubierto muy bien las espaldas para que su currículum apareciera intachable y sin ninguna mancha. Eso fue así hasta que se topó con una noticia publicada en el periódico ABC en noviembre del año 1998. Era una información que hacía referencia al caso de Gervasio Sánchez Ribalta, el famoso armador madrileño desaparecido misteriosamente por aquellas fechas. Este importante empresario se había visto envuelto en una trama de evasión de impuestos y llegó a ser defendido ante los tribunales por el propio Soriano. Todo hasta aquí podía parecer normal, pero el detective prosiguió buscando páginas sobre este asunto. En otros periódicos se informaba sobre la vinculación tan estrecha que llegó a existir entre este individuo y el abogado. Algunos rotativos acusaban incluso al bufete de haber ocultado pruebas, aunque posteriormente Soriano ganó todas las demandas interpuestas a dichos diarios.

Ahora sí que comenzaba a dibujarse un puzle interesante. Tal vez, si husmeaba en el caso Sánchez Ribalta podría saber más cosas sobre el picapleitos y de este modo se acabaría acercando al manuscrito.

Después de haber dedicado mucho tiempo a esas pesquisas informáticas, Agudo sentía que la cabeza le iba a estallar. De todos modos, pensaba que podía estar detrás de algo importante. Ahora sí que comenzaba a tener un cierto aspecto de detective serio como Dios manda, alejándose de esa patética figura de buscainformes de maridos celosos o de investigador de pequeñas estafas al Fisco.

El agotamiento mental era tan grande que necesitaba darse un garbeo por la calle, por eso se asomó a la ventana y comprobó que ya no quedaba rastro alguno de la lluvia que había estado cayendo hasta hacía tan sólo unos minutos. No se lo pensó más y cogió el ascensor rumbo hacia la liberación.

Unos minutos después se hallaba en la Gran Vía. El tráfico era muy pesado

y los vehículos escupían un humo letal para los viandantes. A la vez que el sabueso caminaba por esa jungla pétrea, no pudo dejar de pensar en Sánchez Ribalta. Aún recordaba cuando los telediarios informaron sobre la extraña desaparición del empresario. Ese bombo mediático duró unos cuantos meses más; después se hizo el silencio. Si ese antiguo caso era capaz de abrir una nueva vía dentro de la investigación, el detective tendría que agarrarse a esa posibilidad como a un clavo ardiendo. Pensó que tal vez podría hablar con la mujer del armador o con algún familiar cercano. Entonces compró su tabaco habitual y regresó rápidamente a su oficina. Pudo averiguar que la viuda del empresario seguía viviendo en Madrid. Estuvo buscando en varias páginas web hasta descubrir que su nombre era María del Mar Niebla. Vivía en la calle Ruiz de Alarcón, así que ese debía ser su próximo destino.

Sabía que la anticipación era vital porque, si hubiera llamado antes por teléfono, probablemente habría obtenido un no por respuesta. Por ese motivo, cogió un taxi que lo llevó hasta allí en un vuelo, ya que la distancia tampoco era demasiado grande. Se trataba de una calle estrecha poblada por una frondosa arboleda. El bloque en cuestión tenía en su parte inferior un almohadillado de piedras rectangulares; su cuerpo superior era de color rojo, flanqueado por balcones con elegantes rejas, y en la zona central de la fachada había una hilera de adoquines de varios tamaños. Todo ese conjunto estaba rematado por una bella cornisa. Tras consultar varios números, llegó al portal en el que vivía la persona que andaba buscando. Estuvo dudando unos segundos hasta que por fin se decidió a llamar al portero eléctrico.

—¿Quién es? —preguntó una voz algo aflautada.

—Buenos días, mi nombre es Carlos Agudo y he venido a ver a la señora Niebla.

—Si quiere vendernos algo márchese porque no le voy a abrir. A la señora le molestan mucho ese tipo de personas y no tiene ganas de recibir hoy a nadie.

—No, no se preocupe que no les voy a tratar de vender nada. Hágame el favor de decirle que estoy haciendo una investigación de suma importancia y que necesito hablar con ella urgentemente sobre algo que tiene que ver con su marido.

—Un momento, tengo que consultarlo.

El detective estuvo esperando un tiempo prudencial. Pensaba que todo se le volvería en su contra y que no iba a tener su día de suerte. No obstante, después de una breve espera, volvió a responderle la mujer de la voz aflautada.

—Suba, la señora está esperándolo.

Entró rápidamente y se deslizó como un rayo hasta el piso de María del Mar Niebla. Llamó a su puerta y lo recibió la sirvienta que le había hablado a través del portero unos minutos antes. Tendría unos cincuenta años. Su mirada era escrutadora y algo severa.

—Pase usted, señor Agudo. Doña María del Mar está en su estudio.

—Muchas gracias —contestó el detective.

Anduvo por un pasillo algo angosto y sombrío hasta que llegó a una habitación de medianas dimensiones. Dicha dependencia se hallaba atestada de librerías en todas sus paredes y en el centro había una bonita mesa de escritorio.

—Siéntese aquí que ahora vendrá la señora.

—De acuerdo, pero prefiero esperarla de pie si no le importa.

—Como quiera —respondió la sirvienta antes de desaparecer.

A los pocos segundos entró en escena María del Mar Niebla. Rozaría los sesenta años y por sus cabellos azabaches asomaban algunas canas que la dama no se había preocupado en ocultar. Su cara era además tan alargada y enjuta como el resto de su cuerpo. Su piel resultaba algo apergaminada y en su rostro brillaban dos ojos de un color azul oscuro perfilados por algunas arrugas. A pesar de su edad, posiblemente habría sido bellísima de joven, pues aún conservaba restos de esa hermosura de antaño. Iba vestida en tonos turquesa, algo que la favorecía especialmente, dada su estilizada figura. Daba la impresión de ser una persona de modales exquisitos y de poseer una excelente educación.

—Buenos días, señor Agudo. Siéntese, haga el favor —le invitó aquella señora alargándole su brazo derecho para estrecharle la mano con cierto aire aristocrático.

—Encantado de conocerla.

Estuvieron los dos sin atreverse a romper el hielo durante unos segundos hasta que la mujer dio término a esa incómoda situación.

—Dice usted que quería hablarme de mi marido. ¿Es periodista?

—No, no, señora, para nada. Soy investigador privado y estoy metido en un caso muy importante. He llegado hasta usted después de entrevistarme con Alejandro Soriano y sé que éste trabajó para su marido, por eso necesitaba recabar alguna información que me fuera útil.

Al escuchar el nombre del abogado, María del Mar Niebla frunció el ceño y mostró un gran disgusto.

—Alejandro Soriano, menudo sinvergüenza. Aléjese si puede de ese tipejo porque es poco fiable.

Obviamente el sabueso le ocultó que había sido comprado por el picapleitos. Necesitaba exprimirle toda la información posible.

—No es usted la primera persona que me advierte sobre él, así que tendré que empezar a tomármelo muy en serio.

—Claro que sí. Dejé a mi esposo en la estacada y al final limpió su nombre mientras que Gervasio no volvió jamás a mi lado.

—Sobre eso le quería preguntar precisamente. ¿Qué piensa usted al respecto de esa misteriosa desaparición de su marido? ¿No le parece todo muy extraño?

—Puede ser, pero más que desaparición yo lo llamaría asesinato. Siempre he dicho que a Gervasio lo eliminaron porque era molesto para los intereses de algunas personas. Sé que no tuvo el currículum más inmaculado del mundo y que defraudó a Hacienda, pero detrás de esto hubo poderes ocultos en la sombra que acabaron con mi esposo.

—¿Insinúa que alguien pudo haber ordenado que lo eliminaran?

—Por supuesto. Pongo mi mano en el fuego y estoy segura de que Soriano se implicó en dicho asunto y sabe más de lo que nunca ha revelado. Lo que ocurre es que, como le digo, siempre se ha cubierto muy bien las espaldas. Tiene excelentes contactos y ha recibido ayuda de varias personas, tanto de los gobiernos populares como de los socialistas.

—Si usted sabe tantas cosas, ¿por qué nunca lo ha denunciado públicamente?

—Porque todo lo que tengo son suposiciones. Jamás he podido encontrar ninguna prueba que pudiera imputar a Soriano. Comprenderá que estoy desesperada, ya que me voy haciendo mayor y llevo más de diez años

clamando justicia en vano.

—Y si le hablo sobre el «Libro de las almas», ¿eso le dice algo?

Cuando María del Mar Niebla oyó hablar del manuscrito se descompuso totalmente. Su piel se tornó tan pálida como el mármol y apenas empezó a expulsar algunas palabras entrecortadas.

—¿Cómo dice?, ¿eh? —balbució—, ¿el «Libro de las almas»? Hacía muchísimos años que no oía hablar sobre ese códice —confesó antes de exhalar un hondo suspiro, mostrándose cada vez más afectada por una situación que se le estaba yendo de control.

—Señora Niebla, veo que esto la está afectando mucho. Si lo prefiere podemos dejar de hablar del tema.

—No se preocupe. La vida me ha dado por desgracia muchos golpes y he tenido que sobreponerme a ellos. Lo que pasa es que todavía tengo demasiadas heridas que no están cerradas, y respecto a lo que se refiere al caso de mi marido, aún me chorrea sangre del corazón.

—Entiendo lo que me dice, pero ahora necesito que se concentre todo lo que pueda para hablarme sobre ese libro. Debo atar muchos cabos para poder resolver este caso.

—Está bien, veo que puedo confiar en usted y que me podría ayudar para limpiar el nombre de mi esposo. La relación entre Gervasio y Alejandro Soriano comenzó a mediados de los años ochenta. Como sabe, mi marido hizo una fortuna con su negocio de armador. Las cosas le iban bien y decidió expandir su imperio por varias ciudades nacionales e internacionales. El problema llegó cuando la ambición le pudo tanto que comenzó a tener dificultades económicas; entonces ocurrió todo el escándalo con Hacienda por lo de la evasión de los impuestos, y ahí fue cuando el abogado lo defendió en el juicio. Yo permanecí al margen de todo, porque jamás me metía en los negocios de mi marido. A pesar de eso, sé que él estaba obsesionado con ese viejo manuscrito. Durante ese tiempo Soriano vino a nuestra casa y mantuvo acaloradas reuniones con Gervasio. En pocos meses, su aspecto físico desmejoró mucho, en gran parte por toda la basura que estaban publicando los medios de comunicación, pero también a causa del «Libro de las almas». Un día salió de casa temprano. Me dijo que tenía que hacer un importante viaje a Bilbao. Su avión partió sobre las nueve de la mañana y ya nunca más se supo

nada de él pues no llegó a su destino. La policía estuvo investigando este caso durante meses; sin embargo, poco a poco se desentendieron, tanto que al final todo cayó en el olvido.

Cuando la señora Niebla contaba esta última parte de su relato, las lágrimas comenzaron a resbalarle por sus mejillas. A pesar de que habían pasado doce años desde aquella tragedia, parecía conservar los recuerdos muy frescos en su memoria.

—Disculpe que le haga volver a estos tiempos tan amargos del pasado, pero no se puede hacer una idea de lo importante que esto puede ser para mi investigación —terció Agudo viendo que aquella mujer estaba destrozada.

—No tenga reparos, detective; son acontecimientos que ocurrieron hace mucho tiempo y que ya no los puedo cambiar por desgracia.

Después de una breve pausa, Agudo volvió a la carga.

—¿Y qué relación tuvo con Soriano después de esos sucesos? ¿Se ha interesado por usted en estos años?

—Ese canalla es un maldito desalmado —respondió la señora Niebla con una ira manifiesta—. Cuando sucedió la tragedia se mostró esquivo conmigo y estuvo un tiempo intentando sortearme. Parecía que el caso le salpicara, de modo que mantuvo una distancia prudencial. Supongo que se imaginaba que yo intuía algo de sus turbios asuntos. Como no quería recibirme, un día me planté en su oficina y le canté las cuarenta al muy estúpido. También le hice algunas preguntas sobre el código, pero me dijo que jamás había oído hablar de ese tema. Como Soriano se sabe manejar muy bien en el terreno de la defensa, consiguió rebatirme todas las acusaciones que le hice y negó tener cualquier relación con la desaparición de Gervasio. Entonces supe que mi batalla estaba perdida y que no podía hacer otra cosa que claudicar. Esa es mi triste historia y aún estoy clamando justicia por el daño que me han hecho a mí y sobre todo a mi esposo, cuyo nombre ha quedado manchado para siempre.

—No sé qué decirle. Confieso que llevo sólo unos días investigando este asunto y que cada día que pasa se me están poniendo las cosas más difíciles. Parece que todo aquel que ha intentado buscar ese libro al final ha tenido un destino trágico. Ahora tanto Soriano como Jorge Sempere están afanándose por encontrarlo.

—No conozco a ese tal Sempere, aunque le digo que si hay una persona

que puede hacer algo para aclarar las cosas, ese puede ser usted. Le juro que aparte de lo que escuché sobre el «Libro de las almas», desconozco algo más que le pueda servir para su investigación. Lo que sí le voy a pedir es un favor, que desenmascare a Alejandro Soriano por todo el daño que ha ocasionado. Pero ándese con cuidado, ya sabe cómo se las gasta.

—Le agradezco la información que me ha contado —insinuó Agudo aún conmovido por el aspecto de fragilidad que mostraba aquella mujer—. Tome mi tarjeta para que, en caso de cualquier urgencia, pueda ponerse en contacto conmigo. Respecto a lo que se refiere a la historia de su marido, no se preocupe, pues estaré alerta con los cinco sentidos.

—Dios lo oiga. Me doy por satisfecha al saber que este affaire se va a remover.

—De acuerdo, mientras tanto debemos andarnos con pies de plomo porque tengo la impresión de que cada vez más personas intentarán boicotear cualquier movimiento que hagamos.

—Soy consciente de ello, Agudo, y estoy convencida de que la verdad, más tarde o más temprano, saldrá a relucir.

—Encantado de conocerla, señora Niebla. Hasta otra ocasión —respondió el sabueso volviéndole a estrechar la mano.

La mujer acompañó al investigador privado hasta la puerta y le dio de nuevo las gracias. Al encontrarse en la calle, Agudo se dio cuenta de que empezaba a llover una vez más. Se trataba de un agua muy fina pero suficiente para calarle hasta los huesos. Como cabía esperar en él, una vez más se había olvidado su paraguas en la oficina por las prisas. Nunca aprendía de sus propios errores.

Agudo había engañado a María del Mar Niebla, porque le ocultó que fuera un asalariado de Soriano, y la había utilizado para hacerle creer que sus intereses estaban totalmente en contra de los de su cliente. Poco le importaba que aquella viuda le hubiera contado un relato tan estremecedor ya que ahora era solamente un cazador que era capaz de cualquier cosa para seguir avanzando en sus indagaciones. Cuando comenzó su carrera de detective muchos años atrás y era un profesional bisoño aún poseía algunos principios e ideales, pero la vida le había dado tantos reveses que muy pronto se colocó un impermeable para poder actuar a sus anchas, al margen de cualquier principio

moral.



Las agujas del reloj estaban arañando el filo de la medianoche y Agudo aún permanecía en su despacho intentando darle sentido a una historia tan rocambolesca como aquella en la que se hallaba enredado. Cada vez había más piezas en movimiento y no era capaz de discernir qué le depararía el futuro. Cuando estaba recogiendo sus cosas, sonó el timbre de la puerta de su despacho. Fue rápidamente a abrirla y al otro lado apareció Carmen Altamira. Vestía un traje verde botella muy corto, con unos zapatos de tacón a juego.

—¿Me dejas pasar, detective? Es que me encontraba muy sola y tenía ganas de charlar con alguien.

—Verás, Carmen, no creo que sea una buena idea. Estoy trabajando muchísimo últimamente y no tengo tiempo para nada.

—Anda, tonto, dame un beso, que no te va a pasar nada.

Dicho y hecho, la joven se adelantó y le cogió la barbilla con su mano derecha mientras le rozaba con unos labios tan suaves como los pétalos de una flor de invernadero. Agudo sintió un chispazo por dentro que ascendió por todo su sistema nervioso y desembocó en su cerebro.

—Así está mejor, sabueso. ¿Ves cómo nos entendemos muy bien?

—Pero ¿qué es lo que estás haciendo, Carmen? ¿Te has vuelto loca?

—Nada de eso. ¿Hay algo malo en que nos divirtamos un poco los dos? — preguntó la chica rodeándole el cuello con sus brazos y agarrándose a él como una lapa.

El investigador estaba un poco confundido. No sabía por qué extraño motivo Carmen se sentía atraído hacia él. El caso es que éste se vio envuelto

en una especie de torbellino y si bien al principio opuso cierta resistencia, poco a poco fue cediendo a los encantos de aquella mujer tan seductora. ¿Cómo poder rebelarse a la fuerza de tales caricias? Además, a la vez que juntaban sus rostros, percibió el olor intenso de un perfume que se le metió en lo más hondo de su espíritu. Sin saber muy bien por qué razón, al final su cuerpo acabó tendido en un pequeño sofá que había en el despacho. Encima de él se hallaba la muchacha con el torso completamente desnudo. La voluntad del sabueso se había esfumado por las esquinas de la habitación y éste ya sólo se limitaba a moverse como un autómatas abandonado a su libre albedrío. Resultaba imposible zafarse de esos pechos tan suaves que le invitaban a sumergirse en un océano lleno de prohibiciones. Cuanto más intentaba librarse de su oponente, más atrapado se hallaba en una red de abrazos, besos y caricias que se extendían por todas las zonas del mapa de su cuerpo. Llegaron a culminar el acto sexual en varias ocasiones en el mismo momento en que una pálida luna se asomaba tímidamente por el firmamento a través de unas nubes espesas. En ocasiones era ella la que llevaba la voz cantante, colocándose a horcajadas al mismo tiempo que lo rodeaba con sus piernas; otras veces fue Agudo el que tomó la iniciativa. Ambos eran capaces de sentir miles de impulsos mientras sus mentes se echaban a volar hacia las esferas más altas del universo.

Así pudieron estar un par de horas librando infinitas batallas carnales; o tal vez estuvieran un par de días, ¿quién sabe? Cualquier posibilidad hubiera sido válida, pero a ninguno de ellos pareció importarles lo más mínimo.

Cuando el detective recompuso un poco la situación, se separó del cuerpo de su oponente y le dijo:

—¿Te das cuenta de lo que estamos haciendo?

—Claro que sí, Agudo. Nunca me he encontrado tan segura como ahora. Me gusta estar contigo y me lo paso muy bien. ¿No te vale eso?

—Sí, y ¿qué hay de Soriano? ¿Crees que le gustará la idea de que su amante esté haciéndole el amor al detective al que ha contratado?

Al escuchar Carmen esto se puso un poco más seria. Pocos segundos después recuperó, sin embargo, su expresión más seductora.

—No entiendes nada porque tienes una cabeza de chorlito. La relación

entre Alejandro y yo no deja de ser estrictamente profesional. Lo que haga en los ratos libres es cosa mía porque ya soy mayorcita como para tomar mis propias decisiones, ¿no te parece?

—¿Qué quieres que te diga? Todo eso está muy bien, pero no debo fiarme de nadie mientras ande metido en este juego.

—No seas imbécil, detective. Pocas veces habrá entrado en un antro como éste una mujer como yo. Date con un canto en los dientes y piensa que has tenido mucha suerte en conocerme —protestó Carmen poniéndole una de sus caras maliciosas. A continuación, se subió las medias y se colocó el sujetador.

—No lo sé, estoy muy confundido porque mi vida ha cambiado mucho en los últimos días.

—Claro que sí. Antes no dejabas de ser un fracasado que husmeaba en casos que tenían muy poca chicha y ahora estás metido hasta el cuello en una trama que podría ser tu salvación definitiva. Soy una mujer muy ocupada, de modo que no me tendrás aquí todas las noches.

—Lamento decirte que no me acabo de fiar de ti. Tiene que haber algún gato encerrado en todo esto.

—Eres un maldito desconfiado, Agudo, y así no vas a llegar a ninguna parte. De todas formas no he venido aquí sólo para acostarme contigo.

—Ah, encanto, veo que ya nos vamos entendiendo un poco mejor. Seguro que buscas algo de mí como todo el mundo.

—Desde hace unos meses Alejandro está muy raro. Ya casi no cuento nada para él y siento como si quisiera deshacerse de mí y echarme del trabajo. Me estoy sintiendo muy utilizada, por eso me gustaría que lo vigilaras de cerca y que sigieras todos sus movimientos para ver con quién se reúne, qué es lo que hace...

—Estás loca de remate, no puedo morder la mano que me da de comer —le interrumpió Agudo—. ¿Qué quieres, que me plante en la puerta de su oficina y que le siga por todas partes? No sé por quién me has tomado pero no soy tan estúpido como crees.

En el mismo momento en que decía estas últimas palabras, el detective se levantó del sofá aún desnudo y fue a buscar una botella de whisky que tenía guardada en un pequeño armario por si surgía cualquier imprevisto.

—¿Quieres un poco? Nos servirá para refrescarnos el gaznate.

—No, gracias. Tengo un paladar más exquisito y no me voy a tragar esa bazofia que tienes ahí escondida. En cuanto a lo del trabajito que te he comentado, no es algo tan difícil, además te podría ofrecer mucho dinero.

—Vamos a ver, se supone que estás trabajando para Soriano. ¿Es que ahora te has vuelto en su contra?

—Creo que ese imbécil me está engañando con otra mujer.

—Acabáramos, ¿con que sólo te unía a él una relación profesional, eh? ¿Por qué no has empezado tu historia por ahí? Y como te sientes despechada, lo único que se te ocurre es pasarte por mi oficina y tomarme como segundo plato.

—Pero tú me gustas mucho más de lo que crees, Agudo. Los dos podemos llegar muy lejos si trabajamos juntos. Soriano es una persona indeseable y pienso que ha llegado el momento de independizarme.

—No me negarás que tú también quieres el «Libro de las almas» — replicó el detective con un gesto de estupefacción.

—Claro que sí. No creo que sea algo tan complicado de entender — matizó Altamira con un brillo de ambición en su rostro—. No sé muy bien qué es lo que debe esconder ese código, pero si lo tuviéramos en nuestro poder podríamos descubrirlo juntos —a la vez que decía estas últimas palabras, le acarició al detective la espalda en pequeños círculos concéntricos, formando un mapa de figuras geométricas imposibles.

—Creo que debes irte a tu casa a descansar, cariño, porque la noche ha sido muy dura. Además, eso de pensar en plural está muy bien para las colegialas que tienen planes de boda. Me temo que yo soy un lobo solitario y no me gusta rendirle cuentas a nadie. ¿Qué te has creído?

—Piensa en lo que te he dicho, Agudo.

—Ya estaremos en contacto, encanto. De momento debo concentrarme en una investigación seria, no en una mamarrachada como la que me has planteado esta noche.

Los dos se vistieron y Carmen se marchó sigilosamente tal y como había venido después de comprobar que no iba a conquistar al investigador privado tan rápidamente como esperaba.

Entonces, y sin saber por qué motivo, Agudo decidió perseguirla una vez que ésta salió a la calle. Tal vez así pudiera obtener alguna pista. Se colocó su

gabardina y, tras esperar unos segundos, se lanzó en su persecución.

Cuando hubo traspasado el portal, vio que se encontraba a unos cien metros de distancia de la joven. Carmen iba caminando con una lenta parsimonia, haciendo un ruido cadencioso con los tacones de sus zapatos. Salieron a la Gran Vía, en donde se notaba mucho bullicio porque era viernes por la noche. El detective tenía que andarse con cuidado, ya que la chica parecía haber llegado a tener cierta confianza con él, algo que podría truncarse si notaba que la estaba persiguiendo.

Agudo se sentía como el clásico detective de las películas. Una especie de James Stewart detrás de Kim Novak en «Vértigo». Tal vez Carmen sí alcanzara la belleza y el glamour de la actriz norteamericana, pero desde luego, en lo que se refería al sabueso, éste jamás podría igualarse a la elegancia y al desparpajo del protagonista de «Qué bello es vivir». En todo caso hizo lo que pudo para que la muchacha no detectara su presencia.

Llegaron hasta el Callao. Entonces el investigador se tuvo que quedar un tiempo parado porque la muchacha permaneció en aquel lugar a la espera de que apareciera una persona. La tardanza se hizo eterna, mas al final entró en escena un hombre de unos cuarenta años de edad. Era alto y vestía un traje de chaqueta gris ajustado a una figura atlética. Los dos estuvieron hablando acaloradamente, incluso aquel tipo llegó a zarandearla de un brazo. Al verlo, Agudo se puso en guardia sin saber lo que estaba pasando, dispuesto a intervenir en cualquier momento si hiciera falta. Pronto la joven y el desconocido siguieron charlando hasta que éste sacó un pequeño maletín. Ella lo abrió y comprobó que el dinero que había en su interior era la cantidad pactada. Eso descolocó muchísimo al sabueso, pues no se imaginaba por qué razón ambos estaban realizando en plena calle esa transacción económica. Luego vio cómo aquel tipo abrazaba a Carmen y la besaba en la boca apasionadamente durante unos segundos. Al investigador privado le dio asco contemplar aquella escena después de haberse acostado con ella apenas unos minutos antes. No quería ser el pelele de una mujer que lo podía manejar a su antojo, y menos transformarse en los desechos de alguien que había flirteado con Soriano y que ahora, delante de sus narices, estaba pegándose con un desconocido.

Se dio la vuelta como un rayo intentando borrar de su cerebro esa escena

tan horrenda. El muy bobo había llegado a sentir algo por aquella mujer, pero ahora era consciente de que lo que había vivido en los últimos días formaba parte de un complot del que él estaba saliendo muy mal parado. Tuvo ganas de mandarlo todo a la mierda, ya que creía que la búsqueda de aquel viejo código era una locura. Sacó incluso su teléfono móvil y deseó con todas sus fuerzas llamar a Soriano para decirle que ya no quería trabajar para él y que le iba a devolver todo el dinero que había recibido de adelanto. Sin embargo, al final no reunió el valor suficiente como para dar ese paso adelante. En el fondo sabía que no era más que un cobarde incapaz de controlar las riendas de su vida. Acabó maldiciendo su escasa fortuna y se dirigió hacia su oficina no sin antes pasarse por un garito en el que ofrecían unas copas muy cargadas. Estaba hecho una piltrafa humana, un ser que no hubiera inspirado ninguna confianza a la hora de encargarle un nuevo caso.

Ocho



Arturo Enigma se encontraba con un humor de perros y tenía miedo de afrontar una nueva aventura editorial. Su representante de los últimos años lo había dejado en la estacada y ahora se sentía muy desamparado. No obstante, eso no era lo que más le preocupaba, sino el recuerdo de su experiencia en el Parque del Retiro. Desde entonces había permanecido encerrado en su apartamento, refugiándose ante una sensación continua de pavor. Por las noches tenía miedo de quedarse dormido y no apagaba la luz de su mesita de noche porque aún permanecía en su cerebro grabado ese rostro tan terrorífico del Ángel Caído. Llegó a pensar que todo lo que le había pasado fue producto de un sueño; quizás su estado de alteración tras haber roto con Javier Tamargo había precipitado los acontecimientos. A pesar de lo cual, en su móvil aún permanecía ese extraño mensaje que había recibido, y de eso no se podía dudar. Había leído el texto incontables veces sin poder sacar ninguna conclusión. Una vez más encendió su teléfono y deseó que ya no estuviesen allí guardadas aquellas extrañas frases, pero ahí seguían como rémoras lapidarias:

«Los días del pasado ya no volverán. El futuro es un inmenso libro en blanco que aún está por abrir».

Apagó con rabia la pantalla y se sentó en el sofá. Estaba desesperado ya que nunca se había enfrentado a una situación tan desconcertante. No sabía qué hacer ni a quién acudir. Pensó que si le contaba esta historia a alguien lo tomarían por un loco.

Pese a todas esas frustraciones, se dio cuenta de que en sus manos tenía el periódico que compró unos días atrás. Se hallaba tan nervioso que apenas le había echado un vistazo. Por eso le llamó mucho la atención cuando observó que en una página había un anuncio que decía lo siguiente:

«Se necesitan escritores para iniciar un proyecto literario. Los interesados pueden contactar con la editorial Morpheus».

Aquel anuncio le pareció de lo más extraño y al principio dudó del modo en que debía actuar. Finalmente se dio cuenta de que en la parte inferior del reclamo comercial venía un número de teléfono, así que decidió llamar pues no tenía nada que perder dada su estrecha situación económica.

Marcó el número y esperó a que sonara el tono. Pasó un tiempo prudencial hasta que se oyó a alguien al otro lado:

—Editorial Morpheus, ¿en qué podemos ayudarle? —contestó una voz femenina con tono de arpegio.

—Buenos días, mi nombre es Arturo Enigma. Soy escritor y guionista. Les llamo por lo del anuncio que han puesto en el periódico.

—Sí, señor Enigma, sé quién es usted porque he leído algunos libros suyos y me encantó «Luna de invierno».

—Muchas gracias. En cuanto a lo del trabajo, ¿podría aclararme en qué consiste exactamente? Es que tengo varias ofertas y necesito estudiarlas con calma —aseguró tirándose un farol.

—No le puedo decir demasiado porque he llegado aquí hace poco tiempo pero puede pasarse esta misma tarde cuando regrese a la oficina el señor Jaime Sepúlveda, que es nuestro editor. Él le informará sobre todo lo que quiera.

—De acuerdo, me parece muy razonable. ¿Cuál es su dirección?

—Estamos en la Plaza Santa Ana.

—Ah sí, ahora que lo recuerdo creo que alguna vez que he pasado por ahí he visto el rótulo de su editorial.

—Muy bien. Podría venir sobre las seis, ya que a esa hora estará don Jaime —afirmó la joven en un tono muy amable.

—Estupendo. Nos vemos por la tarde.

Cuando Arturo colgó el teléfono sintió un gran alivio después de escuchar las palabras de aquella mujer. Por lo visto en Morpheus estaban interesados en

comenzar un nuevo proyecto literario y a él le podría venir de perlas afrontar esta aventura. Por primera vez en mucho tiempo se sentía más confiado. Su suerte por fin podría estar cambiando. Casi todas las editoriales le habían dado la espalda en los últimos meses después de sus recientes fracasos en ventas. Lo que más le afectaba al escritor era tener que sufrir cierto agotamiento de ideas. Enfrentarse al desafío del folio en blanco ya no era para él algo tan excitante; por desgracia, esto se había terminado convirtiéndose en una rutina. Era como si un mapa de cicatrices se le hubiera grabado en lo más profundo de su cuerpo, llegando incluso hasta su alma.

Como quería causar buena impresión, se arregló a fondo, empezando por un intenso aseo personal, afeitándose esa barba tan espesa que asomaba por su cara desde hacía tantos días. Una vez se hubo afeitado volvió a tener ese aspecto de eterno adolescente que en el pasado llegó a cautivar a más de una mujer. Entonces conoció a Lorena, que tendría que haber sido el gran amor de su vida, pero al final su matrimonio resultó un infierno y toda su vida se derrumbó como un castillo de naipes.

Después de comer, el novelista contó las horas que aún le quedaban para acercarse hasta la editorial. Al salir de su casa se percató de que el cielo volvía a estar encapotado, con unas nubes de tonalidades próximas a un acero azulado. Llevaba consigo la misma chaqueta que le había acompañado en el Retiro, aunque intentó no pensar demasiado en aquello. Como estaba un poco nervioso y tenía aún más de una hora y media por delante, decidió ir andando desde su casa.

Después de vagabundear por varias calles, al fin llegó a la Plaza Santa Ana y contempló la fachada del Teatro Español, lugar en donde había disfrutado de tantas obras. También allí se despidió para siempre de Fernando Fernán Gómez ante una multitudinaria cola de admiradores y curiosos. Hizo un poco de tiempo hasta que al final se dirigió hacia la sede de la editorial Morpheus. Por las venas sentía la misma adrenalina de sus inicios como escritor; ese nervio tan vital para cualquier persona que quiera hacer algo importante dentro del mundo de la literatura. Sin embargo, intentó abstraerse de toda esa presión y llamó al timbre de aquella pequeña empresa.

Le abrió una joven de unos veinticinco años, de cabellos rubios cenicientos y con unos ojos grises pálidos. Lucía, además, unas graciosas

gafitas que le daban un aspecto de colegiala, efecto que era potenciado por unas pecas que se salpicaban caprichosamente por su rostro marmóreo.

—Buenas tardes, soy Arturo Enigma. He venido para reunirme con Jaime Sepúlveda.

—Me encanta conocerlo en persona después de hablar con usted por teléfono. Me llamo Luisa Alegría —le dijo mientras se estrechaban las manos en señal de saludo—. Espere un momento que ahora llamo al señor Sepúlveda.

La editorial se hallaba situada en un pequeño piso. Sus paredes estaban decoradas con algunos de los escritores que él más admiraba, como Paul Auster, Stevenson, Tolstoi o García Márquez, entre otros muchos. No estaba mal para empezar teniendo en cuenta que llevaban poco más de un año y medio trabajando. Había varias mesas repletas de manuscritos. Seguramente muchos de éstos serían de autores noveles que soñaban con que alguna vez su historia saliera publicada. Arturo ya había pasado por esa misma experiencia hacía muchos años y, en cierto modo, sintió nostalgia al recordar a aquel joven impetuoso que llegó a arriesgar tanto antaño y que tuvo que luchar por ver cómo su primera novela salía al mercado. Luego vino el éxito inesperado de «Luna de invierno», una obra que le costó la enfermedad y su matrimonio, ya que en ella se vació por completo y dejó todo su cuerpo y su alma. A pesar de lo cual, tanto el público como la crítica la alabaron y el libro permaneció en los primeros puestos de las listas de ventas durante muchas semanas. Por desgracia, la caída resultó muy dura cuando sus siguientes obras fracasaron.

Cuando estaba envuelto por aquellos pensamientos tan amargos, volvió a salir la chica de las gafitas y le dijo:

—Pase. Jaime Sepúlveda lo está esperando.

—Se lo agradezco —replicó Arturo.

A continuación entró en un pequeño pero coqueto despacho. Notó un olor especial, pero no acertó a adivinar de qué se trataba. Había una mesa atestada de folios que casi hacía imposible encontrar algún rincón libre. Sepúlveda salió al encuentro del escritor. Era un hombre de unos cuarenta años; llevaba gafas y tenía el pelo moreno. No llegaría al metro setenta y cinco y en su mejilla derecha lucía una pequeña cicatriz de un tono algo blanquecino que trataba de camuflar con una barba espesa pero muy bien recortada. Poseía una

mirada intelectual no exenta de intuición, un arma perfecta para cualquier buen editor.

—Buenas tardes, Arturo. Me alegra saber que se ha interesado en nuestro anuncio.

—Si le soy sincero estaba pendiente de algunas cosas, pero también me atraía mucho iniciar desafíos nuevos como el que ofrecen ustedes.

—Ya veo —respondió el editor con un aire de complicidad, dando a entender que sabía perfectamente la situación real por la que atravesaba en esos momentos el novelista—. En todo caso nos alegra contar con usted y que forme parte de nuestra tripulación. Pero siéntese, así estaremos mucho más cómodos. Por cierto, ¿fuma usted?

—Sí —contestó Enigma.

—Entonces tome este cigarrillo para romper el hielo. A propósito, ¿no le importa si nos tuteamos?

—Claro que no.

—Estupendo, ya estamos congeniando mejor. Pues bien, lo del anuncio en los periódicos se refiere a un trabajo por encargo que nos ha solicitado un cliente.

—¿De qué tipo de encargo se trata? —indagó el escritor algo desconcertado por aquellas últimas palabras de Sepúlveda.

—Al parecer, el señor Edmundo Malatesta, nuestro cliente, quiere publicar un libro, por eso desea contar con la ayuda de un escritor experto. Por lo visto es millonario y necesita a alguien que le escriba una buena historia. Se trata de un contrato especial que hemos firmado con él, pues nos ha adelantado una suma muy generosa de dinero. Y si le soy sincero no sé por qué motivo pero está interesadísimo en que seamos nosotros sus editores.

—Creo que no lo estoy entendiendo bien. ¿Habéis hecho un contrato con un individuo que necesita que alguien le escriba un libro y no sabéis qué es lo que quiere publicar exactamente?

—Así es, Arturo, aunque suene rocambolesco, no te puedo contar mucho más. En todo caso me alegro de que hayas sido tú la primera persona interesada en nuestra propuesta, ya que creo que eso puede significar un revulsivo para tu carrera. ¿Qué opinas?

—No lo sé, Jaime. Si ese tipo pretende que sea su negro va aviado porque

no estoy dispuesto a escribir una sola línea si el texto al final no lleva mi nombre.

—No creo que ese sea el caso. De todas formas, deberás quedar con él para que te explique qué clase de obra desea publicar así como las condiciones de trabajo que tendrías que seguir. Si al final no las aceptas, no pasa nada. Romperemos el precontrato y todos tan contentos.

—¿Y cuánto dinero me reportará este trabajo si decido hacerlo?

—Me es imposible decirte nada porque esa es una decisión del señor Malatesta. No obstante, te garantizo que va a ser una oferta muy buena porque con nosotros ha sido muy generoso y nos está dando todas las facilidades del mundo. Cuando lo veas en persona él mismo te concretará todos esos detalles —insistió el editor con una expresión de confianza.

—De acuerdo. Veo que no me queda otra opción.

—Me parece que nos vamos a entender muy bien a partir de ahora, Arturo. Aquí te dejo la tarjeta de don Edmundo. Es un hombre mayor. Tendrá unos ochenta años más o menos, de modo que al principio puede que te cueste un poco trabajar con él porque ya sabes que este tipo de personas tiene muchas manías. Sin embargo, estoy seguro de que congeniarás con él pronto y de que no te arrepentirás. En todo caso —le aseguró el editor—, estaremos en contacto para cualquier problema que surja. De momento ya no te puedo añadir mucho más de lo que ya te he comentado.

—Muy bien. Esto es lo más raro que he hecho en mi vida pero creo que me has convencido. Ya hablaremos cuando me reúna con Malatesta. Hasta pronto, pues —respondió el novelista volviéndose a estrechar las manos, esta vez como protocolo de despedida.

El encuentro entre escritor y editor había sido breve pero intenso, el tiempo necesario como para darse cuenta de que ambos podían salir muy bien parados. A una joven editorial le convenía que un autor de renombre como Arturo acometiera un proyecto un tanto estrambótico aunque a la par rentable, y a Enigma aquel libro podría devolverlo de nuevo a lo más alto del mercado editorial. De todas formas, el escritor sabía que en cualquier momento el contrato podía ser revocado, y eso le protegía ante una posible situación de abuso.

Después de despedirse de la simpática secretaria volvió a salir a la plaza.

Ya había anochecido completamente y, como no tenía un plan preconcebido, entró en la Cervecería Alemana de la Plaza Santa Ana. Tuvo suerte y consiguió una mesa que estaba pegada junto a uno de los ventanales del recinto. Desde aquella atalaya era capaz de ver a los turistas que caminaban desperdigados tratando de encontrar un asiento para descansar después de una jornada agotadora. Cuando llevaba allí unos minutos se dio cuenta de que el ambiente era estupendo, más después de haber saboreado un par de cañas. Como era un lector empedernido, se había traído consigo un ejemplar de bolsillo del «Yo, Claudio», de Robert Graves, libro que le gustaba releer de vez en cuando. Se hallaba en la gloria deleitándose con los avatares de aquel decadente imperio romano mientras saboreaba un plato de pinchos. Además, entró en un éxtasis cuando notó el frescor de la espuma acariciando su garganta. No podía pedirle más a un día en el que comenzaba a vislumbrar un futuro algo más estable dentro de su zozobra personal. Ya no le importaba nada su ruptura con Tamargo. Ahora sólo tenía en su mente el trabajo que le ofrecía ese tal Malatesta.

Respecto a éste último, comenzó a divagar sobre qué tipo de persona sería. A lo mejor, si se trataba de un tipo demasiado huraño, ese factor podría impedir que las relaciones entre ambos fueran fluidas. Nunca se había visto envuelto en tales circunstancias bajo las órdenes de un extraño y sin saber siquiera qué clase de obra iba a tener que escribir. Quizás tendría que redactar una novela o tal vez un ensayo. Eran demasiadas las interrogantes que bombardeaban su cerebro. A pesar de lo cual, trató de no perderle el hilo a la narración de Graves.

De repente, y sin ningún motivo en especial, elevó la cabeza por encima de las hojas del libro. Algo que había en la calle le llamó la atención, por eso cerró la novela después de haber introducido su dedo índice derecho para no perder la página de lectura. Por la plaza transitaban muchas personas, pero a lo lejos vio a un hombre larguirucho que estaba situado en el otro extremo de donde se ubicaba el bar. Fue una visión que apenas duró unos segundos, el tiempo suficiente como para contemplarle bien su rostro. Tenía una expresión aterradora en la que se esbozaba una mueca burlona semejante a la de la estatua del Ángel Caído. Al escritor se le quedaron paralizados todos sus miembros a la vez que un calambre le recorría el espinazo. Incluso sintió un

sudor frío por la frente. Aquel ser que lo observaba parecía estar vigilándolo desde hacía unos minutos con un gesto desafiante. Por más que lo intentó Arturo no pudo despegar sus ojos de la terrible mirada de aquel hombre; sus piernas comenzaron a temblarle ante lo pavoroso de la escena.

—Señor, ¿desea pedir usted algo más? —le preguntó al escritor un camarero avisado que merodeaba por las distintas mesas del local, siempre atento a cuando los clientes terminaban sus consumiciones.

—No, gracias —replicó Arturo embargado aún por una sensación de espanto.

Entonces volvió a dirigir sus ojos hacia aquel hombre; sin embargo, por desgracia éste ya había desaparecido, no dejando rastro por ninguna parte. El autor trató de serenarse y miró convulsivamente en todas direcciones. Incluso salió de la taberna y escrutó como un poseso todos los rincones de la plaza, pero aquello resultó un esfuerzo estéril. Se hallaba extenuado y confundido. Estaba claro que había visto a aquel horrible ser mirándolo fijamente en la lejanía. Intentó hacer memoria y lo volvió a visualizar en su mente. Efectivamente, era un hombre alto y delgado, con una perilla dibujada en una barbilla picuda. Además, tenía una cara tan pálida como la de un muerto. Por unos momentos Arturo pareció perder la razón después de haber tenido esa experiencia.

Regresó después de unos minutos a la cervecería y pagó su consumición. Otra vez volvieron los fantasmas de los últimos días. La jornada, que había comenzado para él como un cambio para la esperanza, al final acabó de una manera dramática. Lo peor de todo es que sentía mucho miedo, por eso huyó de allí y se dirigió a su casa a la velocidad del rayo. Al llegar a su piso se quedó sentado en el sofá del salón viendo la televisión. Los pensamientos se le iban inevitablemente hacia la experiencia traumática que acababa de padecer.

Intentó serenarse después de beberse una doble tila, pero sus nervios se pusieron una vez más a flor de piel cuando recibió en su móvil otro mensaje anónimo que decía lo siguiente:

«Una letra grabada será la condenación. Sólo los justos caminarán hacia la luz eterna».

Arturo arrojó el teléfono al suelo y enloqueció pensando en las extrañas

palabras que acababa de leer. Se trataba de una frase enigmática y a la vez reveladora que no hacía sino recordarle que estaba viviendo una pesadilla.

Nueve



Agudo estaba totalmente abatido. Le resultaba muy complicado avanzar demasiado en sus investigaciones y no paraba de pensar en la experiencia tan desagradable que había tenido con Carmen Altamira la noche anterior. Intentaba razonar el motivo por el cual ella había recibido un maletín lleno de dinero. Era evidente que la joven se movía dentro de un ambiente turbio, pero él había decidido mantenerse al margen de todo esto. No quería que le estafaran con una noche de sexo, por eso deseó mandar al garete a aquella mujer, aunque en el fondo sabía de sobra que eso le iba a resultar difícil.

Además, se sentía demasiado confuso pues no entendía muy bien la relación que ésta mantenía con Soriano. Un día había venido hasta su oficina para pedirle que trabajara con el abogado; sin embargo, poco después le rogó que lo vigilara de cerca para ver si podía descubrir algo que le pudiera servir en su contra.

Sacó uno de sus cigarrillos apestosos e inundó su cuchitril de fétidas cortinas de humo que hacían de aquel lugar un antro nocivo no sólo para la salud del cuerpo, sino para la del alma. Pese a ello el investigador parecía que necesitaba inhalar aquellas desagradables bocanadas para poder seguir adelante.

De repente se le ocurrió que podría encontrar algo si rebuscaba en la vida de Jorge Sempere. Tal vez espiándolo hallaría una nueva pista que pudiera serle útil. Miró entonces su reloj y vio que al anticuario le faltaba una hora y media para cerrar su tienda. Sin pensárselo demasiado cogió una chaqueta y se

dirigió para allá apresuradamente.

Aquella tarde era la del 19 de octubre y el mal tiempo parecía haber dado una nueva tregua, de manera que el lienzo del cielo madrileño estaba trazado con un sol otoñal tenue. Agudo estaba situado a una distancia prudencial de la puerta del anticuario. Había que ver sin ser visto. Lo peor de todo es que la espera podría resultarle muy molesta porque probablemente tendría que estar demasiado tiempo hasta que el hurón saliera de su madriguera.

Mientras aguantaba plantado en dicho lugar, revivía en su memoria los recuerdos de algunos espectros que lo transportaban a un pasado sucio en donde había cometido demasiadas atrocidades, muchas de ellas al margen de la ley. Estaba invadido por estas ideas cuando se percató de que Sempere salía antes de lo previsto de la tienda. Probablemente le habría encargado a su ayudante que cerrase.

El viejo marcó desde el principio un paso acelerado. Bajo el brazo llevaba una carpeta. El investigador no podía permitir que aquella presa se le escapara pese a que fuera una hora de mucho trasiego. Llegó el momento de moverse con sigilo para evitar que el anciano se diera cuenta de que éste andaba detrás de él vigilando todos sus movimientos. El anticuario podía ser la llave que le abriera todas las puertas que ahora permanecían cerradas en su camino.

Sempere seguía caminando pero Agudo se percató de que éste se sintió un poco exhausto en un momento dado, así que tuvo que parar durante un rato. Debía sufrir algún tipo de problema respiratorio, pues se acordó del habla entrecortada que solía mostrar en sus conversaciones. Al cabo de unos minutos de descanso, el anticuario siguió su trayecto hasta que llegó a una iglesia. Cuando estuvo en el interior del templo, observó que saludaba a un sacerdote joven, de unos treinta y cinco años como máximo. Después de unos breves preámbulos de rigor, el cura lo invitó a pasar a su despacho. Mientras que su hombre estaba reunido con aquel ministro de la Iglesia, no pudo hacer otra cosa que permanecer sentado en uno de los bancos.

Pese a que dentro de aquel templo se respiraba cierto aire de recogimiento, en gran medida potenciado por una música celestial que salía de la megafonía del edificio, desde hacía muchos años el detective había dejado de sentir cualquier tipo de inclinación religiosa. Eso sucedió sobre todo

después de haber vivido un día fatídico en el que su único hermano falleció en un accidente de tráfico, algo que lo amargó ya para el resto de su vida.

Al mismo tiempo que seguía sonando la música, notó un poco de paz dentro de su espíritu. Pero para él era ya demasiado tarde. Había optado por seguir un camino sin retorno en el que se encontraba completamente solo, sin la compañía de nadie que le pudiera echar una mano.

Así pasaron unos minutos más hasta que de repente se abrió la puerta del despacho. Como al fondo había un grupo de feligreses orando, Agudo corrió rápidamente hacia ese lugar pues si lo hubiera descubierto Sempere las consecuencias hubiesen sido nefastas para él. En el mismo instante en que estaba arrodillado en un banco con reclinatorio, se percató de que tanto el cura como el viejo mantenían una conversación algo acalorada. Por desgracia ambos estaban demasiado lejos, pero el sabueso se dio cuenta de que no había ninguna empatía entre ellos. De repente Sempere encolerizó y le dijo algo al cura que tuvo que ser muy desagradable; éste último le hizo un ademán con sus manos obligándolo a que abandonara la iglesia de inmediato.

El anticuario acabó marchándose no sin antes darse media vuelta y dirigirle una última mirada de odio hacia su interlocutor. El sacerdote, lejos de amedrentarse ante esta actitud amenazante, permaneció dignamente en su sitio, conservando la calma después de haber expulsado a tan incómodo visitante. Agudo estaba impresionado de haber sido testigo de aquella escena.

Después de la marcha de Sempere, se acercó adonde se hallaba el cura. Éste tenía unos ojos marrones oscuros y el pelo moreno, y a pesar de que aún estaba muy agitado por la reciente disputa con el viejo, en el fondo de su expresión se vislumbraba un gesto de bondad. Vestía además un traje de chaqueta negro a juego con el color de su clérigan, en cuya parte superior sobresalía el alzacuello.

—Buenas tardes, padre. Perdone mi indiscreción pero necesito hablar con usted urgentemente. Me llamo Carlos Agudo y soy un investigador privado — le aclaró enseñándole su licencia.

El joven sacerdote aún estaba muy afectado tras su encuentro previo con Sempere, pero reaccionó con decisión y se dirigió hacia el detective.

—Vaya. Parece que hoy todo el mundo necesita quedar conmigo. Yo

también me voy a presentar. Mi nombre es Gabriel Portaceli y soy el párroco de esta iglesia— contestó con un rostro algo más calmado.

—Mire, no me andaré con rodeos. Estoy aquí porque he estado siguiendo a Sempere y necesitaba hablar con usted acerca de varios asuntos.

Al escuchar esto, el sacerdote observó a su alrededor con cautela para que los feligreses no se enterasen de nada.

—De acuerdo. Son las ocho y media, así que acompáñeme hasta mi despacho porque aún disponemos de algo de tiempo antes de que cerremos.

Acto seguido, habló con el otro sacerdote que había en el templo para que atendiera el confesionario. Luego invitó a Agudo a que lo acompañara tal y como había hecho antes con el anticuario. Por fin ambos se encontraron en el despacho del sacerdote, el cual colgó su chaqueta en un perchero para sentirse más cómodo. Todo estaba muy ordenado y limpio. Junto al ordenador del cura había una biblia de bolsillo que tenía las pastas gastadas después de muchos años de uso. El detective se sentó en un asiento modesto pero confortable siguiendo las indicaciones de su anfitrión. En las paredes de la habitación había unos retratos de Jesucristo y de algunos santos, y aún se oía parte de aquella música relajante que había estado sonando en la iglesia.

—Estoy un poco confuso porque ese hombre quería unas cosas muy extrañas y ahora usted viene y me pide también información —añadió Portaceli.

—Verá, no le quiero ocupar demasiado tiempo. Estoy enfrascado en una investigación y he llegado a un punto clave en el que me era imprescindible seguir los movimientos de Sempere.

—No sé en qué le puedo ayudar. Soy sólo un ministro de la Iglesia al que no le gusta meterse en problemas —insistió el sacerdote.

—Claro que sí, Gabriel, pero necesito que sea sincero conmigo para conocer un dato que es esencial. ¿Qué ha venido a buscar aquí un tipo como Sempere?

—No ha venido por nada bueno —aclaró el cura—. Sólo quería que le tradujera unos versos, pero cuando me di cuenta de sus verdaderas intenciones, le eché inmediatamente.

—Muy bien, la cosa se está poniendo buena —respondió el sabueso en señal de triunfo sabiendo que podía cocerse algo importante—. En cuanto a

esos versos, ¿qué era lo que llevaba Sempere en su carpeta?

—Sacó unos documentos muy antiguos y me dijo que tenía que mostrarme unas frases. No sé cómo pero se había enterado de que soy un experto en lenguas antiguas, por eso me enseñó unos textos que estaban escritos en latín y otra parte en arameo. Un párrafo hacía mención al poder del Maligno, entonces le dije que no deseaba continuar con ese asunto y le advertí de que aquellas palabras podían resultar muy peligrosas. En ese momento Sempere se puso muy nervioso y me obligó a que lo ayudara; incluso me ofreció mucho dinero, pero su actitud era denigrante y le respondí que me dejara en paz. Ante mis palabras reaccionó de una forma muy violenta, así que le exigí que se marchara. Los dos salimos del despacho y el resto de la historia ya la conoce.

—Sin embargo, Gabriel, no entiendo una cosa. Ha dicho que unos textos hacían alusión al poder del Maligno o algo así. ¿Qué problema tenía usted para traducirle lo que Sempere deseaba si con eso se hubiera marchado sin montar ningún altercado?

—No es tan fácil como cree, señor Agudo. En ese texto había escondidas unas palabras extrañas escritas en una lengua que no conocía. Eso no me gustó pues sabía que no podía haber nada positivo en esas estrofas. Entonces me asusté. Además, me desagradó la actitud de ese hombre; cada vez me estaba poniendo más nervioso y me inquietaba su presencia. Por eso no le quise seguir el juego.

—Está bien, ahora me hago cargo de la situación, pero le digo que a partir de ahora sea cauteloso.

—No me preocupa lo que haga ese individuo. El Señor es mi Pastor y nada me falta. Siempre me guío por ese principio —replicó el sacerdote con un brillo de fe en su mirada.

Agudo se sentía un poco abrumado ante la respuesta que la había dado Gabriel Portaceli. Le parecía increíble que un hombre como él tuviera unas creencias tan profundas arraigadas en su corazón. Lo único que pudo hacer fue agachar su cabeza en señal de sumisión.

—Ahora, si no le importa, me gustaría hacerle una pregunta, señor Agudo: ¿Por qué ha perdido la fe? ¿Es que ya no cree en nada por lo que luchar?

—Eso es algo de mi vida personal y no he venido hasta aquí para confesarme. Cuando quiera cambiar de idea, lo llamaré.

—Disculpe, no quería ofenderlo. Siempre le estaré esperando aquí para lo que quiera.

—Muy bien, Gabriel. Si Sempere intenta molestarlo, llámeme a este teléfono —contestó el investigador privado alargándole una de sus tarjetas de trabajo.

—Encantado de conocerlo.

Después de estrecharle la mano, acompañó al sabueso hasta la puerta de su despacho. Tras salir de la iglesia, Agudo notó los últimos acordes de esa música celestial que no paraba de sonar por la megafonía del templo y que se disolvió en sinuosos ecos.

Diez



Algunas piezas comenzaban a encajar lentamente en ese puzle intrincado que se le había puesto por delante a Agudo. No podía dejar de pensar en el suceso de la iglesia que había llevado al fracaso a Sempere en su intento de poder obtener algunas respuestas a sus interrogantes a través de Portaceli. El cura le había hablado al detective sobre la presencia del mal en aquellos antiguos textos, pero él no sabía muy bien a qué se podía referir. Tampoco él creía demasiado en esas cosas. En todo caso, seguía pensando que el anticuario podía ser el engranaje fundamental que le serviría para resolver una trama que ya hubiera querido descifrar con solvencia el mismísimo Sherlock Holmes.

Estas reflexiones se las planteó el investigador privado a medida que iba entrando en un estado de sopor considerable después de haber consumido varios vasos de aquel whisky barato que guardaba en su alacena. Tenía que beber si quería olvidar determinadas cosas que le atormentaban.

Intentaba bichear por internet en busca de caminos esclarecedores, pero era incapaz de encontrar nada. Ni qué decir tiene que no existía ninguna referencia sobre aquel extraño código medieval. Eso era algo que no dejaba de preocuparle. Con seguridad se trataba de un libro que había permanecido oculto a lo largo de los siglos por una razón que a él se le escapaba. Eran ya tantas las personas que iban detrás de aquella reliquia que Agudo empezaba a asustarse. Además, estaban los textos que encerraba la carpeta del anticuario. ¿Qué habría allí?

Por la ventana de su despacho golpeaba sin piedad una lluvia que no había cesado en los últimos días. De hecho, los sumideros comenzaron a estar más saturados y las calles se inundaban con cierta frecuencia. También el viento hacía de las suyas, cayéndose varias ramas de árboles.

El ruido de la lluvia fue interrumpido por el tono de su teléfono móvil, que sonó con insistencia. Tardó unos segundos en reaccionar ante aquel estímulo externo, dado el alcohol en vena que se había metido. Menos mal que al final se espabiló algo y tuvo la capacidad para responder a la llamada.

—¿Dígame?

—Agudo, soy Carmen y necesito que vengas a buscarme porque estoy metida en un buen lío —le suplicó la muchacha en un tono de desesperación.

—Claro que sí, nena. Me utilizarás como haces siempre y después desaparecerás con un maletín lleno de dinero. ¿Te crees que soy tonto o que me lo hago?

—Te lo digo en serio, Carlos. Estoy cerca de la Plaza de España y tengo la sensación de que alguien me persigue.

—Pues llama a tu amiguito el del maletín o tal vez mejor a Soriano —respondió el detective con mucha ironía.

—No me estoy inventando nada. Tienes que venir enseguida.

—Vamos a hacer una cosa, Carmen. Primero me tomaré un vaso de whisky en tu honor y luego hablaremos cuando aclares un poco tus ideas. Buenas noches.

El detective escupió estas últimas palabras y apagó su teléfono. Ahora resultaba que aquella mujer se iba a aprovechar una vez más de él como si de un objeto de usar y tirar se tratase. Él tenía su dignidad y no quería renunciar a eso.

Después de ingerir una nueva dosis de whisky llegó a un estado en el que no era más que un pasmarote etílico y se tiró sobre la alfombra en una patética postura. Así era imposible que resolviera el caso que tenía entre manos, pero en ese instante estaba sufriendo uno de sus habituales ataques depresivos. Para ser sincero se trataba de un tipo demasiado inestable; igual podía disfrutar de unos momentos de euforia que luego caía en un profundo marasmo del que le era muy difícil salir. Si encima se veía manejado por aquella mujer, entonces esa mezcla podía producirle unos efectos devastadores.

Transcurrieron unas horas después de aquella caótica escena. Serían ya las tres de la madrugada cuando despertó de un letargo muy pesado. Su aliento apestaba a mil demonios y tenía un aspecto físico de lo más deplorable. Se levantó para ir al cuarto de baño y vació toda su bilis en un vómito que cayó sobre el váter. Cuando hubo eliminado los restos de su borrachera, se fue hacia el pequeño sofá y se quedó dormido al instante.

A las nueve de la mañana oyó cómo alguien aporreaba con insistencia la puerta de su oficina. Aún se encontraba en un estado de putrefacción y no era capaz de caminar dignamente. Sin embargo, cuando aquellos golpes sonaron con más fuerza, no tuvo más remedio que levantarse con diligencia y acudir para allá.

—Joder, ¿pero quién me llama a estas horas de la mañana? ¿Es que no puedo dormir tranquilamente ni en mi propia oficina? —protestó el investigador privado de muy mal humor.

—Abra inmediatamente, somos de la Policía.

Al escuchar esto notó una descarga que lo paralizó y todos sus recuerdos de la juerga alcohólica de la pasada madrugada se volatilizaron.

Una vez abrió la puerta encontró a tres personas. El inspector jefe Ceballos y dos jóvenes agentes. El inspector era un perro viejo; tendría unos cincuenta y tantos años y ya acumulaba una buena experiencia dentro del Cuerpo. Mediría un metro setenta, tenía la piel cetrina y sus ojos eran dos ascuas que desprendían llamaradas de curiosidad. Mostraba también una nariz rechoncha bajo la que se escondía un bigotito fino al estilo del de Errol Flynn, aunque por supuesto estando a años luz del glamour del actor hollywoodiense. Sus cabellos eran rizados y desordenados. Por su parte, sus dos acompañantes tendrían como máximo unos veinticinco años.

—Buenos días, ¿qué desean?

—¿Conoce usted a Carmen Altamira Villafranca? —le preguntó Ceballos.

—Sí —respondió Agudo lacónicamente.

—Muy bien. Ande, vaya a asearse un poco porque apesta. Luego vístase en cinco minutos y acompáñenos inmediatamente —ordenó Ceballos con un nubarrón escondido bajo su mirada.

—¿Es qué le ha pasado algo a Carmen?

—No le puedo decir nada hasta que llegemos a la comisaría.

El detective se dio cuenta de que la cosa parecía muy seria y que debía obedecer a todo lo que le indicaban. Se adelantó tan rápido como pudo y a los pocos minutos estaban saliendo del bloque.

Cuando se montó en el vehículo policial, trató de adivinar en qué lío se habría podido meter aquella mujer. Se acordaba de cuando ésta lo había llamado desesperada la noche anterior, pero él no quiso hacerle caso por no fiarse de ella. Al final, esta actitud suya tan cobarde podía haberle costado un disgusto a la joven.

Llegaron a la comisaría por fin. Al bajarse del coche patrulla, Agudo sintió una fina lluvia que le golpeaba en su rostro; miró al cielo y vio que el sol estaba cubierto por completo. Eso para él podía significar el peor de los presagios.

Ya dentro del edificio fue conducido hasta el despacho del inspector jefe, que se encerró con él para intentar sonsacarle todo lo que estuviera en sus manos.

—De modo que conoce usted a Carmen Altamira desde hace unas semanas. Estupendo, pues lamento decirle que ha sido asesinada sobre la una y cuarto de la madrugada.

Después de escuchar esta noticia, Agudo sintió que le faltaba aire en los pulmones para poder respirar. Notó el pecho aprisionado por un peso invisible que no lo dejaba casi ni moverse.

—¿Puede repetirme lo que ha dicho, inspector? —balbució sin dar crédito aún a las palabras del policía.

—Ha oído usted bien, amigo. El cuerpo de la señorita Altamira fue encontrado esta mañana con signos evidentes de violencia. Alguien la estranguló sin que existiera ningún móvil sexual y, a continuación, trasladó su cadáver hasta una calle aledaña a la Plaza de España, sin un deseo muy evidente de querer ocultar su cuerpo. Sobre las siete y media de la mañana, una persona que suele hacer footing por aquella zona la encontró y nos llamó enseguida. El resto ya lo conoce usted. Ahora, detective Agudo, lo que me gustaría saber es si usted mantuvo con ella algún tipo de relación más profunda durante estos últimos días.

—Le seré sincero —admitió el sabueso considerándose ya un simple autómatas—. Ayer me llamó por la noche mientras estaba en mi despacho

emborrachándome. Me advirtió de que la estaban persiguiendo; sin embargo, yo no la creí —dijo maldiciéndose por no haber hecho más por ella.

—Si le pidió ayuda su amiga, ¿por qué no fue a buscarla? —profundizó Ceballos con unos ojos cada vez más escrutadores.

—Hablar sobre todo esto para mí es muy complicado —aclaró el sabueso más hundido que nunca—. Hace unos días llegué a acostarme con ella y cuando se fue de mi oficina la perseguí sin ninguna razón aparente hasta que vi cómo un tipo le entregaba un maletín lleno de dinero y la besaba. Entonces pensé que me había utilizado, por eso no quise acudir ayer para ayudarla, porque no me fiaba de ella y temía que me fuera a hacer más daño.

—Esa es una jodida historia de amor que no me cuadra con todo lo que ha pasado, Agudo. Es evidente que usted no se movió de la oficina a primera hora de la madrugada porque hay testigos a los que hemos interrogado que así lo certifican. Éstos también vieron a la señorita Altamira entrar en su tugurio hace unos días. Puede hacer lo que le dé la gana con su vida privada pues ya es muy mayorcito, pero a partir de ahora estará bajo nuestra vigilancia porque está implicado en este caso de asesinato.

—Maldita sea, ¿es que no van a interrogar también a otras personas cercanas a Carmen? —bramó el detective sin querer nombrar a Soriano porque era quien lo había contratado.

—Ahora mismo otros compañeros míos están en el bufete de Alejandro Soriano, si es a éste a quien se refiere, y le están tomando declaración, pero el abogado tiene una coartada perfecta, ya que admite que pasó toda la noche en su despacho preparando el caso de la defensa de un cliente en un juicio que se celebrará mañana en los juzgados de lo contencioso administrativo. Esto lo pueden corroborar los guardias de seguridad de su edificio, que permanecieron toda la noche y han admitido que Soriano no se movió de aquel lugar.

—Lo siento. Ya le he dicho todo lo que sabía y ahora estoy metido en varios asuntos menores —respondió el investigador privado echando balones fuera para no pringarse demasiado dentro de aquel fango.

—Agudo, sea sincero, ¿por qué está trabajando para Soriano? —le preguntó Ceballos mirándolo fijamente a los ojos.

—Me ha pedido que investigue un viejo asunto familiar, nada del otro

mundo. Es algo que tiene que ver con unos documentos que se perdieron y que ahora quiere recuperar. Eso es todo.

—Está bien, amigo, sé que me esconde algo y que está buscándose una excusa perfecta para salir de rositas, pero más le vale andarse con mucho cuidado. Sepa que no va a salirse con la suya. Tendrá unos policías siguiéndole siempre sus pasos, así que no se pase de listo.

—Por favor, ¿podría ver el cuerpo de Carmen? —imploró Agudo como un niño chico.

—Claro que sí, puede identificarla. Le conduciremos hasta ella antes de que se le realice la autopsia.

Agudo llevaba muchos años trabajando como detective y sabía lo desagradable que era estar en contacto con los cadáveres, pero de alguna forma se había inmunizado. No obstante, cuando vio el cuerpo de Carmen se le vino el mundo encima. En su rostro mortal se dibujaba una horrible expresión, típica de la persona que ha sido estrangulada brutalmente. Sobre su cuello se reflejaban algunas equimosis redondeadas, dando la impresión de que el asesino le hubiera apretado el cuello a conciencia hasta que la chica no pudo respirar más. También se veían excoriaciones y arañazos, por lo que la muerte de la joven debió ser terrible. Pero lo más macabro de todo es que en su frente le habían grabado un extraño signo que parecía algo así como una letra A.

—¿Qué le parece lo de la frente? ¿A que nunca había visto nada igual? —le preguntó Ceballos.

—¡Dios mío! —exclamó el detective impresionado por este último signo de violencia.

Agudo no podía concebir que alguien le hubiera hecho eso a una persona con la que hacía tan sólo unos días había intimado tanto. Sus ojos se le nublaron por el dolor que sentía al pensar que el homicida pudo haber dejado su huella gráfica cuando todavía la muchacha estaba viva.

—Es algo muy raro —prosiguió el inspector jefe—. La herida presenta un tipo de perforación profunda, como si se lo hubiera producido una especie de garra o algo similar. Y si hablamos de ese jeroglífico que le han colocado en la frente, me espanta ver una obra de arte de tal calibre...

—Váyase al diablo —explotó Agudo ante tanta rabia contenida—. ¿Es que usted no tiene un mínimo de compasión y de respeto hacia una persona que

está recién fallecida y que aún se muestra ante nosotros de cuerpo presente? ¿En dónde coño aprenden modales los de la policía? —prosiguió el detective en el mismo instante en que algunas lágrimas se le resbalaban por las mejillas.

Al percatarse Ceballos de la reacción de su acompañante, trató de recular respecto a su actitud y se disculpó lo mejor que pudo:

—Perdone, Agudo. No quería ofenderlo con mis comentarios. Debe tener en cuenta que llevo media vida viendo cadáveres y ya uno se vuelve insensible ante este tipo de atrocidades. Supongo que será la coraza que nos colocamos todos los días para salir a la calle y estar vivos en un oficio tan arriesgado como el nuestro.

—Inspector, déjeme unos minutos a solas con ella.

El agente respetó la voluntad del detective y se marchó del frío depósito de cadáveres al mismo tiempo que Agudo se quedaba junto a la muchacha. Éste aún recordaba el momento de pasión que ambos vivieron en su despacho. Ahora no podía creer que Carmen estuviera allí inerte y amortajada pese a su juventud después de haber sido estrangulada por algún psicópata que debía andar suelto por la calle sin que nadie le pudiera echar de momento el guante encima. Intentó rezar, pero no le salió ninguna oración. Lo que sí tenía claro es que a partir de entonces ya no iba a seguir buscando el «Libro de las almas», ya que su única obsesión sería la de desenmascarar a la persona que había cometido aquella atrocidad. Sus pensamientos se dirigieron hacia Sempere y Soriano. Uno de los dos debía estar relacionado con este asesinato, o al menos eso era lo que pensaba el detective, pues entendía que ambos estaban cegados por la ambición de conseguir el antiguo códice medieval fuera al precio que fuese.

Once



Serían las cinco de la mañana y el detective no podía conciliar el sueño. Aún tenía en la cabeza aquella imagen brutal de Carmen estrangulada. Ojalá pudiera saber quién había cometido ese oprobio pues así se tomaría la justicia por su cuenta y saldaría una deuda que ya había contraído con la fallecida. Una y otra vez se acusaba de haberla abandonado a su suerte. Había sido un cobarde y un imbécil por anteponer sus sentimientos a la llamada de auxilio de una persona que necesitaba su ayuda con urgencia. Pese a todo, lo que más le horrorizó fue el recuerdo de la herida que la muchacha mostró en su frente. Ese tatuaje mortal tenía la forma de una A mayúscula, algo que probablemente poseería un significado macabro. Sólo de pensar en esa marca mortal se ponía enfermo.

Junto a él se hallaba su inseparable botella de whisky. A fin de cuentas bebía para desaparecer y ausentarse de sí mismo. Tan poca autoestima se tenía que hubiera deseado ocupar aquella camilla del depósito de cadáveres en vez de Carmen Altamira. No tenía ganas de seguir adelante y lo único que le impulsaba a caminar era su ánimo de venganza contra el malnacido que hubiera acabado con la vida de una persona inocente.

Por todo ello hizo un esfuerzo. Dejó de beber y se levantó para estar despejado en las siguientes horas. ¿Qué sería mejor, ir hasta el juzgado y abordar a Soriano o dirigirse directamente a Sempere y pedirle explicaciones? Decidió que primero iría a ver al abogado y luego dejaría al anticuario como segundo plato.

Afortunadamente no tenía que ir demasiado lejos porque su cita era en los juzgados de lo contencioso-administrativo, situados en plena Gran Vía. Lo único que le faltaba era deshacerse de los dos pardillos que le habían colocado para vigilarlo permanentemente. Para ello tuvo que entrar en la estación de metro de Callao. Una vez allí vio que los agentes le pisaban los talones; entonces, cuando subió al vagón, en el último segundo, y antes de arrancar el tren, se bajó mientras los policías se quedaban atrapados en aquel coche. Después de finalizar esta operación, Agudo se sintió orgulloso de que aún tuviera reflejos para librarse de personas molestas que lo único que iban a hacer era entorpecerle su trabajo.

Una vez se halló en las dependencias judiciales, hizo sus pesquisas para enterarse de a qué hora exacta iba a intervenir Soriano. Había tenido suerte pues su hombre llegaría en unos treinta minutos. Como ya sólo era cuestión de tiempo, se sentó en uno de los bancos y trató de pasar desapercibido. Puntual a su cita, el abogado se personó en el edificio con unos empresarios que habían sido denunciados por sus trabajadores por despido improcedente. El sabueso observó que venían a lo lejos y se hizo invisible. Durante la celebración del juicio, Agudo, que estaba al fondo de una sala abarrotada por miembros de aquella empresa, pudo percatarse de las dotes persuasivas que tenía el picapleitos. De hecho, poco a poco le fue comiendo terreno al fiscal, tratando de desmontar pruebas de la acusación que a simple vista no parecían del todo fiables. Desde luego Soriano era un depredador y se movía como pez en el agua dentro de aquella selva. En el momento en que llamaba a alguno de sus testigos, lograba demostrarle al juez por qué éste debía decantarse en su favor. A ello se le sumaba la elegancia y el porte natural en un tipo que parecía estar tocado por una varita mágica.

Los minutos fueron sucediéndose interminablemente para el investigador privado, pero el solo recuerdo del asesinato de Carmen le ayudó a esperar con paciencia, como un guepardo agazapado entre la maleza, listo para atacar a su presa en el momento más inesperado. Poco a poco, el juicio fue decantándose a favor de Soriano, quien mostró su faceta más agresiva. Era un ser que tenía algo que lo hacía distinto a los demás y parecía poseer una fuerza sobrenatural.

Por su parte, el juez seguía sentado e impertérrito en su asiento. A simple

vista se podía ver a una persona complaciente, con una prominente barriga que sobresalía a través de la toga. De vez en cuando hacía girar en su mano derecha unas bolitas chinas antiestrés, por lo cual se escuchaba el sonido de un leve tintineo.

Al fin, el magistrado dictó sentencia a favor de los empresarios que, al conocer este resultado, se abrazaron y, a continuación, felicitaron a Alejandro Soriano, que se convirtió en el héroe de la jornada. Éste se mostró encantado tras su victoria. Parecía alimentar así su ego personal a través de los elogios de las personas que tenía a su alrededor. Con este nuevo litigio ganado engordaría su ya de por sí dilatado currículum profesional.

El detective se acercó hasta el triunfante abogado. No quería andarse con rodeos después de todo lo que había pasado.

—Buenos días, Agudo. Me sorprende verlo por aquí. ¿Pasa algo urgente? —le espetó el letrado con un gesto de preocupación.

—No he venido porque haya encontrado algo nuevo en la investigación, sino por lo que le ha ocurrido a Carmen.

—Ah, sí, pobrecita. Mira que le tenía dicho que no se juntara con malas influencias, pero ella no me hizo caso. Era ya lo suficientemente mayor como para darse cuenta de que estaba jugando con fuego. En fin, será una gran pérdida. Ahora, sin embargo, le recomiendo que se olvide de ella y que siga buscando pistas porque para eso le estoy pagando una fortuna.

—Joder, Soriano. ¿Es que no le importa nada que Carmen esté muerta y que haya sido brutalmente asesinada?

—¿Qué quiere que haga yo, me tiro por una ventana?

—No me toque las narices. Quiero saber claramente si tiene algo que ver con todo este asunto que ya apesta demasiado.

—Vaya, ya lo comprendo. También usted se habrá sentido despechado porque ella lo utilizó y ahora tiene remordimientos por no haber hecho más para salvarla. En este trabajo que le he encomendado no hay espacio para los sentimientos. Hay que actuar en contra de lo que le diga la conciencia. Hágame caso, ¿por qué no se va a su casa y descansa unos días antes de volver a rastrear el código?

—Es un malnacido y no esperaba que fuera a caer tan bajo. Varias personas me habían advertido sobre usted, pero yo no hice caso.

—Cálmese, Agudo. Además, me tendría que estar muy agradecido porque lo he sacado del antro en el que trabaja y le he ofrecido un trabajo muy apetitoso.

—¿Sabe lo que le digo?, que me da asco y que no pienso seguir metido en esta farsa. Me la suda que haya por ahí un códice medieval y que todo el mundo mate incluso para conseguirlo. Prefiero seguir cobrando poco dinero que trabajar para una persona como usted.

—No se equivoque, imbécil. Le aseguro que no tengo nada que ver con lo de Carmen. ¿Se ha molestado en preguntarle a Sempere? Ese cabrón sí que le puede decir algo que no sepa.

—Me da igual que se estén echando la culpa el uno al otro. No puedo estar a las órdenes de alguien al que no le importa nada que asesinen a una mujer que estaba trabajando en su propia oficina.

—Si me deja en la estacada, Agudo, le juro que a partir de ahora no pararé hasta hundirlo.

—Es igual de hijo de puta que Sempere. Sólo sabe moverse con amenazas. Que disfrute con su victoria en el juicio. En cuanto a lo de su dinero, se lo enviaré mañana mismo a su oficina. No quiero nada suyo y ya le devolví también a Sempere todo lo que me ofreció.

—Agudo, se va a arrepentir de lo que me está haciendo.

El detective dibujó una mueca irónica en su cara y se dio media vuelta sin hablar nada más con su oponente. Se alejó de allí escuchando los gritos y los insultos del letrado. Ahora, su próximo objetivo era Jorge Sempere.

Unos minutos después, el investigador privado volaba para mantener otro encuentro con el anticuario. En los últimos años nunca se había sentido con tanta energía y la rabia que tenía contenida en el alma le revolvía todos sus instintos más primarios. De vez en cuando se chocaba con alguna persona, pero le daba igual. Se hallaba cegado por un solo pensamiento y deseaba llegar hasta el fondo del asunto.

Una vez hubo entrado en la tienda de antigüedades le recibió la ayudante de Sempere. La joven se percató enseguida del estado de agitación que presentaba el detective y trató de apaciguar sus ánimos.

—Buenos días, me alegra verlo de nuevo. ¿Quiere usted algo?

—Quiero ver a Sempere —le cortó en seco el detective.

—No está. El señor Sempere ha salido porque me dijo que tenía que atender varios asuntos personales y no me especificó cuánto tiempo iba a estar fuera.

—Mira, niña. A mí no me engañas. Sé perfectamente que ese pedazo de mamón está en su despacho, así que llámalo si no quieres que arme aquí un escándalo.

—Está bien. No levante la voz porque tenemos unos clientes y no quiero que los espante. Ahora mismo aviso a don Jorge.

Agudo no tenía nada en contra de la muchacha. Sabía que era una mera ayudante del anticuario, pero había llegado a una situación en la que tenía que conseguir lo que se propusiera al precio que fuese.

Al cabo de unos segundos volvió la mujer y le dijo a Agudo:

—Pase usted. El señor Sempere lo está esperando.

El sabueso gruñó unas palabras apenas entendibles y se lanzó hacia la oficina del viejo. Tenía el pulso muy acelerado y era consciente de que no respondería de sus actos si su oponente le llegaba a insinuar alguna impertinencia.

—Agudo, qué rápido ha sido en volver hacia mí. Le advertí que Soriano era un individuo peligroso.

—Déjese de historias. No he venido por nada relacionado con su estúpido libro medieval. Quiero que me diga si tiene algo que ver con el asesinato de Carmen Altamira —le preguntó agarrando con su mano derecha el cuello de la camisa del viejo mientras lo zarandeaba con violencia.

—¿Pero de qué me está hablando? ¿Es que se ha vuelto loco de remate? ¿Cómo se atreve a acusarme de la muerte de una persona a la que no he visto en mi vida? Está equivocándose totalmente. No sólo tiene la desfachatez de dejarme tirado cuando yo lo contraté, sino que encima me pringa con un asesinato.

—¿Y no sería usted capaz de eso y mucho más sabiendo que trabajaba para Soriano? —dijo Agudo mientras se acercaba más al viejo y comenzaba a apretarle el cuello.

—Déjeme, se lo ruego. No tengo nada que ver con todo eso. Se lo juro.

La respiración del anciano se hacía cada vez más complicada y el investigador era capaz de seguir apretando si fuera necesario. A Sempere se le

estaba quedando la cara roja y tosía ante la ausencia de oxígeno. De repente, Agudo le soltó el cuello mirándolo con violencia.

—Como me entere de que me ha mentado, la próxima vez no seré tan magnánimo con usted y lo lamentará —le amenazó Agudo.

Sempere se derrumbó en su asiento y comenzó a gimotear como un niño. Sus manos temblaban sobre la mesa y apenas podía mantenerse sentado. El temblor le llegaba hasta los brazos, por lo que realizó una serie de movimientos espasmódicos grotescos.

—Agudo, tenga cuidado con el camino que ha tomado. Créame que yo no soy su problema. El que haya matado a esa mujer tiene que estar planeando algo más grave contra usted.

—¿Ahora juega a ser mi ángel de la guarda? Quédese con sus consejos. Yo ya le he advertido —dijo el detective saliendo como una exhalación de aquella tienda.

Doce



Agudo vagabundó sin rumbo por la ciudad durante muchísimas horas. No tenía ganas de regresar a su oficina y que los policías le estuvieran vigilando. Además, después de haberse enfrentado a Soriano y a Sempere se había quedado sin fuerzas. Estaba tan agotado que sus pies ya casi no le respondían a sus estímulos. Se sentía tan bajo de moral que en ese momento no era más que un despojo humano. En su mente volvía una y otra vez la imagen de Carmen estrangulada, con esas horribles heridas en el cuello y en la frente.

El paso que acababa de dar sobre todo con Soriano resultó la hazaña más noble que había protagonizado en años. Por lo menos se demostró a sí mismo que no era una persona acomodaticia y que no se vendía por un simple fajó de dinero, a pesar de que su vida estaba empapelada en números rojos.

Dado el cansancio y el hastío que acumulaba en el cuerpo, se metió en una sala de cine para descansar un poco. Sufría calambres en sus piernas, por eso pensó que si permanecía sentado unas dos horas podría hacer frente mejor a sus penurias. No le importaba qué película ver, lo único que deseaba era pasar inadvertido para que nadie pudiera saber su paradero. Sin embargo, el filme se le hizo tan insoportable que tuvo que salirse a la mitad del mismo. Después de ese fracaso, prosiguió caminando por el centro hasta muy tarde. El detective veía a las personas disfrutando en los bares en animadas conversaciones. Estaban televisando un partido de fútbol y muchos gritaban cuando se producía una ocasión clara de gol. A él no le iban esas cosas, ya que las veía demasiado banales. Siempre le había gustado ir a contracorriente

de todo, tal vez por ello su vida nunca tuvo un capítulo digno que destacar.

Sería la una de la madrugada cuando atravesó un pequeño callejón. No había ni un alma en la calle y el tiempo era tan desapacible que se levantó un viento muy húmedo, de esos que preludiaban tormenta. A lo lejos contempló a un tipo alto que mediría un metro noventa y cinco por lo menos. Iba envuelto por un abrigo oscuro. Al detective no le gustó demasiado su aspecto, de modo que se giró en redondo. Por desgracia, cuando cambió de dirección vio que se acercaban otras dos personas más hacia él. Estaba claro que se había metido en un buen lío pues no era normal que tres tipos lo estuvieran acorralando. El viento seguía arreciando y el cielo, cada vez más lechoso, amenazaba con precipitar una tromba de agua. Mientras tanto, aquellos individuos se le acercaban con más rapidez sin que Agudo tuviera capacidad de respuesta, dado su precario estado físico.

Cuando estos matones se encontraron a un tiro de piedra de su posición, sacaron unas porras y comenzaron a golpearlo brutalmente. El detective se protegió el rostro como pudo con sus brazos, pero todo fue en vano. Esos tipos sabían lo que hacían, sobre todo el más alto, que pegaba con la fuerza de un rinoceronte. Agudo cayó al suelo y ahí lo patearon sin compasión; además, recibió varios puñetazos en la cabeza. Era tanto el dolor que ya no sintió nada y perdió el conocimiento. Su cuerpo se convirtió en un saco inerte de boxeo de esos que penden de una cuerda y se ven sometidos a las embestidas de los púgiles. Finalmente, el hombre con envergadura de gorila le encajó un derechazo en su mandíbula y se oyó un crujir de huesos. Los tres malnacidos siguieron golpeándolo repetidamente hasta que lo dejaron en el suelo medio muerto. Probablemente estuvieran así varios minutos, pero el tiempo se ralentizó tanto que parecía que habían transcurrido algunas horas.

Al acabar los sicarios su trabajo vieron que el detective no se movía y que prácticamente no respiraba. Entonces huyeron despavoridos de aquel lugar al mismo tiempo que eran engullidos por la complicitad de una noche muy cerrada.

Comenzó a llover. Primero fueron unas gotas de agua casi imperceptibles; luego cayó una manta. Alrededor del cuerpo de Agudo se formaron unos charcos con la sangre que manaba de todas las heridas que tenía por el cuerpo. Si alguien no acudía pronto en su ayuda moriría desangrado y pasaría a

engrosar parte de la lista de aquellos pobres diablos que cada día son asesinados en Madrid.

Trece



Una semana después de esta tragedia, en el Hospital 12 de Octubre había una actividad frenética. Carlos Agudo estaba ingresado en la Unidad de Cuidados Intensivos y su pronóstico era muy grave. La paliza que le habían propinado aquellos matones resultó tan inhumana que ahora mismo el detective se estaba debatiendo entre la vida y la muerte, sufriendo un estado de coma del cual no se sabía si saldría o no.

El inspector jefe Ceballos quedó con el doctor Luis Molina, del servicio de Traumatología. Éste rondaría los cuarenta y cinco años y se había ganado el respeto de sus compañeros por ser uno de los mayores especialistas en la materia. Él era quien se había estado encargando del investigador.

Cuando el policía se acercó hasta el sanitario quiso saber cómo se encontraba Agudo, aunque se temía lo peor.

—Buenos días, doctor. Supongo que todo esto no ha debido ser demasiado agradable para ustedes.

—No se lo puede imaginar, inspector. Siempre estamos sometidos a casos graves, pero el de Agudo es alarmante —contestó a la vez que mostraba un rostro de preocupación.

—Como somos los dos profesionales en nuestras respectivas facetas —prosiguió Ceballos—, no me andaré con rodeos. ¿Se va a salvar Agudo de ésta

o cree que no lo contará?

—Ahora mismo es muy complicado saberlo —aseguró el médico—. El

paciente sufre numerosas contusiones. Durante la paliza que le dieron aquellos matones le rompieron varias costillas y presenta otras muchas lesiones y hematomas en la zona abdominal así como en las extremidades. También tiene rotura de mandíbula, pero lo más grave de todo es un traumatismo craneoencefálico como consecuencia de los golpes que recibió en la cabeza. Esto último es lo que lo ha llevado al coma.

—¿Cuánto podría durar en ese estado? —le interrogó el inspector.

—No lo sé; tal vez permanezca así durante muchos meses. Incluso si la cosa empeora estaríamos hablando de un coma irreversible. El equipo humano del hospital está haciendo lo imposible por él. Sólo nos queda rezarle a Dios para que se pueda curar.

—Comprendo, doctor —replicó Ceballos muy desalentado al escuchar tan malas noticias. El día que se reunió con Agudo consideró que el sabueso podría haber sido cómplice del asesinato de Carmen Altamira pero, después de la paliza recibida, la situación había cambiado mucho. Incluso pensó que alguno de los criminales que se cebaron con el sabueso podría haber asesinado a la muchacha—. Muchas gracias por lo que están haciendo por el detective. Lo único que le pido, doctor, es que me informe inmediatamente si muestra cualquier síntoma de mejoría.

—Cuenta con ello. Si es así, usted será el primero en saberlo. Se lo prometo.

Aquel mismo día entró a trabajar al hospital Esperanza Silvela. Había estado de viaje por el extranjero agotando algunos días libres que le quedaban pendientes de sus vacaciones de verano. Era una mujer delicada, con ojos marrones claros y profundos. Su rostro tenía la belleza clásica griega, con una nariz recta muy proporcionada, y sobre sus labios se perfilaban unas graciosas comisuras. Tenía el pelo moreno y ondulado, algo que contrastaba con una piel blanca. Su edad rondaría los treinta y pocos años y vestía de modo elegante pero a la vez informal. Era enfermera y trabajaba en Traumatología.

La muchacha se percató de que había un cierto revuelo en su servicio, así que se acercó a una compañera y le preguntó:

—¿Qué es lo que ocurre, Natalia?

—Es que esta mañana han estado en la UCI algunos policías preguntando por la salud de uno de los pacientes que tenemos ingresado.

—¿Ha sido muy grave la cosa?

—Cómo se ve que has estado fuera, chica. Todo esto se ha montado por un detective que recibió una paliza y ahora está en coma. Es un caso muy serio y no sé si saldrá con vida de ésta.

—Espero que sobreviva —contestó la enfermera.

El resto de la jornada fue de mucho ajetreo para Esperanza. Esa misma tarde la joven se dirigió hacia una cafetería que estaba cerca de su casa y contempló la lluvia a través del cristal al mismo tiempo que se tomaba una infusión. Sin saber por qué razón sus pensamientos se dirigieron hacia aquel detective que estaba ingresado en estado de coma. La paliza sufrida por éste tuvo que ser terrible y lamentó que su lesión craneal pudiera provocar que Agudo permaneciera en un estado vegetativo para el resto de su vida. En ese preciso instante, la lluvia seguía golpeando el cristal de la cafetería y la ciudad parecía estar inundada por la misma tristeza que asolaba a Esperanza.

Catorce



Arturo Enigma se encontraba en la estación de Atocha. Allí iba a coger un tren de cercanías que lo debía llevar a San Lorenzo del Escorial. En aquella localidad residía Edmundo Malatesta. El escritor recordaba aún la conversación mantenida con Jaime Sepúlveda. De hecho, el editor se había mostrado muy confiado, ya que en su opinión aquel trabajo podría resultar-le de gran interés a Enigma; sin embargo, éste no las tenía todas consigo al no haber escrito nunca en unas condiciones tan extrañas. Pensaba que iba a afrontar algo así como un encargo a la carta, y eso no le terminaba de gustar. A pesar de todo se vio obligado a aceptar ese proyecto dada la situación económica tan precaria en la que se hallaba en esos momentos. De todas formas, siempre podía echarse para atrás y rechazar las condiciones de aquel viejo estafalario.

Después de elucubrar sobre estos asuntos, se acercó hasta el mostrador en el que se adquirían los billetes de cercanías y compró uno para un tren que saldría en algo más de media hora. Iba a tener aún tiempo para tomarse un café y para disfrutar del ambiente que había en Atocha.

Permaneció unos minutos en una cafetería leyendo un periódico. En esos instantes sus pensamientos volaban hacia el nuevo desafío que tenía entre manos. Aquello de sentir la adrenalina del principiante le había servido de estímulo para tomarse su carrera más en serio después del último año y medio de zozobra existencial.

Lo que más le preocupaba, a pesar de todo, eran las visiones tan extrañas

que había sufrido y los mensajes recibidos en su teléfono; pese a todo, en los últimos días se sintió más tranquilo, tal vez por las perspectivas de trabajar en algo que podía significar un nuevo trampolín dentro de su profesión.

De repente, miró su reloj y vio que quedaban tan solo diez minutos para que saliera el tren, por lo que se movió como un rayo en dirección a su vagón. Por fortuna le había tocado un asiento junto a la ventana, así que podría disfrutar del paisaje durante la hora larga que iba a durar el trayecto. Cuando ocupó su plaza, se acomodó lo mejor que pudo y sacó una revista para hojearla.

El tren salió a la hora prevista. Arturo evitó pensar cosas desagradables del pasado. Lo que se le escapaba de su mente era el motivo exacto por el cual Malatesta lo había citado en su casa a las siete y media de la tarde, una hora muy extraña, aunque él se tenía que amoldar a las exigencias de la persona que lo quería contratar.

Cuando se puso en marcha la locomotora, el escritor vio cómo se alejaban a un ritmo tímido de la estación. Lentamente el tren cogió una velocidad de crucero. A medida que avanzaban, el sol —de un rojizo sangriento— se iba poniendo por el horizonte conforme se sucedían las distintas paradas. En su vagón no había demasiadas personas, tal vez porque era un día entre semana. Quien más le llamó la atención fue un hombre de unos cincuenta años que estaba sentado en el otro extremo y que no paraba de teclear en su ordenador. De vez en cuando éste realizaba algunos gestos particulares y convulsionaba, lo cual no dejaba de darle un cierto aire de extravagancia.

Por fin el tren llegó a la estación de San Lorenzo con el sol agonizando en la última franja del horizonte. El escritor se sentía un poco nervioso pues el asunto que se traía entre manos era cuanto menos distinto a lo que se le había cruzado por su camino hasta el momento. Una vez se hubo bajado en el andén, se dio cuenta de que le quedaban unos veinte minutos para llegar hasta la casa de Malatesta. Tomó un taxi y empezó a subir por la larga carretera ascendente que lo debía llevar a su destino. Se quedó maravillado por la frondosa vegetación de la zona; no obstante, el hecho de que ya fuera noche cerrada le daba al lugar un aspecto siniestro.

Donde vivía Malatesta había muchas casitas residenciales cuyos dueños debían ser personas con un alto nivel adquisitivo. Cuando el taxista dejó al

escritor en su destino se despidió de él y dio media vuelta rápidamente; entonces Arturo se quedó junto a la verja de entrada a la residencia del anciano. Al fijarse con más detenimiento en la casa, se percató de que se trataba de una construcción de dos pisos con una parcela inmensa de terreno rodeada por unos arbustos que la hacían infranqueable a las demás viviendas de su entorno. Las rejas del portalón estaban fabricadas en un bronce pesado con cierto regusto antiguo. En la parte de la derecha había un pequeño portero electrónico. Entonces Enigma se esperó a que fueran justo las siete y media para llamar. Tras unos segundos de silencio, una voz algo cavernosa y grave respondió:

—¿Quién es?

—Buenas tardes, soy Arturo Enigma y tengo una cita con el señor Edmundo Malatesta.

—Pase —contestó la misma voz mientras la verja se abría lentamente con un ritmo acompasado.

Al novelista le pareció estar entrando en una vieja fortaleza o algo similar. Cuando traspasó el umbral de aquella puerta se levantó una ráfaga de aire frío que movió muchas hojas que estaban caídas por el suelo. Si había un lugar hermoso para visitar en los meses de otoño, ese era sin duda San Lorenzo del Escorial. A pesar de todo, el escritor no estaba muy seguro de que su vida fuera a mejorar y pensó en volverse hacia la estación del tren, pero al final, una especie de fuerza invisible lo empujó hacia al interior de aquel lugar.

Comenzó a caminar por un sendero estrecho de piedra flanqueado a ambos lados por una espesa arboleda de cipreses. Aquellos arbustos parecían tener vida propia; incluso cuando caminaba, Arturo notó el suspiro del viento a través de las ramas. Era el único sonido que existía dentro de un silencio sepulcral. El más mínimo chasquido de una rama al ser pisada podía ser un motivo suficiente como para perturbar la calma que imperaba en ese lugar. Sin saber por qué motivo Enigma sentía un desasosiego, como un peso que le oprimía el pecho y que le impedía respirar con normalidad.

Entonces alzó la vista y vio una imponente mole pétreo recortada en su silueta por el reflejo de una luna que estaba creciendo y que había alcanzado casi su fase de máximo esplendor. Se dio cuenta de que aquel edificio no estaba diseñado según los gustos arquitectónicos imperantes en la zona; más

bien parecía un palacete neogótico, de esos que tanto proliferaron por la Europa del XVIII y del XIX, en plena eclosión romántica. De hecho, todas las ventanas que rasgaban la fachada eran ojivales y debajo de las cornisas de la techumbre se podía contemplar un amplio catálogo de gárgolas de todas las clases y tamaños, algunas de ellas con unas caras tan retorcidas y desfiguradas que más bien parecían unas bestias inmundas. Arturo no salía de su asombro al pensar que había entrado en una especie de túnel del tiempo. Además, el frío arreciaba y era cada vez más desagradable estar en aquel jardín a esa hora de la tarde. Menos mal que no llovía porque eso hubiera sido el colmo para sus huesos.

Llegó por fin a la puerta de entrada de la casa. Sobre la misma se dibujaban extrañas figuras que formaban unos conjuntos imposibles. Estaba fabricada con una madera que parecía de caoba, en un tono marrónáceo oscuro que tiraba casi al negro. Enigma trató de buscar en vano un timbre o alguna campanilla que advirtiera su presencia. En vez de eso halló una aldaba en la parte central del postigo. Al verla se quedó horrorizado pues descubrió un rostro diabólico que lo observaba con esa misma sonrisa maliciosa y soez que había visto semanas antes en la estatua del Ángel Caído en el Retiro. De su boca grotesca colgaba una argolla fabricada en bronce, como el resto del llamador. A lo mejor en ese momento estaba impresionado por la visión, pero durante unas décimas de segundo creyó que del interior de los ojos de ese rostro inmundo refulgían unos destellos. Entonces Arturo se sintió petrificado por el terror de aquella escena, ya que otra vez parecían perseguirle los mismos fantasmas que tanto lo atormentaban. Trató de tranquilizarse pero sus manos le temblaban y apenas podía hacer ningún movimiento. Esperó un tiempo prudencial e intentó respirar profundamente, evitando que los efectos del miedo se apoderasen de su alma. Cuando volvió a mirar el picaporte no vio nada extraño en el mismo, de manera que llamó a la puerta. La anilla produjo un sonido seco y profundo sobre la madera.

Al principio no ocurrió nada. En el interior de la casa no se advertía movimiento alguno. A pesar de ello tendría que haber alguien ahí, pues de lo contrario sería imposible que le hubieran abierto la verja. El escritor se alejó unos pocos metros hacia atrás sin obtener ninguna respuesta; con cierto asombro se dio cuenta de cómo una nube acuchillaba la cornisa lateral derecha

de la vivienda. Fue entonces cuando se apreció un sonido metálico. Alguien debía estar recorriendo en el interior un cerrojo muy pesado. El portón se abrió lentamente a la par que los chillidos de los goznes parecían quejarse por la humedad que reinaba en el ambiente. En el vestíbulo de la casa, en un estado de semipenumbra, lo aguardaba un anciano que superaba con creces los ochenta años de edad. Era un individuo alto y estilizado, pudiendo medir casi el metro noventa. Tenía bastante pelo para su edad; sus canas plateaban el conjunto de un cabello sedoso y algo despeinado. En su mirada, ya algo ajada por los años, se intuía, pese a todo, una chispa de vitalidad. Sus ojos eran pequeños y grises, y de su nariz colgaban unos anteojos finos. Iba bien vestido, con un traje de chaqueta oscuro. De las mangas sobresalían unas manos de pianista, alargadas y huesudas, un efecto ponderado sin duda por el paso del tiempo.

—Buenas tardes. Soy Arturo Enigma y me imagino que será usted Edmundo Malatesta —se presentó el autor intentado causarle una buena impresión.

—El mismo, aunque a veces me miro en un espejo y ya no sé bien quién soy —contestó aquel hombre con esa voz profunda que ya había dejado una huella en los oídos del escritor cuando sonó por primera vez a través del portero electrónico de la verja—. Pero pase usted porque fuera está haciendo mucho frío y dentro he encendido un fuego que nos mantendrá calientes —añadió estrechándole una mano fría y de tacto áspero.

—Muchas gracias, señor Malatesta.

—Acompáñeme al salón y deme su chaqueta —indicó el viejo. Cuando éste encendió una luz, el joven escritor pudo ver un vestíbulo enorme. Se trataba de una casa construida por completo en piedra. A pesar de que Malatesta le había prometido disfrutar de los efectos de la lumbre, en aquella sala hacía muchísimo frío, tanto que mientras respiraba soltaba bocanadas de vaho.

El viejo iba andando con pasos de bailarín, al estilo de Fred Astaire, con unos movimientos acompasados y milimetrados, dando la impresión de que pisaba las baldosas casi de memoria. Además, no paraba de observar el suelo una y mil veces, claro indicio de que se trataba de un individuo muy maniático y obsesivo. Arturo intentó seguirlo aunque le costó mucho trabajo, ya que su

anfitrión caminaba tan veloz como el viento.

De las paredes de aquella casa colgaban cuadros que tenían que costar una fortuna; también había esculturas, armaduras y otras antigüedades que llamaron la atención del novelista. Éste no paraba de mirar en ambas direcciones a la vez que Malatesta lo guiaba por un trayecto algo intrincado.

Llegaron por fin al salón. Al fondo de esa estancia había una pequeña chimenea en la que aún crepitaban las chispas de un fuego en fase de agonía terminal. La habitación estaba más caliente que el resto de la casa. Sin embargo, y muy a su pesar, tampoco se notaba tanto la diferencia térmica.

—Por favor, siéntese en esta butaca. En pocos minutos olvidará el frío de la calle —le dijo Malatesta al mismo que también ocupaba su sillón—. Me alegra que haya sido usted la persona que se ha interesado en mi proyecto. Desde la editorial me comentaron que seguramente haría un buen trabajo y no lo dudo porque han elogiado su capacidad de entrega. No me gustaría ser grosero, así que le reconoceré que no he leído ninguna de sus novelas.

Arturo se quedó asombrado pues no comprendía por qué motivo el anciano lo había contratado sin tener referencias directas de sus libros.

—Espero que no se lo tome a mal —continuó Malatesta—, pero en estos últimos años he vivido muy atareado y no dispongo de demasiado tiempo como para entretenerme en lecturas. En todo caso, me consta que es usted una persona entusiasta y que hará todo a la perfección.

—Señor, antes de nada desearía saber qué tipo de trabajo voy a desempeñar exactamente —le hizo saber el novelista presentando claramente todas sus cartas sobre la mesa.

—Todo a su debido tiempo, Enigma. De momento es necesario que permanezca estos próximos días aquí en El Escorial porque debe impregnarse de este ambiente para cumplir todos los objetivos que le voy a proponer.

—Si es así tendría que regresar a Madrid para recoger mis pertenencias. Pensaba que lo de hoy iba a ser sólo una primera toma de contacto.

—No creo que sea una buena idea que vaya a la ciudad —contestó con el ceño fruncido—. Le he preparado una habitación en la que tiene ropa, libros y un ordenador portátil donde podrá escribir todo lo que desee. Así no tendrá que viajar diariamente de Madrid para acá. Además, allí hay demasiado ruido y ya no es lo mismo que hace cincuenta años.

—Comprendo, señor Malatesta —manifestó el autor muy contrariado por este repentino cambio de planes—. Lo que no entiendo es por qué desea que permanezca en su casa si todavía no me ha informado sobre la tarea que voy a realizar.

—No se inquiete tanto por lo que tenga que venir —protestó el viejo cada vez más impaciente ante las observaciones que le hacía Arturo—. A lo mejor en la capital las cosas van demasiado deprisa, pero aquí es distinto. Si tuviera mi edad vería la situación desde otra perspectiva. También yo he sido joven y sé lo que se siente cuando por las venas de uno corre el brío de la insolencia. Ahora, desgraciadamente, ya no soy más que una triste caricatura de los recuerdos que he ido atesorando en todos estos años. No he tenido una vida sencilla, lo reconozco, por eso le ruego que se amolde a mis condiciones porque al final saldrá muy bien recompensado —confesó el viejo mostrando una risa algo maléfica dibujada en las comisuras de sus labios.

Arturo se estremeció levemente al recibir aquellas instrucciones. Sin saber por qué razón Malatesta ejercía sobre él una especie de extraño magnetismo, algo que lo hacía irresistible. Quizás por ello el reto de trabajar bajo sus órdenes resultaba más tentador aún.

—Ahora lo llevaré a su habitación para que se acomode y luego volveremos a vernos a las nueve y media para cenar. Cuando descanse un poco verá las cosas de otra manera.

—Estoy deseando ducharme para entrar en calor después del frío que he pasado —respondió Enigma.

A continuación, ambos subieron por unas escaleras que estaban también muy mal iluminadas hasta que llegaron al piso superior. Arturo se dio cuenta de que la vivienda era inmensa porque aquella planta podría ocupar unos doscientos metros cuadrados de superficie. Sobre un largo pasillo se iban sucediendo distintas habitaciones hasta que llegaron a una que se encontraba al fondo del todo.

—Aquí tiene su dormitorio. Cuando llegue la hora le avisaré para que volvamos a reunirnos.

—De acuerdo, nos vemos dentro de un rato, pues —dijo el huésped.

Al encontrarse por fin solo el escritor encendió la luz del cuarto, pareciéndole que se encontrara en un antiguo castillo. La ventana, de forma

ojival como las restantes, estaba semiabierta, y desde el exterior soplaba un viento intenso. Tuvo que cerrarla ya que hacía demasiado frío. Si no se hacía urgentemente con una estufa o un radiador su cuerpo se convertiría en una estatua de mármol.

Como le había anticipado su anfitrión, la habitación tenía un armario lleno de ropa. Enigma cogió un jersey, se lo puso por encima y vio que era más o menos de su talla. Luego se acercó hasta una pequeña mesa y observó un portátil de última generación que parecía estar esperándolo en silencio para ser usado. Junto al escritorio había algunas revistas de diversa temática; en una esquina se podía ver una biblioteca atestada con libros de literatura, historia, ciencias y otras disciplinas. Desde luego no se iba a aburrir porque allí había encerrado un vasto conocimiento entre aquellos anaqueles.

Como le dolía la espalda se tumbó en la cama y entonces notó que el colchón era algo blando para su gusto, pese a lo cual tuvo que conformarse con lo que tenía porque parecía que no había de momento otra alternativa. Cada vez se hallaba más intrigado sobre lo que tendría que hacer en aquella casa. De todos modos, desde el punto de vista económico, parecía que le iba a resultar rentable ponerse bajo las órdenes de su extravagante anfitrión.

Al colocarse boca arriba se percató de que el techo estaba decorado con una serie de extrañas figuras geométricas que rodeaban las molduras de la techumbre. Resultaba inusual ver algo así porque desentonaba con el resto de la casa, pero concluyó que el viejo tenía unos gustos demasiado raros. Cuando se estaba quedando más amodorrado, la fuerza del viento volvió a abrir la ventana. Todo indicaba que iba a caer una tormenta en los próximos minutos. Cuando Arturo la iba a cerrar nuevamente se asomó sin ningún motivo aparente y divisó desde su atalaya algunas de las gárgolas que decoraban la cornisa de toda la casa. Aquello parecía más la catedral de Notre Dame de París que la residencia de una persona algo chiflada. En cierto modo parecía haber regresado a la época medieval, y eso le confería a la vivienda un valor añadido.

Tras asegurarse de que la ventana estaba totalmente cerrada, se dirigió hacia la biblioteca con el deseo de seleccionar un libro que le fuera a servir para matar un poco el tiempo. Eligió «El príncipe» de Maquiavelo, una lectura a la que siempre le gustaba acudir cada cierto tiempo. Antes de releerlo, entró

en el pequeño cuarto de baño que había dentro del dormitorio. No había nada como una ducha reparadora para calmar un poco los ánimos. Puso el agua caliente y dejó que ésta cayera sobre su cuerpo entumecido. Se relajó mucho y pensó que por qué iba a rechazar esta nueva aventura literaria en la que se había embarcado. Si al final la experiencia no respondía a lo que él se había imaginado, siempre tendría tiempo para decirle a Malatesta que no le interesaba su oferta. Al mismo tiempo que cavilaba sobre este asunto, el agua seguía mojándole su torso.

Por fin terminó de ducharse y se arregló. Se probó alguna ropa y vio que esta vez le quedaba como un guante. Esto podía ser fruto de la casualidad aunque quizás los de la editorial Morpheus le habrían descrito al anciano la altura aproximada de Arturo.

Luego se echó sobre la cama y comenzó a leer el libro de Maquiavelo. Si Napoleón había admirado tanto a este autor, Enigma no iba a ser menos. Le divertía adentrarse en aquel universo cortesano a la vez que imaginaba a Malatesta preparándole una cena succulenta. Si tenía que estar alojado en aquella casa como si de un hotel se tratara, ¿por qué no adecuarse a todas las comodidades que se le pudieran ofrecer?

A las nueve y media en punto, el viejo llamó a la puerta de la habitación de Enigma con un tono muy suave y casi imperceptible, dando a entender que no quería incordiarlo.

—Espero que se encuentre cómodo en mi casa —advirtió el dueño de la vivienda tras abrirle la puerta el escritor.

—Le agradezco lo amable que está siendo conmigo.

—Muy bien, muchacho, en ese caso vamos al comedor que así nos dará tiempo a conocernos mejor. Cuando se trata de negocios es imprescindible tener el estómago bien lleno porque de lo contrario las cosas nunca salen bien.

A continuación bajaron por las escaleras y el escritor se admiró de que el octogenario se desplazara tan ágilmente sorteando cada uno de los peldaños. Aquel detalle no le concordaba con el estado de decrepitud del viejo. Resultaba admirable que no se mostrase tan torpe como otras personas de su edad que necesitan de un bastón o que incluso van en silla de ruedas. En su caso Malatesta aparentaba tener la gracilidad de un joven. Tal vez a ello contribuyera su constitución delgada y atlética.

Definitivamente, lo que más le molestaba a Arturo era la penumbra que imperaba en toda la casa. Eso le daba un aspecto tan lúgubre y melancólico a aquel lugar que no parecía presagiar nada bueno.

En el rellano de la escalera colgaban muchos otros cuadros y también había candelabros antiquísimos que iluminaban tenuemente todo el recinto.

—Por lo que veo —recalcó el novelista—, es un amante del arte pues he visto muchísimos cuadros por toda su casa.

—Es usted muy observador y eso me gusta, querido amigo. Es verdad, el arte siempre ha sido mi gran pasión y, en cierto modo, las pinturas me han acompañado en los momentos más difíciles de mi vida —realizó esta última confesión haciendo una pausa forzada, queriendo evitar algunos recuerdos del pasado que no deseaba visitar en esos momentos—. He tenido la suerte de contar con los contactos adecuados, por eso he podido reunir en mi casa obras de pintores de varias épocas. De todos modos, mi predilección siempre han sido las escuelas románticas inglesas y alemanas. Y ya que me estoy sincerando con usted, mi inquisitivo escritor, le confesaré que mi pintor favorito es Caspar David Fiedrich. Desde siempre intenté conseguir pinturas suyas, pero por motivos que no vienen al caso, se me fueron resistiendo. Sin embargo, hace unos años adquirí una obra que los críticos nunca se la han atribuido. Se titula «Joven en un amanecer bajo la niebla», del año 1810. Ahora, cuando llegemos al salón, se la mostraré porque seguro que no ha visto nunca nada igual.

El anciano terminó de bajar las escaleras tan rápido como un pensamiento y se dirigió hacia el lugar que le había indicado a Arturo. Éste sentía mucha curiosidad por ver el lienzo, ya que no dejaba de llamarle la atención la pasión coleccionista de aquel ser tan extraño.

—Encenderé la luz para que pueda verlo mejor.

Malatesta se apresuró y le dio al interruptor. Entonces de la pared sobresalió un cuadro que no tendría unas dimensiones excesivas pero que embrujaba por la belleza de su composición. En el mismo se veía a un hombre retratado de espaldas —como solía hacer el artista alemán— y sentado en lo alto de un risco, apareciendo al fondo de la composición unas ruinas góticas que eran engullidas por la espesura de la niebla. Desde luego no se podía rebatir que Fiedrich era un maestro en retratar escenarios de la naturaleza en

donde el ser humano se convertía en una figura prácticamente irrelevante frente a la grandiosidad de los paisajes.

—Seguro que le gusta el cuadro, ¿verdad? —le preguntó Malatesta muy orgulloso a Arturo.

—No le voy a mentir, es una pintura de gran belleza. No soy demasiado experto en arte, pero admito que es una obra cautivadora. Lo que sí me gustaría es saber por qué la compró si no está seguro cien por cien de que sea de Fiedrich.

—Muchacho, a veces los críticos no hacen sino marear la perdiz y discutir sobre cuestiones estériles. En el fondo de mi corazón había algo que me decía que este óleo era del pintor alemán, de modo que no me pude negar a comprarlo, y ahora mismo es una de las pinturas que más aprecio dentro de mi colección. Pero bueno, ya está bien de hablar tanto de arte porque de los cuadros no se come, así que pasemos al comedor pues la cena nos está esperando desde hace un rato.

El viejo guió a su huésped hacia una habitación alargada sobre la que destacaba una mesa fabricada en una madera muy oscura, con un tono de color que recordaba en gran medida al de la puerta de entrada de la casa. Sobre la misma había un mantel blanco, varios candelabros dorados y todo tipo de viandas con las que Malatesta parecía querer agasajar a su invitado. El joven se quedó admirado cuando observó tantos alimentos. Pensó que su anfitrión había sido demasiado generoso con él, aunque también eran ya casi las diez de la noche y, con los nervios de la entrevista no había probado apenas bocado desde por la mañana.

—Siéntese, Arturo, que así estaremos más cómodos.

El escritor siguió las indicaciones y notó que la silla era dura pese a estar tapizada con un relleno más bien mullido. A pesar de lo cual no le prestó demasiada atención a ese detalle habida cuenta del buen olor que desprendía un asado que estaba perfectamente presentado sobre una bandeja de grandes dimensiones.

—Sírvese lo que quiera. Como no sabía muy bien sus gustos he preparado un poco de todo. Por mi parte tomaré una sopa y un poco de verdura ya que le confieso que no suelo cenar demasiado —admitió el caballero cogiendo la servilleta que había junto a su plato con sus manos alargadas

El escritor aprovechó y se sirvió una buena ración de pez espada en salsa que le supo a gloria. También probó un solomillo con su guarnición ante la insistencia de su anfitrión.

—Tengo que reconocer, señor, que es un magnífico cocinero y que todo está delicioso.

—Muchas gracias. Me gusta tener a invitados como usted para compartir algo de mi vida con ellos. No sé si lo habrá experimentado alguna vez pero la soledad es algo terrible, sobre todo cuando no se busca, sino que viene impuesta por una causa mayor —llegados a este punto, Malatesta adquirió un tono de voz rayano lo trágico—. Pero bueno, no deseo centrarme en mí esta noche porque resultaría algo de lo más soez. Es usted mi invitado y querría que me contara algo sobre su vida.

Al escuchar esto último Arturo no sabía qué decir. Realmente no le gustaba hablar sobre sí mismo.

—¿No cree que sería mejor que me contara algo sobre el trabajo que quiere que desempeñe?

—Le he dicho que no, Enigma —bramó el viejo con un gesto de irritación en su rostro—. Todo a su debido tiempo. No quiero que sea tan impaciente. Cuando crea que llegue el momento oportuno, ya nos centraremos en lo de su trabajo; mientras tanto, quisiera saber algo sobre la vida de la persona a la que quiero contratar. ¿Es que eso es tanto pedir? —dijo esto último recobrando de nuevo su anterior expresión e intentando camuflar su tono de voz más áspero.

—Disculpe que lo haya ofendido. No quería desagradarlo. Intentaré contarle algo sobre mí, aunque no sé si se aburrirá.

—Ande, no tenga miedo y abra su corazón. Tenemos mucho tiempo para charlar y seguro que lo que me cuenta será apasionante —replicó Malatesta mostrando una expresión algo huidiza en su rostro.

—De acuerdo, usted lo ha querido. ¿Por dónde empezaré? Bueno, nací en Madrid en el año 1975. Desde niño tuve cierta capacidad para imaginar historias, tanto que mi fantasía se disparaba hacia derroteros insospechados para alguien de tan corta edad como era entonces la mía. Siempre he sido lo que se llama una persona solitaria, por eso desde muy joven me refugié en el mundo de los libros, primero en las lecturas, que no me abandonaron a esa edad, y luego, construyendo mis propios universos a partir de las novelas que

iba inventando. Ese fue el motivo por el que decidí escribir tan pronto. Cuando me ponía a crear narraciones tenía la oportunidad de fabricar mundos paralelos en donde podían suceder muchas cosas, todas bajo mi control personal. Algunos escritores van buscando la fama o el reconocimiento; sin embargo, en mi caso no ha sido así, o al menos eso me sucedió en los primeros tiempos. Para mí, la creación era una especie de principio vital. Una necesidad que salía de mi alma y que me impulsaba a hacer lo que creía mejor.

—Ah, ha citado usted el alma —le interrumpió de repente el anciano con un tono de voz ronco—. Ese es uno de mis temas favoritos. Veo que es algo que ha significado mucho en su carrera. ¿Qué opina sobre el alma?

Arturo se quedó un poco descolocado por la pregunta que le hacía su anfitrión porque no sabía hacia dónde quería dirigirse.

—Le diré la verdad, no pienso demasiado en el alma —replicó el escritor—. Le debo confesar que no soy nada creyente y que me he preocupado por otras cosas mucho más mundanas.

El anciano guardó unos segundos de silencio después de escuchar lo que decía Enigma. Parecía estar muy decepcionado con lo que acababa de escuchar en boca de su invitado. Cerró los ojos a la vez que sentía una punzada profunda en su interior. Al poco tiempo respondió:

—Es usted un insensato si tiene esa opinión sobre uno de los motores de la vida —aseguró Malatesta muy desilusionado—. Sin el alma estaríamos todos perdidos, ya que nos faltaría lo más esencial de nuestra existencia. Verá, a lo mejor ahora tiene un concepto algo hedonista de la existencia, pero dentro de unos años comprenderá cómo las cosas cambian y todo lo contemplará desde un prisma muy distinto.

De repente, el sonido de un trueno retumbó y su eco reverberó por las paredes de aquella casa pétrea al mismo tiempo que los dos permanecían en silencio.

—Parece que la tormenta de hoy va a ser muy intensa —prosiguió el octogenario—. Menos mal que llegó a tiempo para que no le cogiera, de lo contrario se hubiera puesto como una sopa.

El escritor se fijó mejor en el rostro de aquel ser y vio las extrañas formas que los efectos de las luces y las sombras perfilaban en su cara, creándole unos espacios angulosos que le proporcionaban un cierto rictus maléfico a una

persona que cada vez le parecía más estrafalaria.

—Pero se lo ruego, prosiga con su relato. Estoy muy interesado en saber cómo se hizo usted escritor.

—De acuerdo —continuó Arturo intentando ser más generoso en sus palabras tras beber varias copas de vino—. Llegó un momento en que la literatura se convirtió en mi pasión. Fue en ese instante cuando me tomé más en serio las cosas y debuté en el mundo editorial con mi primera novela, «Triste amanecer». Tal vez aquella obra no tuvo la repercusión que se merecía; no obstante, a mí me ayudó mucho pues pude conocer desde dentro el entresijo literario y me di cuenta de que se trataba en verdad de un mundo muy competitivo en donde no siempre te prestan la ayuda que mereces. A continuación me animé y escribí «El canto de las sirenas». Luego vinieron otras obras hasta que por fin publiqué «Luna de invierno», que fue mi novela más redonda. Le confesaré que para mí supuso un esfuerzo terminar este libro ya que llegué a ponerme muy enfermo cuando la terminé. Además, poco después de su publicación me divorcié de mi mujer. Después de esta obra comenzó una época peor en la que mis novelas dejaron de interesarle al público, y ahora me presento ante usted, esperando que me vaya a plantear una aventura literaria apasionante de la que aún no sé nada.

—Interesante relato —aseveró Malatesta—. Desde luego su vida también podría ser objeto de una novela. Creo que usted es la persona ideal que buscaba; alguien en quien confiar para hacer lo que pretendo.

En el mismo instante en que pronunciaba estas palabras, la luz de un rayo entró por la habitación e iluminó alguno de sus rincones, creándose un juego de claroscuros desconcertante.

—Algún día, cuando esté de un ánimo mejor, le contaré también parte de mi vida. Sin embargo, me temo que mi relato le resultará aburrido y sobre todo muy triste, porque he padecido sucesos que ahora me producen un gran dolor —confesó Malatesta algo cabizbajo—. Ahora le ruego que pruebe el postre, es una tarta de manzana que le encantará.

—Muchas gracias —respondió el escritor muy consciente de que el anciano tenía una capacidad magistral para cambiar de tema y para suavizar sus conversaciones.

Durante el resto de la velada estuvieron conversando sobre distintos temas

y Arturo notó que el viejo era una persona muy culta. Así pudieron permanecer por lo menos hasta la una de la madrugada, momento en el que Malatesta se levantó y dijo:

—Muy bien, amigo, creo que es la hora oportuna para que nos vayamos a dormir. Como verá, nuestro primer día ha sido muy intenso y ahora necesitamos descansar. Ya comprobará lo bien que le va a sentar estar en mi casa. Es usted mi invitado y tendrá todo tipo de comodidades para el desarrollo de su trabajo. Ahora bien, le voy a pedir un favor. Nunca intente ir hasta el sótano. Es un lugar en el que tengo varias cosas de valor y no me gustaría que lo visitara sin mi permiso —le advirtió el viejo con una expresión de dureza en sus ojos.

—Como usted quiera —manifestó el escritor en un tono muy sumiso.

Ambos volvieron a subir por las escaleras y Arturo pudo comprobar de nuevo los movimientos tan delicados del anciano. Por fin llegaron a la habitación del escritor y Malatesta se despidió diciéndole:

—Mañana desearía que me acompañara a visitar el Monasterio de San Lorenzo. Me encantaría enseñárselo.

—Con mucho gusto —contestó Arturo—. Hacía muchísimos años que no lo veía.

—De acuerdo. Entonces lo llamaré a las nueve en punto. Será un día memorable, ya lo verá.

Una vez dicho esto, el viejo desapareció por el largo pasillo a la vez que las sombras de la penumbra lo iban devorando a medida que avanzaba. Cuando el escritor estuvo solo de nuevo en su habitación trató de reflexionar sobre todas las experiencias que había vivido en las últimas horas. Parecía que había pasado una eternidad, pero no llevaba allí ni un día. Cada vez que repasaba mentalmente lo que le había dicho el anciano se quedaba más sorprendido por la actitud de una persona tan especial. Parecía ser un hombre de otra época, alguien sacado de una película americana de los años treinta o algo similar.

Debajo de la almohada encontró un pijama; se lo probó y vio que le quedaba bien. Como hacía mucho frío se metió rápidamente en la cama y se tapó con un edredón muy grueso. Continuó leyendo algunos pasajes de «El príncipe». Al mismo tiempo el viento aullaba en el exterior de la casa en

medio de una tormenta que se iba haciendo poco a poco más violenta. En esos momentos daba gusto sentirse arropado por la calidez de unas buenas mantas. En un momento dado, la ventana se volvió a abrir por la acción del viento y Arturo se levantó con la intención de cerrarla. Cuando fue a hacerlo no pudo evitar mirar hacia el exterior. En el fondo de la parcela, entre unos arbustos, advirtió la figura de una persona y juraría que éste lo estaba observando a pesar de la cortina de agua que caía. La visión resultó ser fugaz, pero fue el tiempo suficiente como para que el escritor se sintiera de nuevo horrorizado al reconocer al mismo individuo que lo había contemplado desde la taberna de la Plaza Santa Ana. En pocos segundos cayó otro rayo y aquel sujeto desapareció.

Quince



Arturo no pudo dormir bien en toda la noche porque aún estaba impactado después haber visto a aquella persona que lo había acechado desde el jardín de la casa. Por ese motivo, cuando Malatesta llamó a su puerta a la hora pactada, tardó un poco en responderle.

—Perdone, es que no lo había escuchado. Ya estoy listo, enseguida le abro —contestó al otro lado de la puerta.

—Muy bien —replicó el viejo—, cuando quiera podemos bajar para desayunar.

Mientras los dos tomaban unas tostadas se produjo un extraño silencio en el comedor. Cada uno de ellos parecía estar esperando a ver qué era lo que decía el otro. Finalmente, Enigma no pudo evitar estar callado mucho más tiempo y le reveló al propietario de la casa lo de la pasada madrugada:

—Señor Malatesta, anoche tuve una experiencia muy desagradable cuando me encontraba en mi habitación —apostilló el escritor en un tono muy nervioso.

—¿De qué se trata? —preguntó el aludido muy intrigado deseoso de saber qué era lo que le iba a comunicar su huésped.

—Verá, es algo un poco complicado de explicar. Recordará que la tormenta de la pasada madrugada fue muy intensa. Pues bien, el viento era tan fuerte que abrió mi ventana y cuando me levanté para cerrarla de nuevo, pude ver a alguien que estaba en su jardín y que me vigilaba en medio de la lluvia. No sé por qué razón aquel individuo se encontraba allí; el caso es que

repentinamente desapareció como por arte de magia y ya no lo pude ver más. Creeré que estoy loco o algo por el estilo pero le juro que lo que contemplé no es fruto de ninguna invención mía.

El octogenario guardó silencio y lo miró fijamente a los ojos, escondiendo en parte su expresión gracias al brillo que desprendían sus anteojos ante el reflejo de los rayos del sol. Luego pareció reconducir la situación y le dijo al escritor:

—No haga demasiado caso a las cosas que pueda ver estos días en mi casa. Probablemente lo que contempló no fuera más que el efecto de la tormenta. Aquí alrededor viven muy pocos vecinos y, como pudo apreciar por la tarde, mi casa está bien cerrada para que no entren personas extrañas. Aquello que creyó observar se debió seguramente al cansancio que tenía. Eso es todo.

—No, eso no es así. Le aseguro que lo que vi anoche no es fruto de mi imaginación. Le estoy diciendo que se trataba de un individuo que estaba allí fuera en medio de la lluvia. Además, lo peor de todo es que en Madrid vi a ese mismo tipo una noche en la que estaba sentado en un bar —insistió el joven en un alto estado de desesperación.

—Es su palabra contra la mía y como no estuve en la habitación, me niego a decirle algo más de lo que ya le he señalado. Pero por favor —se escabulló del tema el viejo cambiando ágilmente de conversación—, acuérdesse de que hoy tenemos que ir al Monasterio de San Lorenzo. Como le dije anoche, me apetece pasearme por ahí. Ande, anímese y piense que pese a que va a trabajar duro en los próximos días, en mi casa también tendrá momentos para el disfrute.

El anciano empleó de nuevo esas dotes innatas que tenía para la persuasión y pudo convencer al escritor con unos argumentos que rayaban lo hipnótico. Éste, por su parte, no dejaba de pensar en el suceso de la madrugada pasada, aunque tendría que evitar obsesionarse con aquello pues de lo contrario iba a perder el juicio.

Ambos acabaron el desayuno y Malatesta llamó a un taxi para que los llevara hasta el monasterio. Cuando se encontraron en el exterior de la casa se dieron cuenta de que el cielo se había encapotado, amenazando de nuevo con una tormenta. Hacía además un frío insoportable.

El taxista, un hombre fornido de unos cincuenta años, no tardó demasiado en llegar. Conforme iban recorriendo el camino, Enigma seguía dándole vueltas al asunto y entendía que era demasiada casualidad que hubiera tenido tantas visiones extrañas en los últimos días. Primero había sido en el Parque del Retiro; luego, en la Plaza de Santa Ana, y posteriormente, en la casa de Malatesta. Todo ello provocaba que sus nervios estuvieran a flor de piel.

Tras un breve recorrido en el taxi, llegaron por fin a la enorme explanada exterior del monasterio y se dirigieron a la zona de las taquillas para sacar las entradas.

—Quizás no lo crea, Arturo, pero éste es un lugar muy ligado a distintos pasajes de mi vida. Cuando me acerco hasta este edificio envidio a Felipe II porque encontró la paz entre sus piedras. Acuérdesse de lo que ayer le comentaba sobre el alma. Pues bien, aquí es donde siempre he tratado de hallar sin ningún resultado positivo cierto sosiego para mi espíritu.

El escritor estaba algo conmovido por estas revelaciones. El viejo parecía haberle mostrado algo de su ser más íntimo y se hallaba en general más vulnerable. Desconocía a ciencia cierta qué tendría eso que ver con su futuro trabajo, pero entre ambos se estaba creando un vínculo muy fuerte, aunque Arturo no llevaba en aquel pueblo ni veinticuatro horas.

Una vez entraron en el monasterio, recorrieron varias estancias emblemáticas como la iglesia, cuya capilla mayor estaba comunicada con los aposentos particulares de Felipe II, desde los cuales el monarca podía escuchar la misa tumbado en su cama. Malatesta parecía encontrarse incómodo dentro de aquel templo.

—Hace años que no tengo la paz de espíritu que necesito a pesar de mi edad. Cometí en el pasado demasiados errores y los he estado pagando con creces hasta ahora. Necesito encontrar la luz de Dios porque un día me alejé de su camino y ya no volví a sentir su aliento —se quejó el anciano en el mismo instante en que asomaba una expresión de amargura en su cara—. Será mejor que continuemos con nuestra visita.

Arturo obedeció aquella orden y sintió algo de compasión al ver a un individuo que estaba embargado por aquella sensación de desasosiego espiritual que parecía atormentarlo. Como no tenía aún demasiada confianza con él, no se atrevió a proferir ninguna palabra de consuelo, ya que en el fondo

sabía que cualquier comentario que hiciera fuera de lugar podría ofender a Malatesta y, en consecuencia, perdería un buen trabajo.

El paseo continuó por la zona de la biblioteca, en donde pudieron contemplar algunos de los códices más hermosos que poseían los monarcas españoles. Al escritor, como buen amante de los libros que era, se le fueron los ojos en cada uno de los anaqueles que había por aquellas salas.

Mientras tanto, Edmundo Malatesta se paseaba en silencio, ensimismado por algunos pensamientos que le bombardeaban su mente y de los cuales no se podía zafar con facilidad. De vez en cuando emitía algún suspiro y mostraba un semblante triste y pesimista.

—¿Le ocurre algo?

—No, nada que no pueda ser curado por el paso del tiempo. Pero quiero que vea una cosa, mi impulsivo escritor. Ande, acérquese —dijo Malatesta señalando con su dedo índice derecho hacia uno de los libros que estaban abiertos— ¿Qué le parece lo que ve?

—Es una ilustración hermosísima. ¿Pero qué significa esa letra A mayúscula que aparece en el centro de la página?

—¡Ajá!, ahí está la clave de todo este asunto, querido amigo —exclamó en señal de triunfo.

—Creo que me estoy perdiendo. ¿Puede aclararme algo más sobre esa letra?

—¿Y usted me lo pregunta? Se supone que las letras son las herramientas que emplea para construir sus historias —protestó algo molesto—. Veo que aún tenemos mucho trabajo por delante. Quiere que le dé una explicación sobre el significado de ese signo, ¿no es cierto? ¿Es que no se da cuenta que la A es el principio de todo? Es la primera letra del abecedario, la que le da sentido a nuestro alfabeto. Los judíos pensaban a través de la cábala que el lenguaje es creador. Las letras tienen un significado mágico, una forma de respirar, de mostrarnos el universo. ¿Qué sería de nosotros sin ellas?

—¿Es que esa A tiene algo oculto? —insinuó Arturo.

—Así me gusta, Arturo. Veo que ya nos vamos entendiendo un poco mejor. La A mayúscula es un signo que me ha acompañado durante toda mi vida, tanto en los momentos buenos como en los malos. ¿No recuerda lo que le dije del alma ayer? Pues ahí tiene otra demostración del poder que ejerce esa letra en

mi existencia.

Malatesta había cobrado un enorme brío, algo que contrastaba con el tono lúgubre que mostrara apenas sólo unos minutos antes. Enigma se quedó impresionado al ver el cambio tan radical producido en él.

—A través de la A pude conseguir muchas cosas; demasiadas, creo yo — añadió el viejo con cierto tono de arrepentimiento—. Pero lo más importante es que esa letra me condujo hacia los almistas. Ahí fue donde cambió toda mi vida y ya no me pude volver hacia atrás.

—¿Los almistas? Verá, señor Malatesta, creo que se está equivocando conmigo. Tal vez necesite a alguien especializado en temas de parapsicología para el trabajo que quiere encomendarme. Yo soy un escritor normal y corriente y pienso que este asunto está yéndose hacia unos extremos un poco raros.

—Necio. ¡Menuda persona me han proporcionado los de la editorial! ¿Es que no se da cuenta de que si permanece junto a mí va a alcanzar la cima de nuevo? —le espetó el anciano en un tono de reproche—. La orden de los almistas fue una sociedad secreta que existió en Europa durante varios siglos. Muchos creyeron que a finales del XIX se extinguió, pero no fue así. Permaneció hasta el siglo XX. Ellos me lo dieron todo hasta que un día perdí la confianza en sus enseñanzas y seguí mi propio camino. Luego llegó la tragedia más grande, ya que perdí al amor de mi vida. Y ahora todo eso no son más que reflejos del pasado. Momentos que se fueron disipando en las páginas del olvido y que ya nunca más volverán.

El viejo perdió de repente la fuerza que le había acompañado y cayó nuevamente en un estado melancólico del que ya no se pudo liberar. Incluso el escritor pudo ver cómo los ojos se le humedecían algo. La escena era singular y a la vez no estaba exenta de cierto patetismo. Ahí estaban los dos frente a ese libro abierto con una letra A mayúscula que parecía estar revelándoles algún secreto mágico. Arturo no quiso preguntarle nada más sobre lo que acababa de confesarle Malatesta. Veía que la relación que iba a mantener con el anciano podría ser de lo más complicada y tormentosa.

Sin decir ninguna palabra más, Malatesta se dio media vuelta y comenzó a caminar lo más rápido que pudo hacia el exterior del edificio. Aquella visita le había traído muchos fantasmas del pasado y ahora necesitaba realizar un

ejercicio de exorcismo mental.

A los pocos minutos se hicieron con los servicios de un taxi que venía de dejar a una pareja de jóvenes turistas. El anciano se sentó rápidamente, queriendo olvidar todas las heridas que se le habían reabierto dentro de las paredes del monasterio. Antes de que se subiera su acompañante, miró una vez más hacia aquella inmensa mole pétrea en el preciso momento en que las nubes avanzaban a una gran velocidad deseando estrellarse contra la fachada del monasterio.

Ya de regreso al hogar de su anfitrión, Arturo pensó que, a pesar de que al principio le había parecido un sitio de lo más siniestro, ahora aquella casa no tenía tan mal aspecto a plena luz del día, e incluso se sintió más arropado dentro de sus muros. Con todo, no terminaba de acostumbrarse a esas gárgolas que no paraban de escrutarlo con expresiones grotescas. Por eso, a partir de entonces, trataría de no mirarlas para que su visión no le afectara el ánimo. Edmundo Malatesta se dio cuenta de aquel gesto del escritor y sonrió levemente porque eso no dejaba de ser un triunfo para él.

Stone dejó varias cajas detrás de la barra. Había oído buena parte de la conversación. Desde luego, Divine era un lugar de lo más peculiar.

«Reúno un poco de dinero y me largo. Antes de que *Gatillo Fácil* Tyree descubra que yo soy el árabe huido».

Dieciséis



Pese a la leve mejoría al regresar a la casa de Malatesta, las siguientes horas después de la visita al monasterio fueron de lo más extrañas. Arturo se encerró de nuevo en su habitación aún confuso por los acontecimientos recientes. Estaba desconcertado y no sabía a qué atenerse. Tal vez lo mejor que podía hacer era volverse a Madrid porque en aquel lugar estaba perdiendo el tiempo. Además, después de la revelación última de Malatesta, veía que todo se estaba desbordando con esas viejas historias de sociedades secretas que a él no le atraían demasiado. Al final, el viejo se las había apañado para llevárselo hacia su terreno y él iba perdiendo cada vez más el control de las riendas de su vida.

A la hora pactada ambos volvieron a bajar al comedor y, como cabía esperar, la comida ya estaba lista. Comenzaron a almorzar y los dos mantuvieron una actitud silenciosa hasta que el anfitrión de la casa rompió el hielo.

—Desde luego no sé por qué he tenido que ir al dichoso monasterio — protestó a la vez que descorchaba una botella de un excelente rioja. A continuación sacó dos copas y escanció una muestra generosa de aquel caldo —. Espero que no sea usted abstemio y que le guste mi vino, ya verá como así olvidamos nuestras penas.

—Le confieso que no suelo beber demasiado —se sinceró Arturo—, pero al igual que sucedió ayer, hoy volveré a hacer una excepción.

—Así me gusta, muchacho, hay que disfrutar de los placeres de la vida.

Fíjese bien en la persona que se lo dice.

El novelista degustó el vino al mismo tiempo que volvía a asombrarse respecto a los continuos cambios de humor que tenía su interlocutor. Hacía tan sólo unas horas Malatesta le había mostrado su lado más amargo cuando le confesó que necesitaba encontrar la luz de Dios. Ahora se presentaba como un viejo vividor que quisiera disfrutar de los placeres de la vida. Esa extraña dualidad en su personalidad le desconcertó muchísimo.

—Espero, Arturo, que el vino le sirva para desentumecerle todo el cuerpo después del frío que hemos pasado esta mañana. Aunque me encanta vivir en El Escorial, he de confesarle que mis huesos ya no soportan el frío igual que antes.

—Es comprensible —reconoció el autor algo taciturno.

Ambos siguieron conversando sobre cosas más o menos triviales hasta que en un momento dado Enigma sintió los poderosos efectos de la bebida subiéndose por su cabeza, lo cual le impedía incluso articular algunas palabras. Además, Malatesta no paraba de servirle copas, algo que le duplicó en pocos minutos su estado de ebriedad. A la par que iba notando en su cuerpo los estragos del alcohol, comprobó que su mentor no paraba de mirarlo a través de sus anteojos. El anciano mostraba una expresión intrigante, ya que parecía estar tratando de diseccionarle lo más íntimo de su esencia personal. Arturo se sintió entonces desnudo ante su oponente, experimentando una sensación de pudor que quizás no había tenido antes con ninguna otra persona. En medio de aquella tormenta ética se volvió a preguntar qué era lo que hacía allí retenido en dicho lugar. Por fin decidió reunir todo el valor que le quedaba y le dijo a su anfitrión:

—No me encuentro bien, señor Malatesta. Le ruego que me deje marchar un rato a mi habitación. Seguramente cuando me recupere estaré en condiciones para seguir conversando con usted.

—Me parece estupendo —puntualizó el anfitrión de aquella morada que más bien parecía un extraño castillo—. Descanse todo lo que desee pues el trabajo que le espera está ya muy cerca.

A los cinco minutos Arturo se hallaba ya en su dormitorio de regreso tumbado en la cama mientras las paredes le daban vueltas. Llevaría en esa posición un rato cuando percibió que una especie de fuerza invisible le

aprisionaba su pecho, costándole mucho trabajo respirar con normalidad. Era un poder sobrehumano desconocido. Parecía que alguien le estuviera estrujando con unas garras invisibles su cuello a la vez que sentía una carga en sus pectorales. El escritor estaba petrificado, sin las energías necesarias para revolversse en contra de su opresor. Por si fuera poco su borrachera le impedía hacer ningún movimiento posible. Ante tanto horror, al novelista le envolvió un sudor frío en la frente. Empleando el último ímpetu de energías que le quedaba, Arturo gritó con todas sus fuerzas y su llamada desesperada retumbó por toda la casa. Al cabo de unos segundos Malatesta aporreaba la puerta de la habitación y como viera que su huésped no contestaba, giró violentamente el pomo del picaporte y entró en el dormitorio. El viejo acudió hasta la cama y halló al escritor con una expresión de terror y con los ojos desencajados.

—¿Qué le ha ocurrido?

Al principio Enigma no pudo hablarle como consecuencia de su respiración entrecortada. Asimismo, su corazón le latía a mil por hora. Lentamente se fue serenando y recobró su pulso habitual. Entonces estuvo en condiciones para responder después de la mala experiencia que acababa de vivir.

—Don Edmundo, me están ocurriendo unas cosas rarísimas en esta casa. Ahora mismo, cuando estaba descansando en la cama, he notado una fuerza invisible tratando estrangularme. Ha sido espantoso y creo que si me ocurren más cosas similares todo esto va a acabar conmigo. Cada vez siento más la necesidad de irme de esta casa pues no sé qué me puede llegar a ocurrir aquí.

El viejo lo miró con cara severa, calibrando las palabras de Arturo.

—Pienso que el rioja le ha afectado mucho porque ya sabe que es un vino que puede subírsele a la cabeza de quien no está acostumbrado a beber.

Llevo muchos años viviendo en esta casa y le aseguro que jamás he sido testigo de ningún episodio tan extravagante como el que usted me acaba de relatar. De todas formas registraré la habitación para que esté tranquilo.

—Es inútil que lo haga —respondió Arturo con un tenue hilo de voz—, ya que se trataba de una fuerza invisible; eso era lo peor. No se puede imaginar la terrible presión que he notado sobre mi cuello y en mi pecho, tanto que me era imposible moverme, por eso tuve que gritar para que viniera y me auxiliara. Don Edmundo, lo he estado pensando mejor y creo que no voy a aceptar su

trabajo porque no me encuentro demasiado bien de salud. Además, ahora mismo la cabeza me da vueltas y tengo hasta náuseas.

—Vamos a hacer un trato, Arturo. En cuanto se recupere, comenzaremos a trabajar sin demora. No lo vamos a retrasar ningún día más. Le garantizo que cuando se sumerja en el universo que le voy a proponer no se va a arrepentir —aseveró Malatesta con una leve sonrisa convenientemente camuflada en su rostro. Luego intentó persuadir una vez más a su invitado para que no desistiera en su empeño.

—No sé qué decir —contestó el joven calibrando las posibles ventajas y los inconvenientes que podía suponer su estancia en aquella casa—. Anoche vi a una persona que me vigilaba desde el jardín y le aseguro que eso no me dio muy buena espina, y ahora acabo de vivir una experiencia horrible que me ha llevado a un ataque de nervios. Tiene que ser muy bueno lo que me ofrezca para que lo pueda aceptar.

—Cuando termine la obra que le encargaré volverá a ser ese escritor de prestigio que fue antaño. Todo el mundo hablará de usted y nadie dudará de su calidad como autor. Tenga paciencia, recupérese y entonces ya verá que todo lo que le digo es cierto.

—Es usted una persona muy pertinaz —prosiguió Arturo— y tiene unas buenas dotes para tratar de convencer a los demás. Me fiaré de lo que dice y le haré caso, pero le advierto que mi salud tiene unos límites y que si veo que empeoro, regresaré a Madrid y asunto zanjado.

—Como quiera —ahondó el viejo—. A partir de ahora los dos pondremos todo lo que esté de nuestra parte para hacer las cosas bien. Se lo juro. Ahora insisto, descanse todo lo que necesite. Cuando ya se sienta mejor, continuaremos según lo previsto.

—De acuerdo, intentaré reposar un poco —contestó algo más sumiso Enigma.

Después de esta breve conversación, Malatesta huyó de la habitación y el escritor se zambulló en un sueño cargado de pesadillas. Lentamente la temperatura de su cuerpo fue aumentando y alcanzó un estado febril que lo dejó postrado en el paroxismo. Incluso llegó a tiritar de frío en su cama. El viejo le puso el termómetro por la tarde y se dio cuenta de que su fiebre superaba los cuarenta grados. Nada bueno podía preludiarse de aquella

situación, por eso Arturo necesitaba recuperarse y volver a ser el que era para salir cuanto antes de ese estado.

La tarde pasó rápida y la noche se adueñó con voracidad de San Lorenzo. De nuevo el tiempo era desapacible y el viento golpeaba furioso las ventanas de la casa. En medio de aquella ensoñación febril en la que estaba sumergido el escritor, le pareció escuchar unos gritos que provenían del salón. Reconoció a Malatesta, pero a su vez éste parecía estar hablando con otra persona, pues también se distinguía una voz extraña. Ambos mantenían un diálogo violento, lleno de reproches. Arturo intentó incorporarse de su cama, pero se percató de que tenía la cabeza muy embotada, por eso desistió y prefirió ahorrar energías. En el mismo momento en que se debatía entre aquellas altas temperaturas corporales, los gritos continuaron en la parte inferior de la casa.

Diecisiete



Enigma se levantó por la mañana temprano, pero le daba la sensación de que hubiera estado durmiendo durante los últimos días sin solución de continuidad. Se sentía completamente recuperado de su fiebre. Abrió la ventana y comprobó que el día era hermoso, ya que el sol brillaba con toda su intensidad. A lo lejos contempló los árboles de la sierra, con sus copas barnizadas en tonalidades rojizas y amarillentas. Pese a que hacía frío, la lluvia había dado por fin una tregua.

A los pocos minutos Malatesta llamó a su puerta. Lo hizo con suavidad, como de costumbre, pues no quería perturbar el descanso del escritor. Éste le dijo que pasara y el viejo pudo advertir que Enigma se encontraba ya restablecido.

—Me alegra ver que se siente mejor —observó—. Desearía que desayunara conmigo para que recuperase todas las fuerzas.

—Se lo agradezco mucho, don Edmundo.

Los dos volvieron a bajar al comedor y desayunaron muy bien. Arturo incluso repitió y tomó otra tostada de aceite con tomate porque estaban deliciosas. Después de saborear un café bien cargado, Malatesta le dijo:

—Creo que ya está en condiciones para asumir el trabajo que pretendo encomendarle.

El escritor suspiró de alivio al escuchar estas palabras porque por fin todo empezaba a tomar sentido después de haber sufrido unos días muy inciertos. Sabía que la esperanza era lo último que se puede perder, por eso ahora se

hallaba en condiciones psicológicas idóneas para asumir todos los retos que le fuera a deparar el destino.

Ambos se levantaron de la mesa y el anciano condujo a Arturo hasta una habitación en la que antes no había estado. Se trataba de una sala inmensa llena de estanterías con libros viejos. Cuando Enigma vio esto se quedó fascinado pues allí había numerosos volúmenes de un gran valor.

—No esperaba que fuera a encontrar aquí tantos libros —comentó el novelista al mismo tiempo que no dejaba de contemplar aquellos anaqueles abarrotados por centenares de obras.

—Dicen que a una persona se le puede juzgar por los libros de su biblioteca y eso es lo que ha sucedido en mi caso. Igual que he sido un amante del arte, también he reservado un espacio para la literatura y las ciencias. Pero no quisiera aburrirle demasiado con mis relatos. Acompáñeme, ahora deseo enseñarle algo importante.

En un rincón de la habitación, sobre una mesa de escritorio, había cientos de folios apilados que tenían un tono amarillento debido al paso del tiempo. Al verlos Enigma se quedó un poco descolocado porque no sabía qué sentido podía tener todo aquello.

—Mire, Arturo. Todos estos folios que ve aquí no son más que el fruto de un trabajo de muchos años. Yo también quise ser de joven escritor, como usted. Durante varios lustros estuve escribiendo una novela, pero nunca logré acabarla. No tenía ni el talento ni la paciencia suficiente como para darle forma a una historia que comencé mil veces y que nunca llegué a concluir. En estos folios encontrará todo lo que escribí durante ese tiempo. Comprobará que hay muchos pasajes inconexos; otros sí tienen un sentido lógico. En fin, que tiene un gran trabajo por delante.

—¿Quiere que me lea estas páginas y que a partir de ahí elabore una novela?

—Ha dado en el clavo, amigo mío. Sólo una persona como usted podría darle el sentido necesario a estas hojas muertas. Su talento le proporcionará la vida y la personalidad necesaria a una obra que un día hará las delicias de los lectores. Se lo aseguro.

—Señor Malatesta, le seré sincero —insistió el novelista—. Durante muchos años he establecido un método de trabajo que ha sido férreo. Las

historias que inventaba salían exclusivamente de mi mente y ahora usted me pide que aproveche sus textos para hacer algo distinto a lo que tenía acostumbrado.

—Exactamente, Arturo.

—Si es así no sé por qué confié en mí. Usted mismo confesó que jamás se había leído ninguna de mis novelas y ahora pretende que convierta todos estos folios en una obra maestra.

—De acuerdo. No he leído nada suyo, pero en la editorial me insistieron en su ingenio, su carácter metódico y su capacidad para inventar unas historias magníficas. Por eso he depositado toda mi confianza en usted. Estoy seguro de que hará un trabajo extraordinario y que no me fallará. ¿Qué, se anima a dar el paso?

—Estoy algo confundido. Primero me insistió en que debía quedarme a vivir aquí durante las próximas semanas y ahora me pide que reescriba una obra suya.

—¿Es que no lo entiende, Arturo? Mi libro nació entre estas paredes y no tendría sentido reescribirlo fuera de mi casa. Necesita imbuirse de las piedras de mi hogar para que la obra salga auténtica y pueda conmover al lector. De lo contrario le hubiera hecho el encargo a otra persona, aunque el resultado jamás hubiese sido el mismo. Piénselo bien. Lo que le ofrezco es una oportunidad única en su vida. Jamás volverá a toparse con un desafío semejante porque esta novela es diferente a las demás.

Arturo estaba seguro de que su anfitrión no lo engañaba, ya que defendía sus argumentos con gran vehemencia. Desde luego, si el texto era la mitad de apasionante que aquel hombre, entonces estaría frente a un gran libro.

—No sé cómo pero me ha vuelto a convencer, Malatesta. ¿Me puedo llevar todos estos folios a mi habitación para que les pueda echar un vistazo?

—Claro que sí, Arturo —contestó el viejo con un brillo en sus ojos—. A partir de ahora puede hacer lo que le venga en gana con ellos. Pero no olvide una cosa, aquí están los fondos patrimoniales de mi vida; muchos años de alegrías y de tristezas. Debe ser consciente de que no se halla ante un texto cualquiera.

—Tendré en cuenta todo lo que me dice —aclaró el escritor.

—De acuerdo, coja los folios y comience una nueva aventura. No tenga

miedo a lo que vaya a hacer a partir de ahora, incluso si eso le obliga a tenerse que alejar de lo que estaba acostumbrado.

El joven tomó entre sus manos el manuscrito y se dio cuenta de cuánto pesaba. Metieron aquellas hojas en una caja de cartón y el octogenario acompañó a Arturo hasta su cuarto. Se citaron nuevamente para comer a las dos de la tarde, de modo que el escritor tendría unas horas por delante para comenzar a conocer aquel texto.

Una vez que éste se halló por fin a solas en su mesa de trabajo, sacó todos los folios de la caja y los apiló en varios montones. Inició su lectura por unas páginas inconexas, pero pronto hubo algo que no pudo explicar y que le llamó mucho la atención. Aquellos textos no tenían una enorme calidad literaria, a pesar de lo cual había un sentimiento de autenticidad en todo lo que había allí escrito. La novela planteaba una especie de historia caleidoscópica en donde se narraba el amor entre un hombre y una mujer durante los primeros años de la posguerra. Había numerosos pasajes estremecedores, con descripciones veraces realizadas por un narrador omnisciente que poseía una voz desgarrada y que no dejaba de manifestar siempre un punto de vista amargo sobre los diferentes acontecimientos que se sucedían. Era desde luego una trama tan absorbente y apasionante que embebió a Arturo hasta que perdió la noción del tiempo. Y en el fondo de ese relato siempre sobresalía el amor entre sus dos protagonistas.

Los minutos fueron transcurriendo veloces y el escritor leyó desordenadamente muchos pasajes. La narración se intercalaba con los diálogos formando un conjunto incoherente. El problema era saber por dónde comenzar, por eso se tendría que empapar de todos los textos si quería llegar hasta algún lugar concreto.

A la hora de comer los dos comensales se sentaron de la forma habitual y el anciano no desaprovechó la ocasión para preguntarle al novelista qué opinión le merecían los escritos. Arturo trató de ser lo más sincero posible y reconoció que había muchos textos susceptibles de ser pulidos, pero acabó admitiendo que de ahí podría salir algo muy interesante.

Poco después el escritor regresó a su habitación y permaneció allí encerrado toda la tarde. Creía que lo más importante era ordenar aquellos folios para darle un sentido. Al mismo tiempo estaba tomando apuntes y

confeccionaba algunos borradores que le servirían después para poder avanzar en su empresa. Conforme realizaba progresos en su trabajo, el tiempo fue empeorando y de nuevo vinieron algunos nubarrones que tiñeron el cielo de un color melancólico, mientras llegaban los últimos rayos de un sol rojizo que fallecía por el horizonte. Nuevamente se levantó un fuerte viento, pero el escritor estaba tan concentrado en lo que hacía que no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. En un momento dado, detuvo su lectura y trató de acordarse de un dato que le hacía falta. Por desgracia no pudo dar con él porque tuvo la impresión de que le fallara la memoria. No le dio demasiada importancia a este suceso, así que prosiguió con su tarea intentando atar cabos sueltos para que nada quedara en el aire.

La tarde avanzó hasta que Arturo llegó a un pasaje vital de la novela de Malatesta. En esos folios se hablaba del «Libro de las almas». Aquello le chocó mucho al principio pues parecía un detalle nimio que no tenía nada que ver con el resto de la narración. Era un pasaje oscuro de la trama en el que el protagonista se peleaba con otras personas al estar obsesionado por la búsqueda de aquel antiguo códice medieval. Lo que había sido hasta el momento una historia llena de amor, poco a poco se fue transformado en una obra lúgubre que encerraba capítulos horrendos.

Ante este giro en la trama, Arturo se conectó a su ordenador y trató de buscar por internet alguna referencia sobre el «Libro de las almas», pero todo fue en vano. Volvió, pues, a la lectura de aquel viejo texto y procuró encontrar respuestas a las muchas interrogantes que se había planteado; no obstante, parecía que faltaran algunas páginas del manuscrito de Malatesta y que alguien las hubiera podido sustraer. Entonces la confusión del autor fue mucho mayor.

Necesitaba dar un paseo para aclarar sus ideas, así que bajó por las escaleras e intentó hablar con su anfitrión para informarle sobre sus intenciones. Por desgracia, cuando estaba en el salón, no encontró a su anfitrión. Lo llamó incluso a voces, pero nadie respondió. La casa parecía estar solitaria, así que no se lo pensó más y abrió la puerta. Salió al jardín en medio de una ventisca grande. Las nubes volvían a amenazar con lluvia, pero eso no fue un motivo suficiente como para que el escritor dejara de avanzar por entre la arboleda, pese a que las ramas produjeran un ruido espantoso. Llegó hasta la verja de entrada de la finca y no halló ningún sistema para

abrirla. La vivienda estaba cerrada por dentro y sólo el anciano podía abrirla con algún mando u otro tipo de artilugio similar. El escritor regresó a la casa a la par que era vigilado atentamente por las gárgolas de las cornisas. No había rastro de Malatesta.

Como el narrador era una persona muy curiosa, no se quiso quedar allí y optó por acercarse hasta las escaleras que conducían directamente al sótano. Antes de bajar los peldaños se acordó de las palabras de advertencia del viejo; sin embargo, era tanto el deseo que tenía de visitar aquel sitio prohibido que decidió descender sin más dilación hasta el útero del edificio.

Al bajar no tuvo más remedio que usar su teléfono móvil a modo de linterna, ya que la oscuridad era considerable. Iba palpando las paredes por si hubiera algún interruptor. Al final de las escaleras dio con uno muy pequeño, lo activó y se encendió la tenue luz de una bombilla que colgaba del techo. El escritor miró hacia arriba para asegurarse de que Malatesta no estaba en el piso superior. Ante él se presentaba una puerta estrecha, de un color gris metalizado. Ésta tenía un pequeño pomo que le invitaba a girarlo hacia abajo. Sin pensárselo dos veces decidió entrar en el sótano a ver qué era lo que se encontraba allí.

Aquella habitación tenía unas dimensiones extraordinarias y en su interior se respiraba cierta humedad. Todo estaba en penumbras, por eso tuvo que emplear su móvil para seguir alumbrándose. Sólo a lo lejos llegaba algún reflejo de la bombilla que había encendido minutos antes. A cada paso que daba sus zapatos retumbaban como si estuviese dentro de una iglesia. Las pulsaciones del escritor estaban a mil por hora porque se percataba de que había desobedecido las órdenes del octogenario. Pese a todo, aquella aventura furtiva le estaba dando un mayor impulso para continuar adelante.

De repente se topó con algo sólido, lo palpó con sus manos y advirtió que estaba tocando una librería que contenía numerosos volúmenes. Era extraño; si arriba existía una magnífica biblioteca, ¿por qué razón estarían todos esos libros allí? Tal vez porque se tratara de obras prohibidas que el viejo tuviera ocultas al alcance de cualquier curioso, como era su caso. Eso explicaría la prohibición que le había hecho el dueño de la casa para que no se acercara hasta el sótano, que parecía ser el sancta sanctorum de aquel templo profano. A pesar de todo, con la escasa luz que le proporcionaba su teléfono, era

incapaz de ver con claridad de qué obras se trataba. Allí abajo había también varios cuadros apilados y a lo lejos pudo distinguir una vitrina en cuyo interior había otra pintura y un volumen que se hallaban especialmente protegidos. El lienzo era un retrato de una mujer muy hermosa, de unos dieciocho años de edad aproximadamente. Tenía un rostro angelical, cálido y lleno de ternura; junto a esta pintura había un libro de grandes dimensiones. Arturo sabía que estaba junto a algo importante, así que acercó el móvil todo lo que pudo, pero la penumbra resultaba tan grande que apenas podía distinguir nada.

En ese momento la puertecita del sótano se cerró con violencia y se quedó a oscuras al caérsele su teléfono. Ahora se encontraba solo en medio de aquella gran habitación y sin ninguna escapatoria posible. Entonces, una vez más, notó la presencia de aquel ser extraño, lo mismo que le había ocurrido en su dormitorio. Su pulso se le fue acelerando aún más; se había quedado encerrado y ya no podría salir de allí. Intentó correr pero fue en balde, pues se notaba con todo el cuerpo paralizado por el terror que sentía. Cada vez percibía más cerca ese extraño ente invisible. Se tiró al suelo entonces y trató de protegerse con los brazos. Estaba tan desesperado que quiso gritar como en la ocasión anterior en que se vio atrapado en su dormitorio, pero ahora le fue imposible, porque su cuerpo era incapaz de responder a ningún estímulo. La presión se hizo más fuerte en su cuello. Una fuerza bruta estaba apretándole de forma despiadada. A cada segundo que pasaba se daba cuenta de que estaba asfixiándose un poco más y que no podría hacer nada para salvar su vida. Estaba perdido y sabía que ese iba a ser su fin. En el exterior de la casa comenzó una tormenta tan fuerte que engulló a todas las viviendas de los alrededores del Escorial.

Dieciocho



Las circunstancias no habían variado demasiado para Agudo porque éste seguía ingresado en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital 12 de Octubre. Durante las últimas semanas, el doctor Molina había estado observando al paciente para ver si presentaba alguna evolución favorable. A pesar de todo, no se produjeron los cambios esperados. El médico intentó esmerarse al máximo de sus posibilidades porque se había tomado este caso como un reto personal. Por su parte, Esperanza seguía compadeciéndose, sin saber por qué motivo, de aquel hombre que permanecía en un estado de coma irreversible. Parecía que este paciente ejerciera sobre ella una especie de magnetismo o tal vez algo la conmoviera en lo más hondo de su espíritu. El caso es que siempre intentaba saber alguna novedad sobre él y veía el futuro con optimismo.

En todo caso, lo que sí estaba claro era que por el momento no iban a producirse cambios notables. Gracias a la intervención de Molina, la chica pudo estar en contacto permanente con sus compañeras enfermeras que trabajaban en la UCI. Todos hicieron cuanto estuvo en su mano por el investigador privado, pero las expectativas no eran demasiado halagüeñas.

Al mismo tiempo, el inspector jefe Ceballos proseguía investigando el asunto. Pese a sus indagaciones, no pudo hacer demasiados avances porque cuando interrogó a Jorge Sempere y a Alejandro Soriano, éstos se cubrieron perfectamente las espaldas con sendas coartadas, lo cual hacía casi imposible vincularlos con la paliza de Agudo y con el asesinato de Carmen Altamira.

Esta situación provocó que el policía se sintiera muy frustrado, ya que en su momento había llegado a dudar del propio Agudo cuando falleció la joven, hipótesis que después tuvo que desechar obviamente. Ceballos había estado abriendo el abanico de sospechosos lo máximo posible sin saber muy bien hacia dónde buscar. El caso era mucho más complicado de lo que pensó en un principio y tenía algunos elementos muy extraños con los que nunca se había encontrado anteriormente. Con relación a esto último, no dejaba de darle vueltas al cadáver de Carmen Altamira y a la letra A mayúscula que apareció grabada en su frente. Concluyó que aquello podría estar relacionado con una especie de secta satánica o algo similar. Si Agudo hubiera estado en mejores condiciones físicas, podría haberle sacado mucha más información para resolver este affaire, pues se imaginaba que el sabueso le había ocultado cierta información que ahora podría serle vital para sus pesquisas.

Diecinueve



Arturo se despertó y comprobó que se hallaba en su habitación, en la casa de Malatesta. Tenía el cuerpo tan molido que parecía como si le hubiera pasado por encima una manada de elefantes y casi no se podía mover. Estaba lleno de rasguños y magulladuras, pero no recordaba nada de lo ocurrido ni cómo había llegado hasta allí. Miró a la mesa de su escritorio y vio que aún estaban los folios que le había cedido el anciano.

A las nueve y media de la mañana Malatesta llamó a su habitación y lo saludó de la manera habitual, dándole los buenos días y deseándole que hubiera pasado una noche tranquila. El viejo actuaba como de costumbre, queriendo dar a entender que no le había sucedido nada al escritor y con la naturalidad de una persona que deseaba que su huésped se sintiera bien. De todas formas, en su cara estaba grabada una expresión algo inquietante, circunstancia que advirtió Arturo.

—Me complace mucho verlo con tan buen aspecto —señaló el anfitrión—. Creo que hoy puede aprovechar toda la jornada para seguir con el libro.

—Así lo espero aunque le confieso que me siento muy cansado y no sé por qué tengo tantas magulladuras por el cuerpo. No puedo recordar nada de lo que me ha sucedido en las últimas horas, pero ha tenido que pasar algo grave y no sé de qué se trata —protestó el escritor.

—No se preocupe, amigo. Menos mal que ha descansado; eso era lo más importante para usted. Ahora tiene que alimentarse muy bien para leer todos esos folios sin desfallecer. Lo que creyó ver los días anteriores son cosas que

se ha figurado en su mente y que no dejan de ser más que el fruto de su imaginación.

—¿Y qué me dice de estas magulladuras? —bramó el novelista.

—Le insisto en que no tiene por qué preocuparse de nada y que está seguro conmigo —agregó Malatesta mostrando una horrible expresión en su cara que preludiaba lo peor. Arturo jamás le había visto aquellos rasgos faciales tan extremos.

Ante las continuas evasivas del anciano, los dos bajaron al salón como de costumbre y desayunaron. Malatesta estuvo muy amigable e intentó que Arturo se sintiera siempre a gusto. Repentinamente, al muchacho le vino algo a su cabeza y le dijo al viejo:

—Sabía que tenía que preguntarle una duda sobre una cosa que estaba relacionada con el trabajo, pese a que no recordara bien de qué se trataba. Sí, eso es. Tiene que ver con un pasaje de su novela en el cual usted habla sobre el «Libro de las almas».

A su interlocutor se le nubló el gesto facial al escuchar aquel nombre, tanto que la cordialidad de los minutos anteriores desapareció para transformarse en un comportamiento más áspero y receloso.

—No le haga demasiado caso a eso —ahondó—. Seguramente aquel título se habrá quedado impregnado en alguna hoja, pero creo que no encontrará más referencias sobre el mismo a lo largo del texto.

—Espere, don Edmundo. Creo que ahora lo recuerdo mejor —insistió el novelista—. Conforme avanzaba en sus escritos me he dado cuenta de que no hablaba más sobre ese tema, dando la impresión de que le faltaran algunas páginas al manuscrito.

—Céntrese en la historia de amor de los protagonistas y en lo que les ocurrirá después; eso es lo más importante de todo. No sé por qué me tiene que hablar ahora de libros tan raros —protestó Malatesta con un ademán siniestro—. Quiero que avance en su tarea y que no se distraiga en nada superfluo. Por favor, a partir de ahora desearía que continuara cuanto antes con el libro. ¿No se da cuenta de lo importante que es para mí?

—De acuerdo, señor Malatesta, procuraré progresar lo más rápido que pueda —anunció Arturo en un tono algo sumiso.

Y así lo hizo el escritor, ya que volvió con celeridad a su habitación y se

enfrascó en el texto. La historia que tenía entre sus manos cada vez adquiría unos tonos más conmovedores, hasta que a la protagonista le ocurría un suceso trágico que la dejaba postrada en una silla de ruedas. El novelista pasó algunos párrafos a limpio, pues le pareció lo más interesante que había leído hasta el momento; lo peor de todo siempre resultaba la letra picuda de Malatesta, porque no siempre era inteligible:

«Laura se levantó una mañana con fuertes dolores en su cadera. En los días anteriores había notado algo extraño, pero sus sospechas se hicieron realidad cuando el doctor Martínez le confirmó que debía guardar reposo absoluto y que tendría que moverse a partir de entonces en una silla de ruedas. Al enterarse Miguel Ángel de aquella terrible noticia pensó en lo peor, ya que su novia siempre había tenido una salud muy delicada. Si bien ambos se reunían todas las tardes en el viejo parque, su relación no volvió a ser la misma y desde aquel día se levantó un muro que los fue separando paulatinamente. Sobre las cinco y media de la tarde, Miguel Ángel iba a recogerla a su casa y la llevaba de paseo en su silla de ruedas mientras Laura permanecía en silencio, con los ojos vidriosos y con una mirada puesta en el infinito. Los dos intentaban disimular la situación y procuraban hablar sobre cosas de poca importancia, pero ambos sabían que aquello no iba a servir para nada.

»A Laura le gustaba que le leyera pasajes de novelas que ella admiraba, por eso Miguel Ángel siempre se llevaba «Guerra y Paz», que era el libro favorito de la joven. Podían permanecer así durante horas; el muchacho leyendo aquella obra a la vez que a la joven le entusiasmaba sentir cómo el viento movía las hojas de los árboles. Era una estampa lánguida y patética, pues ella seguía siendo una esclava de su silla de ruedas. Poco a poco sus piernas se fueron moviendo menos y los médicos temieron que se quedaría atada allí durante el resto de su vida. Su novio sufría al verla así porque, por mucho que lo intentara, no podía consolarla. Sólo le quedaba el triste recurso de leerle distintos capítulos de la novela de Tolstoi al mismo tiempo que Laura suspiraba en silencio.»

Arturo se quedó conmovido ante aquel pasaje del que emanaba tanto dolor. De aquellas palabras se desprendía una sensación de amargura. Por eso estaba seguro de que, si seguía ahondando en el texto, podría descubrir muchas claves que le serían vitales para continuar con su trabajo. Más adelante

encontró otro capítulo que le resultó de sumo interés.

«Miguel Ángel había perdido todas las esperanzas de que Laura volviera a caminar. Se culpaba de aquella situación porque durante mucho tiempo la había abandonado. Si no se hubiera dejado llevar por sus obsesiones, podría haber evitado que la muchacha estuviera en esos momentos al borde de la perdición. Lo peor fue cuando conoció al señor Montero. Era una persona siniestra que lo envolvió en una espiral sin retorno. Al principio pensaba que junto a él iba a aprender todas las cosas que necesitaba para ser un hombre mejor, pero pronto descubrió un lado perverso en Montero que lo hacía más espeluznante. La inocencia que tuvo en un pasado desapareció al lado de aquel individuo que cada vez lo acaparaba más, pese a que Laura lo necesitaba a su lado. Luego vino lo de aquella extraña enfermedad ósea de la joven que la hizo postrarse a una silla de ruedas. Desde entonces ya nada volvería a ser igual entre ellos y su novia vivió más tiempo aislada en su casa, tanto que permanecía encerrada durante días completos, siendo sólo atendida por sus padres. A Miguel Ángel se le había planteado un conflicto moral: ¿necesitaba realmente seguir aprendiendo de los oscuros conocimientos de Montero o por el contrario debía dejarse llevar por la pureza angelical de su prometida? Finalmente, era tanto el deseo de poder del joven que poco a poco se distanció de Laura a la par que su mentor lo iba corrompiendo. Entonces fue cuando oyó hablar por primera vez de los almistas, una orden formada hacía muchos siglos y que estaba integrada por personas de escasa categoría moral. Todos ellos renunciaron a sus principios más profundos en busca de algún beneficio personal dudoso. Miguel Ángel encontró en éstos lo que necesitaba para distanciarse de aquello a lo que más amaba en este mundo. De hecho, su existencia se transformó en una especie de precipicio y el señor Montero lo fue conduciendo hacia unos caminos muy peligrosos. Todos los miembros de esta secta idolatraban un antiguo códice medieval que, al parecer, tenía un poder oculto. El joven no entendía muy bien por dónde se estaba metiendo, pero los demás miembros de aquella sociedad lo fueron introduciendo en esa hermandad que era capaz de cometer los mayores crímenes en nombre del viejo manuscrito, que ejercía una especie de maligna influencia sobre aquellos correligionarios. Pobre Miguel Ángel: si al menos hubiera tenido entonces alguna palabra amable hacia Laura las cosas podrían haber cambiado para

ellos sustancialmente; sin embargo, ya no había vuelta atrás y Montero estaba consiguiendo que aquel muchacho, antaño inocente, se fuera transformando en su mano derecha. Ante esta situación, los más horribles pecados se sucedieron y Miguel Ángel perdió lo que le quedaba de su condición humana. Sin darse cuenta, fue engullido en un torbellino de maldad y de miserias.

Por desgracia, Laura se iba consumiendo en su hogar y ya no tenía ganas de vivir. Había llegado a un punto en el que le daba todo igual y no confiaba en que nadie la pudiera sacar de ese abismo en el que se hallaba inmersa. Así pasaron los días hasta que llegó la mañana de aquel trágico 12 de diciembre de 1943. Miguel Ángel se levantó a la hora acostumbrada pero notó que algo extraño sucedía pues sus padres estaban muy afectados por alguna noticia que él aún desconocía. Al principio ellos no tuvieron fuerzas suficientes para decirle qué había ocurrido, pero pronto descubrió la terrible realidad: Laura se había suicidado durante aquella madrugada. Intentó sobreponerse a ese momento tan doloroso y se dirigió hacia la casa de su novia. A pesar de ello, cuando llegó allí, los padres de la muchacha no quisieron recibirlo porque eran conscientes de que el joven había tenido mucho que ver con su actitud pasiva en el fatal desenlace de la joven. En esos momentos Miguel Ángel deseó también la muerte. A pesar de eso ya era demasiado tarde para dar ese salto al vacío. Huyó rápidamente de aquel lugar al que juró no volver nunca más y se refugió en el señor Montero, que terminó por acogerlo sabedor de la desgracia que había sufrido la novia del muchacho. La muerte de Laura cerró un capítulo en la vida de este hombre. Desde ese momento ya no habría salvación para él, ya que todo se había perdido. A partir de entonces necesitaría cobijarse en algo que le eliminara ese sentimiento de culpa. Los remordimientos no paraban de martillearle todos los días en su mente y él ansiaba romper con su pasado. La única persona que podía ayudarlo era Montero, pues éste conocía algunos secretos que parecían estar ocultos al resto de los mortales.»

En ese punto de la novela se dio cuenta de que faltaban otros tantos folios que eran vitales para continuar con el argumento de aquella historia. Arturo debía hablar seriamente con Malatesta porque no podía continuar así con su trabajo si existían tantas lagunas. Además, otra vez había salido a la palestra el tema de los almistas, la misma sociedad secreta cuyo nombre citó el

octogenario cuando realizaron la visita al monasterio de El Escorial. Eran demasiadas las preguntas que se le estaban planteando y todo este asunto le desbordaba por completo.

Llegó la hora de la cena y el escritor estaba ávido por sonsacarle algo a su anfitrión para que le aclarase todas las incógnitas que le habían surgido sobre los textos. Al principio de la comida su oponente no dejaba de mostrarse taciturno. Éste parecía estar esperando a que el autor le insinuara alguna cosa para poder replicarle. Ante aquel movimiento de estrategias, Arturo no pudo contenerse más tiempo callado y le dijo al viejo:

—He estado leyendo esta tarde varios capítulos en donde se hablaba de Miguel Ángel y Laura y de cómo el primero ingresó en los almistas. No obstante, noto que faltan pasajes esenciales y esos son los que necesito para poder seguir con el hilo de la narración.

—Para eso lo he contratado, Enigma, para que ponga parte de su imaginación y sea capaz de inventar historias que llenen esos vacíos. Supongo que todo esto le resultará muy complicado, pero yo le podría hablar mucho acerca de este drama pues participé directamente en los acontecimientos que ahora está leyendo.

Arturo dejó de tomar su sopa para mirar a su anfitrión con unos ojos desorbitados.

—¿Qué es lo que quiere decir? —le interrogó de un modo ansioso.

—Me refiero —continuó Malatesta— a que yo soy el protagonista de la novela. Lo único que hice fue cambiar los nombres de los personajes principales por los de Laura y Miguel Ángel, el resto se ciñe más o menos a los acontecimientos que sucedieron en la realidad, aunque también protegiendo la identidad de otros individuos que aparecen reflejados en los textos. Acuérdense de lo que le dije de los almistas. Como verá, esta sociedad también sale citada.

—¿Incluso el episodio del suicidio de ella es fiel a lo que ocurrió en la vida real?

—Maldita sea, Arturo. No hace sino detenerse en los acontecimientos más morbosos de la historia. ¿Quiere seguir torturándome con sus comentarios? ¿Cree que no he cargado con esa culpa durante todos estos años?

Cuando dijo esto último, se levantó de la mesa y la luz de un rayo iluminó

su rostro mostrándole al escritor la cara de un hombre abatido por su pasado.

—Raquel, que así era su verdadero nombre, fue la mujer de mi vida, la persona que tendría que haberme traído la felicidad, pero fui incapaz de comprenderla, y al final ella decidió dejarlo todo, ya que no encontró ninguna solución a sus problemas. Traté de seguir amándola después de que se quedara paralítica y esclava de su silla de ruedas. A pesar de todo hubo algo que me impulsó a apartarme de ella. Luego vino un gran desastre en mi vida y ahora no dejo de ser la triste caricatura de un ser que no sabe ni lo que hace.

Arturo se sentía conmovido ante los testimonios que estaba escuchando, pese a lo cual, tuvo la necesidad de hacerle otra pregunta a Malatesta para hilvanar mejor aquella historia que se la había presentado tan deslavazada.

—¿Podría decirme quién era el señor Montero?

Al escuchar este nombre asomó por la comisura de sus labios una sonrisa maléfica que rompió su amargor anterior.

—Quiere conocer todos los secretos demasiado rápido, ¿no es verdad, mi joven amigo? A su debido tiempo le contaré su historia, pero le advierto que a lo mejor no le gusta. Fue él quien hizo que me decantara por el tipo de existencia que he llevado desde entonces. Todo lo que he sido en esta vida se lo debo a él, por eso se trata de una persona tan importante en mi destino. Perdí el amor de Raquel, que se esfumó como el viento. Después gané en sabiduría y en poder. Sí, ya sé de sobra que fue un trueque horrible —admitió el anciano con una risa amarga—. Deseaba con todas mis fuerzas ser el hombre más poderoso del mundo y al final me dejé seducir por un embaucador.

—¿Es que ese amor que le profesaba Raquel no le resultó suficiente para seguir con ella pese a su parálisis?

—Usted quiere llegar hasta los pensamientos más profundos de mi alma, Enigma, pero lo peor de todo es que ella ya nunca más volverá. Le comenté hace unos días que me alejé del camino de la luz y que desde entonces he vivido bajo el yugo de las tinieblas. Algunos pensarán que soy un ser maldito; otros matarían por lograr la autoridad que he alcanzado durante toda mi vida. Ahora recapacito con el paso de los años y me arrepiento de mi pasado.

—Supongo también que el «Libro de las almas» es ese viejo manuscrito que los almistas idolatraban, ¿no es cierto?

Arturo puso el dedo en la llaga de su adversario. Ese era, sin lugar a dudas, el elemento básico de aquel drama y el motivo principal por el cual todos los acontecimientos se llegaron a desencadenar de esa forma. Malatesta emitió un suspiro muy hondo y cerró los ojos en señal de dolor. Sus manos le temblaban levemente y parecía estar poseído por algún tipo de fuerza extraña.

—Señor Enigma, sus comentarios no hacen sino hurgar aún más en una herida que le dije que aún tengo abierta. Está siendo demasiado perspicaz y osado en todo lo que dice. No intente saber más cosas antes de tiempo, de lo contrario podría arrepentirse. Le prometo que en su momento conocerá todos los detalles de esta historia, se lo puedo asegurar —manifestó el anciano mostrando otra vez esa sonrisa diabólica que tanto descolocaba a su huésped. Sin embargo, Arturo se armó de valor para hacerle una última apreciación.

—Si tan dolido se encuentra por su pasado, ¿por qué desea ahora remover todos sus recuerdos personales publicando esta novela?

—Porque se lo debo a ella. Es lo menos que puedo hacer por la persona que un día cautivó mi espíritu. Intenté retenerla en mi vida y se escapó entre mis manos como la espuma de las olas del mar, por ese motivo quiero que este libro glorifique su memoria y que sea el testamento perpetuo de un amor que nunca pudo ser.

—No sé si podré lograr lo que usted tanto desea. Para mí supone un gran esfuerzo todo este asunto. Además, creo que hay demasiados cabos sueltos sin atar —replicó Arturo viendo que sus fuerzas empezaban a desfallecer y que se encontraba más cansado por todos los acontecimientos que se le habían presentado.

—Le entiendo perfectamente, pero sé que reescribirá esos textos y que al final podrá hacer la novela de su vida. Si pasa por su corazón cada una de las palabras que ha leído hasta ahora, entonces saldrá algo grandioso —advirtió el anciano con un brillo en sus ojos. Pocos segundos después trató de recuperar su tono más adulator y persuasivo—. Pero ahora no quiero hablarle más de trabajo, querido amigo. Desearía que me acompañase a mi biblioteca para enseñarle algo.

Los dos se levantaron de la mesa y se dirigieron hacia aquella habitación. Una vez entraron, el escritor notó que hacía demasiada humedad, pero el viejo seguía siendo muy parco en sus gastos y apenas había puesto leña en el fuego

de la chimenea. Si el resto del otoño y el invierno continuaban siendo tan crudos, Arturo tendría un serio problema de salud en esa casa. Encima de unos libros de gran formato que estaban apilados sobre una estantería se encontraba la funda de un instrumento musical. Edmundo Malatesta la cogió con unas manos temblorosas y la depositó cuidadosamente sobre una mesa pequeña. Luego abrió el estuche y de su interior salió una viola de gamba de pequeñas dimensiones.

—Arturo, me permitirá que le toque algunas piezas que aprendí hace muchos años. Me encantaría que se sentara en esta silla y que durante los próximos minutos pueda disfrutar de la música y se deje llevar por los sentimientos.

—De acuerdo —contestó el joven a la vez que se sentaba en su asiento.

El viejo sacó una partitura que estaba amarillenta dada su antigüedad. Debido a los efectos de la humedad le costó mucho trabajo afinar el instrumento. De todas formas se veía que lo interpretaba de vez en cuando pues estaba pulcramente cuidado. Malatesta inició entonces un ritual desplegando unas partituras sobre un pequeño atril de madera. Poco después, comenzó a tocar algunas piezas de Marin Marais, uno de los grandes genios del barroco francés. Así se inició un concierto en el que se intercalaron obras más festivas con otras más melancólicas. A medida que la música sonaba, el escritor dejó llevar sus pensamientos hacia un lugar lejano hasta que se relajó completamente. Entonces, sin saber por qué motivo, le llegó un flash a su mente y se acordó brevemente de la visita que había realizado al sótano de Malatesta y de la experiencia angustiosa que tuvo en aquel lugar durante el tiempo que permaneció allá abajo. Experimentó de nuevo la misma sudoración que había padecido. Al reflexionar sobre todo esto, el viejo lo miró fijamente a los ojos con ese gesto maligno que tanto le caracterizaba. Fue un lapso temporal muy breve, el suficiente como para afectar el estado de nervios del escritor, que unos minutos después regresó de nuevo a su amnesia habitual, con lo cual desaparecieron los recuerdos más inmediatos. Y es que, según iban sucediéndose los días de permanencia en aquella casa, perdía más la memoria. Se estaba transformando en un pelele o un paria abandonado a su suerte. Lo peor de todo es que Malatesta lo tenía dominado y parecía marcarle los tiempos de su vida. El desánimo se apoderó otra vez del novelista, tanto que

no pudo disfrutar del resto del concierto. El veterano músico se percató de aquella circunstancia y se alegró de ver tan abatido a su huésped, sabedor de haber conseguido otro pequeño triunfo sobre él. Al mismo tiempo que esto sucedía, la música de Marais continuaba sonando con un mefistofélico virtuosismo entre los dedos alargados de Malatesta. El tour de force que ambos mantenían desde hacía unos días se había ido transformando en un grotesco juego de cartas en el que Arturo tenía todas las de perder.

A la finalización de aquella improvisada velada musical, y hundido por sus continuos fracasos, el autor regresó a su dormitorio. La lluvia, impertérrita ante estos acontecimientos, golpeaba amargamente su ventana. Con el paso de los días se sentía más reprimido en una casa que ahora se había transformado en cárcel. Angustiado por aquellos pensamientos, Arturo se tumbó en la cama sin dejar de sonar aquel repiqueteo acuático en su alféizar como única música de acompañamiento. No permaneció en ese estado demasiado tiempo, de modo que se sentó a la mesa para continuar leyendo la novela. Estaba tan desilusionado que ya no podía seguir adelante. Parecía que aquellas páginas le estuvieran quemando sus manos cada vez que las tocaba. Además, detrás de todo aquello estaba el testimonio de Malatesta.

Ese viejo loco era el protagonista de una historia que no dejaba lugar a las dudas: su anfitrión era un individuo desalmado que había dejado morir a una mujer por culpa de su actitud egoísta. Ahora éste quería que su historia llegara a oídos de la humanidad en forma de testamento, y él iba a ser cómplice a la hora de darlo a conocer a todos los lectores.

Arturo se hallaba tan agobiado que decidió abrir su ventana, ya que quería que el aire fresco le aclarase las ideas. Las gotas de lluvia se precipitaron sobre su rostro y el escritor no dejó de pensar en Raquel, la víctima de una persona tan inmundada. Cuando reflexionaba sobre la trama de su futura novela, el escritor miró hacia el jardín. Edmundo Malatesta caminaba bajo la lluvia sin paraguas ni nada que lo cubriera. Estaba totalmente empapado mientras el agua le caía chorreando por los mechones de sus cabellos, que le tapaban casi por completo la cara. Era terrible y a la vez extraño verlo andar en medio de la arboleda. El viejo no paraba de moverse convulsivamente por su parcela y Arturo no daba crédito a lo que observaba. El muchacho no quiso ser más testigo de esta escena tan grotesca y cerró la ventana tan rápido como se lo

permitieron unas manos entumecidas por el frío. Estaba cansado de soportar tantas excentricidades y no quería saber nada más de ese ser tan soez. Regresó a su cama y se tapó cuanto pudo con el edredón. Tiritaba de frío pero eso no le impidió que su cabeza continuara dándole vueltas a todo lo que había visto en los últimos días.

Veinte



A la mañana siguiente, el escritor se levantó con aquella sensación de amnesia que ya era tan habitual en él. Casi todas las cosas que le habían ocurrido durante la jornada anterior se le borraron de su mente. Lo único que sí tenía claro es que había avanzado mucho en la lectura de los textos y que Malatesta era el protagonista de su propia novela. Iba a tener que emplear al máximo sus dotes de narrador si quería darle forma a aquellos pasajes inconexos. Como era muy temprano y apenas habían salido los primeros rayos del sol, se sentó en la mesa y cogió un buen puñado de folios. Era necesario seguir investigando para encontrar más respuestas. Por eso, cuando su mente estuvo algo más despejada, pudo leer con claridad lo siguiente:

«Los meses de invierno estaban siendo especialmente duros para Miguel Ángel. Su aprendizaje con el señor Montero no le dejaba demasiado tiempo libre como para entretenerse en cosas irrelevantes. La influencia de su mentor era ya tan grande que éste le dirigía toda su vida. En alguna ocasión se había intentado rebelar contra su maestro, pero el poder persuasivo de éste era demasiado grande. Se llegó a plantear si el sacrificio realizado por Laura compensaba aquellos días de penurias que estaba padeciendo. Montero era una persona absorbente y cruel, de esas que no dejaban ningún cabo sin atar, por eso el muchacho le tenía mucho miedo, ya que no sabía por dónde iba a salir aquel hombre. No podía evitar pensar en el suicidio de su novia, algo que lo torturaba y que le impedía vivir, dados los remordimientos que tenía. Sentía tanto dolor que necesitaba compensar ese amargo sabor con algo que le

llenara para el resto de su vida. Estaba claro que existía, por tanto, un secreto que guardaba su guía espiritual celosamente y que debía conocer, pues de lo contrario se iba a volver loco. El invierno continuó avanzando hasta un día aciago en el que se precipitaron los acontecimientos; ya nada volvería a ser lo mismo desde entonces.»

Al finalizar aquel párrafo nuevamente se produjo una larga elipsis en el texto y Arturo se quedó con la miel en los labios. Estaba claro que había sucedido algo importante que cambió desde entonces el curso de la vida de Malatesta. Sin esos folios sería imposible desenredar aquella trama y el escritor tendría que hacer un gran esfuerzo para que no se le escapara ningún detalle. Prosiguió la lectura unos minutos más tarde y lo hizo como pudo debido a la falta de esas páginas en el manuscrito original:

«Miguel Ángel era una persona distinta después de su última experiencia. Montero le había ofrecido un tesoro valiosísimo, aunque a cambio de esto había tenido que renunciar a muchas cosas. Ahora podría soñar con ser una persona poderosa capaz de alcanzar un estatus social que le había sido negado hasta entonces. No era él un individuo muy ambicioso, pero sabía que podría tener el mundo en sus manos y que sería capaz de lograr todo aquello que se propusiera. Fueron muchas las mujeres que se le acercaron buscando algo de aquella influencia que el imberbe había logrado; a pesar de ello, él vivía bajo el recuerdo de Laura y sólo ella podía ser el motor de su existencia. Entonces fue cuando se construyó una casa enorme al estilo tardomedieval, todo un síntoma del poder que estaba atesorando. Las personas que lo conocieron antes murmuraron muchas veces sobre ese cambio que se había producido en su vida. Al final, acabó convirtiéndose en un ser más huraño y no hizo caso de las habladurías. En los años siguientes se dedicó a comprar obras de arte y libros antiguos, dos de sus grandes pasiones. Lentamente fue transformando su hogar en un inmenso museo, mas aquellas paredes siempre estuvieron gobernadas por una sensación de soledad.»

El escritor se percató del ejercicio de autocrítica realizado por el propio Malatesta consigo mismo. Había sido un egoísta y por su causa Raquel no logró alcanzar la felicidad. Posteriormente se vendió a los designios de Montero y llegó a poseer una serie de objetos de gran valor que lo convirtieron en la persona excéntrica que era en esos momentos. La historia

había adquirido unos tintes patéticos, tanto que el joven autor era de la opinión de que aquella novela no le interesaría a nadie porque ¿qué sentido tenía que alguien hubiera renunciado al amor de su vida para conseguir aquella gloria pasajera?

A Arturo se le estaba haciendo insufrible el trabajo, pero debía continuar con aquellos textos, de modo que se puso a escribir en su ordenador compulsivamente. Intentaba darle un estilo más personal a aquellos párrafos que habían salido de la mente de una persona tan perturbada. Tendría que hacer eso para ganarse la vida y para asumir a partir de entonces los desafíos que se le fueran a presentar.

Serían las nueve de la mañana cuando sonó el timbre de la casa y a los pocos minutos un hombre traspasó la verja para entregarle un paquete al viejo. Era extraño que alguien se presentara a esas horas ya que, en todo el tiempo que el escritor llevaba recluido allí, nunca habían tenido ninguna injerencia del mundo externo. Arturo tuvo mucha curiosidad a la vez que hacía todo tipo de conjeturas para tratar de adivinar qué habría en aquel paquete, tarea que parecía cuanto menos imposible.

Media hora más tarde los dos hombres desayunaron como de costumbre, pero Malatesta no realizó ninguna alusión acerca del envío que había recibido. En su cabeza parecía estar rumiando muchas cosas, por esa razón se mostraba tan reservado, hablando lo menos posible para intentar que Arturo no le hiciera ninguna pregunta impertinente. Eso sí, le sonsacó información acerca de cómo iba su trabajo y el escritor fue sincero, insistiéndole en que ya tenía unos folios escritos. Al escuchar esto el viejo se sintió dichoso porque veía que su pupilo estaba dando forma a los textos que él había dejado inconclusos. Asimismo, notó que Enigma mostraba una actitud sumisa y que sólo manifestaba interés en proseguir con el proceso creativo.

Durante las siguientes semanas, el joven apenas salió de su habitación y dedicó unas ocho horas diarias a la novela. Poco a poco, las historias inconexas fueron engarzando un hilo argumental sólido mientras que en los espacios vacíos del texto el novelista se había limitado a introducir nuevos pasajes de su propia cosecha que solidificaban la trama. Enigma derrochó todo su talento en aquellos folios y recuperó poco a poco su mejor versión de narrador.

Desde mediados de diciembre las temperaturas bajaron espectacularmente y Malatesta accedió a los ruegos del novelista para que éste pudiera contar con un buen radiador en su habitación. Las primeras nevadas de la temporada cayeron y la vegetación de la zona se cubrió de finos mantos blancos, lo cual era un claro preludio que el invierno iba a ser muy crudo.

A pesar de todas las inclemencias climatológicas, Arturo escribía de manera febril y estaba obsesionado con la historia de Miguel Ángel. Al mismo tiempo que ocurría esto, su estado de amnesia llegó a unos niveles exagerados, desdibujándose muchos de sus recuerdos importantes. Las penurias que había sufrido en el último año y medio desaparecieron de su mente y ya únicamente concebía la idea de volver a ser de nuevo alguien importante dentro del mundo literario. A veces escribía en un silencio tan absoluto que parecía que estuviera viviendo dentro de la cripta de una iglesia. Sólo en ocasiones el viejo interpretaba alguna música con su viola de gamba y esas huidizas notas recorrían toda la casa hasta que llegaban a la habitación del escritor. Cuantas menos distracciones tuviera el novelista, antes podría acabar con una historia que se le iba haciendo cada vez más tortuosa.

Veintiuno



Gabriel Portaceli se dirigió una mañana hacia el Hospital 12 de Octubre para realizar una visita a un amigo que estaba allí ingresado. Afortunadamente comprobó que su compañero se encontraba mucho mejor después de la operación a la que había sido sometido, así que le dio gracias a Dios porque todo iba según lo previsto y la recuperación transcurría por los cauces adecuados.

Bajó posteriormente a la cafetería y allí se pidió un café y unas tostadas. A pesar de que estaba lleno de gente, pudo encontrar una mesa que tenía un asiento libre. Cuando saboreaba su pan con aceite y tomate miró hacia su derecha y encontró que a unos metros de él se hallaba el doctor Molina, a quien conocía desde hacía años porque el hermano mayor del sacerdote estaba en su misma clase en el colegio. Entonces levantó su mano en señal de saludo y vio cómo el sanitario se acercó hasta su mesa.

—Buenos días, Gabriel. Qué alegría me da verte por aquí. ¿Cómo está el golfo de tu hermano?

—Muy bien. Ya sabes cómo es él, siempre tan liado con su trabajo, pero estupendamente, gracias. En cuanto a mí, aquí estoy porque he venido a visitar a un amigo mío que se ha operado. Menos mal que todo ha ido bien y que en pocos días le van a poder dar el alta.

—Me alegra saber eso. No sabes lo que disfruto cuando mandamos a un paciente a su casa. Lo peor es cuando las cosas se complican y le tenemos que dar malas noticias tanto a éstos como a los familiares.

—¿Te apetece tomar algo? —le dijo el sacerdote.

—No, te lo agradezco. Tengo mucha prisa y en unos pocos minutos debo subir de nuevo a la planta.

—¿Habéis tenido mucho trabajo en estos días?

—Lo normal de siempre. Lo que ocurre es que llevamos un tiempo un poco más movidos, sobre todo desde que ingresó el detective. Ya sabes de lo que te hablo; me refiero al individuo que ha salido en los medios de comunicación estos últimos días por la paliza que le dieron.

Cuando oyó esto Portaceli cambió el gesto y enseguida se acercó más a su interlocutor.

—¿Quieres decir Carlos Agudo, no es así?

—Sí, el mismo. Lleva ingresado aquí unas semanas y parece que hubiera estado un año. La presión de los policías y de los periodistas es muy grande y trabajar en estas condiciones no es lo más aconsejable, te lo aseguro.

Portaceli se quedó durante unos segundos ensimismado. Recordó entonces aquella tarde en la que el sabueso se presentó en su iglesia mientras iba persiguiendo a Sempere. Las casualidades del destino quisieron que aquel mismo hombre que había estado sentado en su despacho parroquial hacía menos de un mes ahora estuviera ingresado en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte. Era todo muy paradójico y Gabriel no podía evitar compadecerse de ese pobre diablo que seguramente estaría sufriendo muchísimo.

—¿Crees que mejorará? —le abordó el cura.

—Esa es la pregunta del millón, Gabriel. Si te digo la verdad, en estos momentos nadie puede decir a ciencia cierta qué es lo que va a pasar con él. Muchas personas que han vivido su misma situación han salido bien paradas, pero el problema de él es que ha sufrido un traumatismo craneoencefálico muy grave. Por eso tu presencia aquí es providencial; de hecho, te pediría que rezaras mucho por él porque creo que va a necesitar un milagro para salir adelante.

—Ahora que estoy aquí me voy a ir hacia la capilla para orar por él. Seguro que Dios nos hace caso y se va a mejorar —respondió el sacerdote sin desvelarle al médico el relato del día en el que conoció al investigador privado.

Durante la charla sostenida por ambos se acercó hasta ellos Esperanza, que tenía unos pocos minutos de descanso en lo que estaba siendo para ella una mañana terrible, pues los ingresos no habían parado en ningún momento.

—Buenos días, Luis, ¿qué tal?

—Hola, Esperanza. Te presento a Gabriel Portaceli, el hermano de uno de mis mejores compañeros del colegio.

—Encantado de conocerlo —contestó la enfermera estrechándole su mano al sacerdote.

—Aquí le estaba hablando a mi amigo sobre el caso Agudo. Le he dicho que nos van a venir muy bien sus rezos, ya que ahora mismo todo sigue igual y no sé qué es lo que va a pasar con este hombre.

Esperanza reaccionó con un gesto preocupado ante estos nuevos comentarios del médico. Seguía sin saber por qué, pero había algo en todo aquello que le estaba afectando más de la cuenta. De repente, el doctor Molina se tocó el bolsillo de su bata mientras sonaba la llamada de un teléfono.

—Disculpad que os deje pero me está sonando el busca. Luego nos vemos —dijo Molina levantándose rápidamente para atender la llamada.

Gabriel y Esperanza se quedaron en la mesa. Apenas se conocían pero ya había algo que los estaba uniendo, el detective.

—¿Usted conoce a Agudo? —le inquirió el cura.

—No, no lo conozco de nada. Lo que pasa es que me da mucha pena todo lo que le ha pasado. No sé, he leído en los periódicos su caso y me ha conmovido. Es terrible que un hombre tan joven esté sufriendo tanto.

Gabriel dudó entonces si debía o no contarle todo lo que él sabía sobre el detective. No obstante, después de pensárselo mejor declinó hacerlo porque apenas tenía confianza con su interlocutora y tal vez podía empeorar las cosas.

—Ahora mismo sólo podemos tener fe en que se vaya a recuperar. En otras ocasiones ha habido personas que han mejorado después de estar un tiempo en coma. Todo depende también de las ganas de vivir que tenga el propio Agudo —dijo Portaceli.

—¿Y cree, padre, que él será consciente de todo lo que le está pasando y que estará sufriendo mucho?

—Eso no lo puedo asegurar, aunque en alguna ocasión he leído que este tipo de pacientes son muy sensibles y que se dan cuenta de todo lo que le

ocurre a su alrededor. Pero no la quiero molestar demasiado. Me imagino que estará muy liada con su trabajo, ¿no es así?

—No se preocupe. Necesitaba parar un momento y sosegarme un poco porque si no me voy a poner mala. Me ha alegrado mucho hablar con usted. Espero verlo pronto por aquí —comentó la enfermera.

—Claro que sí, Esperanza. Ya verá como el detective se va a recuperar pronto.

—Ojalá sea así —le contestó la muchacha volviéndole a estrechar la mano antes de marcharse.

Tras despedirse de la enfermera, Portaceli se quedó unos minutos más sentado en la mesa. Estaba confundido por el drama que vivía Agudo. Quizás debería haberlo atendido mejor el día en que se acercó hasta su iglesia. Tal vez hubiera podido evitar así lo de la paliza. Poco después se levantó y se dirigió hacia una de las capillas del hospital. Lo mejor que podía hacer por el sabueso era rezar y pedirle al Altísimo que intercediera por él. En el fondo sabía que sólo un milagro podría salvarlo de su situación.

Veintidós



El escritor había avanzado mucho en una novela que progresivamente iba adquiriendo unos tintes más oscuros. En manos del señor Montero, Miguel Ángel no era más que un autómatas que se movía bajo los designios de su poder. Casi nada quedaba del amor que le había profesado a Laura. Ahora el joven protagonista del relato se había convertido en una persona desalmada a la que no le importaba cometer los más horribles pecados. La clave pasaba por averiguar quién era ese tal Montero en la vida real, ya que eso le permitiría descubrir el mayor misterio que aún le quedaba para intentar atar los cabos sueltos en una historia con tintes rocambolescos.

En cuanto a las carencias de su memoria, estaba muy preocupado pues notaba enormes lagunas mentales. Parecía que aquella historia le estuviera corroyendo los sesos y que su pensamiento se hallara obnubilado ante el poder de esas embaucadoras palabras de Malatesta. No pensaba ya nunca en ese gran escritor que fue en el pasado, tan sólo se centraba en escribir para poder contentar así al viejo. Tampoco se planteaba cuál podría ser su futuro más cercano después de la finalización de aquel agotador trabajo.

En los últimos días aquel anciano tan estafalario se había manifestado como un individuo frío y distante, dando la impresión de que estuviera urdiendo un plan siniestro que se le escapaba al novelista. Este ser parecía tenerlo todo bajo control, a la espera de asestar el golpe definitivo. Así, agazapado bajo su atalaya, podría lograr sus propósitos a costa de la candidez de una persona que ya no se movía por voluntad propia. Estaba claro que

el anfitrión de Arturo había vivido bajo los efectos de la amargura durante muchos años y que ahora quería desprenderse de algo que le estaba quemando por dentro, pero ¿qué sería exactamente aquello?

Una noche, justo cuando el escritor se hallaba encerrado en su habitación y trabajaba con su ordenador, advirtió que Malatesta discutía acaloradamente en el salón. Pasaban ya las dos de la madrugada y el anciano creía que Arturo dormía desde hacía un buen rato. Al mismo tiempo que seguía enhiesto en su escritorio, el joven tuvo un vago recuerdo de haber vivido otra experiencia similar en la que, estando enfermo en su cama, fue atormentado por unos gritos muy parecidos a los de aquella noche. Al principio pensó en continuar con su escritura pero después decidió salir de su cuarto para investigar qué ocurría. Bajó las escaleras sigilosamente con la intención de hacer el menor ruido posible porque quería pasar desapercibido. El más mínimo error hubiera resultado fatal pues en la planta de abajo se estaba discutiendo con mucha pasión. El descenso por los peldaños le resultó eterno. Además, el frío de esa casa le estaba enloqueciendo tanto que ya no solamente le dolían todas sus articulaciones sino hasta su alma.

En el salón se hallaban Malatesta y otro hombre. Arturo no pudo verle la cara a éste último al tenerse que ocultar en la pequeña habitación de al lado. Ambos estaban hablando de él precisamente y parecían tener dos perspectivas muy distintas.

—¿Cuánto vas a esperar para hablar con el escritor? —le preguntaba el desconocido a Malatesta.

—Debéis tener calma —insistió éste—. Arturo está escribiendo el libro y hasta que no lo termine no hay nada que hacer. Si no esperamos un poco más se podría echar todo a perder.

—Eso está muy bien pero sabes de sobra que el maestro está muy impaciente pues tu renuncia está cercana. De lo contrario, ¿crees que me iba a mandar aquí a diario?

—No hay que forzar las cosas. El joven tiene plena confianza en mí y creo que dentro de poco puede estar ya preparado.

—¿Preparado? Maldita sea —replicó airadamente aquel desconocido—. No sé a qué esperas para hablarle del «Libro de las almas». En estos últimos años todo el mundo se ha vuelto loco buscándolo. Si supieran que lo tienes

aquí en tu casa incluso matarían por ello. Además, el intercambio de esta vez será el más importante de todos.

—Soy consciente de ello y ya lo tengo todo planeado, lo que pasa es que no quiero que haya ningún error. De todos modos, piensa que Enigma necesita recuperar el éxito que tuvo en el pasado, por eso creo que accederá sin problemas a mi propuesta.

—Confiamos en ti, Edmundo, pero no te daremos mucho más margen. O vemos resultados rápidos o de lo contrario actuaremos a nuestro modo y nos dejaremos de formalismos.

Cuando aquel hombre dijo estas últimas palabras los dos se quedaron en silencio. Arturo continuaba en la habitación contigua tratando de ser invisible. De pronto le entró mucho miedo, ya que intuyó que podía ser descubierto. Decidió, pues, subir de nuevo las escaleras, aunque para ello tendría que elegir el momento idóneo para que no fuera descubierto. Después de esos segundos de incertidumbre, Malatesta prosiguió con la conversación. Fue entonces cuando el joven aprovechó para ascender al piso superior de la casa sigilosamente.

Por fin regresó a la seguridad de su dormitorio y se encerró aislándose del mundo exterior. No podía seguir escribiendo porque se hallaba muy confuso. Se había quedado sorprendido por la actitud del viejo con aquel desconocido. Mientras que con él se mostraba siempre como una persona parca y reservada, con ese individuo parecía ser todo un conspirador. Además, una vez más había surgido un comentario sobre el «Libro de las almas». Aquella obra volvía a formar parte de su vida después de haber tenido las primeras noticias cuando leyó los pasajes inconclusos de la novela de Malatesta. El extraño que estaba en esos momentos en el salón respondía a los intereses de alguien que le estaba apremiando para actuar, pero ¿qué era lo que se traían entre manos? y ¿qué tenía que ver Arturo en todo este asunto? Asimismo, según lo que se concluía de la conversación, daba la impresión de que hubiese varias personas buscando ese dichoso libro. No obstante, lo más raro de todo lo que había escuchado allí abajo era lo del intercambio. ¿Qué sería eso exactamente? Eran demasiadas preguntas para el escritor. Como no podía resolver todos estos enigmas, se tumbó en su cama y trató de descansar algo, si bien eso iba a ser complicado después de la experiencia tan extraña que había vivido. Intuía que

el viejo no le contaría nada sobre aquella reunión secreta, de modo que decidió jugar sus propias bazas después de haber sido testigo accidental de todo aquello.

Veintitrés



Tanto Alejandro Soriano como Jorge Sempere seguían en la búsqueda del «Libro de las almas». Ahora que Agudo estaba en fuera de juego, ambos se sentían en la necesidad de jugar sus cartas para encontrar tan preciado tesoro. El viejo anticuario había tratado de seguir varias pistas, incluso a veces llegó a recibir algunos soplos, pero no hubo forma de encontrar el códice. También el abogado había tratado de usar su influencia para hallar alguna pista esclarecedora, siempre intentando adelantarse a su competidor, pero todo resultó un fracaso. Además, los dos estaban ya fichados por la policía, otro motivo suficiente para que ambos anduviesen con mucho cuidado; si cometían el más mínimo error, la pasma tendría pruebas suficientes para inculparlos en el caso de la paliza al detective y en el asesinato de Carmen Altamira. Por este motivo, el inspector jefe Ceballos tenía siempre a distintos hombres tras la pista de estos dos pájaros de mal agüero.

Lo que ni Sempere ni Soriano sabían era que había una tercera persona en liza que estaba buscando la misma reliquia medieval. Había logrado permanecer de momento en el anonimato, a la espera de que los otros dos adversarios se equivocaran para tomar la delantera. Tampoco Ceballos tenía ni idea de este nuevo vértice del triángulo. Desde esa privilegiada posición se podían obtener muchas ventajas, sobre todo si se trataba de alguien calculador que era capaz de esconderse en la sombra a la espera de que se fueran desarrollando los acontecimientos. Ese individuo estaba igualmente obsesionado con el libro y tenía poderosas razones para dar con él. Era

alguien muy peligroso que intentaba sacar provecho del trabajo de los demás, por eso poseía sus propios contactos para informarle sobre cualquier novedad que hubiera respecto al manuscrito. De hecho, se había creado una red de espías que iban detrás de cualquier pista que apareciera, como si se tratara de los irregulares de Baker Street.

Por otra parte, algunos medios de comunicación se echaron encima del caso después del asesinato de Carmen y de la tragedia de Agudo. Intentaron buscar una causa que relacionara estas acciones criminales pero les faltaba la clave del código, del cual ignoraban su existencia, y ése debía ser el motor sobre el que gravitaran las futuras pesquisas.

Era todo tan confuso que nadie se atrevía a revelar datos nuevos pues había muchos intereses en juego. Por este motivo el inspector jefe Ceballos estaba tratando de ser muy discreto para que los periodistas se mantuvieran al margen de este asunto. Tampoco él conocía la referencia del «Libro de las almas», algo que le hubiera resultado imprescindible para atar todos los cabos sueltos que le quedaban. En ese sentido, cuando interrogó tanto a Sempere como a Soriano, éstos mantuvieron una especie de pacto de silencio que los convertía en personas inmunes ante cualquier hecho que los pudiera inculpar.

El resto del mes de noviembre transcurrió en Madrid con unos días otoñales bañados en una tonalidad marrón. La lluvia seguía cayendo en la ciudad casi a diario y los habitantes parecían haberse inmunizado ante las inclemencias del tiempo.

Veinticuatro



Arturo avanzó tanto con la novela que, a pesar de que era mediados del mes de diciembre, tenía el cuerpo central prácticamente terminado. Se hallaba muy satisfecho pues jamás había trabajado con tanto afán. Intuía que al final del camino habría una grata recompensa que le estaría esperando, de ahí sus continuos progresos. En cuanto a sus problemas de memoria, eso era harina de otro costal, ya que en las últimas semanas sus recuerdos se le habían volatilizado y sólo tenía capacidad para detenerse en aquellos aspectos de su vida más reciente. Malatesta sabía que el novelista se hallaba en una fase definitiva de la escritura, por eso apenas lo había distraído y únicamente se veían en el desayuno, almuerzo y cena. El resto de la jornada la casa permanecía en un silencio casi sepulcral, solamente interrumpido por el sonido de un viejo reloj de pared que a cada hora retumbaba protestando por el frío que hacía en ese hogar. Y es que en las últimas semanas habían caído varias nevadas intensas, tanto que la sierra estaba cubierta por un manto blanco, lo cual producía una sensación de paz no exenta de cierto desasosiego. A pesar de todo, el escritor no tenía tiempo para estas bagatelas contemplativas porque no se despegaba del ordenador, que ya se había convertido casi en una extensión de su propio cuerpo. Las desventuras de Miguel Ángel y del señor Montero le absorbían tanto tiempo que todo lo demás le parecía un vano ejercicio de vulgaridad.

Un día, el anfitrión aprovechó la hora de la cena para sondear a Enigma. Sentía gran curiosidad por saber cómo iba su proceso creativo. El

viejo notaba a su pupilo muy entusiasmado, habiendo desaparecido casi ese recelo de antaño. Por lo que le fue comentando el novelista, supo que había llegado el momento de revelarle el gran secreto que tenía reservado para él.

—Hace un par de semanas, Arturo, me dijo que le faltaban elementos importantes en su novela. ¿Le sigue ocurriendo eso?

—Si le soy sincero, señor, no he logrado aún rellenar esas lagunas. He estado enfrascado durante los últimos dos meses en la obra y no he parado de progresar pero aún necesito saber qué importancia tiene el «Libro de las almas» dentro de toda esta historia.

—Ese manuscrito es la piedra angular de su novela y le aseguro que no la podrá terminar hasta que no sepa toda la verdad sobre este asunto —le respondió el anciano lanzando esa expresión maliciosa que le hacía ser a la vez una persona detestable.

—Hasta que no me cuente todo lo que sabe al respecto mi libro no tendrá ningún sentido —suplicó el escritor.

—Está bien. Si insiste tanto, le revelaré algunas cosas que debe saber. Acompañeme al sótano, aunque creo que ya lo conoce de sobra —apostilló el viejo con una mueca irónica. Enigma sintió algo de vergüenza porque se había dado cuenta de que en cierto modo había traicionado la confianza de su anfitrión penetrando en la zona prohibida de la casa.

Unos minutos después, los dos bajaron por las mismas angostas y oscuras escaleras que había explorado Enigma en solitario. Éste fue recordado poco a poco el episodio que vivió en las profundidades de aquella morada cuando realizó su primera incursión. Malatesta llevaba un ritmo parsimonioso, sosteniendo en sus manos huesudas una linterna grande que tenía un foco de luz potente. Por fin abrió la pequeña puerta metálica y llegaron al sótano. Encendió el interruptor y toda la habitación se quedó iluminada, pese a que la bombilla fuese de baja intensidad. La sensación de humedad se evidenció una vez más al mismo tiempo que Arturo temblaba. Llegaron por fin hasta una vitrina en la que se encontraban el cuadro de una mujer y un libro.

—Le presento a mi querida Raquel —indicó Malatesta señalando hacia la pintura de una persona joven y bellísima que parecía estar mirándolos desde esa posición privilegiada—. Se preguntará por qué tengo su retrato escondido aquí abajo. Pues bien, tuve que hacerlo ya que es lo más valioso que poseo en

mi casa y no quería que algo así estuviera al alcance de cualquiera. En este hogar siempre se ha odiado a los curiosos —insistió el viejo a la par que observaba al muchacho con unos ojos penetrantes, dando a entender que estaba al corriente de la expedición que el novelista había hecho furtivamente por su cuenta a aquel piso subterráneo.

—Es una mujer muy hermosa. Comprendo que sintiera algo tan fuerte por ella —sentenció el escritor tratando de cambiar de tema lo antes posible.

—Sí, en efecto. Ya le dije que la amé más que a nadie en este mundo. Pero la culpa de todo lo que me sucedió se la debo a este libro —bramó contrariado. A continuación sacó de aquella vitrina un tomo de grandes dimensiones con pastas duras encuadernadas en piel negra y con bellas incrustaciones doradas que configuraban varias formas geométricas—. Éste es el «Libro de las almas», el protagonista de los acontecimientos más relevantes de mi vida.

—¿Le puedo echar un vistazo? —preguntó Enigma esgrimiendo un gesto de ansiedad en su rostro.

—Claro que sí. Estoy deseando que el libro sea suyo muy pronto.

Arturo palpó aquel manuscrito tan antiguo con sus manos y acarició la suave piel de las cubiertas. Cuando lo tuvo tan cerca no comprendió muy bien el motivo del valor de aquella reliquia, pero algo importante tendría que haber oculto detrás de aquello cuando numerosas personas habían mostrado tanto interés por el códice. Estaba muy sorprendido de que el anciano poseyera ese volumen porque debía tratarse de una antigüalla que con toda probabilidad estaría al alcance de muy pocas personas. Ahora sí que se había topado con la pieza que le faltaba para completar su novela.

—¿A que es una preciosidad? —dijo Malatesta lleno de orgullo—. Las primeras noticias que se conocen de este códice se remontan al siglo XII, pero al parecer podría ser mucho más antiguo. Se desconoce cuál es su origen, si bien según apunta la tradición perteneció a un monje que realizó unos comentarios con ilustraciones sobre el libro del «Apocalipsis». Por lo visto, éste renunció a Dios y se dejó seducir por el poder del Maligno. Al final, le vendió su alma al diablo y perdió para siempre la fe en Dios. Fue ahí cuando se estableció un pacto que debía seguir vigente hasta que lo rompiera el último dueño, que sería aquel que completaría la lista de las treinta personas que

durante todos estos siglos han sido dueños del manuscrito. De esta forma, según establecía aquella tradición, el que vendía su alma a Belcebú recibía a cambio poder y sabiduría. Si con el paso de los años dejaba de estar interesado, le cedería el libro a un nuevo dueño y éste traspasaría, a su vez, su espíritu al demonio para que el anterior poseedor del manuscrito encontrase su salvación eterna. Así se produjo un largo proceso de intercambios que ha durado más de ocho siglos y, contando conmigo, han sido ya veintiocho los que hemos gozado de los favores del códice. Ahora faltan sólo dos personas para que el libro desaparezca definitivamente en el infierno. Creo que después de estas breves explicaciones que le he dado podrá comprenderme mucho mejor, Arturo. Todo lo que he hecho en esta vida se lo debo a Satanás. Él fue quien me dio las riquezas que tengo; sin embargo, a cambio tuve que renunciar al amor de Raquel. Para mí significó la decisión más dolorosa que he tomado jamás, pero le juro que nunca pensé que ella fuera a atentar contra su propia vida. Desde entonces he llevado ese pecado conmigo y creo que ya he cumplido suficiente penitencia. En cuanto al señor Montero, ese personaje que tanto menciono en mis escritos, no es sino un ayudante del demonio que me abrió las puertas hacia un mundo nuevo; ha sido mi mentor y mi maestro, el que me corrompió y me llevó por los derroteros más diversos, renunciando a la luz de mi amada para siempre.

Comprenderá que ya que lo he conseguido todo en esta vida ahora me merezco terminar bien mis días y reconciliarme con Dios. Es vital que pueda reencontrarme con mi alma, por eso necesitaba de alguien joven como usted para poder llevar a cabo mi última voluntad antes de morir, ya que el que fallezca en posesión del manuscrito sin haber recuperado su espíritu, acabará condenándose para siempre.

Durante unos minutos el viejo se quedó en silencio y se mostró con un gesto abatido. Arturo lo miró con una expresión descajada tras haber escuchado su historia. Era incapaz de contestarle nada después de recibir ese shock emocional. Sin embargo, poco a poco fue recomponiéndose y trató de afrontar este asunto con una fría cordura. Unos segundos después hojeó las páginas del libro y pudo ver las miniaturas que había realizado aquel monje, así como unas inscripciones en latín y en otras lenguas antiguas que desconocía.

—¿Y si yo adquiriese el «Libro de las almas»? ¿qué ventajas me depararía eso? —preguntó Arturo con cierta ingenuidad.

—Podría gozar como yo de todo lo que quisiera tener a su alcance. ¿Le parece poco? Como usted se convertiría en el penúltimo poseedor del códice, lo único que tendría que hacer cuando se cansara del mismo sería ofrecérselo a alguien que ya no podría intercambiarlo más. Este individuo se lo quedaría para siempre y tendría que venderle su alma eternamente al diablo.

—¿Cree que alguien puede ser tan estúpido como para adquirir el libro a cambio de su condenación? Aún tengo suficiente juicio como para darme cuenta de lo inmundo que es todo lo que me ha contado —advirtió el escritor intentado recuperar algo de su dignidad perdida.

—Mi querido amigo, ha estado usted ciego durante los últimos meses. Si hubiera leído las noticias se habría dado cuenta de que en Madrid se produjo el asesinato de una muchacha y que un detective recibió una brutal paliza que lo dejó en el coma. ¿Cuál cree que fue la causa de estas atrocidades? Hay personas que van detrás de este libro desde hace años pero existe un dato vital que éstos desconocen en su ignorancia, ya que aún quedan dos dueños antes de que el libro desaparezca, porque no hicieron bien los cálculos. Son tan ambiciosos que están dispuestos a venderle su alma al diablo al precio que sea, aunque sepan que tendrán que condenarse para siempre, porque creen que ellos serán los últimos en rubricar este pacto satánico. La codicia de estos individuos es enorme y su falta de escrúpulos hará que no paren hasta dar con el «Libro de las almas». Su baza, Arturo, será permanecer en el anonimato durante los próximos años para protegerse de sus adversarios, como he hecho yo. Mientras tanto, gozará de los privilegios de una vida cómoda alejada de la existencia miserable que ha llevado hasta ahora. Podrá publicar bajo un seudónimo la novela y obtendrá el mayor éxito de su historia. Nadie lo molestará y su identidad estará siempre a salvo para que no corra peligro. Cuando se canse de todo este asunto, no tendrá más que entregarle el códice a alguno de los perros de presa ansían tenerlo. Ahora es usted quien tiene que decidir si quedarse o no con el manuscrito medieval. Sólo de usted depende su futuro. ¿Qué le parece?

Arturo meditó esto último. Si adquiriría el «Libro de las almas» iba a correr un riesgo grande; tendría que cederle su alma a Satanás. Sin embargo, le

seducía también la idea de volver a tener un reconocimiento social. Además, en esos momentos contaba con la ventaja de saber que determinadas personas darían todo lo que fuera por conseguir el código, pese a que tuviera que renunciar para siempre al camino de la luz y acabaran condenándose al mundo de las sombras.

—Si aceptase su propuesta, ¿cuándo tendría que firmar el pacto?

—Mañana mismo por la noche prepararíamos las cosas para que todo estuviera a punto —contestó el viejo con una expresión de júbilo—. No se arrepentirá de nada y le aseguro que, a partir de ahora, su vida ya no volverá a ser la misma. Aquellos que no confiaron en usted en los últimos años callarán sus bocas. Imagínese qué divertido será volver al éxito desde la comodidad del anonimato. Tendrá la coartada perfecta para conseguir lo que se proponga con la única condición de vivir de un modo discreto, claro está. Yo al menos lo hice de esa forma y me ha ido muy bien. Se lo aseguro. Cuando pacté con Satanás estuve un tiempo en España, luego me permití el lujo de viajar durante largas temporadas por el extranjero para adquirir mis obras de arte hasta que regresé definitivamente a Madrid hace un año. Nadie ha tenido la menor sospecha de mi existencia. Tan sólo me molesté en ir dejando algunas pistas durante los últimos meses para dar la oportunidad a mis perseguidores de adquirir el código. Fue en ese momento cuando pensé en usted, Arturo. Tenía muy buenas referencias tuyas y decidí que sería el candidato perfecto para escribir la historia de mi vida de modo que pudiera saldar mi deuda con Raquel. Como comprenderá, ya no me queda mucho tiempo, así que tengo que moverme rápidamente si quiero ver cumplidos todos mis deseos. Además, no quiero morir quemado en el infierno, ¿no le parece?

—¿Y qué me puede decir de lo que vimos en El Escorial? Ese libro con la A mayúscula grabado y lo de la historia de los almistas.

—Es usted muy perspicaz y no deja nada sin ataduras, Enigma. Como le confesé aquel día cuando visitamos el monasterio, yo formé parte de esa sociedad secreta. Ellos me acogieron y pude acceder a grandes conocimientos. Todos sabían de la existencia del manuscrito y enfocaban sus crímenes y pecados hacia su búsqueda. Sin embargo, por diversas cuestiones, me acabé peleando con algunos de sus miembros porque nos separaron una serie de cuestiones irreconciliables que ahora no vienen al caso porque son demasiado

largas de contar. Entonces fue cuando tuve la suerte de encontrarme con el señor Montero y me convertí en su alumno aventajado, no necesitando ya para nada ninguna secta. Si le digo la verdad, pensé que éstos habían desaparecido para siempre al dar por imposible la búsqueda del códice, pero el asesinato de aquella muchacha y lo de la letra A mayúscula grabada sobre su frente me puso de nuevo sobre aviso. Hay sin duda gente que está obsesionada con esta búsqueda y no pararán hasta conseguir sus propósitos, pero usted tiene ahora la oportunidad de su vida. Si sabe jugar bien sus bazas, nadie tiene por qué adivinar que tiene en su poder una joya tan valiosa. Encima puede renunciar a estos privilegios en el momento que quiera. ¿No es tentador, Arturo?

El aludido comprendió entonces que Malatesta había estado al tanto de todos los sucesos extraños que le habían ocurrido durante los pasados meses. Ahora le encajaban las piezas: el viejo lo había organizado todo para darle a entender que se estaba volviendo loco y que necesitaba la ayuda de alguien. También esa amnesia se debía al estado de nerviosismo en el que se encontraba permanentemente después de haber sido testigo de acontecimientos tan espantosos. En el fondo se sentía asqueado de que una persona tan fría y calculadora le hubiera programado así su vida, pero aquella farsa no había sido sino una excusa ingeniosa para lograr el último fin: traspasarle a otro su carga para recuperar su más ansiado tesoro, el alma.

—Malatesta. Ha actuado usted sin escrúpulos y eso es repulsivo.

—Sí, es cierto, Arturo, pero en el futuro me lo agradecerá. Si sabe darle un buen uso al libro, será un hombre muy poderoso y logrará todo lo que desee en su vida.

—¿Y si al final no soy feliz como usted me propone y fracaso después de adquirir el manuscrito? Tendría que pagar un precio muy alto y no sé si estaré preparado —insistió el escritor.

—Este mundo es sólo para los valientes. Tiene muy poco que perder y sí mucho que ganar si sabe traspasarle el códice a la persona adecuada.

—Pero ¿cómo que no tengo mucho que perder? ¿Tan poco valora el alma de una persona como para pensar en algo tan horrible? —se rebeló el escritor.

—No me malinterprete —rectificó el anciano—. Quiero decir que puede emprender un camino apasionante hacia lo desconocido y luego volver a su estatus original. Además, un día me dijo que ahora mismo no hay nadie en su

vida, que estuvo casado y que luego se divorció. ¿Cree que le hubiera ofrecido esto si estuviera enamorado de alguien? Es por eso por lo que necesitaba a una persona que no tuviese ataduras, por esta razón era usted el hombre ideal, por su soledad y por su estado de desesperación. ¿No comprende que con lo que va a ganar podría obtener el amor de cualquier mujer? Ahora mismo no quiere dar el salto por temor a lo que le pueda suceder, pero más adelante me agradecerá todo lo que estoy haciendo por usted.

Enigma vio que el anciano poseía unos argumentos muy convincentes y que no podría rebatírse los. De lo contrario éste habría empleado todas sus argucias para volverlo a convencer de que debía tomar esa vía. Después de todo, Arturo se había sentido un desarraigado en el último año y medio de su existencia sin que nadie se preocupara por él en lo más mínimo, salvo su madre y su hermana. Además, ahora podría vengarse de todos los que le hicieron daño en el pasado, como su antiguo representante literario, Javier Tamargo.

Veinticinco



Arturo contó impacientemente las horas que quedaban para que llegara la noche. Su conversación con Malatesta el día anterior fue decisiva. Él iba a ser el penúltimo dueño del «Libro de las almas», por el que tanto habían suspirado otras muchas personas a lo largo de los siglos. Con toda la información que le proporcionó el viejo sería capaz de acabar su novela y, posteriormente, las cosas cambiarían para él. Ya no volvería a ser nunca más aquel pedigüeño literario que había estado mendigando algún tipo de contrato por las distintas editoriales; a partir de ahora sería alguien muy respetable. Además, se estaba esmerando como nunca en su nueva obra. Desde entonces todo el mundo hablaría de él y la historia de sus personajes se convertiría en un apasionante relato que no dejaría indiferente a nadie. Ahora sólo tendría que cruzar el umbral y vender temporalmente su alma por un tiempo prudencial, el suficiente para conseguir todas las aspiraciones que se había marcado en su vida. Luego podría darle el códice a un pobre desgraciado al que no le importara condenarse para siempre.

Eran aproximadamente las nueve y media de la noche cuando Malatesta condujo al escritor al salón. Al entrar en la habitación vio a otra persona. Se trataba de un hombre con una mirada penetrante y unos ojos como ascuas; tenía una nariz aguileña y una barbilla de chivo. Entonces Arturo reconoció al individuo que había estado observándolo desde el jardín noches atrás, el mismo que lo había incordiado en la Plaza de Santa Ana. Por fin comprendió que este ser era también el que se había enfrascado en varias conversaciones

con el anciano cuando él se encontraba encerrado en su dormitorio.

—Caballeros, creo que sobran las presentaciones —advirtió Malatesta—. Este es el señor Montero y a Arturo ya lo conoce de sobra —le indicó a su invitado.

Ambos se miraron y se estrecharon las manos. El escritor se dio cuenta de que la de su antagonista era fría y musculosa.

—Buenas noches, Arturo —dijo Montero en un tono de voz suave y cautelosa—. Creo que el señor Malatesta ya le estuvo hablando ayer sobre el códice. Como le habrá explicado, usted va a aceptar nuestras condiciones y nos cederá su alma a cambio de todo el poder que encierra el libro. Cuando decida volverse atrás, tendrá que buscar a la persona idónea, la que se condenará eternamente. Ya no me queda nada más que invitarlo a nuestra ceremonia.

—De acuerdo. Comiencen cuando lo deseen —contestó el joven.

Después de estas palabras preliminares, Montero y Malatesta cogieron el «Libro de las almas» y lo abrieron por una página en concreto. Comenzaron a pronunciar algunas frases en latín. En un momento dado, aquel ser diabólico sacó un puñal y le hizo una herida en la muñeca al anciano; de la sangre que manó tomó una muestra con sus dedos y se la untó en la frente al muchacho. Posteriormente le preguntó:

—Arturo Enigma, ¿está dispuesto a renunciar por su propia voluntad a la luz de Dios para acogerse al poder de las tinieblas?

—Sí, lo estoy —respondió el escritor algo sobrecogido por la solemnidad del momento.

—En ese caso, que lo que un día fue confiscado sea ahora devuelto y que la savia joven selle el pacto —añadió Montero, quien sacó una pluma estilográfica para que el novelista estampara una firma en las últimas páginas del libro, debajo de una lista de nombres autografiada que se había acumulado con el paso de los siglos. Transcurridos unos segundos, Arturo se percató de que algo extraño estaba sucediéndole dentro de su cuerpo.

—Eso que está sintiendo es el inicio del proceso —aclaró Malatesta.

Enigma notó como si una mano invisible le estuviera arrancando algo de sus entrañas, costándole mucho trabajo respirar. Resultó una sensación angustiosa e incluso llegó a creer que el corazón se le iba a detener. No

obstante, fue valiente y trató de no pensar en todas las reacciones que estaba padeciendo. En ese mismo momento, a unos kilómetros de allí, en un hospital, un hombre que estaba postrado en su cama comenzó a recibir ciertos impulsos vitales; primero fueron unas descargas eléctricas, luego vislumbró unas vagas luces. En la habitación todo permanecía borroso. Arturo observaba las reacciones de Malatesta y Montero. Éstos lo miraban con curiosidad, cumpliéndose todos los pasos que marcaba el ritual. Además, el anciano estaba recobrando el vigor perdido del pasado, una impresión que no tenía desde hacía años. En el hospital las enfermeras de la Unidad de Cuidados Intensivos que estaban pendientes de Agudo fueron testigos de cómo se obraba el milagro; el detective estaba dando síntomas de que había vuelto a la vida, por lo que fueron a avisar inmediatamente al doctor Molina. Esperanza se encontraba en su casa sumida en un pesado letargo. Repentinamente, recibió una llamada en su teléfono móvil. Era de su lugar de trabajo: un compañero le anunció la buena noticia, entonces la joven se precipitó hacia la calle con el único deseo de ver al detective. El pulso de Arturo se iba haciendo más intenso a la vez que sobre El Escorial caía una suave nevada. Los copos cubrieron el suelo y los tejados en pocos minutos. Montero se hallaba algo impaciente y expectante, siempre al acecho de todos los acontecimientos; su amo le había pedido que todo se realizara con rapidez y con la mayor discreción posible. La respiración del escritor dejó de ser entrecortada. El círculo se había cerrado y ahora era el dueño absoluto del código. Todo se había consumado según lo previsto. Esperanza llegó a la puerta del hospital y allí se encontró con Molina, quien la recibió con una gran sonrisa. Los pronósticos apuntaban a que la vida del investigador privado iba a seguir hacia adelante. «Aún no entiendo lo que ha pasado, ni puedo darle explicación alguna. Creo que esto ha sido un milagro», le confesó el doctor. La enfermera voló hacia la UCI y comprobó que el detective había ganado un pulso al destino. Arturo también era otra persona muy distinta. Ya nada volvería a ser igual para ambos.

Veintiséis



Pasaron unas cuantas semanas y la vida del hospital siguió su pulso más o menos normal, dado los últimos acontecimientos acaecidos. El doctor Molina no permitió que Agudo fuera molestado ni por la policía ni por la prensa. El paciente necesitaba no sólo recuperarse de sus heridas físicas, sino de las cicatrices que se habían tatuado en lo más profundo de su alma, y eso era precisamente lo que más trabajo le iba a costar superar. Lo peor de todo es que había caído en un estado de melancolía producido, sobre todo, por el sentimiento de culpabilidad que tenía hacia el destino que sufrió Carmen Altamira. Así vivía atormentado día y noche, preguntándose siempre por qué motivo había sido ella asesinada mientras que él seguía sobreviviendo.

Como ya estaba ingresado en la planta después de abandonar la UCI, Esperanza fue una de las enfermeras encargadas de cuidar la convalecencia de un enfermo que siempre se mostraba taciturno y altanero. La muchacha tenía una gran experiencia acumulada en los últimos años, pero no recordaba ningún caso que hubiera sido similar al del detective. Debido el estado en que se encontraba Agudo, ella apenas le hacía algún que otro comentario, siempre del tipo «espero que se encuentre mejor esta mañana», pero nada más que recibía unos cuantos gruñidos como respuesta al mismo tiempo que la mirada del sabueso se perdía en el punto más profundo del horizonte que se atisbaba desde la ventana de su habitación.

A pesar de esa actitud tan hostil, Esperanza intentó esmerarse todo lo que pudo y siempre le puso buena cara a Agudo, aunque pudiera ser el ser más

odioso del universo. En el espíritu de ella había prendido algo desconocido que la impulsaba a actuar de ese modo tan irracional. No era de hecho una actitud producida como consecuencia de compadecerse del ser que sufría, sino que más bien sentía una especie de empatía personal por un individuo que, a pesar de que estaba encerrado en aquel hospital, tenía sus pensamientos muy lejos de allí.

Por su parte, el doctor Molina se preocupó mucho por el estado que presentaba Agudo. Aparentemente éste se iba recuperando de todos sus síntomas traumatológicos, pero era su mente la que ahora mismo le estaba fallando. El sabueso apenas quería comer y por supuesto era imposible mantener cualquier tipo de conversación con él. Todo se reducía siempre a lo más básico y nadie era capaz de romper aquella dinámica. El médico trataba de ayudar a su paciente en lo que fuera posible, pero el problema era que éste no se quería dejar ayudar. Ante esta situación, Molina procuró intensificar aún más sus esfuerzos, pero si aquel tipo no tenía ganas de vivir, entonces era imposible hacer nada por él. Por paradojas del destino, Agudo parecía haber salido de una situación tan adversa sin haberlo pretendido, a diferencia de otras muchas personas que, si bien poseían una actitud mucho más positiva y vitalista que él, eran incapaces de despertar de su estado de coma.

Los días fueron avanzando así sin ninguna solución posible para el investigador privado. Además, éste se planteaba qué iba a ser de su vida cuando saliera del hospital. Sólo de pensar que tendría que volver a ejercer de sabueso lo ponía enfermo, más teniendo en cuenta que podría encontrarse con clientes de la calaña de Soriano o Sempere.

Veintisiete



Arturo Enigma se sintió muy raro durante los primeros días de su nueva vida. Le faltaba algo muy importante de sus entrañas, algo que era el motor de su existencia, pero tendría que acostumbrarse a sobrevivir sin su alma. Ese era el precio que tenía que pagar si deseaba recuperar todo el terreno perdido. No obstante, él había tomado voluntariamente esta decisión y ya no había vuelta atrás. Una vez dado ese importante paso, su relación con Edmundo Malatesta se dio por finalizada, por lo que abandonó El Escorial y regresó de nuevo a Madrid después de haber vivido los meses más extraños de su vida.

Lo más importante de todo es que por fin terminó la primera versión de su novela. En las últimas semanas había escrito con un nervio febril, llegando a superar los quinientos folios. La historia era tan apasionante que estaba seguro de que jamás había hecho nada parecido. Además, se hallaba con más fuerza que nunca y tenía pleno convencimiento de que todos sus sacrificios iban a verse recompensados rápidamente.

Cuando tuvo el manuscrito finalizado, se dirigió a la editorial Morpheus porque estaba deseando reunirse con Jaime Sepúlveda. Quería que éste fuera el primero en apreciar el trabajo en el que había estado enfrascado durante tanto tiempo. Se le presentaba una gran oportunidad que no debía desaprovechar en esos momentos.

Al llegar al despacho del editor vio que tenía muchísimos manuscritos apilados encima de su mesa, algo que era habitual en él. A éste tampoco le habían abandonado las obligaciones desde que mantuvieron su primer

encuentro varios meses atrás.

—Buenos días, Arturo, espero que todo te haya ido muy bien en casa del señor Malatesta —le dijo Sepúlveda estrechándole cálidamente la mano.

—Puedes estar seguro de que ha sido una experiencia muy gratificante para mí. He aprovechado bien el tiempo y he escrito una novela que espero que te guste porque le he echado muchísimas horas.

—Malatesta no me dijo nada sobre qué iba el libro, ¿me podrías adelantar algo? —le preguntó intrigado Sepúlveda.

—Desde luego no me deja de asombrar las condiciones que os puso el viejo para la edición de esta novela, pues éste no os contó ni siquiera una sinopsis. Pero bueno, yo también acepté las reglas del juego y no me puedo quejar. En fin, la historia trata sobre la vida de un hombre que se ve envuelto en una encrucijada de pasiones. Llegará un momento en el que sacrificará el amor de su vida para conseguir algo que lo hará cambiar para siempre. A partir de ahí se precipitarán los acontecimientos y el final no te dejará indiferente, te lo puedo asegurar, Jaime.

—Me gusta el tema, Arturo. Estoy deseando leerme el libro cuanto antes para ver qué es lo que descubro.

—Pues aquí lo tienes. Te lo dejo con la idea de que me digas lo que piensas con total sinceridad. No quiero comentarios suaves por tu parte. Sé lo más sincero posible. Léetelo con tranquilidad y tómate todo el tiempo que necesites ya que lo he escrito con mucho esmero.

—No te preocupes. Empezaré esta misma tarde y cuanto antes tendrás una primera opinión. No sé por qué pero intuyo que este libro va a dar que hablar.

—También quisiera decirte algo importante —aclaró el escritor.

—¿De qué se trata? —le preguntó Sepúlveda algo intrigado.

—Mira, Jaime. He llegado a un acuerdo con Malatesta y voy a publicar el libro con un seudónimo.

—¿Cómo?, pero si me dijiste que no estabas dispuesto a renunciar a tu nombre —se extrañó el editor.

—Eso fue al principio; sin embargo, lo he pensado mejor y he decidido que sería bueno que nadie supiera que estoy detrás de esta novela por muchas razones que ahora no vienen al caso.

—Está bien, Arturo. Eso ya lo resolveremos más adelante y hablaremos

con Malatesta para que todo quede cerrado como Dios manda. Sabes que estamos aquí para apoyarte en lo que haga falta.

El escritor se quedó muy tranquilo al ver la actitud de su editor. La verdad es que se sentía muy arropado y creía sinceramente que su fortuna iba a cambiar por fin.

Después del encuentro con Sepúlveda dio un paseo. Se sentía mejor que nunca. Desde que se había marchado de la casa de Malatesta estuvo haciendo muchísimas cosas y sabía que ahora viviría una racha de buena suerte. Respecto al viejo, dejó de tener noticias suyas en el momento que regresó a su domicilio para rematar la novela en Madrid, pero esto apenas le importó pues ambos habían salido beneficiados del intercambio que realizaron. El anciano, por su parte, pudo recuperar su alma y ahora terminaría en paz los últimos años que le quedaran de vida al mismo tiempo que al escritor se le iban a abrir a partir de entonces tantas posibilidades que no podía calibrarlas muy bien en ese momento.

Por la noche, Sepúlveda lo llamó a su móvil y le dijo entusiasmado:

—Hola, Arturo. Perdona que te llame a estas horas, pero me encanta lo que he leído de tu novela hasta ahora. Ya llevo cien páginas y me parece lo mejor que ha caído en mis manos en los últimos años. Chico, no sé cómo lo has hecho pero creo que esto va a ser un bombazo editorial. Voy a seguir leyendo toda la noche porque la historia es muy absorbente.

—Muchas gracias, Jaime. No sabes la alegría que me das con esos comentarios tan cariñosos. ¿Entonces crees que la novela podrá tener éxito?

—¿Que si va a tener éxito? Está muy bien escrita y la trama te atrapa desde un principio. Además, la historia de amor entre Miguel Ángel y Laura es apasionante y trágica al mismo tiempo. Todo lo que has escrito es muy verosímil. No sé. Me da la sensación de que has narrando la vida de alguien que conoces muy bien. En fin, no te quiero molestar más por hoy. Ya te llamaré mañana para decirte lo que me parece el libro.

—De acuerdo, Jaime. Estamos en contacto.

Arturo se sentía el hombre más afortunado del planeta. Después de sus fracasos editoriales de los últimos años, ahora parecía que su suerte iba a dar un vuelco. Conocer a Malatesta había resultado para él revelador. Los avatares que rodeaban la existencia de este hombre eran apasionantes y seguro

que serían del interés de muchos lectores. Desde luego, el «Libro de las almas» estaba ejerciendo todo su poder, y esto no era más que el principio. Ahora tenía todo el derecho del mundo a disfrutar como se merecía, sin que nadie se interpusiera en su camino. Había llegado el momento de dar un paso adelante en su vida después de tantos meses de sufrimiento.

El escritor decidió celebrarlo y salió a un bar que estaba cercano a su casa. En el mismo momento en que disfrutaba de una cerveza, se detuvo a analizar la actitud de las personas que se hallaban allí. Estaba intentando adivinar los pensamientos de aquellos individuos, así que deseó saber qué era lo que estaría pasando en esos instantes por sus mentes. Aunque al principio le resultó imposible, al cabo de unos segundos pudo tener acceso a las almas de aquellos seres y percibió la sensación de miedo y de angustia que había en todos ellos. Al principio se asustó por el hecho de meterse en sus mentes, pero pronto supo sacarle partido a esa situación, convirtiéndola en una ventaja; si era capaz de aplicar esas nuevas dotes mentales a sus novelas, podría llegar a hacer unos relatos increíbles, porque podría hurgar en lo más profundo del alma de las personas.

En la última mesa de aquel pequeño garito había una joven de unos veintitantos años. Vestía un traje de color rojo. Su cara era tan pálida como el mármol y sus ojos mostraban una tristeza inusitada para una persona de su edad. Su mirada se perdía en el infinito, expresando unos deseos llenos de anhelos. Arturo trató de penetrar en sus pensamientos, pero pronto descartó esa horrible idea. No quiso aprovecharse de la zozobra de aquella mujer ni deseó violar su intimidad. Estuvo observándola durante un largo rato. Intentó memorizar cada uno de los movimientos que ella hacía y procuró rebuscar en los sentimientos que se desprendían de sus ojos. El escritor decidió no acercarse a donde estaba la joven para no incomodarla. Los minutos fueron sucediéndose y la muchacha permaneció sentada en su mesa con ese gesto facial que la clavaba en su asiento. Arturo no pudo esperar más tiempo y finalmente se dirigió hacia esa dirección. Deseaba decirle algo; anhelaba expresarle unas cuantas palabras que pudieran reconfortarla. Pero cuando ya se hallaba a escasos metros de ella, vio que un hombre de unos treinta años llegaba de repente y se sentaba a su lado. Los dos mantuvieron una discusión y a continuación la mujer se puso a llorar de manera incontrolada. El novelista

vio que ese tipo indeseable se había adelantado a sus movimientos de manera que decidió regresar a la barra, a la espera de que se desarrollaran los acontecimientos. Pasaron unos cinco minutos y aquella extraña pareja acabó abandonando el establecimiento. Arturo continuaba en su sitio, impasible ante cualquier estímulo y sin saber cómo reaccionar. Malatesta le había hablado de que iba a tener mucho poder; con todo, notaba que había determinadas situaciones que se le escapaban de sus manos, como la que acababa de vivir.

Al cabo de media hora, el escritor vagabundeaba sin un rumbo fijo hasta que llegó a los alrededores del Museo Thyssen. En su cabeza aún rondaba la imagen de aquella chica de aspecto triste y solitario que acababa de ver en el bar. Si se obsesionaba por disfrutar de los placeres de la vida gracias a su nueva condición privilegiada, tal vez acabaría siendo un pobre desgraciado como le había ocurrido a Edmundo Malatesta. A pesar de todo, pensó que había tomado una decisión arriesgada y que tenía que apostar por ese camino pues intuía que muy pronto llegaría el momento de disfrutar de las mieles del triunfo. Arturo siguió andando hasta que la noche lo terminó de envolver con su manto de tinieblas. Su destino estaba escrito en un libro en blanco y ahora comenzaba a vivirlo en sus propias carnes.

Veintiocho



Agudo se encontraba en el hospital con el desencanto que le había caracterizado en las últimas semanas. No dejaba de pensar siempre en el mismo tema y todo le resultaba de lo más anodino. La gente trataba de ser muy amable con él, pero éste siempre tenía la misma actitud taciturna hacia ellos. Parecía haberse construido una coraza que lo protegía de todo lo exterior. Una mañana, mientras estaba viendo algo en la televisión, su teléfono móvil sonó varias veces con mucha insistencia. Al principio decidió no cogerlo. No obstante, aún le quedaba algún resquicio profesional, así que no pudo resistirse y contestó la llamada.

—Buenos días, ¿Carlos Agudo? —sonó una voz que estaba distorsionada.

—Sí, soy yo. Dígame.

—Me alegra saber que está mejor —añadió aquella voz con un tono pausado.

El detective comprobó que lo llamaban desde un número oculto, por lo que sospechó más de su interlocutor.

—Me imagino que querrá regresar pronto al trabajo —prosiguió aquella persona— para terminar todos los asuntos que aún tiene que resolver.

—No creo que me haya llamado para decirme algo tan evidente —protestó el investigador intentando acabar con la supuesta amabilidad de su interlocutor.

—Muy bien. Sé que Jorge Sempere y Alejandro Soriano hablaron con usted para que encontrara el «Libro de las almas». Ni se le ocurra pasarse de

la raya en ese asunto porque lo estoy vigilando permanentemente y si sigue con este caso, al final lo pasará muy mal. Hace unos meses recibió el primer aviso y unas personas a las que yo envié estuvieron a punto de matarlo de una paliza. Ahora no seré tan condescendiente como la otra vez y, como continúe metiendo sus narices en la búsqueda del código, lo mataré.

Agudo se sintió horrorizado al escuchar esto último. Estaba hablando con la persona que había ordenado que le propinaran aquella paliza que casi lo había llevado a la tumba. Se intentó serenar. Si mantenía la calma podría intentar desenmascarar al individuo que lo estaba incordiando.

—Lo que yo haga o deje de hacer con mi trabajo es cosa que sólo me atañe a mí. No tiene derecho a amedrentarme de esa forma, sea quien sea. Además, no se saldrá con la suya pues la policía no parará hasta que dé con usted. Dé la cara de una vez y dígame quién es.

—Qué valiente es usted, Agudo —ironizó aquel sujeto—. Pero ya le he advertido de que no debe hacerse el valiente porque mis matones siempre tienen ganas de sangre y estarán vigilándolo. Se ha metido en una guerra que no le va ni le viene. Nadie le ha dado vela en este entierro, por eso todavía es muy joven para disfrutar de la vida y tener una familia. Además, ya ve lo que le ocurrió a Carmen Altamira. Pobre chica, hubiera tenido un buen futuro por delante, pero usted se cruzó en su camino y se enamoró de la mujer equivocada. Ella fue una insensata que acabó perdiendo el norte por un hombre tan patético como usted.

—Es usted un cabrón —bramó Agudo mientras se le hinchaban las venas del cuello—. No sé por qué motivo está tan interesado en ese maldito código, pero le juro que no pararé hasta verlo muerto por lo que le hizo a Carmen.

—Muy conmovedor, Agudo. Sin embargo, le repito que no debió enamorarse de esa zorra. Ahora, ¿de qué le sirve hacerse el héroe si al final no pudo velar por la vida de la persona a la que amaba? Piense esto y no sea tonto. Ya está advertido y la pelota está en su tejado.

Diciendo esto, aquella voz desapareció del auricular del teléfono móvil del detective, el cual se sentía con la impotencia de no tener ni idea de quién podría haber realizado esa llamada. Además, para su espanto y desconcierto personal, el asesinato de Carmen no se le podía achacar ni a Soriano ni a Sempere, sino a otra tercera persona anónima que había entrado en el tablero

de manera sorprendente. El juego en el que estaba metido era muy peligroso y no podía cometer ningún fallo.

Por otra parte, el doctor Molina le había insistido en que debía guardar reposo absoluto y le dejó claro que las preocupaciones ralentizarían su recuperación. Lo peor de todo es que se sentía atrapado en una ratonera, con escasa libertad de movimientos para hacer nada.

Agudo no sabía bien qué hacer ni a quién acudir. Era paradójico que durante muchos años hubiese atravesado por mil y un avatares y que ahora se encontrara en un callejón sin salida. A esto había que añadirle su penoso estado físico, porque no se podía apenas mover debido a las abundantes lesiones que tenía por todo el cuerpo. Asimismo, sufría unos dolores de cabeza continuos como consecuencia de los golpes que recibió durante el ataque de aquellos sicarios.

Sin saber por qué razón, y movido por una especie de impulso desesperado, arrojó con violencia todas las sábanas y sacó las dos piernas de la cama. Acto seguido, se incorporó y comenzó a dar unos cuantos pasos. Las extremidades le temblaban y apenas se podía mover, pero él no quiso hacer caso a esto y siguió caminando en dirección a la ventana. Después de unos segundos, su cuerpo se tambaleó con un gesto violento y cayó al suelo. Esto último coincidió con la entrada de Esperanza en la habitación. Al ver así al paciente, la enfermera corrió hacia él gritándole.

—Señor Agudo, ¿por qué se ha levantado? No está en condiciones de moverse.

Después de decirle esto lo cogió por las axilas y trató de levantarlo, pero el detective le respondió con un tono muy desagradable.

—No necesito su ayuda ni la caridad de nadie de este jodido hospital. Lo único que deseo es que me dejen en paz y que se ocupen de sus problemas. Aquí hay muchas personas que están muy enfermas y seguro que las tienen que estar desatendiendo.

—Perdóneme usted. No quería ofenderlo. He actuado de ese modo al verlo así caído en el suelo. En su estado es esencial que tenga una adecuada recuperación. Piense que ha sido muy grave todo lo que ha pasado y aún le quedan muchas secuelas.

—No quiero saber nada de lo que me ha pasado ni de lo que aún me queda

de recuperación. Tengo muchas cosas pendientes por hacer y no sabe en el lío en el que ando metido. Cuando quiera que alguien me eche un cable, ¿cree que se lo pediría a una persona como usted? —manifestó esto último con mucho sarcasmo y desprecio a la vez.

Esperanza se quedó en silencio porque no tenía palabras para responder a unos comentarios tan soeces por parte del detective. Lo único que hizo fue vigilarlo hasta que volvió a la cama y, a continuación, se marchó de la habitación con unos ojos vidriosos.

Agudo permaneció en esa actitud taciturna que tanto le amargaba su carácter. Estaba claro que se había peleado con toda la sociedad. Y encima de todo, la llamada que acababa de recibir resultó ser demoledora para él. En ese contexto era imposible que hubiera tenido una mínima consideración hacia la enfermera. A fin de cuentas, ¿qué le importaba a él que una persona le mostrara un gesto de humanidad? Él era el mismo ser arrogante y egoísta de siempre, pero multiplicado con creces con respecto al pasado.

Veintinueve



Desde hacía varios días Arturo Enigma se sentía muy extraño. No sabía qué era lo que le ocurría pero estaba seguro de que notaba algo especial en su cuerpo. Nunca pensó que la falta del alma le fuera a acarrear esas consecuencias tan nefastas dentro de una situación que él mismo había provocado por otra parte. En cuanto a su manera de actuar, no era el mismo desde hacía tiempo. Ahora se mostraba impasible ante determinadas situaciones cuando antaño hubiera reaccionado con más sentimientos. Daba la sensación de que todo le diera igual y sólo vivía para que su libro triunfara y se convirtiera en un best seller, llegando si era posible a lo más alto en las listas de ventas de las librerías.

El título definitivo que había barajado para la novela iba a ser «El último tren de la estación del norte», algo que no dejaba de ser simbólico ya que en la historia se hablaba de oportunidades perdidas y otras aún por venir, de redenciones y de muchas más circunstancias que habían influido en la vida de Miguel Ángel, su protagonista. Este personaje llegó a cobrar vida propia dentro de su mente y, aunque se inspirase en la figura de Edmundo Malatesta, había adquirido unos rasgos específicos de personalidad que fueron aportados por el novelista. Y es que el escritor llegó a dejar mucho de su esencia en cada una de las líneas del libro. No sobraban ni faltaban palabras, todo estaba planificado y medido al milímetro para que se produjera un efecto final sorprendente para el lector. Cualquiera que leyera esta historia se sentiría cuanto menos conmovido por los sucesos que allí se relataban.

Lo que más le extrañaba a Arturo es que no hubiera recibido ninguna señal por parte de la editorial en los últimos días, sobre todo después de haber mantenido al principio unas primeras conversaciones tan entusiastas con Jaime Sepúlveda cuando éste comenzó a leer el manuscrito. Tras aquellos encuentros iniciales con el editor, éste parecía haber desaparecido del mapa y no respondía ni a sus llamadas ni a los mensajes enviados a través del e-mail y el WhatsApp.

Un día vio que en el buzón de su casa había un pequeño sobre de color crema. Le llamó mucho la atención y alargó la mano para sacarlo de la ranura de aquella caja metálica. No sabía por qué pero intuía que en esa carta iba a encontrar algo importante. Subió hasta su piso y se sentó tranquilamente en un sofá pues pensaba que sería mejor para él no alterarse por nada de lo que hubiera allí escrito. La misiva decía lo siguiente:

Madrid, 15 de marzo de 201...

Muy señor mío,

Nos ponemos en contacto con usted para informarle de que su novela «El último tren de la estación del norte» va a ser editada a principios del próximo mes de mayo. Sin embargo, no será Morpheus la editorial que la publique. Por cuestiones de seguridad, esa empresa ha desaparecido y ya no tendrá ningún contacto ni con el señor Sepúlveda ni con nadie de sus trabajadores. Hemos tenido que adoptar esa medida para que no puedan identificarlo como autor del libro. Queremos mantenerlo en el anonimato, porque somos conscientes de que cuando salga su obra a la calle muchas personas se van a interesar por ésta y querrán contactar con su autor. Como comprenderá, no podemos permitir que descubran su identidad, sobre todo porque eso podría ponerlo en peligro. Si sigue nuestras instrucciones, todo irá bien. En cuanto a los aspectos económicos, se estipularán según lo pactado, ya que nos consta que recibió un adelanto del señor Malatesta. En unas semanas le enviaremos otra carta en la que le indicaremos cuáles serán exactamente los términos del contrato de la edición, así como sus emolumentos finales, que se irán acrecentando según sean las ventas de la novela.

Por lo demás, esté seguro de que seguiremos en contacto en cuanto haya alguna novedad.

Reciba un cordial saludo.

Arturo se quedó perplejo al leer la carta. No se esperaba que fuera a desaparecer la editorial Morpheus de golpe y porrazo. Así se explicaba por qué no había podido contactar con Sepúlveda y el motivo de tantas llamadas sin contestar. También le llenó de curiosidad que la carta estuviera escrita en plural, dando la impresión de que hubiese varias personas implicadas en este asunto. Todo esto lo confundió y pensó que tal vez Malatesta podría aclararle algo. Probablemente el viejo estaba detrás de este asunto. De modo que, sin pensárselo dos veces, decidió coger aquella misma tarde un tren en dirección al Escorial. Llegó sobre las ocho menos cuarto y se dirigió hacia la casa del anciano. En su cabeza iba rumiando un breve discurso; tenía muchas preguntas pendientes que le quería hacer a su antiguo anfitrión. Durante su paseo por el pueblo, notó que las calles estaban mucho más animadas que en otoño. Había varios niños jugando por las plazas y le gustó respirar el aire puro de la sierra; no en vano, en aquella población era donde había recibido la inspiración que necesitaba para poder escribir un libro que estaría llamado a ser uno de los mejores de la década.

Por fin se acercó hasta al caserío neogótico de Malatesta y llamó al portero electrónico que estaba situado al lado de la verja. Al principio no obtuvo ninguna respuesta pero al cabo de unos minutos le saltó la voz de una mujer de mediana edad.

—¿Dígame?

—Buenas tardes. Deseo hablar con el señor Edmundo Malatesta.

—Perdone, pero aquí no vive nadie que tenga tal nombre.

—Señora, no deseo incordiarla pero esto es algo urgente. Hace unos meses me hospedé en esta casa y le puedo asegurar que viví con la persona que le digo. Por favor, necesito ver a don Edmundo lo antes posible porque se trata de un asunto de vida o muerte.

—Caballero, le repito que no conozco a ningún Edmundo Malatesta y si me vuelve a molestar, me verá obligada a llamar inmediatamente a la policía.

—Veo que no está muy dispuesta a ayudarme, ¿no es así?

—Mire, no tengo nada más que añadir, así que le voy a colgar.

Arturo se quedó con las ganas de decirle algo más a esa mujer tan impertinente. Se estaba volviendo loco. Hacía unos meses había contactado con Malatesta y ahora ni él ni los miembros de la editorial Morpheus daban

señales de vida. Lo único que tenía como prueba de sus aventuras pasadas en El Escorial era el «Libro de las almas», que había guardado en un lugar muy seguro de su piso para que nadie lo pudiera ver. Estaba tan perdido y contrariado que tenía ganas de llorar por la rabia que sentía. Como era muy cabezota, trató de asomarse por entre los setos de la finca, pero no vio nada de interés. Desolado ante tan extraña circunstancia, decidió volverse de nuevo hacia la estación de El Escorial y antes de las diez y media estaba de nuevo en Atocha. Ya en Madrid no se le ocurrió otra cosa que deambular como un fantasma, procurando buscar algunas respuestas pero sin lograr nada a cambio.

Treinta



Arturo seguía muy confundido porque no había ningún rastro de Malatesta y era como si la tierra se lo hubiese tragado. Daba incluso la impresión de que jamás hubiera existido. En las siguientes semanas fue recibiendo más cartas que le dieron algunas instrucciones adicionales sobre lo que debía ir haciendo. También le enviaron a su ordenador las correcciones del libro y, por fortuna, tuvo que cambiar muy pocas cosas.

«El último tren de la estación del norte» salió publicado a principios de mayo, como estaba previsto, bajo el amparo de Trastévere, una pequeña editorial independiente de reciente creación. Al no poder figurar Arturo como autor del libro, la novela apareció firmada por un escritor llamado Ricardo Sandoval, seudónimo que hizo imposible que nadie pudiera identificarlo como el mismo autor de «Luna de invierno». Según cabía esperar, se distribuyó por librerías de toda España. Al principio la tirada de ejemplares no fue excesivamente grande. No obstante, después de varios días había ya numerosos foros por internet que hablaban sobre la obra y prestigiosos críticos hicieron reseñas muy favorables. Poco a poco, la novela se convirtió en una especie de fenómeno de culto, tanto que los medios de comunicación comenzaron a interesarse por un libro que se estaba vendiendo solo por sí mismo, sin necesidad de promoción, simplemente por el boca a boca. Nadie conocía a ese tal Sandoval, ni siquiera los más sesudos expertos pudieron asociarlo a Enigma, ya que este escritor era tan profesional que se había cubierto muy bien las espaldas para cambiar su estilo habitual por uno mucho

más directo y descarnado, algo que lo convertía en un texto camaleónico. El propio Arturo se paseó por varias librerías encantado de escuchar los elogios que recibía su narración. Después de tantos meses de penurias, por lo menos le resultaba muy grato ver que su propia creación se hubiera adueñado de los escaparates y de los anaqueles, de manera que lentamente la obra llegó a oídos de muchas personas. Las revistas literarias trataron de analizar este bombazo editorial que jamás se había producido antes y lo comparaban con la repercusión que en su momento pudo tener el «Lazarillo de Tormes», que también se presentó bajo el anonimato en pleno siglo XVI. Todos, lectores y críticos, coincidían en que se trataba de una historia conmovedora, perfectamente escrita y capaz de tocar la fibra más sensible de aquellas personas más exigentes. Era, además, un libro que mezclaba el realismo con el lirismo, combinándose los dos aspectos a la perfección y dando como resultado algo diferente que no seguía los cánones estéticos de la literatura del momento.

Arturo había escrito toda la novela en primera persona, resaltando aún más la importancia de un personaje como Miguel Ángel, ese joven e impávido muchacho que se había dejado seducir por un emisario del diablo a sabiendas de que iba a renunciar al amor verdadero. El trasunto de Malatesta se había convertido ya casi en un fenómeno nacional y era frecuente escuchar por la radio tertulias literarias en las que se formaban dos bandos: uno, que llegaba a justificar la decisión adoptada por este individuo; y otro, en el que lo vilipendiaban por haber abandonado a su novia bajo unas circunstancias tan dramáticas que al final desembocaron en el suicidio de ésta. Mientras esta historia se hallaba en el ojo del huracán de todo el mundo, Enigma estaba agazapado en su casa, disfrutando de los comentarios que nacían en todas partes sobre la novela. Era paradójico que nadie le hubiera hecho caso en los últimos años y que ahora tuviera expectativas de hacerse millonario con una obra de la que ninguna persona sabía que él era su verdadero autor. De hecho, su cuenta corriente creció rápidamente ya que, sin saber de dónde provenía, estaba recibiendo todos los beneficios que generaba su narración. En todo caso, el novelista se sentía deudor de Edmundo Malatesta, no sólo por regalarle la verdadera historia de su vida, sino también por haberlo acogido en su casa cuando el escritor estaba totalmente desahuciado por la sociedad.

Encima le había ofrecido la posibilidad de quedarse con el «Libro de las almas», que también influyó decisivamente para que cambiara su fortuna. Y es que con aquel viejo códice se sentía más seguro y protegido que nunca, aunque él también hubiera tenido que renunciar a su propia alma, como le sucedió a Miguel Ángel. Todo esto provocaba que contemplara los acontecimientos desde una posición privilegiada, sin que se sospechara lo más mínimo de él.

Tanto fue el éxito que Arturo cosechó por su novela que decidió cambiarse de vivienda a un piso más confortable. Como le gustaba mucho la zona en donde vivía, se mudó a la calle de Alfonso XII, justo enfrente del Parque del Retiro. Se trataba de un edificio blanco de gran altura, con ese señorío típico de aquella parte de Madrid. Su nueva vivienda era amplia, con una superficie superior a los ciento cuarenta metros cuadrados. Tenía un salón muy luminoso desde el que se podía ver perfectamente los árboles y jardines del parque; además, si se asomaba y miraba hacia la izquierda, a unos cien metros se encontraba la Puerta de Alcalá. En esa gran habitación con cristaleras colocó una biblioteca en la que le entraron todos los libros que tenía desperdigados por su viejo cuchitril. También contaba con tres dormitorios de tamaño respetable y una cocina amueblada exquisitamente.

Durante algunos días había estado dilucidando dónde guardaría el «Libro de las almas». Debía ser un lugar muy reservado si no quería que cualquier intruso se lo pudiera robar. A colación de este asunto se acordó de Malatesta, el cual supo esconder perfectamente el códice. Al final estimó oportuno que lo custodiaría en una caja fuerte que había colocado justo detrás de un cuadro que se hallaba en el salón; era una pintura de un artista desconocido pero que le fascinó cuando la compró unos días atrás. El lienzo mostraba una vista de Madrid bañada por los rayos solares con esos tonos rojizos típicos del otoño. Cada vez que contemplaba aquel óleo se podía llevar horas casi sin parpadear. Había algo extraño en esa obra que no dejaba de entusiasmarlo. El sacrificio de su alma había valido la pena para progresar en la vida. Encima, si se arrepentía de todo aquello, siempre podría darle la antigualla a otra persona que estuviera ávida de conseguir el poder de esa reliquia demoníaca. Aún le quedaba la baza del último intercambio, y sabía de sobra, por lo que le confesó su mentor, que incluso había gente que había llegado a asesinar para conseguir el manuscrito.

Lo que no se podía imaginar Arturo era que su novela hubiera pasado inadvertida a ciertos individuos que estaban ávidos por encontrar aquel códice. Así, la reacción fue muy dispar. Jorge Sempere se quedó fascinado por aquella narración y pensó que ahora tendría más oportunidades para poder encontrar el manuscrito. Por su parte, Alejandro Soriano se hallaba muy motivado porque intuía que también estaba muy cerca del «Libro de las almas». A este respecto, en la historia de Enigma, el manuscrito era el elemento esencial que desencadenaba toda la acción en la trama. Por esa razón, el abogado iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para que esta vez no se le escapara la oportunidad de dar con tan valioso tesoro. Pero tanto Sempere como Soriano no estaban solos en el camino, ya que también había interesada otra tercera persona que fue la que amenazó a Agudo por si intentaba volver a inmiscuirse en el caso. De estos candidatos, este último era el más peligroso de todos porque sus secuaces estaban rastreando con avidez el terreno como perros rabiosos y no pararían hasta dar con su presa.

En medio de aquella encrucijada de aspirantes se encontraba Carlos Agudo. El detective recibió con asombro la noticia del lanzamiento de «El último tren de la estación del norte» al enterarse de qué iba la trama. Por supuesto, y pese a no ser un gran lector, encargó desde el hospital un ejemplar del libro del que todo el mundo hablaba y se leyó la novela de cabo a rabo, comprendiendo rápidamente el motivo por el que tantos individuos estaban enfrascados en una búsqueda de tales dimensiones. Ni Sempere, ni Soriano ni quien ordenó que lo mataran habían tenido la decencia de explicarle que aquel libro misterioso era una especie de salvoconducto para pactar con el diablo. Él era un tipo muy racional que no creía en esos cuentos de vieja, pero entendió que si Carmen Altamira había sido asesinada, algo muy serio se cocía detrás de esta historia.

Agudo tenía la necesidad de hablar con alguien cuanto antes para que le aclarasen las cosas. Por eso vio que era vital llamar a Sempere, pues seguro que él le había ocultado demasiadas cosas cuando lo contrató al principio. Ahora que el detective ya tenía muchos más datos, el anticuario podría esclarecerle algunas cuestiones que estaban en el aire. El problema era su estado de salud. Seguía postrado en la cama y su recuperación era muy lenta. Además, los dolores de cabeza eran continuos y eso le amargaba mucho más

su carácter.

Aquel mismo día por la tarde, Arturo salió de compras y decoró su casa con algunos objetos carísimos. Como ya llevaba un tiempo viviendo en su nuevo domicilio, los vecinos empezaron a cuchichear entre ellos tratando de averiguar de dónde sacaría tanto dinero una persona tan joven y aparentemente sin ningún empleo —pues apenas salía de su casa— como para permitirse el lujo de adquirir tantos caprichos. No obstante, el escritor parecía hacer oídos sordos a este tipo de habladurías y daba la sensación de que le gustara alardear de su nuevo estatus social. En ese sentido era muy distinto a Malatesta, que había vivido recluido en su palacete, torturado por los remordimientos y los fantasmas de su pasado a la vez que maldecía en silencio cada segundo de su existencia. Al escritor le gustaba seguir un tipo de vida más dionisiaca, mientras que su mentor era más bien apolíneo.

Ahora le tocaba a Enigma disfrutar de las mieles de su éxito cuando en la calle todo el mundo hablaba de la novela de Ricardo Sandoval, ese perfecto desconocido al que era imposible localizar. En el fondo ese juego de falsas identidades y de espejos fascinaba tanto al narrador que incluso se planteó desarrollar una carrera literaria amparada bajo la protección de su ingenioso ardid. Jamás pensó que un seudónimo fuera tan útil, pues ahora podría sacar incluso una buena tajada de su anonimato. Y es que Arturo se sentía tan afortunado que no necesitaba ni a Malatesta, ni a Sandoval ni a ninguna otra persona formando parte de su vida. Él mismo se había convertido en un personaje más de sus novelas y ahora disfrutaba imaginándose cosas sobre su álgter ego literario, ese otro impostor que le había prestado su nombre para que él se pudiera esconder entre las sombras.

También le hubiera encantado encontrarse con su antiguo representante literario, Javier Tamargo, para refregarle por la cara su triunfo. Aún recordaba cuando aquel cretino tuvo la indecencia de desvincularse de él a través de la frialdad de una conversación telefónica. Ese malnacido lo había dado por muerto dentro del panorama literario español y ahora resultaba que su novela estaba entre las más vendidas del país. Ironías del destino.

No obstante, Arturo sabía que estaba jugando con fuego, por esa razón vio necesario cubrirse muy bien las espaldas para no cometer el más mínimo error. De ahí que evitara mezclarse excesivamente con las demás personas que

vivían en su bloque. Tendría que respetar las reglas del juego que le habían impuesto para que nadie tuviera la más mínima sospecha sobre él. También le asaltaban otras ideas contrarias que le permitían tener más esperanzas en el futuro. Después de todo, ¿quién se iba a acordar de un pobre escritor como él, fracasado y abandonado por todos, en el mismo instante en que otro novelista totalmente desconocido se había convertido en el gran descubrimiento del año?

Treinta y uno



Esperanza notaba que algo raro le estaba ocurriendo porque en lo más hondo de sus entrañas estaban aflorando unas sensaciones que hasta ahora jamás había tenido. Intentó no darle demasiada importancia porque a fin de cuentas no eran más que intuiciones personales. Lo que sí le afectó bastante fue la actitud tan hostil del detective. A pesar de que ella y todos sus compañeros se estaban esforzando hasta el límite para que la recuperación del sabueso fuera lo más rápida posible, este ser tan ingrato se había comportado con la enfermera como un desagradecido. Por este motivo, la decepción que sentía era muy grande, sobre todo después de haber confiado en una persona que, sin saber por qué, siempre la había conmovido en lo más hondo de su espíritu. Todavía recordaba la conversación que mantuvo con Gabriel Portaceli meses atrás cuando Agudo estaba aún en coma. La ilusión de aquellos días por ver al detective de nuevo recuperado se había tornado en un estado de amarga resignación y ahora le importaba menos lo que éste pudiera hacer con su existencia. Si él mismo había optado por esa vida solitaria, sin permitir que nadie lo pudiese ayudar, ella no iba a mover ninguna pieza más para cambiar su situación.

Por desgracia, el carácter bondadoso de Esperanza la había llevado a padecer situaciones similares en otras ocasiones y en no pocas veces llegó a sufrir por culpa de ciertas personas que le hicieron demasiado daño. Y ahora se encontraba vacía por dentro y con unas vivencias personales que no eran de lo más halagüeñas.

Iba pensando en estas cosas cuando se acercó hasta la habitación de Agudo para darle todos los medicamentos que tenía que tomar. Al llamar a la puerta no recibió ninguna respuesta por parte del sabueso, y eso no era normal pese a lo parco que era. La abrió de golpe y vio que éste se encontraba tirado en el suelo pero esta vez totalmente inconsciente. Sin perder un segundo se dirigió hacia él y comprobó que había entrado en una parada cardiorrespiratoria. Si no se le aplicaban los primeros auxilios, el detective podría tener un desenlace fatal, así que le practicó la respiración artificial y le hizo un masaje cardiaco. Llamó también a otra enfermera compañera suya de la planta para que avisaran con urgencia a un médico. El tiempo se detuvo de repente y Esperanza comprendió que el investigador privado se estaba debatiendo una vez más entre la vida y la muerte.

En el hospital se vivió una situación angustiosa. Una vez más Agudo se convirtió en el centro de atención de todos y no se sabía a ciencia cierta qué era lo que iba a pasar con él. Un intensivista que estaba de urgencia fue el que le dio las descargas necesarias para reanimar de nuevo al sabueso. Al mismo tiempo, el doctor Molina y todo su equipo estaban expectantes por ver cómo evolucionaba una persona que los había tenido en vilo en los últimos meses.

Incluso un periodista recibió un soplo y varios medios de comunicación lograron hacerse eco de una noticia que en esos momentos estaba conmoviendo a un amplio sector de la población. Agudo había salido a la palestra pública después de que le proporcionaran aquella paliza y ahora cualquier cosa que le ocurriera en su vida era motivo suficiente para que todos estuviesen pendientes de él, incluido el inspector jefe Ceballos.

Después de recibir una última descarga eléctrica, Agudo recuperó de nuevo todas sus constantes vitales y el corazón volvió a latirle con la consistencia habitual con que lo había hecho hasta entonces. El intensivista que lo atendió era joven pero experimentado y se congratuló al saber que su paciente había salido con vida de ésta. Las próximas horas serían fundamentales, por eso Agudo no podía exponerse a más peligros innecesarios a partir de entonces, de lo contrario, su cuerpo ya no lo podría resistir más.

Esperanza, por su parte, era incapaz de quitarse de la cabeza la escena que había presenciado con el detective tirado por el suelo y con el corazón parado. A pesar de que éste lo había tratado con la punta del zapato, ella seguía viendo

la fragilidad de un hombre soberbio pero a la vez vulnerable. Y aunque él insistió en que no necesitaba la ayuda de nadie, y menos la de la enfermera, la muchacha sabía perfectamente que éste se había colocado una coraza de acero para protegerse.

Los minutos transcurrieron pero siempre a favor del detective, quien al final resucitó una vez más como Lázaro. Molina no daba crédito ante la fortaleza de su paciente. En pocas ocasiones se había encontrado con alguien que presentara un cuadro clínico semejante y que se hubiese recuperado con tanta rapidez.

Cuando ya estaba fuera de peligro Agudo, el médico fue hasta su habitación para ver cómo se encontraba.

—Doctor, tengo que darle las gracias tanto a usted como a los demás miembros de este hospital por todo lo que están haciendo por mí.

—No me dé a mí las gracias. Yo no soy el responsable de que se encuentre tan bien ahora mismo —replicó con cierta aspereza—. Hay alguien que lo encontró inconsciente en la habitación y si no hubiera sido por ella, le juro que no se hubiese salvado.

—¿De quién se trata? —preguntó el sabueso con ansiedad.

—De Esperanza, la enfermera que la atiende a diario. Por eso creo que ahora le debe una disculpa porque ya sé que el otro día se comportó muy mal con ella —le reprochó el sanitario.

Agudo se sintió fatal cuando se enteró de esto. Comprendía que había sido muy cruel con ella y que jamás debió humillarla de esa forma.

—Sí, Agudo —continuó el doctor—. Gracias a Esperanza está a salvo. Ella se dio cuenta de que había entrado en una parada cardiorrespiratoria y le aplicó los primeros auxilios. Usted lo puede contar ahora mismo gracias a la rapidez con que actuó y a que luego llamó a un médico intensivista sin perder un segundo.

—¿Podría decirle que venga a hablar conmigo? —le suplicó el investigador—. Le debo una disculpa.

—Está bien. No creo que sea oportuno que ahora lo vean demasiadas personas, pero le diré a Esperanza que se acerque hasta aquí.

El doctor se marchó de la habitación. A continuación, el detective reflexionó sobre lo que la había pasado y comprendió que debía cambiar su

actitud. Así no iba a llegar a ninguna parte. Hasta ahora se había comportado como un tipo despiadado con determinadas personas, pero se dio cuenta de que no podía responsabilizar a otros de sus desgracias personales.

Esperanza llamó prudentemente a la puerta de la habitación y el detective le dijo que pasara. Todo el espíritu de soberbia que llegó a tener unos días atrás desapareció al saber que, una vez más, había estado caminando por un hilo a la manera de un equilibrista y que estuvo a punto de caerse al vacío sin ninguna red que lo pudiera sostener.

—Me ha dicho el doctor Molina que quería usted verme —dijo la muchacha.

—Así es, Esperanza. Disculpe que me tome la libertad de llamarla por su nombre, pero Molina me lo ha chivado y ya sabe, soy un detective. En fin, sólo quería pedirle disculpas por lo del otro día. Fui un hijo de puta y no tendría que haberla tratado así. Estoy pasando por una mala racha últimamente y parece que un gafe se ha cruzado en mi camino, pero eso no quita para que haya perdido de esa forma el respeto por la gente.

—No tiene por qué darme más explicaciones. Es verdad que el otro día no estuvo afortunado conmigo y que su comportamiento no fue nada caballeroso, pero yo no soy rencorosa y ya casi se me había olvidado.

—No sea tan modesta. También querría agradecerle todo lo que ha hecho por mí y lo rápido que actuó cuando me encontró hecho una piltrafa en el suelo. Si no hubiese sido por usted, probablemente ahora mismo no lo hubiera contado. Es curioso, hasta hace tan sólo unas horas no valoraba nada mi vida, pero ahora estoy viendo todo de forma distinta. Quizás el haber estado tan cerca de la muerte en varias ocasiones me haya hecho cambiar de idea.

—Ya sé lo que le ha pasado. Se ha caído del caballo y ha tenido una revelación —bromeó la enfermera comparándolo con San Pablo.

—No se burle de mí. De todas formas, como somos los dos muy jóvenes nos podríamos tutear a partir de ahora. Si tengo que estar en este hospital una temporada más, por lo menos que lo haga en buenas condiciones, ¿no crees?

—Está bien, aunque debes descansar porque has vivido muchas emociones fuertes en las últimas horas y tu corazón no lo va a poder soportar si sigues así. Creo que deberías usar un doble para las próximas escenas de acción que vayas a rodar en tu película.

Agudo volvió a sonreír tras escuchar esta última ocurrencia de la enfermera. Hacía mucho tiempo que no tenía esa sensación de optimismo. Esperanza le había traído algo de paz a su espíritu atormentado.

Treinta y dos



Todo estaba muy oscuro y Arturo no sabía muy bien hacia dónde ir. Los escalofríos le electrificaban la espalda en aquel lugar tan extraño. Lo peor era esa sensación de pavor motivada por el vacío de no saber a qué enfrentarse. Como no podía hacer otra cosa mejor, intentó caminar para ver si encontraba algo que le pudiera servir de guía. Aquellos esfuerzos resultaron inútiles pues se encontraba atrapado en un espacio indeterminado. Su corazón se había sublevado tanto que las arterias de sus sienes comenzaron a dolerle. Procuró estar calmado porque tenía la intuición de que si mantenía cierta cordura podría salir adelante, pero en el fondo era consciente de que se engañaba y que no había ninguna escapatoria posible. Entonces se acordó de cuando se hospedó en la casa de Malatesta. Le vinieron a su mente los angustiosos recuerdos de aquel frío sótano que tuvo que recorrer también a oscuras. Algún ente invisible le apretaba tanto el cuello que le costaba muchísimo respirar. El corazón seguía latiéndole con violencia, tanto que pensó que de un momento a otro se pararía y moriría desangrado en aquel horrendo lugar. Si al menos poseyera algún referente visual, algo a lo que agarrarse, podría tratar de salir de aquella asfixiante situación. Seguía caminando y todo estaba tan oscuro que no albergaba esperanzas de que fuera a escapar vivo de allí. No se oía nada, ni el más mínimo ruido que lo pudiera distraer; más bien imperaba un silencio blanco que le hacía ser testigo de su propia respiración entrecortada. Ni siquiera había alguna pared sobre la que se pudiera apoyar. Estaba muy cansado y sus piernas le pesaban como losas.

Necesitaba tumbarse y reposar unos minutos ya que la presión sobre su pecho era insoportable. Lo peor llegó al percatarse de un extraño presentimiento, como si alguien lo observara; podría tratarse de un ser maligno que estuviera agazapado en las sombras, incordiándolo a la espera de que el pobre escritor se acabara derrumbando y claudicara. Debía seguir adelante, pero su boca estaba muy seca y sus fuerzas desfallecían. Tenía ganas de gritar a viva voz, si bien ¿quién le iba a escuchar en aquel páramo? No le quedaban más esperanzas que continuar por aquel extraño camino sin saber exactamente qué rumbo tomar. Le entraron incluso ganas de llorar, pero ya no poseía impulso para derramar lágrimas porque había gastado todas sus energías inútilmente en encontrar una vía de escape en ese angosto trecho. El aire escaseaba y la respiración se le hacía más complicada. Nuevamente se sintió vigilado por alguien que esperaba a que cometiera el menor descuido para acabar abalanzándose sobre él y despedazarlo de manera inmisericorde. Arturo estaba llegando al límite, sin ninguna fe que le pudiera devolver a la luz, aquella luz que jamás tendría que haber abandonado. La percepción de su soledad era espantosa y comprendía que cada vez le quedaba menos tiempo. El aire se le acababa y ya no habría escapatoria final; todo comenzaba a desvanecerse... De repente, surgió una voz cavernosa que le heló el corazón. «Te vas a condenar, te vas a condenar —le repetía una y otra vez—, y ya nadie te devolverá a la luz. Jamás abandonarás el reino de las sombras y te hundirás en el abismo de la perdición». Entonces resonó una carcajada y Arturo lanzó un grito desgarrador.

El escritor se levantó de la cama como un resorte envuelto en un sudor frío que se apoderó de toda su frente. Había tenido una pesadilla espantosa, pero para él todo resultó tan real que aún le palpitaba el corazón a mil pulsaciones pues estaba muerto de miedo. Levantó su mano derecha y comprobó cómo le temblaba. Intentó incorporarse de su lecho; fue inútil porque su cuerpo estaba tan debilitado que apenas hubiera sido capaz de hablar con un tenue hilo de voz. En cuanto volvió a pensar en aquella pesadilla que acababa de sufrir, intuyó que había hecho un mal negocio con Malatesta.

No obstante, pasados unos minutos, puso la radio y comprobó que la vida seguía con plena normalidad. En un programa estaban hablando de literatura y, por supuesto, su novela fue la recomendación de la semana. Los sucesivos

elogios parecieron calmarlo un poco y pronto regresó a ese estado de euforia que había mantenido en las últimas semanas. A pesar de ello no paraba de darle vueltas tras escuchar aquella voz siniestra que le aseguraba que se iba a condenar. ¿Por qué tendría que condenarse si todavía tenía la oportunidad de entregarle el código a alguien que no le importara perder su alma para siempre? Al menos eso era lo que le había asegurado el viejo. A pesar de lo cual, tantas conjeturas no le hacían sentirse del todo tranquilo y necesitó darse ánimos para no perder la compostura.

A través de su ventana entraba un viento tan delicioso que invitaba a dar un paseo por la calle, algo que le podría venir muy bien para despejarse. Después de haber tenido esa mala experiencia necesitaba darse un respiro y estirar las piernas. Además, había recuperado el pulso en sus venas y ya no le temblaban las manos. Tenía que experimentar su nueva vida sin preocuparse de nada pues de lo contrario estaría perdido. Si no se arriesgaba y ponía toda la carne en el asador, más le valía quedarse para siempre encerrado en su casa y convertirla en una prisión. En ese instante se le cruzó por la mente la idea de que ya había sufrido demasiada condena carcelaria cuando estuvo recluido en San Lorenzo del Escorial con aquel anciano loco.

Debía hacer algo para no caer en una total apatía, así que se vistió a la velocidad del rayo, desayunó frugalmente y se precipitó a la calle para tomarle el pulso a la gente. El contacto con las personas parecía darle una posición de privilegio, de ahí que jugara a ser Ricardo Sandoval; pese a todo, no podía engañarse, porque nunca se desprendería de la personalidad de Arturo Enigma. Le pareció divertido imaginarse una partida de tenis en la que ambos, tanto su álgter ego como él, estuvieran enfrentados, uno de ellos vestido de blanco inmaculado y el otro, de negro. Si se metía dentro de la piel de Enigma resultaba ser aquella persona débil y llena de inseguridades que había flirteado con el fracaso más patético en los últimos años. Pero si apostaba por Sandoval, siempre sería aquel escritor genial que se había ganado el respeto de todo el mundo gracias a una novela reveladora; bajo esa identidad era ahora el hombre más poderoso que jamás podría haber siquiera soñado. Su otro yo representaba todo lo que él siempre aspiró a ser; una persona segura de sí misma y coherente con su vida, a pesar de que le faltara lo más valioso del mundo, el alma.

Llegó por fin al bar que tanto le gustaba, ese que se encontraba tan cerca de su antiguo piso. Se sentó y vio que estaba rodeado de personas normales; madrileños que soñaban cada día con un futuro mejor pero que tenían que conformarse con un presente demasiado gris. El dueño del local vino a saludarlo y le sirvió una cerveza. Mientras tanto, el escritor contempló a todos esos perdedores y pensó que ya casi nada tenía que ver con ellos porque había cambiado en lo más profundo de su ser. Ahora que no estaba en posesión de su alma y que se había alejado del camino de la luz, sentía la necesidad de experimentar nuevas cosas pues ese lugar le parecía de lo más vulgar. Estuvo unos minutos más pero apenas intercambió algunas palabras con el viejo tabernero, que se extrañó mucho de la actitud tan fría de Arturo. Y es que Enigma ya no se reconocía entre aquellos personajes que habían formado parte de la novela de su vida; más bien se consideraba un hombre superior, por eso salió huyendo de aquel antro en busca de su nueva vida. Quería romper con las cadenas del pasado, aprovecharse de su nueva condición para no permitir que nadie más le pudiera hacer ningún daño. Le hubiera gustado encontrarse en ese momento con Javier Tamargo, su antiguo representante literario. Entonces se le pasó algo terrible por la cabeza, se vengaría de él y éste acabaría pagando todo lo que le hizo, ya que a un escritor de su renombre nadie lo podía dejar en la estacada. Salió corriendo de allí y trató de orientarse para ver dónde podía hallar a su viejo amigo.

Al regresar a su casa comenzó una búsqueda compulsiva por internet. Quería rastrear todas las agencias literarias para dar con el paradero de ese hijo de perra que ya no se reiría nunca más de él. Ese pobre muerto de hambre iba a enterarse de lo que podía llegar a ser Ricardo Sandoval. Si no le había dado la oportunidad de aceptarle una nueva novela, ahora se tendría que retractar de todo el daño que había hecho. «Después de todo, Tamargo no sería nadie si no hubiera sido porque se aprovechó del éxito de mis novelas», pensó Arturo. «Si hubiera confiado en mí, jamás tendría que haber pasado por el mal trago del Escorial ni habría sentido el miedo en mis carnes, pero el señorito me dijo que ya no le gustaban mis historias. Menudo cabronazo», se indignó el escritor.

Mientras elucubraba sobre estas ideas no paraba de aporrear las teclas del ordenador, sometiéndolas a un castigo innecesario. Después de husmear unos

cuantos minutos, comprobó a través de la red que Tamargo representaba a un joven escritor que se llamaba Valentín Escabel. Éste había publicado una primera novela titulada «Bajo las ruedas del barro», un nombre que al menos no dejaba de resultarle interesante a Arturo. De hecho, la crítica elogió mucho ese libro, aunque por supuesto la obra no había alcanzado la repercusión de «El último tren de la estación del norte».

Durante unos minutos intentó pensar en cuál sería la mejor estratagema para llevar a cabo su plan de ataque; lo meditó tantas veces que parecía que su cabeza le iba a estallar en cualquier momento. Entonces fue cuando se le ocurrió mandarle una carta a ese autor novel, una especie de libelo en donde le contaría algunas intimidades inconfesables de su viejo representante literario. Sería algo que sin duda crearía desconfianza en Escabel al mismo tiempo que pondría muy nervioso a Tamargo. Estuvo dándole vueltas a este plan en el mismo instante en que su corazón se aceleraba más ante la emoción del momento. Al final le bastó escribir unas cuantas líneas para ejercer el efecto venenoso que se había planteado. Ahora tendría que contactar con los responsables de la editorial del muchacho para enviarles una carta urgente a la atención de aquel nuevo novelista. Las consecuencias no se harían esperar. Terminó, pues, de escribir la misiva y fue personalmente hasta una oficina de Correos para asegurarse de que le llegaría a la editorial en poco tiempo.

Por desgracia, lo que quedaba de Arturo se fue esfumando a la vez que Ricardo Sandoval se fue adueñando sibilamente de su personalidad. Estaba obsesionado con llevar un tipo de vida hedonista en la que el placer fuera el motor que le impulsara a regir los destinos de su existencia. Quería vivir todo muy deprisa, quitándose el lastre de tantos años de penurias. En cierto modo había disfrutado de las mieles del triunfo cuando era aún un chaval y ahora estaba beneficiándose de una segunda juventud, un momento de gloria especial porque, a los ojos de la sociedad, Sandoval era un auténtico desconocido. Pero Enigma se sentía más identificado con él y sabía que aquella carta iba a ser una jugada maestra para destrozarse la reputación de su antiguo representante.

Como las noticias dentro del mundo literario corren como la pólvora, a los pocos días no se hablaba de otra cosa que de un escándalo en el que se había visto envuelto Javier Tamargo. Fue la comidilla durante las siguientes

semanas, sobre todo porque había muchas personas que le habían cogido tirria a este individuo. El propio Escabel se vio envuelto en medio de una encrucijada de sentimientos y sufrió las repercusiones más que nadie, ya que estaba en plena carrera de promoción de su primera novela.

Arturo se metió en varios foros de internet disfrutando como un cosaco del lío en el que había metido a su exrepresentante. Al parecer, el novelista había implicado a éste en un asunto de faldas que afectaba también a un poderoso editor de la ciudad. Entonces, como medida preventiva, este pez gordo del negocio literario presionó con gran intensidad para que Tamargo fuera retirado de su oficio temporalmente hasta que se aclarasen los hechos. Nadie sabía quién había filtrado esa bomba, pero Tamargo sospechó de Arturo. Tanto fue así que intentó localizar a su viejo socio, pero fue en balde puesto que éste último había cambiado de número de teléfono móvil y ya no vivía en su antiguo piso. Daba la impresión de que la tierra se lo hubiese tragado y, por desgracia, nadie sabía nada de él desde hacía muchos meses. Así pudo el escritor culminar uno de sus primeros pasos dentro de su nueva vida. Efectivamente, el «Libro de las almas» estaba ayudándolo con todo su poder, pues nunca se hubiera atrevido a hacer nada semejante por sí mismo porque no disponía del arrojo necesario. Sin embargo, ahora que no tenía su alma, podía hacer todo lo que le viniera en gana al sentirse liberado de su propia carga moral.

Treinta y tres



Agudo estaba recuperándose cada día que pasaba y esta vez parecía haberse redimido de muchos sentimientos de culpa que le asediaban desde su pasado. Hasta el momento había llevado una trayectoria vital que nunca fue capaz de encauzar por el buen camino, algo que se evidenció después de conocer a Sempere y a Soriano. Además, poco a poco había empezado a dejar de pensar en Carmen Altamira. Concluyó que a lo mejor él la podría haber salvado aquella noche de una muerte segura, pero a la vez entendió que ésta se encontraba envuelta en una trama demasiado peligrosa y que más tarde o más temprano hubiera podido acabar de una forma similar a como lo hizo, sin que él la hubiese podido ayudar. No obstante, aún seguía su promesa firme y no pararía hasta averiguar quién la había asesinado. Era algo que le debía y lo iba a cumplir a rajatabla.

Desde el día en que acercó posturas con Esperanza notó que poco a poco la relación con ella se iba estrechando y que había encontrado a alguien que le hacía sentirse especial. Por primera vez en su vida dejó de pensar en sí mismo como el centro de todo y comenzó a ver las cosas desde la perspectiva de otra persona que le aportaba mucho y que, sobre todo, alegraba su existencia. Y es que la enfermera era una persona vital y optimista, pese a que también ella tuviera sus momentos malos y que, de vez en cuando, guardara un extraño silencio, como si hubiese alguna cosa que la atormentara y que mantuviese en secreto.

El sabueso pensó que estaba viviendo los días más felices de su vida y era

consciente de que Esperanza podía sentir lo mismo hacía él. Quién lo diría del investigador privado, que había fracasado en tantas cosas a lo largo de su trayectoria. No obstante, ahora sabía que con la muchacha cerca de él ya había un motivo por el que luchar, una razón por la que asomarse todos los días a la ventana para ver cómo salía el sol.

Y no se puede decir que Agudo estuviera en una burbuja de cristal. Todo lo contrario. El detective tenía más miedo que nunca. Miedo a que esas vivencias que estaba experimentando se acabaran algún día. Miedo a que Esperanza estuviera expuesta al peligro, sobre todo después de la última llamada anónima que había recibido que le aconsejaba que se alejara para siempre del caso que estaba investigando. Miedo, en definitiva, a que su pequeño universo dejara de expandirse. Pero por otra parte se sentía con fortaleza necesaria como para arriesgar más de la cuenta pues, después de todo, si no ponía toda la carne en el asador, entonces hubiese sido mejor morir después de haber sido golpeado decenas de veces en aquel callejón bajo la lluvia o bien cuando le dio la parada cardiorrespiratoria. Si había sido capaz de sobrevivir a estas dos situaciones tan extremas, tenía que existir alguna causa específica por la que ahora debiera seguir luchando.

En paralelo a todos estos sucesos, el detective no dejaba de pensar en el códice y tuvo claro que ahora mismo había abierta una línea de investigación y que era muy clara. La tenía justo enfrente suya, pues alguien le regaló «El último tren de la estación del norte», y ahí se hablaba del «Libro de las almas». La novela especificaba que el protagonista de la historia había renunciado a muchas cosas en su vida para pactar con el diablo. Ni Sempere ni Soriano tuvieron la decencia de hablarle de nada de esto, pero estaba claro que ellos codiciaban el manuscrito por la misma razón. Entonces se le ocurrió llamar a la editorial que había publicado la novela para tratar de averiguar algunos datos. Pese a las amenazas recibidas, tenía que seguir arriesgando, de lo contrario no hubiera sido fiel a sus propios principios.

Agudo vio el número de la editorial Trastévere en las primeras páginas del libro y telefoneó aquella mañana tan luminosa de mayo. Allí esperaba encontrar alguna información sobre quién estaba detrás del nombre de Ricardo Sandoval. Al principio tuvo que insistir varias veces pues la señal no paraba de comunicar pero después de unos minutos de demostrar una inagotable

paciencia, logró hablar con una persona.

—Trastévere. Buenos días. ¿En qué podemos ayudarle? —le preguntó una voz de una mujer joven.

—Buenos días —contestó el detective—. Me llamo Carlos Agudo y soy investigador privado. Me gustaría hablar con el editor. Necesito saber unos datos para unas pesquisas que estoy realizando.

—Un momento, señor, ahora le paso.

Sonó un hilo musical con una canción muy famosa de fondo. Como Agudo era un analfabeto en lo que se refería a la cultura pop, no pudo saber qué tema era el que se escuchaba en esos momentos. Eso a él le importaba un bledo, porque en su cabeza no paraba de barruntar pensamientos referidos al viejo manuscrito medieval y a toda la trama en la que se hallaba metido. Le parecía mentira ver de qué manera había cambiado su vida en apenas algo más de medio año. Hasta hace poco era un muerto de hambre que tenía que aceptar toda clase de trabajos para salir adelante, pero ahora las circunstancias eran totalmente distintas. Justo cuando estaba amasando en su mente todas estas ideas, al otro lado del hilo telefónico se escuchó la voz de una mujer también joven que no superaría los treinta y tantos años.

—Buenos días, señor Agudo. Mi nombre es Teresa Delicado, ¿qué es lo que desea?

—Verá, como no me he podido desplazar hasta su editorial, ya que aún estoy de baja laboral, iré al grano para ver si me puede ayudar. Estoy realizando una investigación muy importante y necesito saber quién se esconde bajo el nombre de Ricardo Sandoval.

—Lamento tener que decirle lo mismo que le contesto a las personas que nos han llamado para tratar de averiguar lo mismo. Todo lo que concierne al señor Sandoval nos ha llegado a través de una empresa filial, Liber Text, que es la que nos mandó el manuscrito de la novela. Las condiciones del contrato fueron las de publicar la obra respetando la verdadera identidad de quien está detrás de ese seudónimo. Por eso no hemos podido hacer promoción del libro ni nada similar, pues es como si estuviéramos trabajando con un autor virtual al que nosotros mismos no conocemos ni su cara. En Trastévere somos unos meros intermediarios y ahí se acaban nuestras responsabilidades con el autor de «El último tren de la estación del norte». Incluso las condiciones

económicas las está tramitando directamente esta empresa que le he mencionado. Más allá de eso no puedo añadirle ningún otro detalle.

—Comprendo —insistió Agudo con unos de nervios cada vez más alterados—, pero tiene que entender que para mí es un asunto de vida o muerte dar con el escritor o la escritora que haya hecho ese texto.

—Usted también tiene que entender lo que suponen estas condiciones para nosotros. Nos han llamado desde Televisión Española y desde canales internacionales como la BBC; a todos les hemos tenido que decir que no sabemos nada del asunto, algo muy duro para una editorial tan necesitada de incentivos como la nuestra.

—¿Pero cómo pueden ser tan irresponsables de no saber siquiera a quién contrataban? —protestó el detective—. Estamos hablando de la novela más importante de los últimos meses y le repito que necesito llevar a cabo una investigación vital, y ahora ustedes me dicen que no tienen nada que ver con el asunto. La verdad es que no son nada profesionales si han actuado de esa forma.

—No es justo, señor, que se ensañe con nosotros cuestionando el modo de trabajo que tenemos en la editorial. El texto nos llegó hace unos meses y vimos que era una novela extraordinaria, por eso tuvimos que aceptar las condiciones de su publicación porque no nos quedaba otra alternativa. Primamos por encima de todo la calidad literaria.

Agudo guardó un silencio contemplativo, no sabiendo muy bien si lo hacía porque estaba desesperado de escuchar aquella monserga o bien porque pensaba que jamás iba a dar con la persona que estaba detrás de ese tal Ricardo Sandoval. En el fondo se sentía herido en su amor+ propio, sobre todo cuando recordaba el fallecimiento de Carmen.

—Veo que no me quiere ayudar mucho más y eso me pone de mal humor —insistió el sabueso—. De todos modos, si se entera de cualquier cosa, no dude en llamarme, pues le repito que este caso es vital y necesito saber cualquier detalle, incluso algo que le pueda parecer la cosa más nimia —añadió Agudo dándole su número de teléfono.

—Descuide, señor Agudo, que si recibo la menor información, usted será el primero al que se la haré llegar.

—Muy bien, estaremos en contacto, pero no intente engañarme. Estaré

vigilándolos constantemente y no me gustaría echar a perder por su culpa unas investigaciones que llevo realizando desde hace meses.

Diciendo esto, el detective colgó el teléfono con la frustración típica de no haber podido hacer las cosas tan bien como a él le hubiera gustado. Si seguía caminando por aquella senda tenebrosa, estaba abocado a obtener resultados estériles, pero al menos debía intentarlo.

A la misma vez que el sabueso se debatía entre aquellos pensamientos frustrantes, Teresa Delicado realizó una llamada desde su oficina a alguien muy importante.

—Buenos días. ¿Le puedo entretener un momento?

—Claro que sí, Teresa, ¿qué es lo que ocurre?

—Acaba de llamarme Carlos Agudo y no ha parado de preguntarme sobre Ricardo Sandoval. No sabía muy bien qué decirle. Al final, y después de unos minutos, he logrado llevarlo hasta mi terreno y le he dado largas.

—Has hecho muy bien. Nadie debe saber lo que estamos tramando. Si hay alguien que necesita desenmascarar a Sandoval, debo ser yo. Tengo todo el derecho para rendirle cuentas. Él tiene una cosa muy importante que me pertenece, algo que me dará todo lo que quiero de este mundo, aunque me condene para siempre. Además, podré arreglármelas para reactivar de nuevo el «Libro de las almas». Ahora necesito pensar también en Agudo; el muy estúpido sigue implicado en el caso y ya le advertí que debía tener cuidado si no quería acabar tan mal como cuando ordené que le dieran aquella paliza. Ese gilipollas no ha aprendido la lección y no parará hasta que le dé un buen escarmiento.

—De todas formas —ahondó en su conversación la editora de Trastévere—, no sé si podré soportar toda esta presión. Hay demasiada gente que ansía saber quién es Sandoval y cada vez me cuesta más trabajo engañarles.

—No te preocupes, Teresa, porque te recompensaré con creces todo el trabajo que estás haciendo. Sólo tengo palabras de agradecimiento contigo por tu lealtad. Ten paciencia. Ya queda poco tiempo para que se puedan cumplir los planes.

—Está bien. Seguiremos en contacto, y si veo que hay alguna novedad, hablaremos pronto.

—Así lo espero. Te dejo porque tengo muchas cosas que hacer y no

debemos distraernos.

Teresa Delicado colgó el teléfono mientras acariciaba suavemente la portada de un ejemplar de «El último tren de la estación del norte». Después de todo aquella novela era la que le estaba dando la fama a su editorial. Jamás pudo imaginar que un libro de aquellas características iba a tener tanto reconocimiento. Su instinto había funcionado muy bien al aceptar aquella envolvente historia, pese a haber sido firmada por un desconocido. El problema es que se había metido en una situación demasiado compleja y a veces desearía haberse desmarcado de tantos peligros, pero ya era tarde para actuar de otra forma. Tendría que ser consecuente con su postura. Además, la persona que la había llamado tenía demasiado poder como para intentar dejarlo todo y no seguir con toda esa farsa, así que no podía intentar ninguna heroicidad, pues sabía del peligro al que se exponía.

Tras su última llamada, Agudo estaba indignado porque no sacó nada en claro. Debía actuar pronto pues de lo contrario se le adelantarían y todo el trabajo que había realizado desde el pasado otoño iba a caer en un saco vacío.

Treinta y cuatro



Arturo se sentía pleno de fuerzas después de haberle hundido la carrera a Tamargo. En poco tiempo se había levantado un escándalo tan grande en torno a este representante que todas las editoriales lo vetaron. Ni en sus más retorcidos planes había imaginado que aquella carta iba a tener unas consecuencias tan letales, pero él no dejaba de pensar que quien la hace la paga, de ahí que se sintiera tan dichoso por haberle dado un nuevo vuelco a su vida. Una vez que hubo eliminado a ese incómodo rival, ahora necesitaba encontrar nuevas emociones pues le aburría estar encerrado en su casa todo el día sin dejar de parar de escuchar elogios en torno a Ricardo Sandoval. Esa rutina llegaba a resultarle obsesiva y, en cierta manera, su novela estaba adquiriendo unas dimensiones tan grandes que el asunto se le iba a ir de las manos en cualquier momento. Además, muchas noches tenía pesadillas que lo conducían hacia aquellos meses que pasó en El Escorial. En su mente no dejaba de ver la figura de Edmundo Malatesta, aquel diabólico ser que supo cómo engatusarlo para llevarlo hacia su terreno. Ahora el viejo había desaparecido envuelto en un gran misterio. Ante estas circunstancias, el narrador sabía de sobra que el éxito y la fama adquiridas tan rápidamente se las debía por completo a aquel estrambótico anciano; a pesar de lo cual, tenía el presentimiento de que cada día que pasaba se hallaba más encerrado en una especie de cárcel de cristal que lo aprisionaba y que lo mantenía flotando en una nube de tormentos. No podía seguir en aquella situación, ya que acabaría convirtiéndose en una piltrafa humana. ¿De qué le servía tanto reconocimiento

si se había transformado en una sombra caricaturesca de Sandoval y nadie podía saber que él era el verdadero responsable de esa novela? Y a la vez que él se cuestionaba todas estas cosas, en las últimas semanas su cuenta corriente no paraba de engordar y se podía permitir toda clase de caprichos con los que no soñó jamás. Ante todos estos sentimientos tan enfrentados pensaba que debía reconducir su vida si no quería acabar muy mal.

Horas más tarde se dirigió hacia la zona de bares de la Gran Vía. Había caído una lluvia tan fina que dejó el pavimento de la calle con una pátina cristalina que le daba al asfalto un toque irreal. El escritor caminaba ensimismado sin saber qué hacer ni por dónde ir. De repente entró en un Starbucks Coffee de unas dimensiones no demasiado grandes. Se sintió en la necesidad de tomar algo caliente que le mantuviese el cuerpo a una buena temperatura. Notaba en su interior algo extraño, tanto que no dejaba de temblar, y de vez en cuando padecía convulsiones periódicas. Estando inmerso en esa situación, no se percató de que sentado a su lado, como a unas dos mesas de distancia, se hallaba la misma joven que viera hacía tan sólo unas semanas en otro bar; aquella persona a la que no se había atrevido a saludar. Se detuvo un tiempo prudencial en analizarla de forma escrutadora y le llamó la atención su mirada melancólica. Se sintió conmovido porque había algo en ella que denotaba fragilidad. Arturo estaba hipnotizado y no se cansaba de contemplarla. Por eso, trataba de imaginarse la razón por la cual la chica estaría allí en esos momentos.

Cuando la estaba mirando sonó una vieja canción de los años sesenta, «Bus Stop», de The Hollies, grupo que a Arturo siempre le había gustado. Era una música muy evocadora que hablaba de dos personas que se encontraban bajo la lluvia en una parada de autobús; uno le ofrecía al otro su paraguas para compartirlo, y de ahí surgía el amor entre ambos. Arturo estaba medio tarareando la canción a la par que ella sorbía su taza de té. Lo hacía con tanta parsimonia que parecía una dama británica. El escritor debía tener la valentía suficiente como para acercarse hasta ella; si no lo hacía esta vez perdería probablemente una ocasión de oro para intentar cambiar su vida. Hasta ahora no había dejado de ser un espejo que reflejaba hacia fuera sus verdaderos sentimientos; un fraude escondido bajo la figura emergente de Ricardo Sandoval, aquel oscuro álgter ego que cada día estaba devorándole más su

propia personalidad. La joven seguía tomándose su bebida ajena a esto. Tenía unas manos blancas y delicadas, como las de las damas de los cuadros de los prerrafaelitas. Arturo debía aprovechar ese momento único porque si lo dejaba escapar se iba a arrepentir para el resto de su vida. ¿De qué le servía tener tanto dinero en su cuenta corriente si era incapaz de resolver aquella situación sentimental? Ella continuaba con esa mirada extraviada. Parecía que estuviese pensando en cosas terribles de su pasado, o al menos eso fue lo que intuyó el escritor.

No pudo aguantar más y se levantó. Nadie le iba a fastidiar sus intenciones como sucedió la otra vez. Él sería dueño de la situación e impediría que ella se fuera una vez más. Si hasta entonces no había dispuesto de una causa digna por la que luchar, ahora era la ocasión perfecta para redimirse de su pasado. Lentamente fue acercándose a aquella pequeña mesa; sus piernas le temblaban y su corazón palpitaba de forma escandalosa. Tenía una oportunidad única para arrepentirse de todos sus pecados. En ese instante no le importaban ni Malatesta, ni Tamargo, ni Sandoval. Era después de mucho tiempo Arturo Enigma y estaba dispuesto a enmendar su vida todo lo que fuera necesario.

Al situarse junto a la muchacha se percató de la tristeza que había escondida bajo su mirada. Era tan intensa que casi le dolía en lo más profundo de su ser. Trató, pues, de hacer un acercamiento lento y pausado para no espantar a aquella joven que parecía estar esperando sabe Dios a quién.

—Buenas tardes, perdone que la moleste —dijo Arturo con una voz algo temblorosa—. Me he acercado hasta su mesa porque recuerdo haberla visto hace tiempo en otro bar.

La joven interrumpió por un momento su circunloquio interior y lo miró con unos ojos grandes y grises que parecían estar interrogándolo con miles de preguntas a la vez. Aquella mirada le congeló lo más profundo de su ser, dándole el aspecto de una persona mucho más madura de lo que en verdad revelaban esos veintitantos años.

—¿Me permite si me siento un momento junto a usted?

—Hágalo. En estos momentos no estoy esperando a nadie —le contestó ella con una voz muy profunda que parecía salir del interior de algún resorte mágico.

Era la mujer más bella que había contemplado el novelista en muchos

años. Además, con ese pelo castaño tan ondulado y sedoso se parecía a una de esas estrellas del viejo Hollywood, con un aire a lo Lauren Bacall. A medida que se iba sentando en la silla, no dejó de mirarla para estudiar todos los puntos del mapa de su rostro. Era tan gratificante contemplarla que se podría haber pasado así muchas horas.

—Mi nombre es Arturo Enigma y soy escritor, aunque en los últimos tiempos ando un poco bajo de creatividad y he decidido darme unas vacaciones para ver si las ideas me fluyen.

—Es usted la persona más osada que me he encontrado nunca. ¿Cree que me puede avasallar de esa forma?

—No era mi intención, se lo aseguro —dijo el escritor con un gesto un poco mohíno—, tan sólo buscaba algo de compañía, eso era todo.

—Me he encontrado a muchos tipos como usted y las cosas no siempre me han salido bien. ¿Por qué iba a confiar ahora?

—Porque me he quedado enamorado de su mirada tan triste y creo que ambos somos dos lobos solitarios que necesitamos agarrarnos a algo en nuestras vidas para salir adelante. ¿Me equivoco?

La muchacha escuchó estas últimas palabras en silencio y dibujó una expresión contradictoria. Al principio le chocaron esas palabras, pero luego aceptó al novelista y estaba dispuesta a abrirle su mundo interior.

—Me llamo Alicia Paraíso —contestó ella estrechándole una mano. Al palparla, el novelista sintió una sensación de frío y de suavidad al mismo tiempo. El escritor seguía contemplándole los ojos, pero le faltaban las palabras para esgrimir algún argumento. Estaba seguro de que si comenzaba con un discurso demasiado burdo podría echar las cosas a perder.

—Como veo que eres muy joven y yo tampoco soy ningún carroza, gracias a Dios, me gustaría que nos tuteáramos, Alicia. ¿Qué te parece?

—Por mí encantada —respondió ella esbozando una leve sonrisa de complicidad. Ese gesto no dejaba de ser una buena señal para el escritor, pues parecía que Alicia quisiera acercarse más a él, lo cual suponía una tabla de salvación para un individuo que había sido testigo de las cosas más horribles que jamás se hubiese imaginado. Estando al lado de ella se sentía mucho más tranquilo, fluyéndole las ideas con mayor facilidad.

—Tal vez pensarás que soy una persona muy atrevida —prosiguió Arturo

con algo más de seguridad en su voz—, pero te he visto sola en tu mesa y sentí la necesidad de acercarme hasta ti. No creas que suelo actuar de ese modo con las mujeres. No es mi estilo ir asaltando así a los demás, pero si no lo hacía hubiera reventado y no me lo habría perdonado en la vida.

—No sé, me parece una forma un tanto extraña de acercarse a los demás, pero en tu favor diré que no estaba haciendo nada que mereciera la pena. Me viene bien estar acompañada por alguien en estos momentos.

Había algo muy enigmático en ella. Arturo tendría que ingeniárselas con algún tipo de estrategia para tratar de entrar en aquel castillo amurallado. No sabía muy bien qué contarle si bien de algún modo tenía que justificar su atrevida actitud.

—¿Y por qué estás pasando por una crisis de creatividad, si no es mucha indiscreción? Nunca creí que esas cosas le pasaran a la gente —observó la chica con una cara llena de ingenuidad infantil.

—Verás, es algo que sucede porque sí y no le puedes dar más vueltas. Supongo que a todos los escritores le ha ocurrido alguna vez, pero lo mío es ya más que evidente —le aclaró Arturo tratando de disimular lo mejor que pudo que en realidad estaba arrasando en los mercados editoriales gracias a su última novela, pese a que no la hubiera firmado con su propio nombre. Por todo ello decidió seguir adelante con aquella farsa aun sabiendo que se estaba defraudado a sí mismo, pues lo último que hubiese querido era engañarla. Sin embargo, si le hubiera revelado toda la historia del «Libro de las almas», probablemente la habría espantado con una narración tan horrenda. Además, él quería valerse como Arturo Enigma y no necesitaba echar mano de Sandoval.

—¿Y crees que algún día volverás a recuperar tu talento?

—Claro que sí. No paro de pasear por las calles, de observar a la gente, de mirar los periódicos y la televisión, de apuntar cosas en libretas... Nunca se sabe por dónde puede surgir una buena historia. ¿Sabes?, a veces las más grandes novelas han salido de pequeñas anécdotas. Cuando hago mis libros no pretendo retratar a héroes, sino a gente sencilla de la calle que se ve envuelta en unas tramas en las que tienen que enfrentarse a ciertos conflictos morales.

—Arturo, todo lo que me cuentas se me escapa un poco. No soy ninguna experta en literatura ni creo que tampoco sea la persona más indicada para que le digas todas tus inquietudes artísticas.

—Eres muy injusta si tienes esa imagen de ti, Alicia. ¿Crees que tu opinión no me va a interesar mucho más que la de los críticos? Si me dejara llevar siempre por los que adoctrinan con sus comentarios, entonces estaría ya medio esquizofrénico. Por lo general me he fiado más de los testimonios de la gente de la calle que de los grandes gurús de las letras.

El escritor pronunció estas últimas palabras con mucha vehemencia. Sabía que si hablaba desde lo más hondo de su ser tal vez acabaría conmoviéndola. Si en ese instante le hubiera contado todos sus secretos, habría sido muy distinto. Con este acercamiento que estaba realizando hacia Alicia quizás su vida ya no volvería a ser la misma y podría introducirse en ese sendero de la luz que tanto ansiaba. Conforme seguía hablando con ella, le encantó fijarse en los dientes tan blancos que tenía así como en esa boca tan pequeña. Como Arturo vio que la muchacha había terminado su bebida se apresuró a preguntarle:

—¿Quieres tomarte otro té o prefieres que te pida alguna otra cosa?

—No gracias, de momento no me voy a tomar nada más.

Entonces Arturo pensó sin saber por qué en el hombre que había ido a buscarla la primera vez que la vio. Un temblor le sacudió toda la espalda porque tal vez sus esfuerzos por estar junto a Alicia no darían los frutos necesarios. Ella se merecía probablemente a una persona mucho mejor que un escritor que andaba por la vida sin el más preciado de sus tesoros, su alma. Sin embargo, el novelista se repuso de esas ideas y trató de darse ánimos, ya que se acordó de que aún estaba a tiempo para darle el viejo códice a alguien que estuviera ávido de poder. Ahora que había conocido a una mujer tan interesante, ¿qué más le daba publicar nuevas novelas de éxito? Recuperaría su alma para estar el resto de su vida junto a Alicia y dejaría atrás todos sus fracasos pasados.

Pensó también en lo que le había ocurrido a Miguel Ángel cuando éste perdió el amor de Laura y con ello lo más importante de su existencia. Desde entonces Malatesta no había dejado de ser un amargado que vivía exclusivamente de los recuerdos vaporosos de su pasado.

Al reflexionar sobre todas estas cosas sintió como si en su cuerpo se estuviera produciendo una mutación. De nuevo recobró muchas ilusiones olvidadas ahora que había encontrado a alguien que merecía la pena. Además,

tenía a su favor la baza del anonimato.

—Por cierto —añadió Arturo de repente—, ¿has leído «El último tren de la estación del norte»? Es una novela estupenda y todo el mundo está hablando de ese libro; de hecho creo que lo consideran ya como el gran bombazo literario del año —puntualizó intentando disimular lo mejor que pudo.

—No, no lo conozco. Lo siento, pero he estado muy ocupada en los últimos meses.

Al escuchar eso Arturo se quedó más anonadado de lo que esperaba. Alicia podía ser de las pocas personas en España que aún desconocían el poder que había ejercido ese libro. Estaba asombrado de que alguien no hubiera sido contaminado por las tertulias de los medios de comunicación, que no paraban de hablar de la novela. Después de esa confesión de la joven sabía que aún podía tener esperanzas para alcanzar un nuevo horizonte. Ahora sólo tendría que poner de su parte para que las cosas no se echaran a perder.

—¿Me he perdido mucho por no leerme el libro?

—Me parece increíble que no hayas oído hablar de esa historia; de verdad. ¿Dónde has estado todo este tiempo?, ¿dentro de una cueva? —bromeó el escritor—. Bueno, ya hablando en serio. A mí me gustó la novela —indicó Arturo lo más asépticamente que pudo—. Quizás otras personas te digan que es una gran historia, pero tampoco es para tanto. Además, a mí no me entusiasma moverme exclusivamente por lo que dictan las modas.

—En eso nos parecemos los dos. Yo también soy muy independiente y no me gusta que nadie me diga qué es lo que tengo que hacer. A veces eso me ha causado problemas ya que la vida me ha dado muchos golpes.

Enigma no daba crédito a las palabras de la joven y en cierto sentido se sentía identificado con ella. ¿Cómo era posible que una persona tan delicada pudiera haber sufrido en sus propias carnes tantos reveses de la vida? Entonces Arturo intentó comprenderla aún más y centrarse en la muchacha. No iba a perder el tiempo acrecentando su ego hablando más sobre el libro.

—Perdóname que esté siempre tan pesado con las cosas que tanto me obsesionan. Es que la literatura es la gran pasión de mi vida y a veces pienso que sin este oficio hubiera sido un fracasado.

—Bueno, por lo menos has perseguido un sueño. Lo malo es que tal vez no siempre hayas logrado lo que te proponías —reconoció la joven expresando

con sus labios otra de aquellas sonrisas cómplices.

Arturo no se cansaba de verla. En cada poro de su piel había cientos de motivos que la convertían en una persona única. Se estaba enamorando de ella a cada minuto que pasaba y se sentía feliz después de mucho tiempo. Alicia continuó mostrando una boca entreabierta en la que se vislumbraban aquellas filas de dientes blanquísimos.

—Pero no hablemos mucho más de mí porque eso es algo que me aburre demasiado. Quiero que me cuentes algo de tus aficiones; de lo que te preocupa en la vida; no sé, de lo que te dé la gana.

Cuando el escritor dijo esto último, ella se quedó nuevamente pensando en silencio, estudiando lo que iba a decir. En realidad parecía que no quisiese revelar demasiadas cosas sobre sí misma. Entonces agachó la cabeza tratando de huir de una situación algo incómoda. Arturo se dio cuenta de ese detalle y cambió de conversación lo antes posible porque no quería que sufriera por su culpa.

—Mira. Si quieres podemos salir de aquí para dar un paseo, ¿qué te parece?

Alicia continuó con esa misma actitud contenida de unos minutos atrás. Parecía importarle poco lo que él le decía, pero al final supo reaccionar y recuperó esa sonrisa tan vistosa que desde un principio había cautivado tanto a su compañero de mesa.

—De acuerdo, así respiraremos algo de aire.

—Sí. Además, como acaba de llover hace poco, la atmósfera estará muy limpia. No hay nada como sentir el aire puro a la vez que se va andando — insistió Arturo.

Éste pagó las consumiciones y ambos dejaron atrás la cafetería, que poco a poco se estaba llenando más. Menos mal que se marcharon a tiempo pues de lo contrario el bullicio hubiera hecho casi imposible que mantuviesen una conversación con un mínimo de tranquilidad. Cuando caminaban a lo largo de la Gran Vía, ella mantenía un paso erguido. El novelista se dio cuenta de que la muchacha era bastante alta, por lo menos podría medir casi un metro ochenta, pero sus andares eran acompasados, tocados por una deliciosa cadencia que hacía de aquella mujer una persona grácil. Sin duda Arturo pensaba que había descubierto la figura de un ángel, lo cual no dejaba de ser

irónico para él después de que se topara meses atrás con algunas criaturas diabólicas.

Llegaron hasta Callao y entraron en la FNAC pues, al parecer, ella era una gran aficionada a la música y le gustaba de vez en cuando pasarse por alguna tienda para ver las últimas novedades discográficas. Arturo no se sintió al principio demasiado entusiasmado ante la idea de ir a un establecimiento tan masificado. Sin embargo, sabía que estaba al lado de una persona que merecía la pena.

A la vez que Alicia veía los estantes de los discos compactos, él se situó a unos pocos metros detrás de su espalda, observando cómo sus cabellos de color castaño se ondulaban ante el efecto del aire acondicionado. Arturo no se podía creer aún que pudiera sentir algo tan intenso al lado de alguien que apenas conocía.

De repente, el escritor elevó su cabeza hacia el fondo de aquella sala alargada en la que podría haber perfectamente medio centenar de personas ávidas por encontrar una buena oferta. Al fondo pudo reconocer a un ser alto y esbelto, un anciano que lo miraba con una expresión risueña. Era Edmundo Malatesta, al que no había visto desde hacía muchos meses. Entonces no supo bien qué hacer, si abandonar por unos momentos a Alicia e ir a hablar con aquel individuo o, por el contrario, permanecer junto a ella y renegar así de su pasado más inmediato. Decidió que la segunda era la mejor opción, así que no se marchó de donde estaba. Mientras tanto el viejo no paraba de contemplarlo. Había algo importante que parecía estar ocultándole. Como vio que el novelista no reaccionaba y que se hallaba paralizado ante su mirada magnética, decidió acercarse hasta él, aprovechando que ella estaba un tanto retirada de donde se encontraba Arturo. Cuando estuvo a su lado le susurró al oído:

—Lo engañé, Enigma. Cayó en mi trampa con más facilidad de lo que creía. Su ambición por triunfar resultó también su perdición —admitió con una mueca burlona y a la vez maléfica reflejada en las comisuras de sus labios.

—Pero ¿qué demonios está diciéndome, Malatesta?

—Lo que oye. Usted es la última persona que poseerá el «Libro de las almas». Nadie más tendrá derecho a adquirirlo porque no habrá más intercambios, ya que hemos llegado al último eslabón de la cadena. Tenía un

plan preparado para alguien ingenuo. Entonces fue cuando me topé con usted y todo salió mejor de lo que esperaba. Ahora me encuentro como nunca porque soy dueño y señor de mi alma. Al final he logrado salvarme y otro cargará con un pesado lastre para el resto de su existencia.

—Es usted un hijo de puta. Me habló de otra cosa cuando hicimos el trato y me prometió que no sería el último en poseer aquel manuscrito, sino que se lo podría dar a alguien más —le contestó el novelista horrorizado.

—Sí, eso fue lo que le conté; sin embargo, no estaba diciéndole toda la verdad. En esos momentos usted buscaba recuperar la fama y ya lo creo que la ha conseguido, Arturo, ¿o debo llamarlo señor Sandoval? Gracias a la historia de mi vida, un escritor que estaba abandonado por la mano de Dios pudo reencontrarse con el éxito que tanto ansiaba. Al final, el pacto nos salió muy bien a los dos: yo recuperé mi alma y usted la gloria, o al menos eso era lo que quería en un principio. Ahora veo que ha encontrado a alguien. Debo admitir que se trata de una mujer muy hermosa —le dijo observando de reojo a Alicia—, pero no sé si soportará tener a su lado a una persona que estará condenada al infierno para el resto de su vida.

—Maldita sea, Malatesta. ¿Es que no tengo alguna posibilidad de salvación?

—Todavía tiene una pese a que es muy remota. Por supuesto yo no se la voy a contar. Sería algo muy vulgar por mi parte. Si es usted listo, descubrirá lo que puede hacer. Ahora me disculparé pero estoy muy ocupado.

—Es usted un canalla. Me ha pasado su maldición y ahora no tengo oportunidad para salvarme.

Al decir esto Arturo alargó los brazos intentándolo atrapar, pero el viejo se escabulló con una agilidad inusitada para su edad y se marchó presurosamente de aquel lugar. Alicia miró de repente a su compañero, pues había estado ajena a esta última conversación, y lo llamó para decirle algo. Él intentó mirar hacia donde se había marchado Malatesta, pero ya no quedaba rastro de ese viejo tan indeseable que parecía que aún seguía poseído por las fuerzas del Maligno, porque había tenido la destreza de esfumarse en tan solo unos segundos.

—¿Te ocurre algo, Arturo?

—No me encuentro muy bien. Me estoy mareando y todo me da vueltas —

dijo sin dejar de pensar en lo que le acababa de decirle su antiguo mentor. Había sido estafado por la misma persona que le había permitido triunfar ante toda la sociedad. ¿De qué le valdría ahora todo eso si estaba marcado de por vida y ya nunca más podría regresar al camino de la redención? Por lo que le había confesado Malatesta, sólo tendría una remota posibilidad, pero ¿cuál sería? Cada vez sentía más sudores fríos por todo su cuerpo; entonces se acordó de la pesadilla que había tenido en su casa cuando el diablo le advirtió de que estaba condenado. Ya no habría escapatoria para él.

Tuvo tantas náuseas que Enigma acabó desplomándose sobre el suelo en el instante en que su rostro se volvía tan pálido como el mármol. Acto seguido, la muchacha pidió auxilio. En pocos segundos se formó un corrillo de personas alrededor del escritor. Los dependientes actuaron con premura pidiendo ayuda a los guardias de seguridad. Alicia sostenía la cabeza de Arturo al mismo tiempo que éste no paraba de convulsionar. Simultáneamente a todos estos acontecimientos, el cielo se había vuelto a nublar y una fina lluvia caía sobre Madrid. Al pobre desgraciado esto ya no le afectaba puesto que ahora sabía que no tendría escapatoria y que su vida corría un grave peligro.

No muy lejos de aquel lugar estaba ocurriendo otra tragedia; Javier Tamargo decidió acabar con su vida. La presión que había padecido en las últimas semanas, después de descubrirse unos escándalos suyos ocultos del pasado, terminó con todas las esperanzas de este representante literario. El cielo se oscureció por completo impregnado por unas nubes muy cargadas de agua. Unos segundos después Tamargo dejó de existir.

Treinta y cinco



Agudo se encontraba en su habitación descansando. Poco a poco iba recuperándose de todas sus heridas y de su parada cardiorrespiratoria. El doctor Molina le había dicho que, si la cosa seguía así, le acabarían dando el alta médica mucho antes de lo que él se imaginaba. Pese a que en los últimos meses había vivido un infierno, ahora por fin pudo encontrar una tabla de salvación en Esperanza. La misma mujer a la que en un principio despreció de una forma tan vil e injusta, al final había acabado formando una parte esencial de su vida. Supo rectificar a tiempo y darse cuenta de que podía ser la persona a través de la cual pudiera expiar todos sus pecados del pasado. Además, ella estaba cargada de vitalidad y de optimismo, algo que sólo dejaba de sentir en alguna que otra ocasión, cuando mostraba una actitud mucho más reservada. Hasta ella misma parecía guardar un secreto inconfesable. El detective intentó averiguar en varias ocasiones qué era lo que le pasaba, pero ésta siempre acababa preocupándose mucho más por el estado de salud de Agudo, y nunca permitía que nadie hurgara en lo más profundo de su alma. El sabueso tuvo que respetar las decisiones de ella, nunca forzando las cosas.

Esa tarde Esperanza fue a ver cómo se encontraba. Procuraba estar el mayor tiempo posible con él cuando acababa su turno. Normalmente le contaba algunas incidencias de su jornada laboral, pero sobre todo lo distraía relatándole cosas que aparentemente no tenían importancia pero que podían venirle bien al investigador para recuperarse lo antes posible.

—Hoy tienes muy buen aspecto, Carlos. Dentro de poco me vas a invitar a

ver una película al cine.

—¿Te gusta mucho el cine?

—Bueno, intento ir cuando puedo. Me encantan sobre todo las comedias románticas.

Agudo puso un gesto de desaprobación pues al parecer este género no era su favorito. Él era más de las películas de acción.

—Ya sé que alguna vez se cuentan historias ñoñas, pero a mí me encantan. Además me hacen pasar un rato muy divertido. ¿Pasa algo?

—No, no —se apresuró a responder el detective—. Tampoco yo soy un gran aficionado, y menos a ese tipo de cine. No te preocupes, cuando salga de aquí si quieres vamos a ir a ver todas las películas que te gusten.

Esperanza sonrió ante la ocurrencia del detective. Le alegraba sobre todo que éste se hallara de mejor humor, lo cual quería decir que se estaban produciendo en él unos progresos muy notables. Asimismo, los sentimientos que tenía hacia éste iban siendo cada vez más intensos. Hacía mucho tiempo que no se topaba con una persona que le hiciera sentir tantas cosas. Igualmente le atraía de Agudo su espíritu indomable y aunque intuía que había tenido un pasado turbio, esto no parecía importarle. Era más bien un acicate que la hacía creer más en el detective, ya que confiaba en que éste podía cambiar su forma de ser.

—Esperanza, ¿hay alguna cosa que no me hayas contado que tengas que decirme? —le preguntó de repente el investigador privado en un tono más serio.

—No sé a qué te refieres. Desde luego se nota que eres un sabueso. Siempre estás intentando saber demasiado sobre las personas, pero lo que es a mí no me vas a lograr sacar nada.

—No quiero que te molestes ni que pienses que me gusta meterme en donde no me llaman. Lo hago sólo porque me importas demasiado —trató de excusarse el investigador privado.

—Pues estoy perfectamente, así que no tienes por qué preocuparte de mí. Lo que pasa es que últimamente estoy demasiado cansada porque aquí el trabajo cada día es más intenso. Los recortes se están notando y tenemos que hacer más cosas con menos personal que nunca.

—Malditos políticos —se lamentó Agudo—. Han estado muchos años

sólo preocupados en robarles a los ciudadanos y así está el país, hecho una mierda. Lo que está pasando con la sanidad pública es una vergüenza.

—Sí, pero es lo que tenemos y vamos a seguir así durante muchos años — señaló la enfermera intentando que el detective se olvidara un poco de ella — ¿Entonces qué?, ¿vamos a ir al cine juntos sí o no? —le cambió de tema con gran habilidad.

—Se me ocurre un plan estupendo. Cuando salga de aquí te voy a invitar primero a ver la película que quieras y luego vamos a ir a cenar a un restaurante que me encanta porque ponen unos platos extraordinarios. Ya verás lo bien que lo vamos a pasar.

—Oye. Ese plan que me dices suena muy bien. Creo que te voy a hacer caso. Tomo nota ahora mismo para que me invites. Pero ahora debes descansar porque aún tienes que recuperarte.

—Descansar, descansar —protestó el detective—. Eso es lo que llevo haciendo desde hace meses y estoy ya hasta la coronilla. Necesito tener ya actividad. Además estoy metido en un caso muy gordo que he dejado a la mitad y no puedo abandonarlo ahora mismo. ¿Crees que me puedo quedar en la cama todo el día tumbado de brazos cruzados?

—No. Entiendo que necesitas recuperar tu vida normal, pero no olvides que hace unas semanas estuviste a punto de tener un percance muy serio. Si no me haces caso volverás a recaer y entonces a lo mejor no vas a tener la misma suerte. No quiero que te hagas el valiente.

—Está bien. Tú mandas, Esperanza. Pero que sepas que en cuanto pueda voy a salir de este maldito lugar.

—Entonces ya no voy a poder ser tu enfermera —señaló Esperanza con un cierto aire de tristeza.

—No te preocupes. Hay vida más allá de estas cuatro paredes y ya sabes que cuento contigo.

—Bueno, Carlos. Tú mismo. Ahora tengo que marcharme porque quiero que reposes. Mañana seguiremos hablando, ¿te parece bien?

Diciéndole esto le dio un beso y se despidió del detective, el cual cada vez estaba más enamorado de ella. Cuando la enfermera salió de la habitación de Agudo, recordó la visita que aquella misma mañana había hecho al oncólogo. Sus temores se hicieron ciertos y, después de realizarse unas

pruebas, le fue detectado un cáncer de estómago. Al enterarse de esta noticia reaccionó primero con mucha rabia, ya que no entendía por qué le había tocado a ella algo así. Siendo una persona tan joven como era, le parecía increíble que tuviese un tumor al parecer maligno. Sin embargo, conforme transcurrieron las horas del día, se fue tomando la noticia con mucho más estoicismo y pensó que si las cosas se le habían presentado así sería por algún motivo importante que a ella se le escapaba. Esta situación era una auténtica paradoja porque, por primera vez en mucho tiempo, se encontraba muy feliz junto a una persona que parecía ser su horma. Pese a que el detective fuera un ser tan complicado y con un carácter tan amargo, ella se hallaba segura a su lado y no concebía su vida lejos de él. El dilema que se le planteaba ahora era si debía o no contarle lo que le pasaba. Sin embargo, al final pensó que de momento no lo haría, pues sabía que éste había pasado por demasiados traumas en los últimos meses como para encima revelarle algo tan terrible. A partir de entonces se puso un desafío: iba a vivir todos los días que le quedaran por delante intensamente, disfrutando de cada momento y no pensando en lo que le pudiera deparar el futuro. Asimismo, ella era creyente y su fe en Dios la hacía sentirse todavía mucho más fuerte.

Treinta y seis



Arturo apenas pudo conciliar el sueño en toda la noche. Aún conservaba el mal recuerdo del día anterior y era incapaz de suprimir de su mente la figura alargada de Edmundo Malatesta, sobre todo después de enterarse de que el viejo lo había conducido a un callejón sin salida. Cuando éste le traspasó el «Libro de las almas» le aseguró que detrás de él vendría otra persona más que, a pesar de ser la última de una larga lista que ya duraba muchos siglos, daría todo lo que fuera para adquirir el manuscrito, pese a que vendiera eternamente su alma al diablo. Pero ahora aquel hombre tan detestable le había revelado la verdad de golpe: estaría condenado de por vida y ya nunca más podría recuperar el camino de la salvación ni de la esperanza. Sólo existía una pequeñísima oportunidad para cambiar ese destino, pero desconocía qué era lo que podía hacer.

A toda esta zozobra personal se unió el drama que vivió después de enterarse de que Javier Tamargo se había suicidado por su culpa. El escritor se las había arreglado para destapar un escándalo público cuando envió aquella carta demoledora. Si bien su antiguo representante lo había dejado abandonado a su suerte, Enigma había traspasado la línea de lo moral y con su acción se había convertido en el ser más despiadado que nunca hubiera podido imaginarse.

Tenía ganas de morirse porque pensaba que le iba a resultar casi imposible cambiar el destino que estaba escrito con letras de sangre para él. Su ambición y sus ganas por conseguir el éxito inmediato lo habían condenado.

Incluso en su locura fue el factor desencadenante para el suicidio de Tamargo. La popularidad que estaba logrando con su novela resultó ser de lo más infructuosa. ¿Para qué quería tantos reconocimientos si había perdido lo más valioso de su vida? Era tanto el amargor que notaba por dentro de su cuerpo que creyó que iba a desaparecer de inmediato.

El único consuelo que tuvo entonces fue pensar en Alicia, aquella mujer que estaba por encima de todos esos asuntos corruptos que le acuciaban. Ella no tenía ni idea del drama que estaba viviendo el escritor, pero le ayudó como buenamente pudo acompañándolo hasta su casa después del desvanecimiento que éste sufrió en la tienda. Arturo se lo agradeció pese a que le fuera imposible ocultarle ese estado de tristeza que le embargaba. Ahora que había hallado el amor de su vida y que era el momento de cambiar muchas cosas equivocadas de su pasado, se había condenado eternamente, y todo por culpa de ese maldito viejo que le había seducido y engañado con ese códice que él mismo custodiaba en su propio piso.

Cuando se halló de nuevo en la soledad, el novelista abrió la caja fuerte deseando con todas sus fuerzas que el manuscrito no estuviese allí dentro, pero lamentablemente éste no se había evaporado. Entonces examinó con detenimiento todas sus páginas apergaminadas para ver si descubría algo que lo pudiera salvar. A pesar de lo desesperado que se sentía, observó una serie de ilustraciones muy reveladoras en las que el diablo arrastraba a un grupo de personas hacia lo más profundo del infierno. Esas imágenes le produjeron espanto. No obstante, intentó animarse y poco después descubrió miles de inscripciones que no fue capaz de entender; sólo tenía su mente ocupada en una cosa, la manera de no perder su alma para siempre. Si no actuaba pronto su existencia futura sería tormentosa y no podría contar con el amor de Alicia.

Justo cuando pensaba en esto sonó su teléfono móvil. Era la muchacha, que lo estaba llamando para saber cómo se encontraba.

—Qué tal Arturo. ¿Ha ido bien la noche?

—Hola, Alicia. No sabes lo que me alegro de poder hablar contigo —le contestó el narrador. Su corazón parecía de nuevo recuperar su pulso normal. Sabía que por lo menos ella no le iba a fallar y que podía contar con su apoyo

para cualquier cosa.

—Desde luego vaya susto tan grande me diste cuando te desmayaste y te derrumbaste sobre el suelo. Pensé que te podría haber dado un infarto o algo similar. No me vuelvas a hacer eso, por favor, si no, no sé qué es lo que voy a hacer contigo. Además, ¿crees que es justo que dejes colgada así a una chica a la que acababas de conocer?

—Perdóname por todo lo que pasó ayer. Muchas gracias por preocupar-te tanto por mí. Si no estuviera hablando ahora contigo me habría vuelto loco. Estoy muy confundido y necesito aclarar mis ideas. Me gustaría verte lo antes posible.

—Si quieres podemos vernos esta tarde, pero me tienes que prometer que vas a recuperarte.

—Está bien. ¿Qué te parece si quedamos en la cervecería junto a la Plaza de Santa Ana? —le preguntó Arturo.

—Estupendo. Nos podemos ver sobre las siete y media. Hasta la tarde entonces.

Al colgar el teléfono el escritor se sintió más tranquilo. Por lo menos ella parecía distinta y no lo iba a abandonar tan fácilmente. Después de todo Alicia se había interesado por Arturo Enigma, no por Ricardo Sandoval, ese peligroso álter ego que le quemaba ya en lo más profundo de su esencia. Además, tenía derecho a una segunda oportunidad, de ahí que se propusiera desde entonces un único objetivo en su vida: encontrar la forma de recuperar su alma.

Pasados unos pocos minutos bajó a la calle. Permanecer demasiado tiempo en su casa podría resultarle nocivo. Necesitaba hallar alguna respuesta allí fuera, algo que lo redimiera de todos los pecados que había cometido en los últimos meses, incluyendo el de Tamargo. Trató de borrar esa historia tan espantosa de su mente. Ahora lo esencial era encontrar a alguien que pudiera interesarse en el viejo manuscrito para venderle su alma al diablo, pero ¿cómo lo conseguiría si según Malatesta eso era imposible ya que él era ahora el último dueño de ese libro que tanto mal le estaba causando? Imaginó por un momento qué le podría suceder cuando falleciera y no lo quiso pensar demasiado pues tenía miedo de encontrarse cara a cara con su destino infernal.

En el momento en que caminaba por la calle se sintió decaído y no halló

solución ninguna. Estaba a merced de los elementos y ya no podría encontrar escapatoria a su situación. Se cruzó entonces con un grupo de personas y, cuando los observó un poco más de cerca, comprobó que éstos tenían unos rostros deformes y que lo miraban con una expresión diabólica mientras parecían reírse de su triste destino. Aquellas criaturas poseían ojos brillantes y Arturo enloqueció al verlos más de cerca. Al cabo de unos segundos, todas esas criaturas volvieron de nuevo a su estado normal y recuperaron sus rostros humanos. El novelista necesitó sentarse en un banco para quitarse el terror que había sentido. Eran demasiadas las emociones que estaba sufriendo en las últimas semanas. Tuvo la tentación de llamar a Alicia y contarle lo que le estaba sucediendo, pero probablemente la muchacha lo habría tomado por un loco. ¿Cómo una persona que estuviera en sus cabales podía asegurar que había contemplado a unos demonios en la calle a plena luz del día?

Unos minutos después se acordó sin saber por qué de aquellos días del pasado, cuando era un niño y jugaba tranquilo en el regazo de su madre, una de las pocas personas en el mundo que lo había protegido. Tanto ella como la hermana del escritor intentaron ayudarlo en muchas ocasiones, pero su orgullo provocó que se fuera alejando más de éstas, de modo que ahora no se sentía con fuerzas suficientes como para pedirles auxilio.

Arturo comió en un pequeño bar que tenía mucha animación. No paraba de darle vueltas a su situación y lamentó que un día hubiera escrito «El último tren de la estación del norte». Aquella historia había nacido fruto de las obsesiones de Malatesta, que abandonó a su novia dejándola en la estacada a la vez que él se consagraba por completo a una vida dedicada a su egoísmo y a los placeres. Era muy triste que todo esto le hubiera fascinado desde un principio y ahora tendría que pagar por la osadía de haber aceptado un pacto que le era tan adverso. Maldijo el día en que conoció a aquel desgraciado que se había beneficiado de su bondad y de su ingenuidad.

La tarde pasó lentamente hasta que por fin Arturo se encontró con Alicia. Se vieron en la misma Plaza de Santa Ana, un escenario que le traía a Arturo tantos recuerdos controvertidos. Se sentaron en una terraza de una calle aledaña con la intención de disfrutar los cálidos rayos del sol primaveral. Enigma permaneció al principio en silencio; sólo era capaz de mirarla a aquellos ojos tan evocadores. En su interior se estaban desatando tantas

tormentas que no sabía muy bien cómo afrontarlas. Llegó un camarero. Él pidió un tinto de verano y la muchacha, una caña.

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Me lo vas a decir? —preguntó Alicia con un tono de preocupación evidente.

—No lo sé. No me encuentro del todo bien. Mi vida tiene muchas complicaciones y no te quiero agobiar demasiado.

Alicia puso una expresión algo cariacontecida, advirtiendo que el discurso del escritor era más serio de lo que parecía en principio. El día anterior se había desmayado delante de ella, mostrándole una gran vulnerabilidad. La chica estaba muy desorientada en todo este asunto y no sabía muy bien cómo actuar, ya que no poseía aún excesiva confianza con él. De nuevo las miradas de ambos se cruzaron en un punto determinado y no necesitaron emplear palabras para darse cuenta de que tenían muchas cosas que confesarse sin necesidad de hablar. Arturo estaba llegando a un momento complicado de su existencia y pensaba que su vida ya no tendría retorno.

—Mira, Alicia, en los últimos meses me han sucedido muchísimas cosas extrañas. Jamás me hubiera imaginado que iba a pasar por algo similar, pero aquí me ves, muerto de miedo y sin posibilidades de hacer nada porque estoy atado de pies y manos.

—Arturo, no entiendo lo que me dices. Ayer me hablaste de una novela que yo no sabía ni que existía y ahora estás muy misterioso.

—No sé si tal y como me encuentro ahora te voy a beneficiar demasiado. Quizás ya tengas muchos problemas personales como para cargarte encima con los míos.

—¿Qué pasa?, ¿ya no te vas a esforzar en conquistarme como hiciste ayer? ¿Es que las cosas han cambiado tanto como para no tenerme en cuenta? —Esto último lo dijo Alicia con una de esas sonrisas tan dulces que tanto le habían gustado al escritor cuando se fijó en ella.

—Estoy metido en un lío muy gordo y no sé cómo salir. Sólo te puedo decir que tengo en mis manos un viejo códice medieval que es el origen de mis desgracias. El sinvergüenza que me lo cedió no me dijo toda la verdad y ahora he perdido una oportunidad de oro para cambiar de vida. Ayer mismo me lo encontré cuando estábamos en la tienda y me advirtió que aún tengo una última oportunidad para recuperar algo muy valioso que he perdido.

—¿A qué te refieres exactamente? —le interrogó ella con una mirada implorante.

—Me estoy refiriendo a lo más hermoso que puede tener el ser humano: el alma —suspiró con tristeza.

La joven se quedó anonadada en su asiento al escuchar esa noticia. No podía creerse que delante de ella tuviera a una persona sin su don más divino.

—¿Quieres decir que no tienes alma?

—Eso era lo que trataba de confesarte desde un principio —admitió el escritor al mismo tiempo que pronunciaba cada una de sus palabras con un esfuerzo superlativo—. Desde finales del año pasado hice un pacto con el diablo y se la vendí por pura cobardía. Cuando te hablé de la novela de Ricardo Sandoval no era nada gratuito. Te di esa perorata porque en verdad yo soy ese autor que ha obtenido tanto éxito por una obra que nadie tiene ni idea de que en verdad ha sido escrita por Arturo Enigma. Necesitaba hacer ese libro para buscar el reconocimiento que no había encontrado por mí mismo en los últimos años. Por eso renuncié a mi propia identidad y me escondí bajo un seudónimo, para que nadie me reconociera. Pero la fama se paga muy cara y para ello tuve que sacrificar mi espíritu, pues de lo contrario no habría podido acceder a la historia que me reveló Edmundo Malatesta, el tipo con el que me encontré ayer. Él me engañó porque me prometió que aún quedaba una persona en adquirir el viejo libro a cambio de renunciar a su alma, pero luego me dijo que no, que en verdad yo iba a ser el último dueño del «Libro de las almas» y que ya no tendría oportunidad para salvarme, con lo cual acabaría condenándome en el infierno. Y ahora sólo tengo una mínima posibilidad para redimirme, pero ese cabrón no me la quiso decir. ¿Lo entiendes todo ahora?

Alicia permaneció en silencio durante unos segundos sin saber qué decir. Era demasiada información la que había recibido de golpe, por lo que se hallaba perdida ante tantas confesiones del escritor. Ahora comprendía el motivo que tanto le atormentaba, pese a no ser capaz de calibrar la dimensión de aquella tragedia. Entonces alargó su mano derecha a través de la superficie de la mesa; lo hizo con parsimonia hasta que rozó suavemente la de Arturo. De los ojos del escritor estaban saliendo unas cuantas lágrimas y eso conmovió mucho más a la joven.

—No te preocupes, Arturo. Sea lo que sea, seguro que vamos a encontrar

una solución a tu problema. Si has perdido tu alma tiene que haber algún modo para que la puedas recuperar. ¿Y eso del «Libro de las almas», qué es?

—Es una larga historia y no te quiero aburrir. Sólo te diré que es un manuscrito medieval que ha dado mucho poder a quien lo poseía, pero a cambio tenían que venderle su alma al diablo. Eso fue así hasta que encontraban a otra persona que quisiera quedarse con el libro. Entonces le cedían el libro a cambio de recuperarla. En teoría yo debía ser el penúltimo dueño, pero Malatesta se burló de mí y ahora soy el último desgraciado de aquella lista. Pensarás que me estoy volviendo loco y que te he contado una trola, pero tienes que creerme. Si decides ahora dejarme no te lo reprocharé porque hasta que te conocí no tenía nada en este mundo, ni identidad, ni esperanza, ni el amor de una persona como tú. Si por el contrario sigues junto a mí tendrás que soportar una carga muy grande, por eso te doy total libertad para que hagas lo que quieras.

—Estás muy equivocado, Arturo. Mi vida también estaba vacía antes de que te conociera y no te vas a deshacer tan fácilmente de mí.

—No sé qué decirte, Alicia. Un tipo al que apenas conoces te cuenta que ha perdido su alma y tú, lejos de huir, me contestas que quieres continuar conmigo.

—¿Y qué es lo que piensas hacer para recomponer tu vida?

—Tengo que encontrar como sea a una persona que sea capaz de asumir la carga del manuscrito, pero el problema es que no sé si lo podré hacer.

Arturo sollozó como un niño ante la impotencia de su situación y Alicia se sintió conmovida pese a que en verdad no sabía qué podía hacer para ayudarlo. No iba a ser fácil encontrar a alguien que pudiera adquirir ese códice.

—Desde hace meses he visto cosas espantosas —prosiguió el novelista—. Eran indicios de que estaba condenado y que no tenía escapatoria posible. Me he topado con seres horrendos y en muchas ocasiones he llegado a temer por mi propia vida. Me eligieron porque sabían que estaba desesperado. Atravesaba una situación de fracaso personal que afectaba a mi carrera literaria. Lo que te dije era verdad, he padecido una crisis creativa durante mucho tiempo hasta que me encontré con la historia de «El último tren de la estación del norte».

—Tal vez si confesaras al mundo que eres el verdadero escritor de esa novela las cosas cambiarían y podrías hallar una salida a tu situación.

—Lo he pensado muchas veces pero eso pondría en peligro la posibilidad de encontrar a alguien que quisiera llevarse el dichoso código. El problema es que se me está acabando el tiempo para reaccionar y no sabes lo que me aterra pensar en que pueda morirme y que esté perdido para siempre.

Alicia siguió contemplándolo en silencio. Trató de pensar en algo que pudiera ayudarlo, pero sin ningún resultado positivo. La situación del escritor era dramática e iba a resultar muy difícil buscar un camino adecuado para que Arturo encontrara el milagro que tanto ansiaba.

Treinta y siete



Agudo estaba muy ansioso. Los días pasaban demasiado rápido y no encontraba soluciones claras al caso que estaba investigando. Pese a esas contrariedades, su evolución física estaba siendo muy buena y el doctor Molina le había puesto un plazo para el alta médica de unos quince días como máximo. Aunque esto pudiera parecer en principio una buena noticia, el detective sentía que si no actuaba con premura de nada valdrían todos los esfuerzos realizados hasta el momento.

Se le ocurrió que si en la propia editorial no le habían querido informar sobre el verdadero autor de «El último tren de la estación del norte», entonces podría intentar contar con la ayuda de un experto para que le revelase qué escritor estaba detrás de aquella novela. Además, su intuición le decía que fuera quien fuese la persona que había escrito aquel libro, probablemente estaría en una situación de peligro.

El único problema del detective era que no tenía ni idea del mundo literario y veía muy difícil que pudiese dar con alguien de confianza. Se sintió frustrado por tantos obstáculos, pero luego se acordó de su amigo Julián Iluminado. Éste trabajaba en una empresa distribuidora de libros y en no pocas ocasiones les había suministrado ejemplares a librerías, medios de comunicación, críticos literarios o, simplemente, a determinados individuos a los que las editoriales les enviaban algunas obras de regalo para fidelizar su clientela. Sin pensárselo dos veces telefoneó a su compañero.

—Hola, buenos días, Julián. Soy Carlos Agudo, ¿te acuerdas de mí?

—Pero ¿cómo no me voy a acordar de ti, pedazo de mendrugo? La verdad es que no me llamabas desde hacía varios años, pero aún tengo memoria como para retener los nombres de las personas y tú eres un pájaro bien listo. Por cierto, ¿cómo te encuentras? Leí en los periódicos que te habían dado una paliza y lo sentí muchísimo.

—Estoy mejor. Muchas gracias por tu interés. Los médicos me han dicho que si me porto bien igual en menos de dos semanas estoy en la calle. Pero ahora no quiero hablar de mí, que ya estoy muy visto. Mira, te he llamado porque necesito que me ayudes en una investigación que estoy realizando — contestó tratando de ponerse lo más serio posible.

—Qué emocionante. Ahora va a pasar como en las películas de detectives. Voy a protagonizar un caso de los tuyos.

—No estoy de coña —protestó el sabueso muy malhumorado—. Te aseguro que todo esto no es ninguna broma.

—Perdóname, Carlos. No quería fastidiarte.

—Está bien, Julián. Vayamos al grano porque es algo que me urge muchísimo. Quiero que me eches un cable porque necesito el número de algún crítico literario que sea un gran experto en las últimas novedades publicadas. Me gustaría contactar con alguien que me ayude con una novela que podría ser la pista decisiva para el caso que tengo entre manos.

—Verás. Conozco a varias personas que te podrían servir, pero el mejor de todos es sin duda Miguel Santiesteban. Es uno de los críticos que están más de moda en los últimos años. Tiene una pluma muy ácida y no se casa con nadie. Si te tiene que poner a parir lo hace aun sabiendo que detrás de un escritor pueda haber un grupo mediático muy grande. Ya sabes lo que quiero decir, ¿no?

—Ese perfil es el que necesito precisamente. Bueno, ¿me vas a dar su número de teléfono o no?

—Claro que sí, hombre, pero no te pongas así. Desde luego, hay que ver lo impaciente que eres, coño. Llevamos sin hablarnos años y ahora en unos minutos me has sacado más información que mi madre. Anda, ¿tienes para apuntar el número?

—Sí, dímelo ya que no tengo todo el día.

Iluminado le dio el teléfono de Santiesteban y, en el mismo momento en

que lo copiaba sobre una pequeña libreta, el investigador privado pudo notar que estaba recuperando sensaciones perdidas hacía mucho tiempo. La apatía en la que llegó a caer últimamente había sido demoledora para él.

—Te debo una —le dijo Agudo a su compañero cuando por fin pudo obtener el dato que tanto le interesaba.

—No hay de qué, si no ¿para qué están los amigos? De verdad te deseo que te recuperes lo antes posible.

—Muchas gracias, Julián. Eres un gran amigo. A ver si nos podemos ver pronto.

Diciendo esto, el detective colgó su teléfono móvil con rapidez y marcó inmediatamente el nuevo número que acababa de averiguar. Sonó un tono durante unos segundos y entonces saltó una música clásica que por supuesto era totalmente desconocida para él. Después de varios tonos más contestó una voz de un hombre de mediana edad.

—¿Dígame?

—Buenas tardes, ¿es usted Miguel Santiesteban?

—Así es, ¿con quién hablo, por favor?

—Mire, soy Carlos Agudo, un detective privado. Lo llamo porque Julián Iluminado me ha facilitado su número de teléfono.

—Está bien, Julián es un buen amigo y un profesional excelente.

—No quisiera andarme con demasiados rodeos —aclaró el detective—. Llevo varios meses enfrascado en un caso y me es vital averiguar una pista que creo va a ser la definitiva.

—¿En qué le puedo ayudar? Me dedico, como sabrá, a la crítica literaria y le puedo asegurar que mi vida es de lo más normal.

—Precisamente porque es un crítico me puede ser sumamente útil. Necesito saber urgentemente cuál es el escritor que está detrás de «El último tren de la estación del norte».

—Ah, sí. Ese best seller del que habla todo el mundo. No le voy a engañar, todavía no me lo he leído.

—¿Pero cómo puede ser eso? —le preguntó Agudo con un tono indignado.

—Pues es muy sencillo. El periódico para el que trabajo se lo encargó a otro compañero mío y yo tengo tantas cosas por leerme que aún no he tenido tiempo para echarle un vistazo. Además, es el típico libro que dejo sin

problemas si no me gustan sus primeras páginas. Si lo desea le puedo dar el teléfono del crítico que le hizo la reseña.

—No, no. ¿Es que no lo entiende? No necesito llamar a más personas. Lo único que pretendo es que usted me ayude porque este caso es sumamente importante y necesito saber cuanto antes qué escritor está detrás de esa dichosa novela.

—Pero si media España se está haciendo la misma pregunta desde hace más de un mes. ¿Cómo pretende que yo lo adivine?

—Joder, Iluminado. Me han dicho que es usted un gran crítico. ¿No es capaz de leerse la jodida novela y ver por el estilo con el que está escrita quién la ha podido escribir? De verdad, si fuera algo menos serio no le estaría dando ahora mismo la tabarra, pero se lo repito, me va la vida en ello.

—No lo sé. Todo esto me viene de sopetón. Me lo tendría que pensar.

—Santiesteban, si no me ayuda en esto tal vez la vida de este autor esté en peligro. Como sabrá por los medios de comunicación, yo también he sufrido en mis propias carnes la violencia de unas personas que estuvieron a punto de quitarme del mapa. ¿No son todos estos argumentos más que suficientes como para que comience a leer de una puñetera vez ese libro?

—Está bien, señor Agudo. Es usted una persona muy convincente. Hoy mismo me pondré manos a la obra; sin embargo, no le prometo nada. Ciertamente tengo conocimientos literarios, pero me ha metido en un embolado demasiado grande.

—Ya sé que no puede hacer milagros. Le pido simplemente que haga un esfuerzo. Si me ayuda y tenemos éxito, quizás estemos a tiempo de poder arreglar determinadas cosas.

—Muy bien. Entonces ya no hay nada más que hablar.

—Si no le importa, lo llamaré en unos días. El tiempo vuela y necesito hacer avances cuanto antes —le advirtió el sabueso.

—Desde luego es usted peor que el redactor jefe de mi periódico, que me está apretando siempre las tuercas para entregar cuantas más reseñas mejor —bromeó el crítico literario.

Agudo se despidió de Santiesteban con la tranquilidad de haber realizado un movimiento muy importante. Ahora debía tener un poco de paciencia si quería obtener resultados positivos en sus pesquisas.

Treinta y ocho



Durante los últimos días Arturo Enigma estaba atravesando una situación complicada. Le había confesado todos sus secretos a Alicia, pero ahora debía encontrar a alguien que quisiera adquirir el «Libro de las almas». Desde hacía tiempo no se atrevía ni siquiera a mirarlo, ya que le daba horror tener una reliquia tan peligrosa encerrada en su casa. Malatesta lo había conservado durante muchos años en su poder; sin embargo, a él parecía quemarle por dentro la presencia de ese manuscrito. En mil ocasiones se maldijo por haber sido tan ingenuo al permitir que el viejo se saliera con la suya. Por eso su ánimo cada vez estaba más taciturno, porque sabía que todo lo había echado a perder por su ambición. Ahora se hallaba atrapado y lo único que le importaba para seguir viviendo era la presencia de Alicia. Ella lo había comprendido y le demostró una gran fidelidad siguiendo a su lado. Estaba claro que tenía que asumir las consecuencias pues ya era demasiado tarde para recular en falso.

Mientras deambulaba por las calles, el escritor parecía una triste sombra de lo que había llegado a ser en un pasado. Una y otra vez Enigma pensaba en aquellos días en los que había tenido ideales y aspiraciones. Siempre ambicionó alcanzar una brillante carrera literaria, pero ya nada quedaba porque todos esos anhelos se habían evaporado como las letras de la playa que son borradas por un ansioso oleaje. El problema era que él mismo se había convertido en su principal enemigo y ahora le resultaba imposible salir de ese error. Se daba asco por haber sido una persona tan ingenua. Y lo peor de todo es que ya era demasiado tarde como para andarse con esas

disquisiciones morales.

Un día se encontraba en una librería de viejo, de esas que tanto le gustaba visitar en el pasado. Por lo menos si hojeaba los libros podría ser capaz de olvidarse por un momento de sus miserias personales. Se daría una pequeña tregua tratando de evadirse de sus desgracias más íntimas, si bien siempre tenía presente que sería casi imposible poder recuperar su alma.

Entonces un hombre se acercó hasta él. Era alguien totalmente desconocido, con un aspecto un tanto extraño. Apenas levantaría del suelo un metro sesenta de altura y escondía bajo los cristales sucios de sus gafas una mirada turbia y una risilla parecida a la de una hiena. El escritor ni siquiera había reparado en su presencia antes de que este individuo comenzara a hablarle.

—¿Me puede firmar un ejemplar de su novela?

—Con mucho gusto —contestó Arturo quedándose estupefacto al comprobar que aquel ser poseía entre sus manos un volumen de «El último tren de la estación del norte». No comprendía cómo ese tipo había podido averiguar su secreto.

—¿Qué ocurre? —le respondió el hombre con cierto tono de ironía— ¿Es que acaso usted no es Ricardo Sandoval, o debería llamarlo por su verdadero nombre, señor Enigma?

El novelista no sabía qué decir. Durante meses se mantuvo en el anonimato y tan sólo varias personas conocían su verdadera identidad. Ahora se presentaba ante él alguien que no sólo sabía quién era, sino que parecía conocer más cosas sobre su pasado.

—Perdone que haya reaccionado así —se disculpó el escritor—, pero es que no esperaba esto. Por favor, éste es un asunto muy delicado, ¿podríamos ir a otro sitio para que nadie nos moleste?

—Claro que sí, como usted lo desee —replicó con esa sonrisa indeseable.

Ambos se marcharon de aquella librería. Cruzaron una callejuela algo oscura hasta que entraron en un pequeño bar que estaba en la acera de enfrente. Arturo se pidió una tila para sosegar unos nervios que tenía a flor de piel. Su acompañante tomó una cerveza muy espumosa. El escritor se hallaba en fuera de juego y estaba claro que aquel tipo no se iba a andar con rodeos.

—¿Le puedo preguntar cómo ha dado conmigo?

—Ha sido un largo proceso de investigación y le aseguro, Enigma, que hay muchas personas detrás de usted. A mí me envía alguien que está muy interesado en poseer el «Libro de las almas».

—Eso está bien, pero no sé si sabe que ahora mismo estoy condenado pues no soy dueño de mi alma. Me engañaron cuando adquirí el códice y ya no podré salvarme —se lamentó con un tono lleno de tristeza y resignación al mismo tiempo.

El individuo que compartía su mesa se quedó un poco meditabundo, dando la impresión de que estuviera calibrando en su mente todos los matices que tenía aquel comentario. Sin embargo, no cejó en su empeño y fue mucho más claro.

—Ya contábamos con eso, pero si no hubiera otra alternativa, ¿cree que nos habríamos molestado en hablar con usted?

—Entonces, ¿está insinuando que aún tengo alguna posibilidad de salvación?

—Claro que sí, Enigma. Sin embargo, debe dejarse guiar a partir de ahora por mí —contestó con una mueca caricaturesca. Era un personaje siniestro, con la piel excesivamente pálida y los ojos hundidos en unas cuencas profundas. Además, las luces de la calle producían unos molestos brillos en los cristales de sus gafas.

—¿Y cómo me puedo fiar de usted después de que en estos últimos meses ya me hayan engañado varias personas?

—No le queda otra alternativa, o se fía de lo que le digo o de todas formas estará perdido para siempre. Yo no busqué su ruina. Fue usted mismo el que se quiso condenar con esas ínfulas de grandeza. No obstante, sus esperanzas radican en hacer algo bien sencillo.

—¿De qué se trata? —le interrogó el escritor desesperado.

—Tendrá que matar a una persona justo antes de la noche de San Juan. Entonces, a través de un ritual, podrá recuperar su alma al mismo tiempo que le traspasa la condena a quien haya asesinado. Después de cumplir con su parte, la persona que me ha encargado este trabajo se quedará con el códice y podrá disfrutar de sus ventajas investigándolo a fondo. Si hace caso de lo que le digo, en pocos días se habrá librado de esta pesadilla. Nadie le volverá a molestar y recobrará su vida normal, olvidándose de todos los excesos del

pasado. Por supuesto, nosotros no revelaremos nunca su identidad ni nadie se enterará de este asunto.

—¿Es que se han vuelto ustedes locos? Prefiero estar condenado pero con la conciencia tranquila a que la policía me meta en la cárcel por cometer un asesinato a sangre fría. Además, ¿cómo sé que todo esto no es un cuento chino? Quieren que mate a un inocente para salvar mi espíritu. Qué barbaridad.

—No lo entiende, Enigma —contestó aquel hombre con un tono de voz muy sombrío—. Si se derrama la sangre de un inocente usted podrá salvarse de cualquier condena. Estará libre para siempre. Únicamente tendrá que entregarnos el libro. Vamos, usted es novelista y ha escrito alguna que otra vez sobre crímenes. Seguro que con su ingenio se las arreglará para cometer uno con mucha pulcritud, sin dejar huella. Eso correrá a cargo de su imaginación.

—Y la persona que le ha contratado, ¿para qué quiere el manuscrito si éste no funcionará si su dueño no le vende el alma al diablo mediante un pacto previo?

—Ahí se equivoca, amigo mío. El «Libro de las almas» tiene un poder tan grande que puede ser muy peligroso. En manos expertas podría alcanzar unas dimensiones extraordinarias, y le aseguro que no hacen falta pactos de ningún tipo.

—¿Y quién es esa persona para la que trabaja?

—No se lo puedo decir. Es un secreto absoluto y no creo que para usted sea bueno conocer quién está detrás de todo esto.

—No sé, todo esto es muy confuso.

—Si no sacrificamos a una persona nunca volverá a recuperar lo que es suyo. Usted es el último eslabón de una cadena y no tiene escapatoria. Supieron acorralarlo muy bien para que entrara en un callejón sin salida. Gracias a los conocimientos que ha adquirido mi cliente le aseguro que, después de cumplir con su parte, usted tendrá el compromiso de que el rito funcionará y volverá a ser feliz de nuevo.

—Si eso es así, aún me quedarían unas tres semanas por delante si al final decido hacer lo que me proponen, pero debería no tomarme las cosas tan a la ligera. Debo pensarlo mejor.

—Lo entiendo perfectamente, pero ¿no le apetecería comenzar una nueva

vida? Arturo Enigma volvería a brillar por sí mismo, sin la necesidad de esconderse bajo ninguna firma desconocida como la de Sandoval. Además, tengo entendido que acaba de conocer a una muchacha. Seguro que haría todo lo que fuera necesario para estar con ella eternamente, sin ningún tipo de sobresaltos al final de su vida. ¿A que todo esto suena muy tentador? —le propuso aquel tipo mirándolo de soslayo con un movimiento facial oblicuo.

—No sé de qué modo me las arreglo pero siempre tengo que estar en una encrucijada de caminos viviendo al límite de mis posibilidades — protestó Arturo.

—Todo eso me parece muy bien. De todas formas le advierto que no debe intentar cosas extrañas porque ya lo tenemos en nuestro punto de mira y no querríamos que le sucedieran cosas desagradables ni a usted ni a su amiguita, ¿me entiende? —insinuó aquel ser tan repulsivo a la par que lanzaba otra de esas sonrisas tan típicas de las hienas.

—Como le pongan un dedo encima a ella les juro que lo van a pagar muy caro y que destruiré el libro sin que quede ningún rastro de ese maldito códice.

—No se ponga así, Enigma. Se trataba sólo una forma de apretarle más las tuercas. En tanto usted nos haga caso y cumpla con su parte del guión, nada malo ocurrirá —aclaró aquel indeseable intentando reconducir la situación—. Sea usted razonable y haga lo que le decimos, entonces podrá vivir los mejores años de su vida.

—Creo que no tengo otra escapatoria posible —suspiró Arturo contrariado—, pero ahora déjenme respirar al menos. Necesito salir de aquí cuanto antes.

—No lo molestaré más, señor Enigma. Recuerde todo lo que hemos hablado hoy. Es usted muy mayorcito para saber lo que tiene que hacer. Ahora sea obediente y no intente ninguna tontería porque de lo contrario lo pagará muy caro.

Una vez terminada esta extraña conversación, aquel hombre tan repulsivo huyó del bar como alma que ve el diablo en el mismo instante en que iban entrando más personas. Arturo estaba aturdido después del encuentro mantenido con ese sujeto. El muy sinvergüenza le había pedido que cometiera un asesinato y que matara a algún infeliz para poder obtener a cambio su

salvación. Aquello parecía una especie de trueque macabro, un juego sucio a costa de recuperar su alma a cualquier precio. El escritor había ansiado en las últimas semanas escapar de su propio destino, pero tras haber conocido a Alicia, ¿tendría que cometer un acto tan atroz para poder sacar algo positivo de todo aquello? En su vida había hecho muchas cosas mezquinas, sobre todo después de conocer a Edmundo Malatesta. Su ambición lo había llevado al borde del precipicio y ahora tenía que evitar caer en una sima exterminando la vida de una víctima inocente.

Por otra parte —y ya cuando el escritor se sentó a reflexionar más fríamente sobre este asunto—, concluyó que tampoco conocía a tantas personas que fueran candidatas para ser asesinadas. Si al final cometiera ese crimen tendría que hacerlo todo de una forma muy calculada, eligiendo a la víctima idónea para ello y sin que, por supuesto, la policía tuviera que rendirle cuentas si definitivamente se inclinaba por la vía del asesinato. Además, tendría que ser un homicidio en toda regla, de esos que salen en los periódicos o en la televisión, pero sin el más mínimo margen de error. En el fondo todo eso no era más que otra desgraciada jugada que le había deparado el destino.

Corroído por todos estos pensamientos, Enigma salió de aquel bar cual cazador furtivo que anduviera a la caza de una pieza propicia. De un lado, su corazón le impedía hacer cualquier tipo de tropelía, bombeándole por sus venas todavía algo de moral para actuar del modo más correcto; sin embargo, por otra parte, su cerebro, más frío y calculador, le invitaba a que se armara de valor para que diera ese paso definitivo en su vida, agarrándose a la última tabla de salvación. Así podría ordenar su ser interior y recuperar lo que más apreciaba en este mundo. En medio de esa tormenta se hallaba Alicia. A ella no le contaría este último secreto, pues seguramente desaprobaba una acción tan mezquina. Ella lo había ayudado muchísimo desde que se conocieron, pero ahora él no quería mostrarle su lado más animal, aquella bestia que encerraba en su cuerpo y que clamaba hambrienta la sangre de un inocente para redimirse de todos sus delitos.

En el caso de que al final se decidiera a dar el gran salto al vacío, tendría que ver qué persona sería la víctima más propicia para sus intereses. Era necesario sopesar muchísimos elementos porque todo eso podría ser usado

por la pasma en su contra. Si iba a matar a alguien, mejor que fuera un individuo solitario que no tuviera ni familiares ni amigos que pudieran echarlo de menos. El problema es que el tiempo corría en su contra. Asimismo, era consciente de que estaba a punto de caer en el mayor error de su vida: asesinar a sangre fría a una persona inocente. Desde luego Satanás se estaba saliendo con la suya, pues ahora Arturo no era más que un triste ser que imploraba escaparse de todas sus desgracias.

Treinta y nueve



El último día de aquel mes de mayo fue distinto para Agudo. Su evolución había sido óptima y el doctor Molina estaba seguro de que ya se hallaba en condiciones óptimas para salir del hospital. El detective se encontraba muy ilusionado por un lado, pero también sentía muchos nervios porque había sido demasiado tiempo desde que ingresó en aquel lugar. Pero en todo caso, lo que más ansiaba ahora era que le dieran el alta para poder rehacer su vida.

Esperanza se había pedido un día de asuntos propios para acompañar al sabueso en una jornada tan importante para él. La felicidad que sentía por el detective era inmensa, pese a que no podía dejar de pensar en que le hubieran diagnosticado un cáncer. Según le dijo el especialista que la atendía, tendría que empezar en muy breve tiempo las sesiones de quimioterapia, para lo cual ya se estaba mentalizando con todas sus fuerzas. Tenía miedo a lo que el futuro le pudiera deparar y además le daba rabia que le estuviera ocurriendo eso en el momento en que Agudo estaba a punto de recobrar sus mejores sensaciones.

La enfermera entró con el doctor Molina en la habitación del investigador privado, quien ya tenía todas sus cosas preparadas para salir de allí cuanto antes. En pocas ocasiones Agudo se había mostrado con tanto optimismo, sobre todo teniendo en cuenta que siempre solía ver las cosas de un color muy oscuro. Éste apenas se podía creer todo lo que le estaba pasando.

—Ya se ha salido usted con la suya, señor Agudo —bromeó el médico que le atendía desde hacía varios meses y que le había tomado mucha estima—. Vamos a darle el alta como habíamos planeado. Pero eso no quita para que

tenga que hacer sus revisiones pertinentes. Ah, otra cosa quería decirle. Hay algunos medios de comunicación esperándolo fuera, así que si quiere lo podemos llevar por otro lugar para que no tenga que atenderlos.

—No, doctor. Prefiero decir ahora unas breves palabras para que me dejen tranquilo. No tengo nada que ocultar. Lo único que quiero es vivir otra vez como Dios manda. Creo que es algo que quiere todo el mundo.

—Está bien. Le deseo sinceramente que todo le vaya muy bien a partir de ahora y que nos podamos ver con cierta frecuencia.

—Descuide —manifestó Agudo—. Quería también aprovechar la ocasión para darle las gracias tanto a usted como a todo su equipo. Me han prestado un servicio que jamás olvidaré —admitió emocionándose levemente.

—No diga nada más. Si le hemos atendido tan bien es porque era nuestra obligación. Además, sé que Esperanza va a estar muy pendiente de usted a partir de ahora y seguro que nos va a tener muy informados de todo lo que le suceda.

Dicho esto, médico y paciente se fundieron en un abrazo y Agudo se sintió con una energía que nunca había tenido. A continuación, tal y como le había avisado Molina, tuvo que hablar con una multitud de periodistas que se desplazaron hasta allí para saber el estado en que se encontraba el detective. Éste respondió a sus preguntas con la mayor paciencia que pudo, mirando de vez en cuando a Esperanza, que le dirigía unos gestos de complicidad. Junto a ella se encontraba seguro, por eso podía asumir unos desafíos que antes le hubieran parecido impensables.

Pasaron unos minutos y ambos salieron por las puertas del hospital. Fueron en busca de un taxi y Agudo le dijo al taxista:

—Llévenos hasta la Castellana, por favor.

Al detective le apetecía reencontrarse con algunos lugares que no recorría desde hacía tantos meses. Además, el día era inmejorable y el sol brillaba con mucha intensidad. Tenía que hacer muchísimas cosas para recuperar el tiempo perdido. Cuando los dos se sentaron en el automóvil, ninguno de ellos habló nada. Simplemente se agarraron las manos. Comprendían que el silencio era suficiente en esos instantes; cualquier palabra sobraba. Mientras el detective pensaba en cientos de proyectos, Esperanza tenía la mirada perdida. La muchacha no podía quitarse de la cabeza su enfermedad. En muchas ocasiones

se llegó a preguntar en vano el motivo por el cual le había tocado a ella. Le entraron incluso ganas de llorar, pero no lo hizo porque sabía que ese era el momento que tanto había ansiado Agudo en los últimos meses y no quería fastidiarle un triunfo semejante. Al sentir el detective el tacto de la mano de la enfermera se dio cuenta de que a ella le ocurría algo. No obstante, tampoco quiso preguntarle nada. Ya habría un momento adecuado para volver sobre el tema.

El taxi los dejó en el destino solicitado y ambos comenzaron a caminar. Los coches no paraban de transitar por la Castellana. Agudo siempre se había quejado del tráfico, pero ahora aquel ruido le parecía una música celestial y el humo que emanaba de los tubos de escape se asemejaba al aroma más ansiado.

—No hay nada como volver a la jungla para sentirse vivo —dijo el detective rompiendo el silencio después de tantos minutos.

—Eso lo dices porque eres un urbanita.

—Sí, es que tengo una especie de relación amor-odio con Madrid. Me encantaría muchas veces mandarla a tomar por saco, pero luego no podría vivir sin ella. Creo que es como una amante; siempre se tiene con ellas un affaire muy especial.

—Hablando de eso. Sé que antes de conocerme estuviste con otra mujer y que tuvo un final horroroso. Necesito saber una cosa para seguir contigo: ¿Sientes todavía algo por ella?

A Agudo se le ensombreció el rostro después de que Esperanza le formulase una pregunta tan directa. Al principio no sabía qué decirle, pero luego reaccionó con mucho enfado.

—Eso es algo de mi pasado. ¿Para qué necesitas tener tantos datos si sabes que voy en serio contigo?

—Perdona que haya sido tan indiscreta, Carlos, pero si no te lo decía iba a reventar —contestó con unas lágrimas cayéndole por la cara.

El detective vio el estado en el cual se encontraba Esperanza y la abrazó con todas sus fuerzas. Entonces volvió a pensar que ella le estaba ocultando algo importante, porque no era normal el estado en que se hallaba. Su cara era el espejo de un alma atormentada.

—Esperanza, me tienes que contar lo que te pasa. He notado desde hace tiempo que estás más callada que antes y ya no lo soporto más.

—No me ocurre nada. Es que en las últimas semanas he tenido demasiado trabajo y creo que ahora necesito unas vacaciones. Además, no te imaginas lo que me ha afectado verte todos los días en la cama del hospital, con la incertidumbre de saber si te ibas a recuperar del todo o no. Han sido unos meses de mucha tensión y es normal que me haya dado un bajonazo.

—Pero dejemos de hablar de mí por un momento. Ahora mismo yo no soy el protagonista. Quiero que me digas lo que te sucede de verdad. Mira, vámonos al bar de ahí al lado y así podremos charlar un poco más tranquilos.

Los dos se dirigieron para allá y se sentaron en un pub que en esos momentos apenas tenía clientela. Después de pedir sus bebidas, se sentaron en un rincón para que nadie los molestase. Una música sonaba suavemente de fondo en el mismo instante en que los rayos del sol se colaban por el interior del local. El camarero les sirvió con celeridad una cerveza para Agudo y una Coca-Cola para Esperanza. Entonces ambos se encontraron de nuevo envueltos en un extraño silencio, sin saber exactamente qué decirse el uno al otro. La música seguía sonando como un telón de fondo perfecto.

—Esperanza —continuó el detective sin dejar de mirarla a los ojos—, quiero que confíes en mí. Después de todo lo que me has ayudado en estos meses ahora sería un cretino si no estuviera dispuesto a darlo todo por ti.

—Pero es que no hay nada que decir. Te lo aseguro.

—Mira, llevo muchos años entrevistándome con cientos de personas y sé cuándo me dicen la verdad y cuándo no, y ahora mismo intuyo que tú me ocultas algo importante. ¿No te das cuenta de que si sigues escondiendo tu secreto va a ser mucho peor para los dos?

En esos momentos de tanto dramatismo, cuando Esperanza volvía a contemplarlo con una mirada implorante, comenzaron a sonar los primeros acordes de la canción «Life Will Go On», de Chris Isaak. Las lágrimas volvieron a aflorar con más intensidad por el rostro de la muchacha, tanto que se le nubló la vista.

—Carlos, estoy muy enferma. Tengo un cáncer de estómago y no sé qué va a pasar con mi vida a partir de ahora.

La música de Chris Isaak continuó sonando. Se hizo el silencio entre los dos una vez más.

Cuarenta



Faltaba menos de un mes para la noche de San Juan y Arturo sentía que el tiempo lo estaba estrangulando con extrema rapidez. Había permanecido en su casa, aislado, sin querer saber nada del mundo exterior. Incluso se las arregló para darle esquinazo a Alicia, la cual no paró de llamarlo en varias ocasiones. Ella estaba muy preocupada por la reacción de su compañero, pues lo notaba más huraño que en otras ocasiones. Todo apuntaba a que le estuviera guardando algún secreto inconfesable. Por más que intentara penetrar en sus sentimientos, el escritor se había fabricado una coraza interna, ya que no dejaba de pensar en el asunto del asesinato que debía cometer para recuperar su alma. A consecuencia de esto, le gustaba asomarse siempre a la ventana de su piso para ver a las personas deambular tranquilamente por la calle. «Cualquiera de ellas puede ser perfecta para lo que busco», pensaba una y otra vez, pero luego se imponía su lado más humano y de nuevo su moral le frenaba en seco sus impulsos homicidas. Sin embargo, la tentación para él era muy grande porque si al final cometía el crimen tendría una puerta abierta hacia su salvación, una especie de salvoconducto que lo llevaría a vivir tranquilamente junto a Alicia.

Otra cosa muy distinta sería saber cómo iba a asesinar a su posible víctima. ¿Emplearía algún tipo de veneno o sería mejor, por el contrario, usar un arma blanca o alguna pistola con silenciador? Cualquier método resultaría válido si al final le servía para terminar con aquella terrible pesadilla que comenzó cuando tuvo la desgracia de conocer a Edmundo Malatesta. Lo peor

de todo es que estaba obsesionado con el viejo, el cual le producía una gran repulsa personal. Todo esto se había acrecentado especialmente tras su último encuentro, cuando el octogenario le anunció la peor noticia de su vida. Durante semanas lo había tenido encerrado en su casa del Escorial trabajando en aquella novela que al final le dio la gloria y el reconocimiento nacional e internacional, pero a un precio demasiado elevado. Si ahora tuviera la posibilidad de retroceder en el tiempo, jamás habría aceptado la oferta de la editorial Morpheus.

Tampoco se le iba tan fácilmente de su cabeza el recuerdo de Javier Tamargo, su antiguo representante y la primera víctima de sus delirios de grandeza. Por desgracia, no terminaba de superar su suicidio. Por eso trataba de imaginar lo que éste habría pensado unos minutos antes de quitarse la vida y todas las ideas que le venían a la mente eran horrendas.

Aquella tarde Alicia lo llamó un par de veces e intentó verlo, pero el escritor volvió a evitarla. En esos momentos cualquier contacto con su compañera hubiera supuesto un obstáculo dentro de sus macabros planes. Por eso le era muy difícil mantener una actitud tan fría hacia ella teniendo en cuenta lo enamorado que estaba, pero si no hacía ahora ese sacrificio le resultaría imposible disfrutar luego del futuro que tanto ansiaba. «Arturo, tienes que confiar en mí. Por favor, acuérdate de cuando nos conocimos y me confesaste tus miedos. ¿Es que ya no piensas en eso?». «Claro que sí, Alicia, pero tengo que estar unos días en mi casa porque debo pensar sobre todo lo que me ha sucedido», le contestó el autor. «Para mí es una tragedia haber perdido el alma. Si tienes paciencia podremos estar muy pronto los dos juntos y nos iremos lejos cuando esta pesadilla haya acabado», respondió el novelista. «Eres un misterio, Arturo. Hace unas semanas eras el ser más transparente que he conocido y ahora me has cerrado tu corazón. Así no podemos seguir juntos». Alicia le colgó el teléfono llorando y el escritor se quedó sobrecogido y con todo el cuerpo temblándole. Pero ¿cómo le iba a confesar que pensaba cometer un asesinato? Se sentía incapaz de revelarle los pensamientos más turbios que poblaban su mente.

Al día siguiente, Arturo pensó que tal vez debía intentar matar a una persona más accesible. Alguien que le resultara muy próximo y que al mismo

tiempo no mantuviera ningún vínculo, ni amistoso ni afectivo, con él. Sabía que en su bloque había varios vecinos, por eso reparó en una persona que podría ser candidata para sus ardides: se trataba de una señora de unos ochenta y cinco años que se llamaba Matilde Solano. Por lo que él había averiguado, no tenía ningún familiar cercano y frecuentemente su casa estaba muy tranquila porque no se solía escuchar ningún ruido que pudiera significar excesivo movimiento. Visto desde aquella perspectiva esta mujer podía ser una candidata perfecta, aunque todavía el novelista tenía que sopesar mucho las cosas antes de dar cualquier paso en falso.

La cabeza le iba a estallar a Arturo, pues no paraba de darle vueltas al mismo asunto. Había pensado en una pobre vecina, vieja y desvalida, para llevar a cabo sus planes más abyectos. Ahora debía mantener la cabeza fría, sin margen de error. Tendría que dejar a un lado sus temores y centrarse en un solo objetivo, asesinar a la señora Solano de una manera rápida y poco dolorosa.

El corazón del escritor le palpitaba con tanta fuerza que la sangre se le había subido por las sienes y estaba llegando al paroxismo. En medio de aquella vorágine homicida seguía subyaciendo la figura de Alicia, la única que aún podía redimir al escritor.

Finalmente pensó que lo mejor sería espiar con discreción a la vieja. Si quería acabar con ella por la vía rápida tendría que calcularlo todo muy bien, sin dejar cabos sueltos. Ahora les demostraría a los demás que Arturo Enigma era una persona muy valiosa capaz de renacer de sus cenizas como el ave Fénix. Taparía muchas bocas, ya que volvería a publicar una nueva historia, nada que ver con todo el horror vivido durante el proceso de escritura de «El último tren de la estación del norte». Eso ya sería parte de su pasado; un patrimonio que guardaría celosamente en su corazón y que nunca más sacaría a la luz. Pero para lograr todo eso era fundamental que la señora Solano pusiera de su parte y que se portara bien. Sólo así esta pesadilla podría acabar muy pronto.

Después de pensar en todo esto, Enigma intentó leer algún libro para distraer su mente, pero cuando se acercaba hasta los anaqueles de su biblioteca se quedaba embobado pensando en su futuro homicidio. Ni la novela más amena del mundo sería capaz de atraparlo.

Entonces fue cuando sonó su teléfono móvil y escuchó una voz distorsionada y desconocida para él.

—Buenos días, Arturo. Por fin podemos hablar directamente. Llevo mucho tiempo intentando dar con usted. Admito que no ha sido fácil descubrirlo.

—¿Quién es? —preguntó el escritor.

—No se preocupe, no me conoce de nada, pero yo sí tengo algunas referencias tuyas y de su obra. Por cierto, me encantan sus novelas. Comprenderá de todas formas que no lo llamo para hablar de literatura, sino de un encargo que le hizo el otro día una persona que trabaja a mi servicio. Espero que esté planificando las cosas con seriedad porque disponemos de muy poco tiempo.

Arturo se quedó aturdido tras escuchar esta voz tan inquietante. Estaba claro que la persona que lo llamaba tenía que ver con todo lo referente al asesinato. Ahora tendría que hablar con propiedad para no mostrar ninguna fisura dentro de su pensamiento ni el más mínimo signo de debilidad.

—No sé quién es usted y tampoco creo que deba confiar en lo que me han propuesto —matizó el escritor tratando de reconducir un poco la situación—. Sin embargo, estoy seguro de que nos podemos llegar a entender. Me ha pedido que haga una cosa terrible, algo que va contra mis principios éticos, pero ¿puedo hacer decirle que no? Creo que al final no voy a tener más remedio que seguir sus instrucciones pues no me queda otra opción para recuperar mi alma.

—Ya estamos acercando nuestras maneras de pensar, Arturo. Sólo tiene que entregarme el «Libro de las almas» después de haber hecho lo que tiene que hacer. Entonces volverá a ser la persona feliz del pasado. Si lo mira de esa forma saldrá muy beneficiado.

—No estoy tan seguro de si podré recuperar ya la felicidad perdida. He hecho demasiadas cosas malas en mi vida y ahora me arrepiento por todos los errores cometidos.

—Vamos, no sea tan cruel consigo mismo. Alguien tenía que asumir el control del «Libro de las almas», y he de reconocer que el viejo Malatesta supo esconder muy bien sus cartas. No tenía ni idea de que él tuviera el manuscrito. Fue una jugada maestra que nos dejó a todos descolocados. Pero ahora ya no podemos mirar hacia atrás. Tenemos que llegar al final de este

asunto.

—Veo que no pierde el tiempo y que sabe muy bien lo que quiere — insistió Arturo a la misma vez que eliminaba algo de aire de sus pulmones por su boca para intentar bajar la tensión acumulada en su cuerpo.

—Tratándose de negocios ya se sabe, los trabajos que empiezan bien, bien acaban. Si los dos cumplimos con lo que nos corresponde, saldremos ganando. Pero en ningún caso quiero que me engañe. Sabe que le estamos acechando día y noche. Si intenta cualquier tontería o heroicidad, aténgase a las consecuencias.

—Si nos vamos a mover con amenazas, mejor será que no sigamos con este juego.

—¿Juego? Esto no es para mí ningún juego, imbécil. Llevo muchos años detrás del código y ahora no me voy a echar atrás. Necesito que cometa ese crimen para que hagamos un ritual que es necesario. Debe asumir su papel, pero si no cumple con lo estipulado, tenga mucho cuidado puesto que no sólo usted está metido en este asunto, sino también esa chica que ha conocido recientemente. ¿Le gustaría verla abandonada a su suerte tirada sobre un charco formado por su propia sangre?

El cuerpo de Arturo se convulsionó de arriba a abajo sólo de pensar en aquella imagen tan espeluznante. Quien le estaba llamando tenía cogida la sartén por el mango y controlaba perfectamente la situación. El escritor hubiera deseado despertar de esa pesadilla, pero por desgracia eso no era ya posible. Sabía que no tenía escapatoria y que tendría que obedecer como un títere. Mientras tanto, ahí seguía, petrificado en el salón de su lujoso piso.

—De acuerdo, usted gana. No puedo hacer otra cosa que hacerle caso — suspiró en un estado total de abatimiento.

—Así me gusta, Arturo. Por cierto, espero que haya buscado ya una buena víctima. Eso es algo esencial —puntualizó aquella voz con la frialdad de un glaciar.

—No se preocupe, todo estará listo antes de la noche de San Juan. Ahora necesito planificarlo todo muy bien para que nadie pueda sospechar de mí.

—Así lo espero. Seguiremos en contacto.

De la pantalla del teléfono móvil del escritor desapareció el número desconocido dando así fin a una conversación que había resultado para él de

lo más desagradable. Si negociaba con alguien tan peligroso como ese individuo, era muy posible que no tuviera un buen final. Sin embargo, si desobedecía sus órdenes, ¿podría soportar cómo asesinaban a Alicia? No iba a permitir que nadie le hiciera daño.

Cuarenta y uno



La noticia de la enfermedad de Esperanza le había caído a Agudo como un jarro de agua fría. Durante las siguientes semanas, el detective dejó de lado el caso que estaba investigando y se centró en la quimioterapia a la que estaba siendo sometida la enfermera. Incluso recibió malas noticias de Miguel Santiesteban, pues éste se había leído la novela en un par de ocasiones pero no daba con el autor deseado. Había muchos pasajes del libro que le resultaban tremendamente familiares, si bien al final fue incapaz de desvelar quién era el autor. En todo caso, le prometió al sabueso seguir con su tarea incansable para averiguar la persona que estaba detrás de «El último tren de la estación del norte».

Con todas estas malas noticias, el pesimismo fue acrecentándose en Agudo. A pesar de eso, hacía todos los esfuerzos del mundo para que su compañera no lo notara. A fin de cuentas, Esperanza siempre le había dado ánimos en los peores momentos e incluso le debía la vida pues, de no haberle aplicado con tanta rapidez los primeros auxilios, ahora mismo estaría muerto desde hacía varios meses. Por todas estas razones tuvo la necesidad moral de intentar luchar por ella hasta que le quedara la última gota de sangre en su cuerpo.

La presión que sentía era tanta que le costaba trabajo conciliar el sueño durante las noches en que Esperanza descansaba de su tratamiento. Se devanaba los sesos intentando encontrar la solución adecuada a un problema tan complicado que ni él mismo sabía cómo iba a acabar.

En una de esas noches de insomnio en las que se hallaba atrapado se acordó de la visita que realizó Jorge Sempere al padre Gabriel Portaceli. El anticuario le llegó a enseñar unos documentos antiguos que, al parecer, tenían un valor importante para él. Recordó cómo el sacerdote lo echó del templo cuando éste le pidió su ayuda para traducir una serie de pasajes que parecían muy comprometedores. Ahí podía estar la clave para poder acercarse más al escritor, el cual se le presentaba ya como una quimera imposible. Había tenido delante de sus narices aquellos documentos y nunca se le ocurrió echarles un vistazo, aunque fuera de forma ilegal, para sacar algo en claro.

—¿Qué te pasa, Carlos? ¿Por qué no intentas dormir un poco? —le dijo de repente Esperanza, que se había despertado a una hora poco habitual en ella desde que había iniciado la quimioterapia.

—Nada, quédate tranquila. Es que me estaba acordando de una tontería que tenía que ver con mis investigaciones, pero sin ninguna importancia. Ahora mismo la que me preocupas eres tú, eso sí que es importante.

—No quiero que dejes tu vida por mí, ¿lo entiendes?

—Perdona, no sé bien lo que me quieres decir —respondió el detective tratando de hacerse el despistado.

—Pues lo que has oído —insistió la enfermera—. No puedes pasarte los días junto a mí después de que por fin hayas podido salir del hospital. Ayer hablé con mis padres y ellos van a venir a partir de ahora para pasar las noches conmigo.

—¿Te has vuelto loca, Esperanza? Ellos viven en Salamanca y tienen allí su trabajo.

—No te preocupes. Han conseguido unos permisos y se van a turnar. Tienes que recuperar tu vida y no puedes estar atrapado entre mi casa y el hospital. De verdad que te agradezco todo el apoyo que me estás dando, pero debes hacer lo que te he dicho.

—¿Acaso tú me dejaste cuando me viste tirado en el suelo después de mi parada cardiorrespiratoria? —protestó el sabueso.

—No puedes comparar las situaciones. Son cosas totalmente distintas. Yo estaba en esos momentos trabajando en el hospital y mi obligación es atender lo mejor posible a los pacientes. No he actuado así contigo por un acto de caridad, te lo juro. Y ahora tampoco quiero que tú hagas lo mismo. Seré mucho

más feliz sabiendo que estás luchando todos los días en las calles, mientras te enfrentas a todas las incertidumbres que tiene tu trabajo.

—Ya sé lo que te pasa. Es que te has cansado de mí y crees que no puedo aportarte nada.

—Mira que eres cabezota, Carlos. Te he dicho que no tiene nada que ver con eso. Lo que pasa es que quiero que seas el mismo de siempre, con el mal humor que te caracteriza y dándole vueltas a la cabeza para resolver tus casos.

—No sé. No acabo de verlo claro. Ahora mismo lo importante es que te cures y que lo celebremos cuanto antes.

—¿Pero crees que me voy a curar antes si al final sé que tú estás sacrificándolo todo por lo que has luchado durante tanto tiempo? Además, recuerda que le debes este caso a aquella mujer que mataron. ¿Te has olvidado tan pronto de ella?

—No se trata de eso, Esperanza.

—Claro que sí. Mañana mismo vas a empezar a trabajar.

Por supuesto Agudo le ocultó que había recibido unas amenazas que ponían de nuevo en riesgo su vida y la de sus seres queridos en caso de que siguiera con sus pesquisas. No obstante, si se dejaba intimidar jamás sería capaz de hacer nada de provecho.

—Desde luego desconocía que tuvieras tanto poder de persuasión —admitió el detective—. Si quieres que me ponga manos a la obra, entonces lo haré. Pero no olvides que voy a estar todo el tiempo pendiente de ti y que no te vas a librar tan fácilmente de mí.

—Que sí, pesado. Ahora déjame dormir porque con tanta cháchara no voy a poder descansar y ya sabes cómo se ponen los médicos de nerviosos con esto —bromeó la muchacha.

Agudo se acercó hasta ella y le dio un beso profundo. Entonces sintió una descarga eléctrica de alto voltaje en su alma. No podía defraudar a una mujer que estaba confiando tanto en él. Tenía que poner en marcha sus planes de inmediato para acabar de una vez por todas con este asunto que ya le estaba cansando más de la cuenta.

Cuarenta y dos



En la vida de Arturo Enigma existía una sola obsesión, asesinar a Matilde Solano. Esta mujer representaba en esos momentos el salvoconducto hacia su nueva vida. Una tabla en el océano que le serviría para poder dar un giro decisivo a su existencia. Por este motivo no había parado de acechar a la vieja durante las últimas horas. Sabía que ella se levantaba por la mañana muy temprano para sacar de paseo a una perrita pequinesa de color marrón claro que no levantaría más de un palmo de altura del suelo. Ese viaje lo aprovechaba para comprar el pan o cualquier otra bagatela que le fuera a hacer falta durante el resto del día. A eso de las once volvía a salir para ir hacia una iglesia, lugar en el que se podía pasar rezando un buen rato hasta que escuchaba su misa diaria. Por lo menos iba a matar a una persona piadosa, algo que no dejaba de ser paradójico teniendo en cuenta que en el fondo lo que deseaba era arrebatarse su alma. Era entonces cuando el novelista se daba cuenta de que se iba a convertir en el ser más abominable del mundo, pero al final todo se debía reducir a la ley del más fuerte: o seguía adelante con sus planes o de lo contrario estaría predispuesto a condenarse, lo cual no dejaba de ser la peor opción.

En todo caso, no podía evitar pensar en Alicia, pues ¿qué opinaría la joven si supiera que estaba urdiendo un plan tan escabroso en el que saldría malparada una anciana inocente que no le había hecho ningún mal a nadie? Llegados a ese punto tan extremo, Arturo trató de pensar en lo que habría hecho cualquiera de los personajes de sus historias porque tal vez

podría hallar alguna solución a su problema. Sin embargo, jamás había escrito sobre alguien con tan pocos escrúpulos como él mismo. Era una situación de lo más incómoda y tendría que actuar lo antes posible ya que de lo contrario todo estaría perdido.

Así pues, lo importante estribaba ahora en dilucidar qué fórmula emplearía para cometer el asesinato. Tal vez lo mejor sería usar arsénico. Lo introduciría en alguna comida que ella probara. Eso lo había visto en muchas películas y no dejaba de ser una buena solución para conseguir sus propósitos. Pero cuando estudiaba los pros y los contras de este plan, llegaba siempre a la conclusión de que esa idea tenía ciertas fisuras. La policía podría investigar más de la cuenta y tal vez pudieran dar con el vendedor que le fuera a proporcionar aquella ponzoña, y entonces sí que estaría perdido. Esa era una mala opción decididamente. Además, ¿cómo se las iba a arreglar para envenenar a aquella mujer si no la conocía de nada? Definitivamente era un plan muy descabellado.

Arturo tendría que encontrar una solución muy sutil para no levantar las sospechas de nadie. Si no lo hacía así, entonces mejor sería que se buscara a otra persona más asequible. Y por si esto no fuera suficiente, los días seguían avanzando a un ritmo cada vez más vertiginoso y ya no iba a disponer apenas de tiempo para escoger a otra víctima.

De repente alguien llamó a la puerta de su piso.

—Arturo, soy Alicia y sé de sobra que estás ahí. Tienes que abrirme porque no podemos seguir así. Si no confías en mí, más vale que no continuemos con esto. Anda, ábreme la puerta —insistió ella aporreando con sus nudillos con más fuerza.

El escritor estaba al otro lado de la pared, a escasos centímetros de ella. El corazón le daba unos espasmos tremendos al mismo tiempo que la sangre se le agolpaba con violencia en el cerebro. Al principio decidió abrirle la puerta y confesarle todo lo que estaba tramando; por lo menos así tendría la oportunidad de compartir lo más íntimo de sus pensamientos con alguien que lo iba a escuchar. Estuvo tentado de hacerlo; sin embargo, una fuerza interior lo arrastró a pensar que aquello sería una locura y que debía dar marcha atrás a sus impulsos. Amaba a esa mujer como nunca antes había amado a ninguna otra persona, pero si le revelaba sus planes, ella

probablemente no querría volver a saber nada sobre de él y los dos acabarían muy mal. En el mismo momento en que pensaba sobre esto casi podía escuchar la respiración de la joven a través de la puerta. Ambos continuaban muy cerca el uno del otro, a pesar de lo cual, estaban en verdad separados por una inmensa sima que los distanciaba cada vez más precipitándolos hacia un abismo insalvable.

Alicia continuó en sus trece durante unos minutos. Llamó al timbre varias veces pero, a pesar de sus esfuerzos, no obtuvo respuesta. Insistió algo más hasta que se dio por vencida y se marchó de allí con la firme idea de no volver a hablar nunca más con el escritor. En todo ese tiempo Arturo había permanecido agazapado en su vivienda con el corazón roto por no haber podido darle todas las explicaciones que ella se merecía. Se había comportado de manera desleal al no ser capaz de darle a la muchacha ninguna explicación sobre lo que le ocurría.

Pasados unos minutos, el escritor trató de serenarse después de haber permanecido sentado en el suelo sin fuerzas para hacer nada salvo reprocharse su cobardía. Ahora tendría que actuar con la cabeza fría y seguir trazando ese plan maestro que lo pudiera conducir hacia el final de un tortuoso camino que iba a terminar con su salud. Una vez más volvió a analizar todas las opciones de que disponía para acabar para siempre con la señora Solano. Al más mínimo error la policía se le echaría encima, de ahí que cayera en la cuenta de que por un crimen como él quería cometer podría ser condenado a muerte en países como Estados Unidos. Cuando pensó en esto se estremeció y estuvo temblando durante unos minutos. Si al menos la puma supiera que era la salvación de su alma la que estaba en juego, quizás los agentes le darían la razón para que éste pudiera llevar a cabo su homicidio. El problema era que ellos no estaban dentro de su piel y que así era muy difícil que pudieran sentir todos sus miedos.

Interrumpió una vez más estos pensamientos tan peregrinos y trató de centrarse en lo que en verdad interesaba. Tendría sólo unos días para eliminar a la señora Solano y concluyó que lo mejor sería comprar un arma con silenciador. Podría intentar asesinarla por la noche, cuando todo el mundo estuviese durmiendo. Se las arreglaría para forzar la cerradura de su casa. Luego iría con sigilo hacia el dormitorio de la vieja y allí la remataría sin

piedad. Si era lo suficientemente rápido, no tardaría más de cinco minutos en cumplir su misión. Luego se desharía del arma y regresaría a su casa, cerciorándose, por supuesto, de que nadie lo hubiera visto salir de su piso. Cuando todo aquello hubiese pasado, ya estaría en condiciones de negociar con la persona que le había propuesto tan rocambolesco plan. Le entregaría entonces el viejo códice antes de la noche de San Juan y ya dispondría de todo el tiempo del mundo para reconquistar el amor de Alicia. Además, jamás le confesaría sus atrocidades. Sólo de pensar en todas estas cosas comenzaron a caerle unos goterones de sudor por la frente.

Ahora el problema radicaba en comprar un arma sin que nadie sospechara de él. Tal vez pudiera hacerlo a través de algún intermediario. A pesar de ello, después de sopesar las ventajas e inconvenientes, estimó que eso era una locura, pues no tenía permiso de armas y, en caso de poderla adquirir, se podría acabar implicando en el homicidio a más personas, lo cual era aún mucho más peligroso si cabe. Entonces volvió a centrarse en el caso y estimó que la mejor opción era utilizar un arma blanca. Si empleaba en el asesinato un cuchillo, todo sería mucho más sencillo, ya que tampoco haría ruido ninguno y le bastaría con asestar un par de puñaladas para que la anciana dejara de vivir. Luego limpiaría aquel artilugio perfectamente y lo destruiría para cubrirse las espaldas.

Ahora lo único que le faltaba por resolver era la forma en que entraría en la vivienda, más teniendo en cuenta que la señora Solano vivía con una perrita que ladraría al escuchar el más mínimo ruido. En ese preciso momento se le ocurrió una idea: se introduciría en su casa cuando ella saliera a dar su paseo diario con el animal. Al regresar ésta de la calle, él estaría esperándola dentro de su propio piso y ya no habría escapatoria ni para aquel vejestorio ni para su chuchó. Asimismo, como ella solía caminar a una hora muy temprana, lo haría todo tan rápido que saldría luego huyendo furtivamente sin que nadie se diera cuenta de lo sucedido. Esa le pareció la solución más factible de entre todas las que había barajado en las últimas horas. Simplemente le faltaba encontrar la fecha para cometer el asesinato. Teniendo en cuenta cómo se movilizaba el vecindario, escogería un día entre semana, probablemente entre el martes y el jueves de la semana siguiente. Eran los momentos más tranquilos y nadie lo molestaría a no ser que hubiera un cambio de última hora. Sólo de

pensar en que ya estaba encontrando la salida dentro de aquel túnel tan oscuro era motivo suficiente como para darle más ánimos.

En todo caso, una cosa era inventar una buena historia para un libro y otra muy distinta suponía idear un crimen con alevosía y premeditación y llevarlo a la práctica de manera exitosa. Pobre señora Solano, tan indefensa y solitaria. Su única compañía era aquella pequinesa que andaba dando respingos, algo que suele inquietar a muchas personas a las que no les gustan los perros pequeños, como era el caso de Arturo.

Éste se sentó en un sillón para ver la televisión cavilando sobre todas las vicisitudes en las que se hallaba metido. A la vez que miraba pantalla se sentía inmerso en una tormenta de dudas. De pronto una noticia le llamó poderosamente la atención. Un hombre de mediana edad había matado a una anciana de una residencia con el único móvil de robarle los pocos ahorros que aún le quedaban de una vida, seguramente, ya de por sí miserable. Por supuesto, los agentes de la policía habían detenido a aquel tipo y ahora estaba en manos de la justicia a la espera de que se le pudiera juzgar. Arturo se puso lívido sólo de imaginarse que él podría estar ahora mismo en el lugar de aquel asesino. Si era capaz de romper esa delgada línea que separaba la legalidad de lo ilegal, caería en el pozo de la cárcel y entonces su vida sí que sería un tormento. Pero pensándolo objetivamente, prefería la seguridad de un calabozo que no la condena que le pudiera proporcionar el diablo por la pérdida de su alma.

Malatesta había sabido jugar a la perfección sus bazas permaneciendo en la sombra durante muchos años mientras disfrutaba de los placeres de la vida. Luego se cubrió bien las espaldas antes de entregarle a Arturo el «Libro de las almas».

Pero ya no había vuelta atrás para posibles lamentaciones. Debería continuar con su plan si no quería que todo se le pusiera en su contra. Lo único que ya le faltaba era estudiar bien qué tipo de cerradura usaba la anciana en su casa. Se supone que una persona que vivía en soledad poseía una buena puerta blindada, sobre todo para defenderse de posibles robos. Así pues, esperó hasta que anoheciera. Entonces bajo el amparo nocturno, se acercó hasta el piso de aquella pobre desgraciada y, para su asombro, comprobó que la puerta de la vivienda era de lo más normal. Ésta podría tener más de treinta años y si

observaba detenidamente el mecanismo de su cerradura, acabaría abriéndola en pocos minutos. Conforme se encontraba efectuando dicha operación de reconocimiento, no dejó de pensar en que estaba cometiendo un oprobio contra la humanidad. Quien buscaba el mal de una persona tan desvalida no merecía la vida. No obstante, y de forma paradójica, él estaba planeando este homicidio para poder vivir tranquilamente el resto de su existencia.

De repente sonaron los pasos de un vecino y Arturo se escabulló como una exhalación antes de que pudiera ser descubierto. Esperó a que el posible testigo se hubiera retirado para volver a examinar por última vez aquella puerta. En ese momento le asaltó una duda: ¿Cómo podría entrar en la vivienda después de que ella hubiese salido sin necesidad de forzar la cerradura para que la vieja no se diera cuenta, cuando regresara, de que alguien había manipulado la puerta de su casa? Pese a todos esos inconvenientes, tendría que esperarla desde dentro de su propia morada con objeto de que nadie que pasara en esos momentos por la escalera tuviera la menor sospecha de que allí se iba cometer un crimen. Ese era el único escollo que le quedaba en el camino y de momento no tenía una solución para afrontarlo.

Cuarenta y tres



Agudo fue reacio en un principio a lo que le había dicho Esperanza aquella noche, pero al final comprendió que si realmente quería ayudarla no podía estar todo el día presionándola. La quimioterapia estaba siendo muy dura para la enfermera por todos los efectos secundarios que le producía, como la pérdida de su cabello. Por todo esto el detective estaba cada día más desanimado porque no sabía qué iba a pasar en el futuro con ella. Lo único que podía hacer desde ese instante era intentar trabajar para encontrar las respuestas que tanto ansiaba.

Como había pensado en los días anteriores, era el momento de ir hasta el anticuario para ver si allí estaban guardados aquellos documentos que Sempere le llegó a enseñar a Portaceli. Debería hacerlo durante la madrugada, pero obviamente no podría encargarse él solo de ese asunto, sino que tendría que ir acompañado por alguien que fuera experto en alarmas y cajas fuertes. Menos mal que después de tantos casos investigados aún seguía guardando el contacto de Evaristo Portales. Era especialista en este tipo de trabajos. Y lo mejor de todo es que se podía confiar en él plenamente. Todos estos factores fueron suficientes para que tirase de nuevo de su agenda y llamara a su compañero con celeridad.

—Buenas tardes, ¿Evaristo?

—Sí, soy yo. Agudo, no puedo creer que seas tú después de tanto tiempo.

—¿Qué te creías, que iba a estar encerrado en ese hospital por mucho más tiempo?

—Me alegra de verdad saber que estás bien. Desde luego eres como los toreros, estás hecho de otra pasta.

—Sí, bueno —apremió el investigador—. En realidad necesitaba hablar contigo por una urgencia que me ha salido y quería saber si me podrías echar un cable.

—¿Estás de broma? Estaría loco si no lo hiciera. No me puedo olvidar de la ayuda tan grande que me prestaste cuando me divorcié de mi mujer. Después de eso estaré siempre en deuda contigo, así que ahora voy a hacer todo lo que quieras.

—Pero que conste que te quiero pagar.

—Olvídalo. No te pienso cobrar nada, si no ¿para qué están los amigos?

—Bueno, te lo agradezco en el alma.

A continuación el investigador le contó lo que quería hacer aquella noche y le explicó que necesitaba realizar un trabajo rápido pero certero. Iban a disponer de muy poco tiempo para desactivar la alarma de la puerta del establecimiento. Luego tendrían que entrar y buscar los documentos en el interior de la tienda. Portales escuchó con atención todo lo que le decía Agudo y no puso ninguna objeción. Era lo suficiente profesional como para no amedrentarse por un desafío similar. Además, realizar una operación como aquella bajo la presión del tiempo lo estimulaba aún mucho más.

—De acuerdo, Carlos. Lo único que me falta es saber a qué hora quieres que quedemos y en dónde está el sitio.

—Podríamos vernos en la puerta del anticuario a partir de las dos de la madrugada. Tenemos que asegurarnos de que no haya moros en la costa, de modo que mientras tú trabajes con la alarma yo estaré vigilando por si se acercara alguien —dijo el investigador privado explicándole la dirección exacta de aquel lugar.

—Está bien, eso suena de maravilla.

Después de despedirse de Portales, Agudo intentó visualizar en su mente los pasos que iba a dar para no equivocarse en ninguno. Todo debería realizarse sin equivocaciones posibles. Y es que en el fondo de aquel asunto el sabueso tenía fe en que pudiera hallar algo importante en esos documentos; tal vez alguna clave oculta que se le hubiera escapado a Sempere. Sin embargo, se le pasó por la cabeza un inconveniente: ¿y si el anticuario no tuviera la

carpeta con los documentos en su tienda y se la hubiera llevado a otro sitio? Ese era el riesgo que tendría que correr si quería dar con una nueva pista.

El tiempo fue pasando con demasiada lentitud. Agudo no paraba de estar en contacto con Esperanza, la cual se encontraba mejor ese día. Por lo menos eso animaba al detective a seguir adelante en sus propósitos.

Cuando llegó la hora prevista, el detective reconoció a lo lejos a Portales. Éste mediría un metro noventa y tantos y aún conservaba ese rostro de un tono tan rojizo como una puesta del sol, algo que le daba un aspecto bonachón. Sus andares eran un tanto cimbreados y desgarrados porque llevaba consigo una escalera de mano. Por fortuna, su amigo se había traído un maletín con los utensilios necesarios para realizar el encargo que tenía por delante. Allí había guardado toda clase de herramientas y gadgets que le iban a hacer falta para poder desactivar la alarma.

Al saludarse el detective le dijo:

—Anda que si no te conociera mejor te diría que vienes con toda una ferretería, Evaristo —bromeó Agudo.

—Sí, sí —sonrió su compañero—. Pero ahora ayúdame a colocar la escalera y sujétala bien para que no me caiga.

—No sabes el gran favor que me haces.

—Bueno, déjate ya de romanticismos y vamos al lío que como venga alguien nos vamos a enterar.

Evaristo examinó detenidamente el tipo de cerradura de la tienda.

—¿Qué pasa? —le preguntó Agudo

—Nada. Ahora tengo que buscar una llave especial que he traído conmigo para abrir este armatoste. A ver si puedo bien.

—Venga. Tómate tu tiempo.

Al cabo de unos minutos, Portales pudo abrir la cerradura y le pidió ayuda a Agudo para subir una persiana metálica que llegaba hasta el suelo. Lo tendrían que hacer suavemente para que no chirriara demasiado. Una vez que la elevaron lo suficiente para que pudieran entrar y tras finalizar aquella primera operación, se encontraron con la puerta principal de la tienda. Ésta traía a su vez otro tipo de cerradura, pero después de unos minutos, también fue abierta.

—¿Y ahora qué?—le preguntó el sabueso.

—No seas impaciente. Lo primero que tenemos que hacer es cerrar de nuevo la persiana para que no nos puedan ver desde fuera. Luego me tengo que liar con este cuadro de mandos que controla la alarma. Si traspasamos esta línea, este cacharro comenzará a pitar y entonces todo se irá a la mierda.

Evaristo se llevó un buen rato examinando todos los botones de aquel panel. La clave era manipularlo sin que la alarma saltara. Además, en el interior del anticuario había instaladas unas cámaras de seguridad que controlaban todos los rincones de la tienda, de tal manera que Sempere había construido allí un santuario prácticamente inexpugnable. Afortunadamente, Portales tenía una larga experiencia y estaba acostumbrado a vulnerar todos los servicios de seguridad que se le pusieran por delante. Pese a ello los minutos iban pasando muy lentamente y a Agudo le costaba mucho trabajo respirar. Si cometían el más mínimo error estarían perdidos porque en pocos minutos podrían ser descubiertos por la policía. Así pues, el sabueso sabía que se la estaba jugando y en varias ocasiones pensó que a lo mejor no hubiera sido necesario correr tantos riesgos, sobre todo teniendo en cuenta el grave estado de salud de Esperanza. Sin embargo, intuía que en esos papeles podía encontrar algo importante, algo que también pudiera ayudarla a ella. Así que por lo menos merecía la pena intentarlo.

—¡Eureka!, parece que ya he dado con el último resorte que me quedaba para desconectar la alarma —exclamó Portales con una cara de satisfacción que era similar a la de un niño.

—Desde luego he hecho bien en confiar en ti —manifestó el detective con un gran júbilo.

—Sí, pero no cantes victoria. Tenemos sólo unos diez minutos para buscar lo que tanto deseas. Pasado ese tiempo tendré que restablecer la señal de la alarma si no queremos problemas.

—Creo que será suficiente para intentar encontrarlo —señaló Agudo excitado por la emoción de reencontrarse una vez más con una situación límite dentro de una investigación.

A continuación, el detective encendió una linterna y se dirigió directamente hacia el mismo despacho en el que el anticuario lo había atendido aquel día en el que le propuso que buscara el viejo códice medieval, algo que significó el inicio de las preocupaciones para el sabueso. Allí estaba todo muy ordenado y

Agudo se las tendría que ingeniar para dar con la carpeta en la que supuestamente se hallaban los documentos. El tiempo estaba corriendo en su contra y no sabía si tendría la posibilidad de topar lo que tanto ansiaba. El investigador rebuscó entre una pila de papeles, pero de tal forma que no se notara nada cuando el anticuario volviera entrar en aquella habitación. Allí no había rastro de lo que quería y ya estaba comenzando a desmoralizarse pensando que no iba a tener suerte. A pesar de eso, se dio cuenta que en una estantería había numerosas carpetas y archivadores que estaban clasificados por fechas. En medio de éstos se encontraba la carpeta azul. El detective la vio y rápidamente se arrojó hacia ella. Después de cogerla y abrirla pudo comprobar que, efectivamente, tenía una serie de folios que podían serle de gran utilidad. Entonces le dijo a su compañero:

—Vámonos pitando de aquí porque ya tengo todo lo que quería.

—Joder, qué rápido lo has visto. Desde luego te voy a llamar cuando tenga que hacer la próxima declaración de la Renta a ver si también averiguas algo que me dé más dinero.

—Anda, Evaristo. Menudo elemento estás hecho. Vámonos que aquí ya no pintamos nada.

Los dos deshicieron todos los pasos que habían realizado desde que entraron en la tienda de antigüedades y Portales volvió a activar todos los sistemas de seguridad con la misma diligencia con la que los desconectó. Luego bajaron la persiana metálica tras haber cerrado previamente la puerta de la tienda y en pocos segundos estuvieron de nuevo en la calle.

Era media madrugada y aún Madrid estaba entregada a los sueños de sus habitantes, a la espera de que pocas horas después toda la actividad comenzara de nuevo a inundar la ciudad. Agudo volvió a agradecerle a su amigo todo lo que había hecho por él y se dio cuenta de que tener contactos en unos momentos tan delicados como esos era todo un seguro de vida.

—Cuando quieras me llamas otra vez y nos embarcamos en otra aventura porque a mí ésta me ha encantado —le dijo Portales.

—Bueno, para la próxima me gustaría verte en un ambiente mucho más relajado. Por ejemplo en el Santiago Bernabéu —dijo sabiendo que su amigo era un gran madridista.

Los dos se despidieron y Agudo se marchó de allí con la carpeta sabiendo

que tenía un gran tesoro entre sus manos. Su siguiente paso sería ir hasta la iglesia de Gabriel Portaceli. Tal vez el cura estuviera en condiciones de descubrir algunas claves que podrían ser definitivas para rematar el caso.

Cuarenta y cuatro



Las circunstancias no habían variado demasiado para Agudo porque éste seguía ingresado en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital 12 de Octubre. Durante las últimas semanas, el doctor Molina había estado observando al paciente para ver si presentaba alguna evolución favorable. A pesar de todo, no se produjeron los cambios esperados. El médico intentó esmerarse al máximo de sus posibilidades porque se había tomado este caso como un reto personal. Por su parte, Esperanza seguía compadeciéndose, sin saber por qué motivo, de aquel hombre que permanecía en un estado de coma irreversible. Parecía que este paciente ejerciera sobre ella una especie de magnetismo o tal vez algo la conmoviera en lo más hondo de su espíritu. El caso es que siempre intentaba saber alguna novedad sobre él y veía el futuro con optimismo.

Arturo no dejaba de tener pesadillas dada la presión tan enorme que sentía. Los días se le iban agotando y ya no sabía si acabar cuanto antes con la vida de la señora Solano o esperar al momento propicio. Continuaba encerrado en su piso y hasta Alicia había dejado de intentar contactar con él después de que el escritor le hubiera dado largas las últimas veces. Al mismo tiempo, su novela seguía vendiéndose como el primer día y ya iba por la décima edición. Era paradójico que Ricardo Sandoval se estuviese llevando todos los honores mientras que él seguía desesperado sin saber muy bien cuál iba a ser su destino final.

Una y otra vez recordaba los momentos que estuvo recluido en El Escorial y no dejaba de pensar en todo lo que le había dicho Malatesta. Cuando el viejo le reveló que llegó a pertenecer a los almistas siempre habló de esta organización con mucho desdén, e incluso le reconoció que se salió de la misma al empezar a adoctrinarlo Montero. A pesar de ello, tal vez el anciano no le había contado toda la verdad y podría descubrir algo más acerca de esta sociedad secreta. Quizás esto le pudiera ayudar a salvarse sin la necesidad de tener que asesinar a nadie.

Buscó todo lo que pudo sobre dicha secta por internet pero apenas encontró algunas pequeñas referencias. Eso era insuficiente para alcanzar el objetivo que él quería. Además, le iba a ser imposible indagar algo más por su cuenta. Por desgracia se había comprometido a una misión muy concreta, matar a la pobre señora para encontrar su salvación. Era el destino que tenía escrito en su libro y no le iba a ser fácil cambiarlo. Por todo ello la angustia crecía más en su interior, sobre todo cuando veía caminar por la calle a la pobre viejecita con su perrita pequinesa y ajena a cualquier peligro.

Arturo estuvo mirando varias páginas web y en una de ellas encontró por casualidad un foro literario. Al principio no le dio apenas importancia, pero luego se dio cuenta de que había un apartado en el que hablaban sobre el caso de Javier Tamargo. Esto le llamó mucho la atención y no pudo dejar de leer varios comentarios en donde se decía que el final del agente literario había sido terrible y que éste no se lo había merecido. Un usuario dejó un enlace en el que decía que la propia mujer de Tamargo había escrito una carta de agradecimiento a todas las personas que le habían apoyado en esas semanas tan difíciles. Enigma lo pinchó rápidamente y vio que allí se reproducía efectivamente un texto de la viuda de su exagente cuyo contenido decía así:

Madrid, mayo de 201...

En estos días tan amargos que he pasado deseo sinceramente dar las gracias a todas las personas que os habéis interesado tanto por mis hijos como por mí. Son momentos de zozobra personal para los que no estaba

preparada, sobre todo teniendo en cuenta la muerte tan terrible que ha tenido Javier. Pero soy una mujer creyente y debo admitir que Dios es el que me da las fuerzas para seguir adelante y para cuidar de mis hijos con la ilusión y el empeño que lo he hecho hasta ahora.

Quisiera también aprovechar estas líneas para expresarme en contra de cómo ha sido tratada la figura de mi marido en los últimos meses. Alguien contó muchas mentiras sobre Javier y por desgracia en el mundo literario no se le ha perdonado nada y se ha actuado contra él de una forma despiadada. Espero que eso cargue tanto en la conciencia de quien comenzó todo este bulo como en todos aquellos que le han hecho daño. En mi opinión, se ha faltado el respeto a la integridad de una persona que siempre trabajó de la forma más honesta posible. Es probable que tuviera sus defectos, pero eso no justifica que se le haya dado un trato tan indigno. Al final, mi marido no vio salida a todo lo que se decía sobre él. Incluso su situación laboral empeoró notablemente después de difundirse estos comentarios tan zafios.

Ahora ya no me queda más que lamentar la pérdida de una persona que fue todo para mí y que por desgracia nunca más volverá. Espero que estas breves líneas sirvan a modo de homenaje hacia Javier Tamargo, alguien a quien nunca olvidaré y que siempre tendrá reservado un lugar privilegiado en mi corazón.

Laura Santa Fe

Arturo leyó este texto varias veces, tanto que acabó analizándolo hasta la última coma. Conocía muy bien a Laura porque en muchas ocasiones comieron los cuatro juntos. Eran los buenos tiempos en los que él estaba casado y sus novelas vendían miles de ejemplares. Por aquella época Enigma era respetado como uno de los autores más prometedores del panorama español. Y ahora se encontraba tan hundido después de leer esa carta tan desgarradora que no tenía apenas fuerzas para llorar por todo el daño que había ocasionado. Reconocía que el asunto se le había ido de las manos y que atentar contra la integridad

moral de Tamargo fue uno de los peores errores de su vida. Además, no podía dejar de pensar en la imagen de aquella madre tratando de explicarle a sus hijos por qué su padre se había suicidado.

Estaba viviendo una situación tormentosa y más después de comprobar en sus propias carnes todo el dolor que le había generado a una familia. Y si bien veía que su ex agente literario se portó muy mal con él dejándolo abandonado a su suerte, ahora se sentía culpable por haber difundido aquellas barbaridades sobre su pasado. Nunca debió llegar a tales extremos y menos después de atentar contra la vida de Tamargo.

Una vez más se encontraba solo porque ni siquiera se había dejado ayudar por Alicia, la única persona que le hizo pensar que su redención era posible a través del amor. Sin embargo, él ya veía que era tarde para muchas cosas. Por eso, tal vez si recuperaba su alma podría subsanar muchos errores del pasado.

Incluso pensó que si se cruzara con Laura por la calle le encantaría darle un fuerte abrazo y mostrarle sus condolencias por la tragedia que acababa de pasar su marido. Se daba cuenta de que no había merecido la pena renunciar a tantas cosas hermosas en su vida. Todo esto le hizo caer en el desánimo y en la depresión.

Estaba claro que Arturo tenía una maldición en su casa por culpa del «Libro de las almas». Deseó incluso destruirlo y olvidarse de todo; sin embargo, si hacía eso, su acción podría tener unas consecuencias espantosas no sólo para él, sino sobre todo para Alicia. Y es que esas eran las consecuencias de haber actuado al margen de la moral pues si no se respetan las normas uno no acaba distinguiendo en dónde se sitúan los límites entre el bien y el mal.

Cuarenta y cinco



Una vez que Agudo se hizo con los documentos de Sempere, ahora necesitaba encontrar un sentido a todo esto. Era el momento de intentar contactar de nuevo con Gabriel Portaceli para ver si éste le podía dar alguna respuesta. El día que espió al anticuario, el cura había sido muy tajante con el viejo, no queriéndolo ayudar. Sin embargo, ahora el detective actuaba movido por unas circunstancias muy distintas porque Esperanza seguía con su quimioterapia y el detective no sabía qué futuro iba a tener ella.

Después de dejar a la enfermera con sus padres, se armó de valor para regresar a aquella iglesia para intentar cambiar las cosas. Al principio sintió mucho miedo, ya que no estaba seguro de que estuviera haciendo lo correcto, pero luego pensó que si no arriesgaba lo suficiente se podría lamentar para el resto de su vida. Además, Esperanza lo había dado todo por él y ahora éste no se podía echar atrás.

Cuando entró en el templo pudo darse cuenta de que de nuevo sonaba esa música celestial a través de la megafonía, como la primera vez que estuvo allí. Estaba muy nervioso porque no sabía muy bien cómo iba a reaccionar el cura al verlo. Tendría que apostar todo a una misma carta.

El investigador privado llegó por fin hasta el despacho de Portaceli y dio varios golpes a la puerta. Al cabo de unos segundos, el sacerdote respondió y le dijo que pasara. Una vez entró en la habitación, Portaceli se levantó como un resorte de su silla cuando vio que se trataba de Agudo y le estrechó cariñosamente su mano en señal de bienvenida.

—No sabe lo que me alegra verlo por aquí de nuevo. Me enteré de que estuvo hospitalizado a consecuencia de la paliza que le dieron y lo lamenté mucho, pero ahora veo que está muy bien y me doy cuenta de que se ha recuperado rápidamente.

—Así es, padre. Como ve soy una persona muy dura y nadie puede acabar conmigo tan fácilmente.

Por supuesto Portaceli no le contó que había estado en el Hospital 12 de octubre porque no lo vio oportuno en ese momento.

—Bueno, señor Agudo, ¿en qué le puedo ayudar?

—Verá. No sé por dónde empezar. Todo esto es muy complicado.

—Siéntese y veamos qué puedo hacer por usted.

El sabueso obedeció sumiso y se armó de valor para decirle al cura lo siguiente:

—No voy a mentirle, padre. ¿Recuerda cuando estuve aquí la otra vez?

—Sí, claro. Vino porque estaba investigando a aquel viejo anticuario tan impertinente. Menudo personaje.

—El señor Sempere traía unos documentos para que usted los viera.

—Sí, pero ya le dije a usted que no quise saber nada de eso.

—Pues esos mismos papeles son los que tengo ahora conmigo.

El cura se quedó sorprendido. Al principio no supo muy bien cómo actuar pero luego intentó recuperar su compostura para seguir hablando con Agudo.

—Si usted quiere también sacar provecho de todo esto, le diré que no estoy dispuesto a verlos de nuevo. En esos legajos había cosas demoníacas y la verdad es que no tengo muchas ganas de leerlos.

—Padre, tiene que ayudarme porque estoy desesperado. Si la cosa no fuera tan grave jamás hubiera venido hasta aquí. Sin embargo, estoy actuando así por causas mayores.

—No entiendo muy bien lo que me quiere decir.

Agudo se revolvió en su asiento sintiéndose cada vez más incómodo. La tensión que había acumulado en las últimas semanas le estaba afectando más de la cuenta.

—Mire, en el hospital conocí a una enfermera que fue la que me atendió. Ahora mismo somos pareja pero a ella se la ha diagnosticado un cáncer de estómago y le están dando quimioterapia. Creo que no queda mucho tiempo

para actuar, por eso pensé que aquí podría haber alguna solución. Llevo meses investigando este caso y todo el mundo va buscando un códice medieval que, al parecer, tiene muchos poderes. Yo no sé nada de esto ni me importa un carajo. Lo único que deseo es que Esperanza se recupere — confesó el detective llegando al borde de la desesperación.

—Perdone, ¿cómo ha dicho que se llama ella?

—Esperanza Silvela.

Al oír este nombre el sacerdote guardó unos segundos de silencio. Se acordaba perfectamente de que el día que fue hasta el hospital llegó a conocerla y que los dos habían estado hablando sobre la salud de Agudo. Era irónico que aquella enfermera tan enérgica y vital ahora se encontrara afectada por un cáncer. Portaceli estuvo pensándoselo un tiempo hasta que le dio una respuesta al detective.

—Está bien, lo ayudaré en su investigación.

—No sabe lo que se lo agradezco, padre. No me quedan muchas puertas a las que llamar. Por eso me acordé de usted.

—Lo que no entiendo demasiado bien es cómo ha podido conseguir estos documentos si estaban en manos del señor Sempere.

—Lo que le voy a contar no le va a hacer mucha gracia. He ido hasta el anticuario de Sempere y ahí se los robé.

—Pero ¿qué está diciendo? Eso es un delito. Tiene que devolverlos inmediatamente.

—Sí, estoy de acuerdo con usted en que no he actuado legalmente, pero era la única solución posible que tenía si quería ayudar a Esperanza. El tiempo se está acabando y necesito hacer lo que sea. Póngase en mi piel, Gabriel. ¿Usted no hubiera hecho lo mismo si estuviese en juego la vida de la persona a la que más ama en este mundo? No soy un buen cristiano que digamos y tengo un pasado muy turbio, pero ahora estoy moviéndome por una causa noble por primera vez en mucho tiempo. Por favor, necesito su ayuda.

El cura se quedó conmovido por las palabras de Agudo. No había visto a un hombre tan desesperado en los últimos años. Lo único que podía hacer era atenderlo.

—De acuerdo, me ha convencido. No obstante, quiero que sepa que no le prometo nada. Haré lo que pueda. Ahora me gustaría que me dejara esos

papeles unos días para que los estudie con calma. Cuando encuentre alguna respuesta, lo llamaré lo antes posible.

—No sabe lo importante que esto es para mí, Gabriel. Le debo una.

Después de reunirse con Portaceli, el siguiente paso que pensó Agudo fue llamar a Miguel Santiesteban para ver si había averiguado algo nuevo sobre lo del libro, pero antes de hacer esto su móvil comenzó a sonar. No se fijó quién lo llamaba pero al presionar el botón del aparato le sonó una voz muy conocida. Era la de Jorge Sempere, con quien no hablaba desde hacía muchísimo tiempo.

—Agudo, por fin lo he podido localizar.

El detective se imaginó el motivo de la llamada de su antiguo cliente y se puso a la defensiva porque se temía lo peor de aquel hombre.

—¿Qué es lo que quiere, Sempere? —le dijo Agudo lo más cortante posible.

—Conoce perfectamente el motivo de mi llamada. Me he dado cuenta de que me faltan unos documentos que guardaba en mi tienda y creo que usted conocía su existencia. ¿Sabe que lo puedo denunciar a la policía por haberse colado en mi anticuario y por robarme algo que me pertenece?

—¿Cree usted que con tantas cosas que tengo que hacer puedo entretenerme en ir hasta su despacho para quitarle unos documentos que ni me van ni me vienen?

—No se haga el listo, Agudo. Una vez me dio usted esquinazo y al final se asoció con Soriano. Ahora sigue empeñado en su investigación, pero está solo y no tiene a quién recurrir. Sin embargo, yo sí poseo todos los contactos necesarios que hacen falta para dar con el «Libro de las almas».

—Si fuera usted así de inteligente como insinúa y no tan fanfarrón ya hubiera dado hace tiempo con el manuscrito. Pero ahí sigue, dando palos de ciego y sin saber dónde encontrarlo.

—Diga lo que quiera —contestó el viejo con un tono de voz muy enfadado—, pero si no me devuelve lo que es mío, atégase a las consecuencias.

—No me puede amenazar con lo de ir a la policía porque está rodeado de mierda por todas partes. Hay muchas cosas tuyas que huelen a podrido y le aseguro que está atado. Déjeme tranquilo, por favor.

—Es un indeseable y lo va a pagar caro, Agudo. Le juro que no pararé

hasta acabar con usted.

—¿Qué desea, verme otra vez tumbado en un callejón después de la paliza de los matones?

Sempere guardó unos segundos de silencio para después contestarle al sabueso:

—No soy tan mezquino como para hacer algo así. Le aseguro que no tengo nada que ver con eso, pero devuélvame lo que es mío, de lo contrario, no respondo de lo que puede ocurrir.

—En caso de que fuese como me dice, ¿me dejaría en paz para siempre? —insinuó el detective.

—No lo puedo dejar en paz porque usted no deja de ser un adversario muy importante en la búsqueda del código. En su momento le tendí la mano y me escupió en la cara. Pudimos haber hecho muchas cosas juntos y usted se negó. Por eso le exijo que me devuelva mis documentos ahora mismo.

—No quiero hablar con usted nada más. En estos momentos tengo cosas mucho más importantes que hacer.

—Muy bien, tendrá noticias mías, Agudo. Está jugando con fuego y se acabará quemando.

El sabueso se encontraba contrariado tras mantener esa conversación con aquel hombre tan indeseable. No obstante, se olvidó del anticuario y llamó a continuación a Santiesteban.

—Buenos días, Miguel. Necesito saber si ha averiguado algo sobre el posible autor de la novela.

—Verá, he podido encontrar algunas concomitancias con varios libros que leí hace tiempo, pero no logro recordar muy bien a su autor. Ha pasado mucho tiempo desde que no leo esas novelas y comprenderá que me cuesta trabajo hallar una respuesta clara. A pesar de todo, creo que me estoy acercando cada vez más a nuestro objetivo. Espero poder dar con la clave en poco tiempo.

—Está bien —manifestó el detective desilusionado—. Si descubre lo más mínimo, le pido que me tenga informado.

—Se lo prometo, no le fallaré.

Agudo regresó al piso de Esperanza. Ella estaba acostada en su cama con un rostro triste. Daba la impresión de que sus pensamientos estuvieran muy lejanos de aquel lugar.

—Vamos, no puedes seguir así. Te vas a poner muy bien después del tratamiento.

—Ojalá tengas razón —suspiró—. Nunca creí que fuera a encontrarme en una situación similar y la verdad es que no estaba preparada para esto.

—Creo que nadie está preparado para algo así, pero sólo tienes dos opciones, o tiras la toalla o luchas para recuperar tu salud. Espero que te decantes por la segunda, ¿qué opinas?

—Está bien, Carlos. Por una vez en la vida se están cambiando los papeles porque ahora mismo tú eres el optimista y el que lo ve todo de color de rosa.

Al oír esto, Agudo no dejó de sentir una angustia que le envolvía todo su cuerpo. Se hallaba tan desesperado que apenas podía contener sus emociones. Tenía que darle ánimos a Esperanza y además había puesto en marcha un plan de urgencia para intentar salvarla. Ahora era clave dar con el autor de «El último tren de la estación del norte». Los destinos de Arturo Enigma y de Carlos Agudo, que habían estado corriendo en paralelo durante los últimos meses, podrían llegar a cruzarse en cualquier momento. Sólo faltaba un golpe de fortuna para que sus vidas se encontraran.

Cuarenta y seis



A Arturo se le estaban terminando los días y apenas tenía ya alguna posibilidad para poder cambiar su destino. Seguía agazapado esperando a que llegara la víspera de la noche de San Juan. Entonces asestaría el golpe definitivo contra la señora Solano y por fin todo habría acabado para él. Después de haber leído la carta que escribió en ese blog literario la viuda de Tamargo, sentía en su interior unos grandes remordimientos. En varias ocasiones había tenido la tentación de llamarla para intentar por lo menos compensarle algo del dolor que estaban sufriendo su familia como ella, pero ya era demasiado tarde para él y estaba abocado a terminar de una vez por todas con su trágico destino.

Incluso pensó a la desesperada en escribir algo, sobre todo después de haberse reencontrado con su oficio de escritor tras haber publicado «El último tren de la estación del norte». Sin embargo, pese a que en lo más hondo de su corazón tenía esos deseos, al final se sentía sin fuerzas para abordar algo tan complicado.

Así iban transcurriendo las horas muertas en el interior de su piso. No tenía comunicación con nadie de fuera y, por supuesto, había perdido el contacto con Alicia desde hacía muchos días. Notaba que se estaba volviendo loco, peor que cuando permaneció durante meses en El Escorial abandonado a su suerte. Ahora había intentado ser el dueño de su vida, pero había fracasado. Mientras la muchacha seguía rondándole por su cabeza. Por eso llegó a preguntarse en no pocas ocasiones qué estaría haciendo ella en esos

momentos. Y es que no paraba de recordar aquel día en el que él se animó para acercarse hasta Alicia. Su belleza fue un motivo suficiente para que el escritor pusiera en peligro su propia existencia. Luego, por desgracia, llegó el fatídico encuentro con Malatesta, el cual tuvo unas funestas consecuencias para él. Y al final no sólo le había hecho daño a Alicia, sino también a Laura, la esposa de su ex agente literario.

Entonces su teléfono móvil sonó con insistencia y el escritor no tuvo más remedio que atender la llamada.

—¿Dígame?

—Hola, Arturo. Me alegra volver a hablar con usted después de unos días —dijo aquella voz distorsionada que ya se estaba convirtiendo en algo rutinario en su vida—. El plazo que le di está a punto de acabarse y si no actúa con rapidez, todo habrá acabado y ya no tendrá una segunda oportunidad.

—No se preocupe que ya he elegido a una víctima perfecta para poder hacer lo que me encargó, pero no crea que este trabajo es fácil —protestó Arturo.

—¿Es que dentro de nuestras vidas hay algo realmente fácil? Nunca le dije que todo esto fuese a resultarle sencillo, pero debe hacerme caso y seguir todas mis instrucciones, de lo contrario creo que las consecuencias pueden ser fatales. Usted es todavía muy joven y tiene todo el tiempo por delante.

—Pero ¿y si fracaso en esto? ¿Qué es lo que me va a pasar? — le preguntó el novelista cada vez más atemorizado.

—En mi vocabulario no existe la palabra fracaso. Debe hacer las cosas porque sí y punto. Si ahora se acobarda y se echa para atrás, entonces es cuando no va a tener ninguna escapatoria —le insistió aquella voz que cada vez adquiría unos tonos más desagradables.

—No lo sé, estoy muy confundido.

—Debe sobreponerse a todo esto y hacer las cosas con valentía. Si me hace caso estará dentro de poco como nuevo y recuperará lo que tanto ansía. No es algo tan difícil de entender, ¿no cree?

—No lo sé. Ahora sólo estoy pensando en cometer el asesinato cuanto antes —se apresuró a responder el escritor.

—¿Lo ve? Ese es el espíritu que quiero de usted. De nada me sirven las personas cobardes —señaló aquel interlocutor anónimo

—Si no desea nada más, ahora seguiré con mis planes.

—Así me gusta. Ya puedo dejarlo tranquilo. Aún quedan por hacer muchas cosas y no podemos perder ningún minuto. En unos días volveré a llamarlo y espero que ya haya resuelto todo según lo previsto. Y recuerde que no debe intentar ninguna tontería, si no aténgase a las consecuencias —le recalcó aquella voz en un tono realmente amenazador. Poco después la comunicación se cortó.

Una vez que Arturo colgó su teléfono pareció haber tomado algo de impulso para poner en marcha su plan definitivo. Si mostraba el más mínimo titubeo, entonces estaría perdido.

Cuarenta y siete



Agudo trataba de agarrarse a un clavo ardiendo. Cualquier cosa que le pudiera confortar su espíritu sería suficiente para que por fin encontrara lo que tanto ansiaba. Las horas pasaban muy despacio en el piso de Esperanza, la cual se estaba quedando muy debilitada por la quimioterapia. La sonrisa que antaño brillara en la enfermera, ahora se había transformado en un gesto serio y adusto. El detective intentaba reconfortarla todo lo posible, pero llegaba un momento en el que a él mismo ya no le quedaban demasiados recursos. Si al menos pudiera hallar alguna señal, eso sería suficiente para ver algo de luz en todo este asunto. Sin embargo, lejos de aparecer una solución, el panorama iba siendo cada vez más desolador.

—Carlos, no te desanimes. Ya verás cómo vamos a cambiar las cosas —le dijo Esperanza para intentar darle fuerzas.

—Anda ya, deja de preocuparte por mí. Desde que nos conocimos en el hospital siempre has estado pendiente de todo lo que me ocurría, pero ahora no te das cuenta de que la paciente eres tú y que yo soy tu enfermero. Como no te portes bien, voy a llamar al doctor y entonces te va a reñir — trató de bromear el sabueso, aunque ambos sabían de sobra que eso no iba a servir para nada.

En medio de un silencio tenso sonó el móvil de Agudo. Al principio éste lo quiso apagar, pero Esperanza le dijo:

—Anda, cógelo que seguro que es una llamada importante.

Agudo protestó como de costumbre. No quería dejar de atenderla y nada le

podría impedir seguir pendiente de ella. No obstante, el teléfono siguió sonando con insistencia. Al ver la pantalla comprobó que se trataba de Gabriel Portaceli. Entonces le hizo un gesto a la chica para que se quedara tranquila y se salió un momento de la habitación para hablar con mayor libertad. Acto seguido cogió rápidamente el móvil para ver qué era lo que quería el cura.

—Agudo. He dado con algo importante.

—¿Qué es lo que quiere decir? —contestó el investigador privado con cierto aire de incredulidad.

—Seguro que lo que le voy a anunciar le va a interesar mucho.

—Padre, necesitamos algo más que un milagro para salir de esta situación. Si queremos que Esperanza viva tenemos que actuar lo más rápido posible. ¿Qué es lo que ha encontrado?

—He estado estudiando los documentos a fondo y aquí dice algo así como que el «Libro de las almas» tiene ciertas dotes curativas. No sé muy bien los líos en los que están metidos tanto Sempere como usted, pero le diré que el que tenga una profunda fe se salvará del abismo y superará las enfermedades. Sin embargo, hay algo que no logro entender.

—¿De qué se trata? —le interrumpió el detective lleno de ansiedad y sabedor de estar jugando sus últimas bazas.

—Como le decía, en estos manuscritos existe un párrafo revelador que dice lo siguiente: «Sólo cuando los que viven bajo el sol ayuden a los seres que habitan en las tinieblas a vislumbrar el don divino de la vida, entonces obtendrán la salvación eterna». Sé que todo esto es un muy confuso pero aquí se está hablando del poder de la redención.

Agudo se quedó al principio obnubilado por todo lo que había dicho el sacerdote. Su capacidad intelectual era muy limitada para esa clase de acertijos medievales, pero eso a él le importaba un bledo. Estaba obsesionado sólo en salvar a Esperanza, pese a que eso le pudiera costar su propia vida. Tenía por tanto la seguridad de que iba a ir a un combate del que no sabía si podría regresar.

—¿Es que no entiende lo que le digo?, maldita sea —protestó Agudo—. Usted no para de hablarme de cosas que no tienen ningún sentido para mí. Dice que unas personas viven bajo el sol y otras bajo las tinieblas, pero yo lo

que quiero es que Esperanza viva. Ya le he dicho que tiene que seguir indagando en esos documentos y dejarse de monsergas.

—No se ponga nervioso, por favor —replicó el sacerdote—. Yo también deseo que Esperanza esté bien, pero no puedo hacer ahora mismo más de lo que está en mis manos. El «Libro de las almas» tiene que ver con lo demoníaco, por eso hemos de andarnos con mucho cuidado. Cualquier precipitación ahora mismo sería nefasta.

—Está bien, Gabriel. Perdóneme porque tengo los nervios a flor de piel. Compréndalo y no me lo tenga en cuenta.

—Carlos, cuente conmigo para lo que sea —aseveró Portaceli en un tono conciliador—. De verdad, le aseguro que no pararé hasta que pueda encontrar una solución.

—De acuerdo, padre, entonces seguiremos en contacto, pues. Muchas gracias por todo.

Agudo tuvo que disimular lo máximo que pudo con Esperanza. No podía revelarle todo lo que estaba averiguando si al final las cosas no resultaban bien. Ansiaba con todas sus fuerzas curarla, pero sin darle falsas expectativas.

Cuarenta y ocho



Era miércoles 20 de junio. Arturo lo tenía todo planeado para asesinar a la señora Solano. Como había maquinado durante los días anteriores, llegaría a su piso a la hora prevista de la mañana. En vez de forzar la cerradura, pensó que lo mejor sería aprovechar que la vieja abriese ella misma la puerta. Entonces llegaría por su espalda y la sorprendería empujándola hacia dentro de la casa. Además, se las tendría que ingeniar para que la perrita no chistara, pero eso ya sería algo que improvisaría sobre la marcha. Antes de que la anciana pudiera chillar, le taparía la boca con una mordaza y la apuñalaría varias veces hasta que no emitiera el menor ruido. Al vivir la anciana sola, y como se trataba de una hora en la que todo el mundo estaría haciendo algo, seguramente tendría el tiempo necesario para cometer semejante atrocidad.

Dado que todavía era temprano, intentó relajarse en su cama pero no paraba de darle vueltas al asunto. Era consciente de que iba a ser el pecado mayor de su vida; sin embargo, a partir de ahí vendrían los tiempos de la liberación y ya nada volvería a ser igual. Alicia y él viajarían por muchos países y así el escritor tendría tiempo para preparar nuevas historias para alimentar sus novelas. Pero por encima de todo, lo más importante es que volvería a disfrutar de su alma ya que, a fin de cuentas, ¿a quién le iba a importar la vida de una pobre mujer solitaria? Sería ella la que acabaría en el infierno, aunque el escritor se lavaba las manos ante ese asunto. Eran las reglas del juego, igual que cuando Malatesta lo engañó.

Como el reloj había señalado con sus agujas las ocho, se levantó de la

cama y se vistió con unas ropas de color negro. Esperó pacientemente a que el café terminara de hacerse en la cafetera. El silbido de aquel armatoste lo sacó del estado de concentración en el que se hallaba. Y es que no paraba de darle vueltas a su plan para ver si encontraba algún fallo de última hora. El más mínimo error podría echarlo todo a perder. Por fin, cuando ya terminó de hacerse el café, puso el pan a tostar. Le encantaba disfrutar del sabor del pan crujiente en su paladar. Era increíble la frialdad con la que estaba asumiendo este desafío porque otra persona en su lugar no hubiera podido desayunar con la misma fruición con la que lo iba a hacer él. De hecho se puso queso blanco de untar, de ése que a él le gustaba tanto. Y encima se echó unos chorreones de miel. Mientras masticaba no podía dejar de pensar en la señora Solano, pero el guión estaba ya escrito y no debía salirse de ahí. Muchas cosas estaban en juego e iba siendo hora de que su miserable existencia tornara de una vez por todas. En los últimos años muchas personas se habían aprovechado de él; no obstante, eso ya no volvería a ocurrir porque se iba a convertir en un hombre respetable.

A la hora prevista vio a través de su ventana cómo la anciana iba a dar su primer paseo habitual de la mañana. Ahí estaba ella con su perrita pequinuesa que no dejaba de pavonearse para desesperación del escritor, que estaba calculando el tiempo que le quedaría para asesinar de una vez por todas a esa mujer. Luego no haría nada hasta recibir nuevas instrucciones. Estaba claro que hasta que no llegara la noche de San Juan no podría recuperar su alma, si bien esa corta espera no le supondría tanto después de los últimos meses de angustia. Una vez hubo recogido los restos del desayuno se dispuso a salir en dirección al piso de la señora Solano.

Como era de esperar, había comprado un cuchillo para la ocasión que tenía una hoja muy afilada, de ahí que antes de abandonar su casa le pasara nuevamente y con cuidado la palma de su mano por el filo para cerciorarse de que en verdad cortaba mucho. Hecho lo cual, se colocó unos guantes de látex, pues no podría dejar ninguna huella en la casa de la anciana. Otra historia sería deshacerse del arma homicida sin dejar la más mínima prueba.

La señora Solano vivía en la última planta de un bloque no demasiado habitado. El piso de enfrente estaba por entonces desocupado, lo cual sería para Arturo una ventaja añadida para poder llevar a cabo sus intenciones,

porque eso le evitaría cruzarse con algún testigo. Eso sí, debería evitar cualquier distracción para no fracasar en su plan.

Eran las nueve y media cuando se aposentó ante la puerta de la vieja, agazapado como un felino que espera su oportunidad para saltar encima de su víctima. Ya sólo quedaba la cuenta atrás final. Luego tendría que ser raudo como el viento para desaparecer de allí sin dejar nada a la vista de los demás. Entonces le vino a la mente un pensamiento terrible; vio a la pobre señora tumbada en el suelo, rodeada por un charco de sangre tras quedarse su cadáver tan rígido como una tabla de planchar. Esa imagen le produjo una gran repulsión y pensó que era el ser más deleznable del universo. Aprovecharse de esa mujer iba a resultarle lo peor del mundo, pero ya no tenía tiempo para juicios morales ni para arrepentimientos.

En otro lugar de la ciudad, Agudo se hallaba muy desanimado junto a Esperanza, ya que pensaba que todo estaría perdido si no encontraba alguna respuesta a lo que estaba buscando con tantas ansias. Como la enfermera vio que el detective estaba muy afectado por todo lo que le sucedía, no se lo pensó dos veces y trató de animarlo.

—No te tienes que preocupar por mí, Carlos. Todo va a salir muy bien.

—Claro que sí, Esperanza. No sé por qué no podemos confiar en la ciencia. Además, tú eres enfermera y sabes bien cómo va todo este mundillo —le contestó mientras no paraba de observar la pantalla de su teléfono móvil por si le llegaba alguna respuesta.

Al mismo tiempo, Arturo seguía escondido en su guarida, esperando a que su presa llegara en cualquier momento. De nuevo las gotas de sudor volvieron a poblar su frente. Estaba tan nervioso que pensaba que le iba a dar un infarto. Su corazón le latía violentamente y era incapaz de dominar sus emociones. «Venga, unos minutos más y toda esta pesadilla habrá terminado», pensó. «No tienes por qué preocuparte, seguro que la vieja va a colaborar para que las cosas salgan bien. Si la perrita me molesta, ya se enterará de quién soy yo. Todo tiene que salir según lo previsto porque amo a Alicia con locura. Ella es el motor de mi vida y si no hubiese sido por su influencia, hubiera sido incapaz de meterme en este follón. A partir de mañana seré un hombre nuevo. Lo juro. No volveré a cometer los mismos errores ni seré el ser ambicioso del pasado. Me dedicaré a escribir historias hermosas bajo el

sonido de las olas del mar a la vez que Alicia se acerca hasta a mí y me acaricia el cuello. ¡Qué felices vamos a ser! Nos lo merecemos porque hemos pasado por muchos sinsabores, pero ya todo será distinto; no tendré que saber nada más de ese maldito códice ni de aquello que venga de las entrañas del infierno. Ya nunca me esconderé y moriré al lado de la mujer de mi vida», se decía para darse ánimos.

El teléfono de Agudo sonó desesperadamente. Se trataba de Miguel Santiesteban, el crítico literario. Parecía que éste tenía algo importante que decirle pues el móvil no paraba de vibrar y casi echaba humo.

—Hola, Carlos, ¿está preparado para la noticia que le voy a dar?

—¿Qué pasa?, ¿ha encontrado el nombre del escritor?

—Me ha costado mucho trabajo, pero ya le dije que había ciertas cosas en la novela que me resultaban familiares respecto a otras obras anteriores del mismo autor. El libro al que me refiero es «Luna de invierno». Lo leí hace años y me pareció magnífico. Su autor es Arturo Enigma, un joven escritor al que hace tiempo le perdí la pista porque sus últimos libros resultaron un fracaso. El caso es que, a pesar de que el estilo de «El último tren de la estación del norte» es completamente distinto, había algo que me conmovía. No sé, ciertas expresiones, el ritmo de la historia y la evolución de los personajes, tal vez. Luego comparé los textos de ambos libros y vi que estaba en lo cierto. ¿Qué le parece?

—Le agradezco todo lo que ha averiguado pero ya no me queda demasiado tiempo —contestó Agudo—. Necesito saber el teléfono de Enigma urgentemente.

En ese mismo momento pero en otra parte de la ciudad Arturo no paraba de darle vueltas a su cabeza. Todo esto se terminó de golpe cuando de repente se oyó un ruido en la maquinaria del ascensor. Alguien estaba en la planta baja y lo había llamado para subir. Probablemente se trataba de la señora Solano. En apenas unos segundos la anciana se hallaría a escasos metros del novelista. Sólo en el momento en que ella estuviese abriendo la puerta de su casa, éste se abalanzaría por detrás y todo lo demás sería coser y cantar. De tanta emoción contenida el escritor temblaba como un flan aunque tuvo que sobreponerse para no fracasar en su plan. Por fin se abrió la puerta y pudo ver una mano huesuda de la anciana. Tenía el pelo tan canoso como una montaña nevada. Su

cuerpo era frágil pero al mismo tiempo había algo de fortaleza en ella. Por su parte, la perrita dio un saltito y fue la primera en reconocer el terreno. El escritor tuvo que contener su respiración porque el chuchó no paraba de husmear por todos los rincones intuyendo que había algún extraño a escasos metros, pero se movía torpemente porque también tenía una avanzada edad, como su dueña. El corazón de Arturo latía con violencia; seguro que la pequinés ya lo había olido. La sangre le bombeaba cada vez con más intensidad en el cerebro y no sabía si tendría la entereza suficiente para cometer aquel asesinato. Entonces llegó el momento fatídico: la señora comenzó a girar lentamente su llave dentro de la cerradura y las bisagras de la puerta dieron un leve chillido de terror. Atrás estaba el novelista, avanzando como una pantera negra y a punto de saltar desde su atalaya sobre su víctima. El contacto del cuchillo le quemaba sus manos. Aquella arma homicida le pesaba tanto como una losa; no obstante, también sería su salvoconducto para la liberación definitiva. Comenzó, pues, a moverse ralentizando cada uno de sus movimientos mientras la vieja terminaba de abrir la puerta. El horror era ya inminente. El abismo estaba esperando al escritor, quien pensó que ese era el momento perfecto para asestar el golpe definitivo.

En la soledad de aquel rellano de la escalera sonó de repente el móvil de Arturo. Con los nervios había cometido el error de no apagarlo o de ponerlo en modo silencioso. Eso fue un fallo de principiante, algo imperdonable para quien quería dar un giro definitivo a su vida. Entonces la perrita gruñó y comenzó a ladrar como una posesa. La anciana se dio la vuelta y contempló muy asustada al joven, que empuñaba con un gesto amenazante aquel cuchillo. No obstante, ella no pudo distinguirle bien la cara porque era muy miope y además las cataratas le habían mermado mucho su campo de visión. La señora Solano emitió finalmente un grito tan potente que inundó con su voz todos los pisos del bloque. Acto seguido entró despavorida en su casa, cerrado la puerta lo más rápido que pudo para sentirse a salvo. Arturo, sabedor de su fracaso, huyó por las escaleras. El resto del vecindario ya tendría que estar advertido del peligro que había amenazado a la pobre mujer. Ante el fracaso absoluto de su operación, Enigma pensó que iba a desmayarse antes de poder salir de aquel bloque.

Ajeno a este drama, su teléfono delator seguía acusándolo con aquella

música tan estridente que tenía como melodía cuando recibía las llamadas. Se trataba de un número desconocido para él, alguien que lo había interrumpido probablemente en el momento más importante de su vida. ¿Lo cogería o dejaría que siguiera sonando sin parar? Al final se decantó por la primera opción con el dolor de saber que había perdido toda posibilidad de recuperar su alma.

—¿Quién es? —preguntó Arturo apenas sin poder hablar como consecuencia del jadeo producido por la carrera que había tenido que hacer para huir del edificio.

—¿Es usted Arturo Enigma?

—Sí, ¿qué diablos quiere?

—Me llamo Carlos Agudo y llevo meses buscándolo porque soy detective privado. No tengo demasiado tiempo para explicarle toda mi historia pero le advierto que sé determinadas cosas sobre el «Libro de las almas».

Arturo se quedó callado.

—Tampoco me ha sido fácil adivinar que detrás de Ricardo Sandoval se escondía usted —prosiguió el detective.

—¿Y para eso me llama? ¿No se da cuenta de que estaba a punto de hacer algo que me iba a ayudar a recuperar mi alma? Ahora estoy condenado de por vida —sollozó el escritor ante la impotencia producida por la imposibilidad de cumplir con su plan.

—No sé de qué me está hablando, Enigma, pero necesitamos vernos. Mi novia está muy enferma de cáncer y si no nos reunimos y me ayuda con el códice, estará perdida. Ella cree que la quimioterapia la va a curar pero el pronóstico es muy grave.

—Maldita sea, ¿y qué es lo que puedo hacer yo?

—Salvar la vida de una persona, ¿le parece poco? Por favor, necesito que nos ayude porque desde que comencé a investigar este caso he visto cómo ha muerto una persona por culpa del manuscrito que usted posee. Tenemos que quedar esta misma tarde.

Entonces el sabueso le dio la dirección de la casa de Esperanza. Era el único recurso que le quedaba.

—¿Y después, qué es lo que será de mí? No tiene ni idea del lío tan gordo en el que estoy metido y ahora más después de haberme llamado usted —

insistió Arturo.

—Arturo, tiene que confiar en mí porque estoy en su mismo bando. Además, tengo un amigo sacerdote que probablemente lo podrá ayudar en lo que necesite.

El escritor se encontraba muy confundido pues acababa de ver frustrado el plan que había urdido con tanto mimo. Ahora mismo sólo podía pensar en su condenación y eso lo atormentaba.

Agudo le dio las señas de la casa de Esperanza y le volvió a apremiar.

—Está bien. Esta tarde nos veremos allí, señor Agudo.

—De acuerdo, pero no se olvide de traer el código.

—Cuenta con él.

Mientras Arturo colgaba su teléfono no dejaba de darle vueltas a la cabeza sobre lo que acababa de ocurrirle. Sin embargo, en el fondo pensaba que aquella llamada había sido providencial porque no hubiera podido vivir con los remordimientos de haber asesinado a una anciana inocente a sangre fría. Si iba a recuperar su alma lo tendría que hacer de otra manera, nunca a través de un crimen.

Cuarenta y nueve



Arturo se fue como un rayo hacia el piso de Esperanza. Por el tono de voz empleado por aquel detective comprendió que la situación era muy grave, más teniendo en cuenta que el «Libro de las almas» había causado muchas muertes en los últimos siglos. Durante todo este tiempo había vivido de una forma muy aislada, tanto que no era consciente del mal originado tras la adquisición del códice. En cuanto al manuscrito, lo metió en una bolsa de plástico grande, dado el peso que tenía aquel volumen. Luego decidió coger un taxi pues no quería tener ningún percance por el camino. Durante el trayecto no paró de pensar en la situación tan peligrosa en la que se hallaba. Estaba muy asustado porque ahora su vida se encontraba al borde del abismo más que nunca y sabía que podía tener un final terrible. Pese a todo, contaba con la palabra de aquel Agudo, quien se había comprometido a ayudarlo en lo que fuera necesario.

Por fin llegó adonde le habían indicado. Sentía que desde aquel momento iba a comenzar una nueva etapa dentro de su azarosa vida. Ahora tendría que llamar a Alicia para darle una explicación por su actitud de los últimos días. A pesar de que ella lo había ayudado al máximo demostrando estar a su lado en los momentos más duros, el escritor no se mostró a la altura de las circunstancias. No obstante, comprendía que su vida había sido demasiado turbia y anodina como para que eso salpicara a otra persona. Si a eso se le añadía un plus de peligrosidad, entonces concluía que había hecho bien en salvarla de cualquier amenaza. Tal vez por ello se sentía tan pesimista y sin tener ninguna confianza en lo que le fuera a deparar el destino. Sin

embargo, tuvo que hacer de tripas corazón y enfrentarse a aquella cita con el detective, ya que al parecer la vida de una mujer estaba pendiente de un hilo.

Subió por el ascensor hasta el cuarto piso de aquel bloque. Al llegar a su destino no pudo evitar pensar en el suceso que había acontecido durante la mañana y se reprochó una vez más su cobardía por haber intentado asesinar a la señora Solano. En menudo problema se hubiera metido si al final la anciana hubiese caído fruto de esa terrible vorágine de conspiraciones en la que él se hallaba inmerso. Afortunadamente, la vieja estaría ahora junto a su perrita pequinosa, que la había defendido fielmente en el momento más crítico de su vida cuando el escritor blandía en su mano el cuchillo acusador. Por desgracia para él había estado perdiendo inútilmente el tiempo en las últimas semanas tratando de recuperar su alma, algo que cada vez le parecía más lejano.

Llamó por fin al timbre y le abrió la puerta un hombre fornido que tendría aproximadamente unos años más que él. Después de pasar por tantas vicisitudes a lo largo de un tortuoso camino, por fin se encontraban cara a cara aquellos dos titanes: Carlos Agudo y Arturo Enigma. Ambos se miraron a los ojos. Parecían estudiarse el uno al otro al mismo tiempo que se reprochaban muchas cosas en silencio después de tantas pesadillas vividas en el pasado. Al menos sobre el detective no pesaba la losa de la condenación infernal, por eso el escritor estaba convertido en una triste piltrafa humana. Ahora, sin embargo, los dos tendrían que abandonar sus más bajas pasiones para centrarse en el caso que les concernía, de lo contrario, todo acabaría muy mal. Entonces Agudo le alargó su manaza en señal de saludo y Arturo se la estrechó no sin dejar de sentir la fuerza que atesoraba aquel hombre que tenía delante de sus narices.

—Por fin, señor Enigma. Me alegra mucho verlo, pero pase usted, no se quede ahí fuera —le indicó el detective.

El escritor atravesó con timidez el umbral de la puerta de aquel piso y vio que allí se hallaban Esperanza —una mujer que le pareció bellísima— y el padre Portaceli. Este último le llegó a revelar al detective el encuentro que había tenido con la enfermera en el hospital el día que ambos se conocieron. Eso estrechó aún más los lazos entre ellos en un momento tan dramático como el que estaban viviendo. Mientras tanto, Arturo agarraba con fuerza el viejo manuscrito, pues temía que alguien se lo fuera a quitar.

Una vez se hubieron presentado todos, Agudo no quiso demorar mucho más el asunto.

—Arturo, no podemos perder tiempo. Necesitamos el código porque Esperanza está enferma de cáncer y el padre Portaceli tiene que investigarlo a fondo para ver si podemos hacer algo para curarla.

—De acuerdo, aquí lo tienen. Hagan con él lo que más les convenga, pero tengan mucho cuidado porque es un libro muy peligroso. Ahora mismo no tenemos tiempo para que les cuente mi historia pero por culpa de este manuscrito estoy perdido y no sé qué va a ser de mi vida —confesó el novelista a la vez que Esperanza se quedaba conmovida por el gesto atormentado de éste.

Cuando lo sacó de la bolsa, todos los allí presentes se quedaron embelesados con sus dimensiones. A Agudo le parecía increíble poder verlo después de haber pasado por tantos avatares. Incluso en los meses anteriores había dudado muchas veces de la existencia del código; sin embargo, el asesinato de Carmen Altamira había sido una prueba irrefutable de que toda esa pesadilla era cierta.

—¿Creen realmente que el «Libro de las almas» puede tener la capacidad de curar a las personas? —preguntó el escritor algo confundido.

—No lo sabemos con certeza pero tenemos que arriesgarnos —insistió el sabueso.

El sacerdote se acercó al libro y lo examinó con una expresión de gravedad en su mirada. Agudo no paraba de dar vueltas de un lado a otro de la habitación y de vez en cuando le echaba un vistazo a algunas ilustraciones que iluminaban el código y que tenían un aspecto terrorífico. El detective sabía que la historia de aquel libro estaba asociada inevitablemente a la muerte y a la destrucción. A la par que el investigador privado reflexionaba sobre esos aspectos más oscuros del manuscrito, el sacerdote seguía inmerso en su tarea, inspeccionando cada página del libro y tratando de encontrar algunas respuestas a sus muchas interrogantes.

—Esto es horroroso —señaló Portaceli—. En mi vida me había encontrado con nada igual. Ahora comprendo por qué este libro ha causado tanto mal. En manos de las personas equivocadas puede ser muy peligroso.

—¿Por qué lo quiso usted a toda costa? —le preguntó Agudo a Arturo.

—Es una larga y triste historia. Estaba desesperado porque no publicaba nada desde hacía mucho tiempo y necesitaba un espaldarazo para mi carrera. Entonces se me cruzó en mi camino Edmundo Malatesta, el anterior dueño del códice. Ese canalla fue el que me engañó, porque me llegó a asegurar que si vendía mi alma al diablo la volvería a recuperar pues aún tendría la oportunidad de cederle el libro a otra persona. Más tarde me di cuenta de que estaba condenado a ser el último dueño de este manuscrito.

El escritor no pudo continuar con su conversación ya que se sintió desolado y se tuvo que cubrir el rostro con sus manos. El sentimiento de culpa le corría hasta el último milímetro de su cuerpo y estaba siendo arrastrado por un torbellino de desgracias.

—¿Está diciendo que hizo todas esas atrocidades por un acto de vanidad literaria? —le criticó Agudo de una forma despiadada—. No sabe cuánto han sufrido determinadas personas por culpa de ese maldito libro. Incluso conocí a una pobre mujer a la que asesinaron y a mí estuvieron a punto de matarme de una paliza.

A pesar de estas duras palabras del detective, Esperanza tuvo lástima del escritor al verlo tan desvalido. Intentó meterse en la piel de aquel hombre que había hipotecado su vida sólo con la intención de lograr algo de fama para perpetuar su nombre para la posteridad.

—Arturo, yo no lo voy a juzgar —aclaró la enfermera tratando de consolar al escritor—. Todos hemos cometido errores en nuestro pasado.

Esas palabras parecieron confortar al novelista, sobre todo viniendo de una persona que estaba sufriendo uno de los momentos más traumáticos de su vida. Gabriel Portaceli también se quedó admirado por la entereza que tenía la enfermera. Al cabo de unos minutos de silencio, el sacerdote realizó una observación.

—Aquí hay algo que no tiene sentido —advirtió el cura, que no paraba de inspeccionar el «Libro de las almas»—. Entonces les leyó ese párrafo que había anotado de los documentos de Sempere y que podría tener la clave de todo: «Sólo cuando los que viven bajo el sol ayuden a los seres que habitan en las tinieblas a vislumbrar el don divino de la vida, entonces obtendrán la salvación eterna». Seguro que la respuesta a todo esto está delante de mis propias narices, pero no soy capaz de encontrarla. Lo único que necesito es

algo más de tiempo para investigar mejor este manuscrito.

—Tranquilícese, padre —respondió el detective tratando de aplicarse él mismo sus propias palabras—. Tenemos poco tiempo para poder actuar pero las prisas son malas siempre.

En el mismo instante en que hablaban sobre estos asuntos, sonó el teléfono de Arturo. La llamada provenía de aquella misma persona que lo había estado vigilando en las últimas semanas. Cuando el escritor atendió aquella llamada, la expresión de su cara se le puso muy seria.

—Señor Enigma, me decepciona usted muchísimo.

—No lo entiendo, ¿qué es lo que quiere de mí y quién es usted? —le interrogó Arturo cada vez más nervioso.

—Usted lo sabe muy bien. No ha cumplido con su parte del trato, ¿o es que se cree que no he tenido a personas siguiéndole sus pasos durante estos últimos días? El episodio de la señora Solano no lo beneficia en absoluto. Quedamos en que tenía que asesinar a alguien. Sin embargo, ahora va y se desmarca de esta obligación suya, y encima tiene la desfachatez de asociarse con Carlos Agudo. Nunca pensé que fuera a caer tan bajo, pero me doy cuenta de que fue un error que el «Libro de las almas» cayera en sus manos. Es usted una persona débil y maleable, como la hoja de un árbol, y así no se puede progresar en la vida. Comprenderá que ahora no puedo permanecer con los brazos cruzados y que esto le va a costar muy caro.

—¿A qué se refiere? —le increpó el escritor.

—Me refiero a que como no ha sido un buen chico, tampoco lo vamos a ser nosotros. De modo que atiéndame porque no se lo repetiré otra vez: si en tres días no nos entrega el «Libro de las almas», despídase para siempre de esa joven a la que tanto adora. De hecho, la pobre ha tenido un contratiempo en su casa y está ahora mismo a buen recaudo bajo nuestra custodia.

—Maldita sea, eso no era lo acordado.

—Ahora veo que ya reacciona de manera más cuerda. Si quiere recuperar su precioso tesoro tendremos que hacer un trueque.

—¿Y a dónde se supone que tengo que ir?

—Al lugar en el que comenzó todo. A la casa de Edmundo Malatesta.

—Sabía que ese viejo asqueroso estaba detrás de todo esto.

—Se equivoca, Arturo. Cuando llegó a mis oídos que éste quería

deshacerse de la casa, yo la adquiriré al poco tiempo. Lamentablemente no supe antes que él tenía el libro ni que se lo había dado luego a usted. No obstante, allí había algo que me interesaba mucho, así que hice un trato con él y Malatesta accedió encantado después de acordar un par de condiciones indispensables. Esa casa es muy importante porque ha estado muy ligada al código durante muchos años. Recuerde bien lo que le digo; tendrá que venir solo dentro justo de tres días. No podrá ir acompañado por el sabueso ni por ningún policía, de lo contrario despídase de su novia. No quiero trucos por su parte. Ya sabe que no bromeo en absoluto. Nos encontraremos además a la hora del atardecer, con los últimos rayos del sol, ¿entendido?

—Es usted un canalla, pero no me queda otro remedio que obedecerlo.

—Muy bien, Arturo. Recuerde lo que le he dicho; venga solo porque de lo contrario la chica tendrá un final espantoso.

Después de mantener esta conversación con aquel desconocido, Arturo se derrumbó en un asiento. Estaba tan abatido que no podía articular palabra alguna. Al verlo así, todos comprendieron que había sucedido algo muy grave.

En los siguientes minutos el escritor permaneció en la misma actitud, sin poder reaccionar al escuchar aquellas malas noticias. Todo su cuerpo le temblaba y se hallaba tan lívido como una estatua de mármol. Esperanza se asustó tanto que pensó que podría estar sufriendo un shock, por eso se acercó hasta él y trató de serenarlo cuanto pudo. Durante su carrera como enfermera se había encontrado con algunos casos similares, de ahí que intentara que el joven no cayera dentro de ese abismo.

—Cálmese. No puede seguir así. ¿No se da cuenta de que ahora debe velar por su salud? —le insistió ella.

—Es que acabo de recibir una llamada espantosa

Agudo, que había estado observando la escena desde que Arturo cogió su teléfono móvil, se adelantó unos pasos, dejando ese provisional segundo plano que había mantenido en los últimos minutos. Entonces le dijo al escritor:

—La llamada de la que habla, ¿no sería de una voz distorsionada?

—Exactamente, ¿cómo lo ha adivinado?

—Porque yo también he sido bombardeado por algunas llamaditas de esas durante estos últimos meses.

Cuando el detective confesó esto Esperanza se quedó casi sin respirar. No

podía creer que también éste hubiera sido amenazado por la misma persona. Entonces lo interrogó con su mirada, pidiéndole alguna explicación. Agudo se acercó a ella y le estrechó las dos manos de la forma más delicada que pudo. Eran unos momentos de angustia para todos ya que veían que se avecinaban muchos peligros.

—Por desgracia, Arturo, tanto usted como yo hemos sido víctimas de un complot y ahora parece que estamos en una fase decisiva. ¿Nos puede contar lo que le acaban de decir?

Enigma tomó un poco de impulso y gastó las pocas fuerzas que le quedaban para hacerles un relato lo más completo posible de la conversación que había sostenido con aquella persona misteriosa. Tras confesarles el peligro que se cernía sobre Alicia, anunció que debía ir él solo hacia El Escorial. Entonces el detective puso un gesto cariacontecido, con el ceño fruncido. Estaba claro que la persona que se había puesto en contacto con ellos tenía en esos momentos la sartén por el mango y podía hacer lo que le diera la gana. Tendrían que idear un plan maestro para contrarrestar el poder de ese individuo.

—No lo voy a dejar tirado. Va a necesitar mi ayuda porque tanto su vida como la de su novia estarán en peligro —le advirtió Agudo al novelista.

—¿No lo entiende? Esta es una cosa que me atañe sólo a mí. No quiero que más personas sufran el menor daño por mi culpa. Ya bastante tengo con haber fastidiado la vida de la pobre Alicia, a la que conocí hace poco abandonándola vilmente para seguir con esta locura. Ella no se merecía sucumbir ante las garras de esos desalmados —admitió el novelista emitiendo unos cuantos sollozos ante la impotencia del que se sabe perdedor.

Esperanza trató de consolarlo pero no quiso intervenir demasiado en esta escena tan desagradable porque sabía que se trataba del momento crucial y que la resolución de aquel caso estaba pendiente de un hilo.

—De verdad, les agradezco muchísimo todo lo que están haciendo por mí —insistió el escritor—. Desde hace meses me he considerado un condenado en vida y sólo una persona como Alicia ha sido capaz de devolverme algo de alegría a mi vida. Sin embargo, tienen que entender que nos estamos enfrentando a unos criminales peligrosísimos y no pararán hasta conseguir el viejo manuscrito. Después de todo llevan muchos años buscándolo y ahora

están más cerca que nunca. Ellos saben que nos han tomado ventaja y no van a parar hasta conseguir sus propósitos.

Ante estas palabras todos se quedaron en silencio y Agudo se percató de que la partida final había comenzado pese a que él no había dicho su última palabra.

Cincuenta



Era 23 de junio y quedaban apenas unas horas para que comenzara la noche de San Juan. Según lo que había pactado Arturo con su interlocutor tres días atrás, cogió el tren hacia El Escorial con la incertidumbre de no saber qué era lo que le iba a deparar aquel viaje. Durante el trayecto se sintió muy nervioso, sobre todo porque aún tenía en su mente la conversación mantenida con Agudo. El detective se había empeñado en acompañarlo, pero el escritor le insistió en que eso era imposible pues la vida de Alicia estaba en juego y no quería echar por tierra las pocas opciones que le quedaban. Entre los dos se creó una gran tensión, sobre todo porque Enigma se tuvo que llevar de nuevo el viejo manuscrito consigo, con lo cual Portaceli tampoco podría seguir estudiándolo. Sin embargo, el sabueso comprendió que Alicia estaba en manos de una banda de asesinos. Si el novelista no actuaba con rapidez, podrían matarla con la misma frialdad con la que habían eliminado a Carmen.

Lo que desconocía Arturo es que el investigador privado había cogido también su coche en dirección al Escorial. Ahora que las cosas se estaban poniendo tan dramáticas, no podía dejar en la estacada al novelista. Estaba claro que ambos se arriesgaban a perder sus vidas, pero si se quedaba en su casa con los brazos cruzados, ¿saldrían de allí con vida Arturo y Alicia? Además, esos sádicos acabarían quedándose con el «Libro de las almas», lo cual supondría también que no habría salvación para Esperanza. Era necesario, pues, actuar con rapidez aunque no contara con un plan preconcebido. Lo peor de todo es que en el fondo sentía mucho miedo ante lo

que se fuera a encontrar allí, pero no le quedaba otra opción.

Al mismo tiempo, Arturo continuaba sentado en el tren de cercanías que lo iba a llevar hasta la estación de San Lorenzo. Durante ese trayecto recordó la primera vez que acudió allí bajo la llamada de Edmundo Malatesta. Aquel viejo tuvo muy claro lo que quería y lo supo seducir de una forma magistral para conducirlo hacia un camino peligroso. El anciano intuyó perfectamente de qué pie cojeaba el joven, por eso organizó toda esa pantomima a la vez que acallaba la voz de su conciencia encargándole que escribiese la novela de su vida. Malatesta había sido un hombre amoral que había vendido su alma al diablo incluso al precio de haber abandonado a la persona amada. Por ese motivo pervirtió a un joven que estaba desorientado y a la vez desesperado. Lo tenía todo planeado al milímetro para que el novelista pudiera soportar la carga que él había aguantado durante tantos años encerrado en su vieja casa.

Sólo de pensar en todos esos días de engaño, a Arturo se le revolvió el estómago. Y lo peor de todo es que estaba seguro de que se había dejado seducir por el ser más falaz de la tierra. Sucumbió ante los dudosos cantos de sirena de un individuo que representaba lo peor de la condición humana.

El novelista llegó por fin a su destino después de un viaje azaroso. Estaba en esa fase de su vida en la que ya nada le importaba excepto que Alicia se pudiera salvar. Tenía que hacer todo lo que estaba en sus manos para lograr que ella no sufriera nada y sacarla de las garras del loco que la hubiera secuestrado. Era una empresa muy complicada pero si no actuaba con celeridad, habría perdido la última oportunidad de salvar a la persona que más le importaba de este mundo.

Junto a la pequeña estación del Escorial había un par de taxistas que estaban esperando a los turistas. Entonces el escritor habló con uno de ellos para dirigirse hacia la casa de Malatesta. A unos cien metros estaba estacionado el detective, que llevaba allí varias horas a la espera de que llegara Enigma. Desde su vehículo vigilaba todos los movimientos de Arturo y estaba expectante para ver cuál era el camino que les conduciría hacia la vivienda en la que se iba a desarrollar el acto final de una tragedia que se había alargado más de la cuenta. En la mente de Agudo comenzaba a dibujarse el horror, porque sabía que Esperanza no podría salir adelante sin la intervención del código. Por eso le enloquecía la simple idea de perder a una

persona que había sido el referente de su existencia en los últimos meses. Si salió del coma fue sobre todo por los cuidados de la enfermera, que supo estar a su lado siempre que éste lo necesitó en los peores momentos. Esa era la única razón por la que se veía con fuerzas suficientes como para enfrentarse a los peligros que se le presentaran por delante.

Mientras tanto, el taxista iba ascendiendo cuidadosamente la cuesta hacia la parte alta del pueblo. Agudo iba detrás a una distancia siempre prudencial. Cualquier error que cometiera sería fatal, pues Arturo había quedado en que iría para allá solo y que no podría contar con ningún tipo de ayuda. El calor era además sofocante, típico de una tarde-noche de junio que preludiaba un verano de lo más insoportable.

Por fin el taxi se detuvo junto a una casa que estaba rodeada por una tapia. Desde su coche el detective observó cómo el escritor llamó al portero electrónico y alguien le abrió una puerta que se cerró inmediatamente después. La única opción que tendría era la de escalar aquel muro sin que nadie advirtiera su presencia.

Por su parte, Arturo entró en la finca que tantos recuerdos aciagos le producía. Lo más extraño de todo fue que cuando llamó al portero alguien le abrió pero sin contestarle ninguna voz. Conforme iba caminando por aquel paraje tan solitario, las hojas de los árboles no paraban de agitarse, produciendo esa siniestra música que tanto le había conmovido durante los meses en que estuvo conviviendo con Malatesta. Llegó a su cita según la hora prevista, en el mismo momento en que el sol comenzaba a desfallecer bajo el horizonte. A su alrededor no había indicios de vida alguna. Ante él se cernía un páramo de desolación.

El novelista se dio cuenta de que en una de las habitaciones del piso superior de aquella vivienda había una débil luz que estaba encendida. Era la única señal mortecina que le aseguraba que había alguna presencia en dicha casa. Por fin llegó hasta la puerta principal, la misma que le paralizó de terror la primera vez que estuvo allí. Desde esa atalaya de bronce le observaba aquel rostro infernal esculpido que tanto le había impresionado. Con una mano temblorosa dio unos golpes al aldabón pero nadie respondió. En su interior se sembró la duda ya que no estaba seguro de estar haciendo lo correcto. Era consciente de que llegar allí era todo un riesgo, más teniendo en cuenta que iba

a tener una cita con una persona desconocida que le podría asesinar ahí mismo sin que nadie se enterase. Estaba seguro de que le iban a tender una emboscada; sin embargo, no podía hacer otra cosa que arriesgarse si quería ver de nuevo con vida a Alicia.

Decidió entonces alejarse unos cuantos metros de la puerta y contempló con espanto una vez más las gárgolas que se distribuían a lo largo de la cornisa en la parte superior de la fachada del edificio. Desde aquellas alturas parecían estar haciéndole unas muecas horripilantes, dando la impresión de que estuviesen mofándose de su futuro inminente. El escritor, que intuía un fatal destino, se tapó los ojos y respiró varias veces de forma pausada intentando que aquel ambiente no le afectase nada. A continuación, volvió a coger fuerzas para llamar de nuevo a la puerta, llegando a gritar un par de veces, si bien nadie le respondió. Cuando ya estaba a punto de claudicar y pensaba que todos sus esfuerzos estaban resultando baldíos, los goznes del portón comenzaron a chirriar lentamente. Era como si una mano invisible lo estuviera abriendo. Al otro lado del umbral no había nadie, así que el novelista decidió entrar aunque todo el edificio parecía guardar un silencio sepulcral. Ya una vez en el interior de aquella morada se percató de que allí había una gran humedad pese a la época del año en que se encontraban.

Cuando dio sus primeras pisadas, éstas sonaron huecas en aquella casa de piedra. Era tanta la reverberación que creyó transitar por una vieja catedral. Todo seguía impoluto como hace unos meses y sin ninguna señal de vida.

—Soy Arturo Enigma y he venido a cumplir la parte de mi trato. ¿Hay alguien ahí? —gritó al vacío.

Nuevamente el silencio fue la única respuesta. El escritor pensó entonces que a lo mejor se había equivocado de día. Tal vez la persona que lo llamó por teléfono quiso decir que se emplazarían la noche siguiente, pero entonces, ¿quién le habría abierto la puerta? Decididamente, ahí tenía que haber alguien que no estaba dando la cara. En su deambular por la casa, Arturo no paró de darle vueltas al asunto y llegó a pensar que le estaban mareando para despistarle. Incluso se imaginó que tal vez el viejo Malatesta podía ser el responsable de todo esto.

—Señor Malatesta, si está usted ahí, salga, por favor, porque no tiene ninguna gracia su broma —volvió a gritar Arturo intentando vislumbrar algo

dentro de aquellas tinieblas, pero su voz se perdió en un absurdo eco—. He traído el «Libro de las almas» tal y como me pidieron. No quiero saber nada sobre este maldito manuscrito. Lo único que les suplico es que me entreguen inmediatamente a Alicia. ¿Es que nadie me va a responder, joder?

El escritor estaba llegando al desánimo pues temía incluso que la pobre muchacha estuviera ya sin vida. Tal vez todo esto había sido un ardid más para que él les entregara el códice pese a que la joven hubiese sucumbido. Sólo de pensarlo le entraban ganas de vomitar. Al final, cuando le quitasen el libro, sería el siguiente en morir y entonces sí que no habría escapatoria. Habría perdido a su amada y estaría condenado de por vida a un castigo que se había merecido por jugar con fuego.

Entonces escuchó el ruido de unas pisadas en la planta superior de la vivienda. Era un sonido tenue, apenas imperceptible, pero lo suficientemente claro como para darse cuenta de que arriba había alguien. Decidió, pues, subir por las escaleras y salir de dudas de una vez por todas. Poco a poco aquel sonido fue haciéndose más evidente; alguien estaba jugando con él al gato y al ratón. Y es que, tras haberlo atraído hasta esa casa, le habían abierto las puertas, dándole todas las facilidades para recorrer las habitaciones sin ninguna oposición. Ahora lo estaban conduciendo hacia un lugar muy concreto, la habitación en la cual se habían originado aquellas pisadas.

Cuando Arturo subió todo volvió a estar en silencio. Entonces creyó que se estaba volviendo loco y que nunca daría con Alicia. No sabía qué hacía allí exactamente pero tenía que seguir adelante con las pocas fuerzas que le quedaran si deseaba volver a verla con vida. Una vez más padeció esa misma sensación de ahogo que había tenido durante los meses en que estuvo escribiendo «El último tren de la estación del norte». Los viejos fantasmas del pasado volvieron a aprisionarlo y llegó a pensar que se hallaba en un callejón sin salida. Recorrió todo el piso superior, habitación por habitación, mas allí no parecía haber nadie. El dormitorio de Malatesta era el que tenía la luz encendida, pero todo permanecía en el mismo estado de sigilo. Su demencia lo estaba conduciendo hasta el paroxismo, tanto que le parecía que algún ser invisible le estuviera vigilando todos sus movimientos. Llegó por fin hasta el cuarto en el que había estado recluido durante tantos meses. Al ver la pequeña mesa de escritorio no pudo menos que sentir repugnancia ante la idea de haber

sucumbido a las garras de aquel viejo. Intentó como pudo evadirse de todos esos pensamientos amargos de su pasado más reciente y se asomó por el ventanal a ver si descubría algo.

Por su parte, Agudo estaba muy preocupado porque habían pasado ya muchos minutos desde que el escritor entrara en aquella extraña casa y no tenía ninguna noticia suya. Miró por los alrededores y comprobó que aquellos muros eran inaccesibles y que necesitaría alguna ayuda para poder franquearlos. Intentó pensar con rapidez para ver si podía hallar una solución que le permitiera franquear esa barrera. No obstante, todo indicaba que no iba a ser tan fácil poder entrar en dicho castillo.

Trató de discernir quién podría estar detrás de todo esto. De hecho, cuando habló con Soriano la última vez, éste le juró que no había tenido nada que ver con los matones que quisieron asesinarlo. ¿Y si al final el picapleitos decía la verdad y no guardaba ninguna relación con la muerte de Carmen Altamira? Incluso Sempere le llegó a asegurar que no había sido el responsable de la paliza que él sufriera meses atrás. ¿Podría darse el caso de que hubiera otra persona que estuviese actuando desde la sombra moviendo los hilos a su antojo y amparándose en el anonimato?

Agudo tenía que poner fin a este caso de una vez por todas. Entonces concluyó que era vital dar con algo que le sirviera para escalar aquella pared. Eso no sería tarea sencilla, ya que no había nadie por los alrededores. De repente vio el cielo abierto porque de un chalet cercano salía un jardinero que portaba una escalera muy larga de esas que se usan para podar las ramas de los árboles. No se lo pensó mucho más y corrió desesperadamente hacia él.

—Perdone, señor. Tiene que ayudarme.

El jardinero lo miró extrañado. No en vano Agudo mostraba una cara desencajada por la preocupación y no paraba de jadear con mucha fuerza.

—¿Qué es lo que desea, amigo? —le contestó aquel hombre todavía impresionado por la aparición que tenía delante de sus narices.

—Soy investigador privado —respondió el sabueso enseñándole su carnet acreditativo—. Necesito que me deje su escalera inmediatamente para escalar aquel muro —aclaró señalando con su dedo índice derecho hacia la casa de Malatesta.

Aquel tipo se mostró asombrado ante esa extraña propuesta porque no

dejaba de ser un allanamiento de morada en toda regla.

—Se trata de algo muy urgente. Hay varias personas en peligro y debo entrar cuanto antes ahí.

—Está bien, vamos para allá. Ahora mismo le coloco la escalera junto a la pared —le contestó el hombre.

Unos segundos después, el trabajador situó aquel artilugio tan largo como una jirafa apoyándolo sobre la pared con un leve plano inclinado. Éste sujetó con fuerza a la vez que el detective fue subiendo por los peldaños. Cuando el sabueso hubo alcanzado la parte superior del muro, le hizo una señal a aquel hombre con su dedo pulgar apuntando hacia arriba para indicarle que todo estaba bien y al cabo de unos segundos, desapareció de la vista de ese improvisado ayudante.

Tras completar su escalada, Agudo cayó al suelo desde una gran altura y se hizo daño en su pierna derecha. Al principio no le dio demasiada importancia y procuró correr en dirección hacia la casa, pero pronto notó que estaba cojeando y que se podría haber provocado una luxación o incluso una rotura. A pesar de lo cual, evitó pensar en su lesión y caminó lo más rápidamente que pudo hacia una vivienda que le sorprendió por su aspecto tenebroso. Al fondo se veían los rayos decadentes de un sol rojizo sangriento que parecía clamar su propia venganza. En la mente del detective no había otro objetivo que el de salvar a las dos personas cuyas vidas estaban en juego. Era evidente que cada vez tenía menos tiempo por delante y que si no se movía con celeridad, todo estaría perdido. Entonces se le vino a la mente una imagen, la de los ojos de Esperanza. Motivado por eso, caminó con determinación pues deseaba entrar cuanto antes en esa especie de caserón gótico. Menos mal que para esa ocasión se había traído la misma pistola que lo había acompañado en los momentos más difíciles de su carrera profesional. Con ella había sido testigo de acontecimientos atroces e, incluso, alguna que otra vez tuvo que emplearla en dudosas operaciones. Ahora la estaba palpando con fuerza mientras el arma descansaba plácidamente en una funda que se ajustaba a su costado izquierdo.

A la vez que caminaba por aquella arboleda no notaba nada extraño en la vivienda. Todo estaba en silencio y eso le producía muy mala espina. Lo peor de todo es que en el ambiente se mascaba la tragedia, a la par que las primeras ráfagas de aire de la noche comenzaban a agitar las hojas de los árboles con

más violencia aún.

Agudo llegó entonces hasta el portón de bronce de la vivienda, que parecía ser el último obstáculo infranqueable antes de que pudiera entrar en aquella especie de fortaleza pétrea. Miró con extrañeza ese rostro diabólico que sostenía en su boca una aldaba pesada. Ahora el problema consistía en entrar por la puerta sin que nadie pudiera advertir su presencia, pero parecía imposible penetrarla. Decidió rodear la casa a ver si encontraba otro acceso. Después de hacer un primer intento, fue incapaz de dar con alguna abertura que le permitiera acceder al interior. Era triste asumirlo, pero le resultaba imposible horadar aquella fortaleza.

Cincuenta y uno



Arturo seguía inmóvil en la planta superior de la casa de Malatesta, atrapado y sin tener ninguna idea clara. Estaba seguro de que si le habían citado ahí tendría que ser por alguna causa concreta. Después de tanto camino recorrido, no podía ser que ahora todo se echara por la borda. Intentaba razonar para ver dónde podría estar Alicia pero cada vez el tiempo era menor y se le iban agotando sus opciones. En el fondo seguía teniendo mucho miedo ante lo que se pudiera encontrar. No obstante, debía hacer el último esfuerzo si quería evitar que las cosas acabaran mal.

Un nuevo ruido lo sacó de su ensimismamiento devolviéndolo a la cruda realidad. Ahora parecía que el foco de origen procedía del sótano; aquella habitación siniestra que tan malos recuerdos le producía. Sin pensárselo dos veces se precipitó por las escaleras hasta que llegó a los angostos peldaños que lo conducirían a aquel inframundo. Estaba seguro de que allí encontraría todas las respuestas que buscaba con tanta ansiedad. La humedad y la oscuridad eran las notas dominantes, por eso debía andarse con cuidado no fuera a dar un traspie. Al final de aquel túnel contempló la pequeña puerta que daba al sótano. Se abalanzó hacia ella y la abrió de golpe haciéndose de nuevo el silencio. Cuando estuvo dentro del recinto notó que todo estaba en penumbras, si bien a lo lejos se advertía una tenue luz que temblaba. El escritor supo que se tendría que dirigir hacia allí si quería recuperar a Alicia, pero apenas podía avanzar unos cuantos centímetros. Su cuerpo se hallaba prisionero por una extraña fuerza que lo mantenía atrapado. Trató de chillar en

vano pues su garganta estaba paralizada y no era capaz de articular el más mínimo sonido.

En ese mismo momento, al otro lado de aquella sala se apreciaban unas figuras negras que se movían de una forma extravagante. Estaban manteniendo alguna conversación, pero él no podía escuchar nada. Ahora más que nunca el novelista se veía atenazado ante el horror. Lo peor de todo es que Alicia debía estar allí, sufriendo entre esa panda de lunáticos que la tenían prisionera. Apenas se hallaba con fuerzas para sostener entre sus brazos el viejo códice, el cual pesaba como una enorme losa. Al cabo de unos segundos notó que alguien le estaba dando unos tirones. Querían arrancarle el libro de sus manos y Arturo trató de aferrarse a él. De nada le valió porque se lo acabaron arrebatando sin que éste tuviera energías para asirlo a su cuerpo. Aquellas sombras se fueron moviendo con más rapidez. Seguían cuchicheando algunas palabras extrañas, una especie de sonidos sordos que eran muy difíciles de entender. Intentó revolverse y rebelarse contra aquel asedio, pero le resultó imposible. De repente le pareció escuchar un sollozo. Era sin duda el llanto de Alicia, que estaba atrapada en un rincón de aquella estancia. «Socorro — gritaba débilmente aquella voz—, necesito que alguien me ayude». Arturo intentó adelantarse unos pasos más, pero no había nada que hacer. De nuevo se sentía dominado por aquella extraña fuerza invisible que lo tenía bloqueado y que le imposibilitaba reaccionar de forma cabal. Creyó enloquecer, pues deseaba correr hacia la muchacha para liberarla; sin embargo, ya no era dueño de sus movimientos. El miedo paralizó una vez más al escritor y lo sumió en un extraño letargo.

Por su parte, el detective seguía dándole vueltas a la casa, tratando de encontrar el mínimo resorte que le permitiera averiguar la manera de meterse en su interior. Entonces escuchó un grito terrible emitido por una mujer. Sin pensárselo más, le pegó un par de disparos a la cerradura de la puerta principal y entró en la casa. Ya no le importaba que fuera descubierto. Debía actuar con celeridad porque ya apenas le quedaba tiempo.

Al traspasar esa especie de umbral mágico notó que aún los gritos proseguían, de manera que se dirigió inmediatamente hacia las escaleras que conducían al sótano. Conforme bajaba, iba con sus dos brazos estirados, apuntando en todo momento con la pistola, dispuesto a pegarle el primer tiro a

quien se le pusiera por delante. Llegó hasta la pequeña puerta metálica y vio que estaba completamente abierta. Entonces entró en aquella sala con sigilo. Cuando ya había dado unos cuantos pasos, vio que a unos metros de distancia había un grupo de personas, pero apenas las podía distinguir.

—Bienvenido a nuestra fiesta, señor Agudo. Sabía que no se iba a quedar con los brazos cruzados en su casa, por eso le tenía reservado un papel muy importante en esta función.

—No sé quiénes son ustedes —bramó el detective—, pero no me voy a ir de aquí hasta que no me entreguen a Arturo Enigma y a su novia —amenazó el sabueso intentando descubrir quién tenía delante de él.

Después de estas breves palabras se escuchó una risa estrepitosa a la vez que la misma persona que había comenzado a hablar al detective continuó con su discurso:

—Sí, claro, y también se querrá llevar el «Libro de las almas». Es un ingenuo si se ha creído que vamos a darle tantas facilidades.

—Les estoy apuntando con un arma y soy un tipo que no tengo demasiada paciencia, se lo advierto. Si no me dan inmediatamente a los rehenes, voy a empezar a disparar.

—Si hace eso cometerá un error, pues tanto Enigma como la muchacha morirán —respondió aquella voz ya menos extraña para el detective cuando esa persona mostró su rostro ante la luz. Agudo no se lo podía creer pero quien le estaba hablando era María del Mar Niebla, la mujer con la que se entrevistó personalmente al investigar los asuntos más turbios de Soriano.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó el sabueso con un rostro desencajado.

—¿Es que no se lo imagina? Soy la persona que ha movido toda esta operación. Sí, señor Agudo. No se extrañe tanto. ¿Recuerda esas llamadas anónimas?, pues fui yo quien las hizo. Pero por favor, baje esa ridícula pistola porque mis hombres le están apuntando y no tienen ganas de broma.

—Usted asesinó a Carmen Altamira.

—Ah, sí, esa maldita zorra —contestó con una frialdad inusitada—. Hubo un momento en que le solicité ayuda y ella se comprometió con nosotros, pero al final se enamoró de un pobre desgraciado como usted y tuve que matarla; no había más remedio. Qué escena de amor más patética, ¿no cree?

A Agudo le entraron ganas de abalanzarse sobre ella y estrangularla con sus propias manos, pero eso no hubiera servido de nada pues de inmediato habrían matado al escritor y a Alicia. Incluso su propia vida estaba en peligro en manos de aquellos dementes. En esos momentos de zozobra tenía que mantener la cabeza muy fría porque de lo contrario tampoco podría ayudar a Esperanza. De todas las personas que habían entrado en liza en el último año, jamás se hubiera imaginado que aquella educada señora era la que estaba detrás de aquellos cruentos episodios. Ahora todas las piezas sueltas del puzle encajaron definitivamente y comprendió que esa mujer era la cabeza pensante que encargó a los matones que lo eliminaran en ese callejón abandonado. Cometió el error de dejarse engañar por ella ya que había andado detrás de una pista falsa en su empeño de desenmascarar a Alejandro Soriano, pero no fue lo suficientemente listo como para percatarse de que María del Mar Niebla había sabido ocultar muy bien todas sus bazas.

—Todo lo que me contó sobre Soriano el día que nos conocimos eran patrañas, mero papel mojado para cumplir con el expediente. Desde luego no sé cómo he podido estar tan ciego durante este tiempo.

—Ah, querido Agudo, el justiciero que quiso hacer las cosas a su antojo. Está claro que a usted nadie le dio vela en este entierro y que quiso meter sus narices en donde no debía. Se empeñó en airear la basura que había permanecido escondida durante tantos años. Incluso se le ofreció la oportunidad de alejarse del caso...

—¿El día que encargó que sus gorilas me mataran sin poderme defender es lo que usted llama una oportunidad? —protestó Agudo con sarcasmo—. No me venga con esas, que ya somos muy mayores y no creo en los cuentos chinos. Usted es una asesina y sólo por eso la policía se le echará encima. Es cuestión de tiempo. Además, no entiendo que haya cometido todas esas atrocidades por culpa de ese dichoso libro. Hasta ahora pensaba que detrás de este asunto tendría que haber una persona tan enferma como Soriano o Sempere, pero creo que lo suyo supera con creces mis expectativas. También supongo que la historia que me contó sobre el abogado no se ajusta demasiado a la realidad. Seguro que entre los dos tuvo que haber algo más, tal vez algún tipo de romance furtivo, ¿no es cierto?

—Maldita sea, Agudo. Se está metiendo en mis asuntos personales y no

tengo por qué darle explicaciones sobre mi vida privada. Simplemente le diré que entre el señor Soriano y yo existió un vínculo muy fuerte, pero eso ya pasó. Ese cabrón me traicionó y al final se salió con la suya. A pesar de eso, yo no cedí en mi empeño de buscar el «Libro de las almas», y ahora por fin lo he conseguido después de muchos años.

El sabueso observó con mayor detenimiento la escena que le rodeaba y vio que tanto Arturo como Alicia estaban los dos inconscientes, sentados en unas sillas y maniatados. A su alrededor había un pequeño grupo de personas que estaban apuntándolo con sus pistolas, de modo que no podría salir con vida de allí. Jamás se había enfrentado a una situación similar, por eso tuvo que claudicar y le entregó su arma a la señora Niebla. Al mirarla a los ojos se dio cuenta de que ésta encerraba una semilla maligna en su interior que era demasiado evidente. El detective se culpó por haber estado tan ciego durante los últimos meses. En ese instante le vino a la mente la imagen de Carmen el día en que fue asesinada; ella no pudo defenderse de aquella trama de ambiciones y simplemente fue una víctima más de aquel juego perverso.

—¿Y qué pretende hacer con el manuscrito ahora que por fin lo tiene entre sus manos?

—Muy fácil. Necesitaba este libro para celebrar una misa negra e invocar al diablo. Enigma será el voluntario perfecto para mis planes, mientras que la chica ejercerá como víctima para el sacrificio que tendremos que realizar. El escritor debió asesinar a una persona para que se pudiera ejecutar un viejo ritual en esta noche de San Juan, pero al muy cobarde le temblaron las piernas y no cumplió con su trato, así que ahora seremos nosotros los que terminaremos de rematar la faena. Después de que se lleve a cabo esto me beneficiaré de un nuevo pacto diabólico, ya que conseguiré los favores de Satanás y las almas de estos dos pobres infelices se terminarán de pudrir en el infierno. Y aprovechando ya su presencia, espero que sea usted un testigo de excepción, ya que comprenderá que no va a poder salir con vida de aquí porque sabe más de la cuenta y eso nos podría poner en peligro a todos. Además, no pretendo compartir mis secretos con nadie.

—Es usted la persona más demente con la que me he cruzado en toda mi vida —escupió con rabia Agudo mostrándole así a aquella mujer su repulsa por el plan tan rocambolesco que había diseñado.

—Puede decir lo que quiera, Agudo, pero un fracasado como usted jamás comprenderá los pensamientos tan elevados de alguien como yo. Analícese un momento a sí mismo. Hasta el momento no ha sido más que una caricatura de investigador privado y en todos los casos en los que se inmiscuyó salió escaldado. Luego accedió a los reclamos de Jorge Sempere, un pobre viejo e inútil. ¿No se da cuenta?, se ha asociado con los perdedores porque usted mismo es un perdedor y una gran estafa, por eso no merece seguir respirando más el aire que nos rodea. Pero ahora no quiero que me distraiga más, ya que tengo que empezar con el rito, pues de lo contrario perderé un tiempo precioso.

María del Mar Niebla fue muy dura con el detective. De hecho, una contrincante tan seria como ella suponía un escollo imposible de salvar para alguien tan calculador como Agudo. Sin saber por qué se hallaba en medio de una situación cuanto menos grotesca. Era el momento más crítico de los que había vivido desde que comenzó a hacerse cargo de esta investigación, de ahí que no supiera muy bien cómo salir de ese embrollo.

Al cabo de pocos minutos aquella mujer entró en una especie de trance y comenzó a pronunciar algunas palabras en latín, una lengua que por supuesto él desconocía. Y para colmo de males, ahí continuaban los gorilas de su oponente, intimidando y haciéndole caer en la cuenta de que alguno de ellos probablemente fue el que lo intentó matar en ese callejón durante la noche aciaga en la que todos los infortunios se confabularon contra su persona.

Mientras tanto, Arturo Enigma seguía inconsciente en su silla, ajeno a todo lo que se estaba cocinando. Por desgracia para él se había quedado fuera de juego en su infructuoso intento por salvar a Alicia. La chica, por su parte, también se encontraba junto a él, maniatada y con muy pocas posibilidades de sobrevivir a aquella inminente matanza. No en vano, en la cabeza de Niebla se estaban dibujando los peores pensamientos y ésta haría todo lo que fuera necesario para conseguir los favores del diablo. La espera de tantos años había merecido la pena porque ahora era ella la que dictaba las reglas de aquel peligroso juego. Nadie sería capaz de arrebatarse lo que más deseaba en el mundo.

Sin previo aviso, esta mujer iluminada sacó un cuchillo de considerables dimensiones. Al verlo, el detective se temió lo peor. Niebla seguía recitando

versos del manuscrito y daba la impresión de estar dispuesta a invocar a todos los demonios del infierno para que le ayudaran a conseguir sus propósitos. Agudo no podía creer que esto le estuviera sucediendo a él. Su agnosticismo declarado le impedía reconocer que en verdad hubiera un ser diabólico que fuera el causante de todos sus males. Sin embargo, por otra parte, sabía que el único camino para que Esperanza recuperase su salud era a través de aquel dichoso libro.

Cuando hubo terminado de pronunciar aquellas palabras, María del Mar Niebla agitó con fuerza el cuchillo y le hizo un corte profundo en la muñeca a Alicia. Ésta gritó de espanto ante tal atrocidad cometida, pero se vio impotente porque estaba maniatada. Poco después, Arturo se recuperó de su estado inconsciente y cuando se dio cuenta de lo que le hacían a su compañera, se revolvió en su asiento y trató de zafarse de la cuerda que lo tenía atado, pero nadie se había dado cuenta de esto porque todos estaban atentos a los gestos de dolor de la muchacha.

El investigador intentó moverse, pero las garras de un matón lo mantuvieron atenazado en su sitio. Si hubiera pretendido hacer cualquier acción heroica, le habrían pegado un tiro en ese momento y entonces todo hubiera acabado demasiado pronto para él.

Al mismo tiempo que la sangre de la joven se derramaba en medio de tantos alaridos de dolor, María del Mar Niebla continuaba con su rito satánico, sin dejar de abandonar esa sonrisa de triunfo que tanto desquiciaba al detective. Entonces, y sin previo aviso, se acercó hasta el escritor. En pleno éxtasis de su locura, aquella mujer lo miró y, a continuación, se acercó más a Alicia para asestarle el golpe definitivo. Antes de que blandiera de nuevo el cuchillo y de que se lo clavara a ésta, Enigma se abalanzó sobre ella, pero no pudo evitar que la hoja punzante se le hundiera en lo más profundo de su vientre. Todo ocurrió en apenas unos segundos, el tiempo necesario para que poco después de eso comenzara a brotar de la barriga del escritor un abundante manantial de sangre. Si no se le intervenía rápidamente moriría desangrado sin remedio. Agudo no pudo aguantar más esta situación y se libró de la persona que lo agarraba dándole un fuerte puñetazo. A continuación, se lanzó sobre uno de los gorilas que tenía enfrente y le arrancó la pistola de las manos. En unos segundos comenzó a disparar a todos los que estaban a su

alrededor; los matones fueron derrumbándose como castillos de naipes a la vez que la sangre comenzaba a manar profundamente de sus cuerpos. En ese instante, María del Mar Niebla se giró con una cara llena de odio y se acercó hasta donde se encontraba el sabueso intentándole quitar el arma, pero él anduvo más rápido y le estampó un golpe en la cara dejándola tirada en el suelo inconsciente. Cuando hubo rematado a los criminales — que aún convulsionaban con espasmódicos movimientos—, se acercó rápidamente adonde estaban Arturo y Alicia. Primero desató a la muchacha y le dio un trozo de tela para que ésta se rodeara la muñeca que aún sangraba. Pocos segundos después atendió al escritor, haciendo presión con toda la fuerza que pudo sobre la herida del vientre para intentar que la sangre no saliera con tanta violencia. A pesar de lo cual, su situación era muy grave.

—Es inútil, me estoy desangrando y cada vez tengo menos fuerzas para seguir adelante —balbuceó el escritor con gran esfuerzo.

—No se rinda, Arturo, tiene que aguantar —respondió Agudo.

—Sí. Acabo de llamar a una ambulancia para que venga lo antes posible —añadió Alicia.

Al escritor se le fue nublando la vista. Sentía muchísimo miedo y ya no albergaba ninguna esperanza de salvación. Lo más terrible de aquello era que ya no iba a poder disfrutar junto a Alicia el resto de su vida. Todos sus planes se estaban yendo al traste.

—Arturo, ya verás cómo te vas a recuperar y dentro de poco vamos a poder pasear juntos otra vez. No te rindas, tienes que aguantar. Vamos, ya queda poco para que venga la ambulancia —le animó la muchacha mientras le acariciaba suavemente la cabeza sosteniéndola en su regazo.

—Muchas gracias, Alicia, por haberme hecho feliz durante estas últimas semanas. Eres lo mejor que me ha pasado en mi vida, por eso lamento haberte abandonado. Perdóname por no estar más a tu lado. Yo no quería que esto sucediera así, créeme. Pero por lo menos he hecho algo bueno antes de morirme, porque prefiero haberme llevado yo esa puñalada. Tú eres totalmente inocente; yo tengo la culpa de todo lo que ha pasado —afirmó el escritor con un discurso cada vez más ininteligible—. Ahora estoy muy cansado pero daría todo lo que fuera por cambiar aquellas cosas en las que me he equivocado en el pasado... —y sin poder terminar de decir, expiró.

La luz se apagó y a pesar de los esfuerzos del detective y de Alicia, nada pudieron hacer por Arturo, que cerró los ojos e inició un viaje hacia un destino incierto. Poco después se personó la policía con el inspector jefe Ceballos a la cabeza. Se encontraron con una escena dantesca causada por numerosas muertes. El tiempo se volvió a detener.

Cincuenta y dos



Aquella tarde de finales del mes de junio era inusualmente fresca para ser el inicio del verano. En el cementerio había muy pocas personas pues parecía que hasta los muertos quisiesen permanecer en paz sin que nadie les alterase en su eterno descanso. El viento resoplaba con fuerza y, en el silencio de aquel camposanto, las hojas de los árboles se agitaban violentamente. Desde la cornisa de una pequeña ermita se elevaba una gárgola de mármol que escudriñaba los movimientos de cualquier individuo que pasara por delante. Todo seguía en orden y quietud. Sólo el canto de algunos pájaros interrumpía de vez en cuando aquella calma milimetrada. Bajo el blanco de los nichos se sedimentaba el verdín acumulado después de tantos años. Incluso a lo lejos se podían contemplar algunas estatuas que parecían estar soñando hasta que alguien fuera capaz de despertarlas de su eterno letargo. No era posible, pues, encontrar más que parsimonia y calma en aquel lugar.

Irrumpiendo esa escena tan melancólica, un grupo reducido de personas se congregó en torno a un sepulcro que estaba abierto, a la espera de que introdujesen el ataúd. Gabriel Portaceli, con su estola agitada por el viento, pronunciaba algunos pasajes del Evangelio; palabras que podían confortar muy poco a los que se encontraban allí reunidos. En una esquina se hallaba una muchacha joven con los ojos encharcados por la lluvia de su llanto. Se trataba de Alicia, a la que consolaba como podía Esperanza. Al lado de éstas se ubicaba Agudo, quien aún recordaba con amargor cómo habían sido los últimos momentos de la vida de Arturo Enigma y el sacrificio que éste

había realizado para salvar la vida de su novia. El investigador se culpaba porque no había podido hacer nada por el escritor. La herida de su vientre resultó demasiado profunda como para que los enfermeros que venían en la ambulancia y el médico de urgencias hubieran podido detener aquella terrible hemorragia. Ahora el detective tenía un motivo más para estar amargado, ya que pensaba que no habría salvación para el novelista después de que éste último hubiera hecho aquel pacto que lo había llevado a una condena segura.

En vano, Esperanza había tratado de transmitirle ánimos al sabueso. Ella quiso hacerle comprender que en verdad había hecho todo lo que estuvo en su mano para ayudar a aquel pobre desgraciado, pero el investigador seguía torturándose.

Cuando llegó el inspector jefe Ceballos, Agudo se las ingenió para ocultarle el «Libro de las almas». Era una prueba demasiado evidente y él necesitaba este manuscrito para intentar salvar a Esperanza. Por eso, cuando María del Mar Niebla fue detenida por los agentes de la policía, éstos no creyeron su fantástica historia y pensaron que se había vuelto loca. Con posterioridad a eso, fue interrogada por varios psicólogos y psiquiatras que concluyeron que poseía un evidente trastorno en su personalidad. Por supuesto opinaron que aquello del código medieval no era más que un cuento de viejas, ya que ¿cómo iban a dar crédito a una historia de pactos con el diablo? Pensaron que esta mujer pertenecía a algún tipo de secta satánica, muchas de las cuales acostumbraban a cometer asesinatos y similares atrocidades en nombre del fanatismo. Ahora tendría que ser juzgada y luego ya se vería cuántos años de cárcel le iban a caer por los homicidios de Carmen Altamira y de Arturo Enigma. Además, quedaba pendiente el intento de crimen de Agudo.

Por su parte, el detective quedó absuelto de todas las sospechas que se levantaron tras la muerte de Carmen. Estaba claro que había actuado en legítima defensa cuando eliminó a todos los subalternos de María del Mar Niebla, con lo que se iba a librar de cualquier cargo que lo pudiera inculpar en toda esa historia turbulenta. No obstante, el detective aún tenía algunas interrogantes que debería resolver tras ser engañado vilmente por esta mujer cuando él tuvo la primera reunión con ella en su casa.

Así pues, Agudo le entregó el manuscrito al padre Portaceli, quien continuó investigándolo con detenimiento, intentando encontrar alguna clave

para la salvación de Esperanza, aunque de momento todo seguía igual de oscuro para él.

Y al mismo tiempo que todo esto había sucedido, el sacerdote seguía leyendo frases del Nuevo Testamento. Era todo lo que estaba en sus manos para darle aliento a los que se hallaban allí reunidos por la trágica muerte de Arturo Enigma.

En el mundo de las letras la noticia del fallecimiento de este escritor tuvo su repercusión, pero no la suficiente porque ¿quién se iba a acordar de un autor que había pasado de moda desde hacía tantos años? En esos momentos los gustos se habían decantado hacia nuevos jóvenes escritores de best sellers que prometían mucho y que tenían toda una brillante carrera por delante. En aquel cementerio no se vio a ningún representante de su antigua editorial. Sólo acudió un grupo pequeño de amigos y, por supuesto, tampoco faltaron la madre del novelista —una señora ya muy mayor— y su hermana, las cuales estaban destrozadas por el destino final de Enigma.

Paradójicamente, continuaba el misterio de quién habría escrito «El último tren de la estación del norte», ya que no se tenían más datos sobre Ricardo Sandoval. Obviamente, Agudo guardó silencio sobre este tema, al igual que el crítico Miguel Santiesteban por petición expresa del detective. No querían que nadie pudiera hacer carnaza a partir de la muerte de Arturo. La única que podía revelar algo sobre el tema era María del Mar Niebla, pero ésta había quedado relegada a un estado de enajenación mental después de haber fracasado en su intento de pacto con Satanás, y nadie le iba a dar ningún crédito. Por su parte, Edmundo Malatesta desapareció completamente y no se supo nada nuevo sobre él.

«Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo», recitaba el padre Portaceli en el mismo momento que su estola seguía siendo agitada por el viento.

Después de acabar de pronunciar estas frases del evangelio de San Mateo, y mientras en el cementerio volvía a imperar un extraño silencio, el cura no dejaba de darle vueltas a todos los misterios que encerraba el «Libro de las almas». Tenía que haber algo que pudiera redimir a Arturo y que igualmente salvara a Esperanza, pero ¿qué podría ser? Entonces se acordó de aquel pasaje que halló en las hojas que custodiaba Sempere: «Sólo cuando los que

viven bajo el sol ayuden a los seres que habitan en las tinieblas a vislumbrar el don divino de la vida, entonces obtendrán la salvación eterna». Sin saber por qué, se acordó de que en los últimos días la enfermera se hallaba algo extraña, pero lo achacó a los efectos de los medicamentos que estaba tomando. Su corazón comenzó a palpar con mucha más fuerza de lo normal, puesto que se dio cuenta de que había dado con algún elemento clave, pero aún no sabía cuál era en concreto.

Cincuenta y tres



«¿Dónde estoy? No sé qué es lo que me ha sucedido pero me siento muy raro», pensaba Arturo hallándose aún en el sótano de la casa de Mala-testa. Todo estaba vacío y no veía a nadie a su alrededor, ni a Alicia, ni a Agudo, ni a María del Mar Niebla. A nadie en absoluto. Se palpó el vientre y observó que no tenía ninguna herida. Daba la impresión de que no hubiera sufrido ningún daño. Tampoco había rastro de la sangre y su cuerpo estaba totalmente restablecido como por arte de magia. El escritor subió por las escaleras del sótano y comprobó que en la casa no había rastro de ninguna persona. Recorrió las dos plantas sin éxito. Al asomarse por una ventana le extrañó que afuera hubiese un sol otoñal, algo que no se correspondía con la estación del año en la que se encontraban. Se incorporó mejor y vio que alguien estaba sentado en el jardín. Esa persona se hallaba junto a una mesa cuadrada y ocupaba una silla de color blanca. A su lado había otra vacía. Aquel hombre estaba de espaldas; iba vestido con un traje de chaqueta negro y encima de la mesa parecía que tenía un tablero de ajedrez. El viento soplaba con fuerza y ese individuo seguía impassible ante aquellos elementos externos. A Arturo aquello le llamó mucho la atención, de modo que salió de la casa y se dirigió hacia donde estaba ese ser tan extraño. Se fue acercando a él en el mismo instante en que las hojas de los árboles se precipitaban acompasadas sobre el césped. El viento no paraba de soplar pese era un aire casi vaporoso e irreal. Entonces el escritor se dio media vuelta y vio cómo un sol rojizo bajaba por la fachada de la vivienda a la vez que los rayos recortaban las siluetas de las

gárgolas. El silencio era demoledor y parecía que en cualquier momento las nubes fueran a arañar el firmamento produciendo un ruido estrepitoso.

El extraño seguía sentado en su mesa, aparentemente ajeno a todo lo que le rodeaba. Parecía estar resolviendo algún misterio o algo similar con todas las piezas blancas y negras distribuidas por la superficie del tablero. Arturo se acercó con sigilo, no queriendo en ningún momento perturbar la tranquilidad de ese personaje. Cuando ya estaba a un metro escaso de él, éste le habló dándole todavía la espalda al escritor:

—Señor Enigma, hacía mucho tiempo que estaba esperándolo. ¿Por qué no se sienta conmigo? La tarde es perfecta y creo que este encuentro será muy provechoso para los dos.

Arturo no sabía qué decir. Aquel hombre se hallaba allí sentado; el escritor no lo había visto en su vida y además, ¿qué hacía él paseando por el jardín cuando acababa de ser acuchillado por una demente y en teoría tendría que estar muerto?

—Respecto a lo de la herida de su vientre, no se preocupe por nada. Como habrá observado no hay ni rastro de ella.

Aquel hombre parecía estar leyéndole todos sus pensamientos, de forma que ni el más mínimo secreto se le hubiera pasado por alto. Arturo no tuvo más remedio que aceptar su invitación y se sentó al otro lado de una mesa que tenía un tablero de ajedrez con unas piezas que parecían estar fabricadas en porcelana. Una vez sentado, se percató de que su interlocutor tenía un aspecto muy extraño. Sería de mediana edad, si bien lucía cierto aire juvenil. No obstante, ocultaba algo en su mirada que le hacía parecer mucho más mayor, como si fuera un anciano. Su piel era muy pálida y sus manos estaban bien cuidadas, con unas uñas alargadas y algo puntiagudas; poseía un rostro estilizado y enjuto. Sobre unos ojos grandes se perfilaban dos iris de color marrón rojizo. Tenía también una dentadura blanquecina, a través de la cual de vez en cuando se arrojaban sonrisas que salían como exabruptos. No sabía por qué pero cuando se hallaba junto a ese hombre le embargaba una sensación de soledad y de inquietud. Su oponente pareció darse cuenta de ello y no hacía más que dirigirle unas miradas penetrantes que le helaban el corazón.

—¿Qué estoy haciendo aquí? Se supone que he muerto y que ahora mismo tendría que estar en otro sitio, no en este lugar.

—¿En el infierno, por ejemplo? —le sugirió su oponente con una sonrisa de lo más maligna—. Usted esperaba que a estas alturas se encontraría ardiendo entre llamas, ¿no es cierto? Pues como ve, se equivoca. No sé por qué motivo los cristianos han difundido siempre esa imagen de las llamas con los condenados abrasándose hasta la eternidad. El infierno tiene muchas moradas y cada cual encuentra la condenación que se busca en vida.

—¿Quién es usted? Parece saberlo todo acerca del infierno.

—¿A estas alturas no sabe todavía quién soy yo? Me decepciona mucho, señor Enigma. Después de tantos meses viviendo en el filo de la navaja, ahora me llama la atención por su ingenuidad. Usted quería ser el mejor escritor del mundo; una persona que gozara de la fama eterna, pero todo tiene un precio y se dio cuenta de que era ya demasiado tarde cuando quiso dar marcha atrás. Ahora no se percata de que su alma me pertenece y sin ella no tendrá oportunidad de salir de aquí. Pero no deseo ser descortés y me presentaré; uno de mis nombres es Satanás, así que bienvenido a mi infierno —dijo con unos ojos ardiéndole como dos ascuas incandescentes a la vez que le alargaba una mano huesuda con la intención de estrechar la del escritor.

Arturo se levantó de su silla y dio un salto hacia atrás horrorizado. No se podía creer que la criatura que tenía enfrente fuese el diablo en persona. Tuvo ganas de huir rápidamente de allí, pero pensó que eso no le iba a servir de nada porque su contrincante parecía mucho más poderoso que él y sería inútil escaparse de aquel lugar.

—Señor Enigma, acuérdesse de que ahora me pertenece. Una vez jugó sus cartas pero las cosas le salieron mal. ¿No se da cuenta de que va a comenzar para usted la época del terror? No tendrá ninguna escapatoria posible, ya que eso fue lo que quiso. Por fin cobraré lo que es mío. Usted sabe de sobra cómo va esto. Durante siglos los hombres habéis ambicionado el poder del «Libro de las almas», pero todo tiene un límite y usted ha pagado muy cara su sed de poder.

—¿Es que no tengo ninguna posibilidad de salvación?

—¿Salvación para usted, pobre desgraciado? —inquirió el diablo con los ojos cada vez más enrojecidos y ardiendo en sangre—. Ha estado haciendo lo que le daba la gana durante este último año y ahora lloriquea pidiendo la redención. No entiendo por qué los humanos os empeñáis siempre en

arrepentiros en el último momento. ¿Acaso no ansiaba usted el manuscrito y disfrutó de las mieles del éxito de su novela? Todo el dinero que ganó no le bastó para dejar de ser un hombre vulgar, y además vendió lo más preciado que había dentro de su mísera vida.

—Es usted un mezquino. Ahora comprendo por qué durante todos estos meses me acosó como un ente invisible hasta llegar a enloquecerme. La amnesia que sufrí y aquellos violentos ataques fueron provocados por su poder maligno, sin duda.

—Estamos hablando demasiado, señor Enigma. Creo que ya es el momento de que se enfrente a su propio infierno, ¿qué le parece?

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que va a pasar por el peor trance de su vida, tanto que desearía no haberse muerto, pero ya es demasiado tarde para eso. El reino de la noche ha comenzado —replicó el diablo soltando una carcajada que desquició al pobre escritor.

De repente, el viento comenzó a soplar con mucha más violencia y una extraña lluvia se precipitó desde el firmamento. Un sol sangriento se derramó por el horizonte y todo se volvió tan oscuro que al escritor le pareció que estaba viviendo la peor de sus pesadillas. Miró hacia la casa de Malatesta y comprobó que ésta había adquirido un aspecto muy extraño. El cielo quedó preñado de un tono ceniciento profundo y parecía que se fuera a desplomar en cualquier momento.

—¿No se da cuenta de que todo su mundo está desapareciendo, Enigma? Cualquier oportunidad para salvarse es imposible. Ya le dije que no hay vuelta atrás.

—¿Quiénes son aquellos seres oscuros que se aproximan a lo lejos? —le preguntó Arturo horrorizado.

—Oh, ¿esos de allí? Son mis caballeros espectrales. Ellos lo conducirán hasta lo más profundo del abismo. Esa será su futura morada, ¿le gusta? Todo esto es algo muy novelesco para un escritor de su talla, ¿no cree?

Aquellas criaturas avanzaban deslizándose por la bruma, emitiendo unos horribles alaridos. Arturo quiso huir de allí inmediatamente pero le fue imposible. Estaba paralizado por el terror. Al mismo tiempo, el diablo seguía soltando unas carcajadas espantosas y lo observaba de soslayo con una cara

inquietante, como si estuviera sorbiéndole con su mirada hasta el último resquicio de vida que aún le quedara. Comprendía que ya no tendría ninguna salvación, por eso se encomendó a Dios lo mejor que pudo e intentó rezar antes de que fuera engullido por aquellos seres oscuros.

Cincuenta y cuatro



Esperanza se levantó a la mañana siguiente con un dolor muy fuerte en el estómago. Estaba asustada, pues no sabía muy bien si la quimioterapia le podía estar causando algún tipo de efecto secundario que fuera desconocido para ella. Como no se encontraba muy tranquila se lo comentó a Agudo y los dos decidieron dirigirse hasta el hospital a ver qué era lo que le ocurría. Allí la enfermera se sometió a numerosas pruebas y los médicos no pudieron salir de su asombro cuando vieron que el tumor maligno había remitido en las entrañas de aquella mujer. En cuestión de unas horas parecía haberse obrado un pequeño milagro y nadie podía explicar a ciencia cierta qué era lo que estaba sucediendo. Pero no querían tirar las campanas al vuelo. Aún las cosas podían dar un revés importante. Sin embargo, a raíz de todas las reacciones que se estaban dando, tal vez pudiera haber un pequeño resquicio para pensar que su situación iba a mejorar de una forma sorprendente.

Mientras le seguían haciendo las pruebas, el sabueso andaba por los pasillos del hospital con unos nervios que le estaban corroyendo lo más hondo de su espíritu. Sólo el doctor Molina se le acercó durante unos minutos para calmarlo y para informarle lo mejor que pudo de todo lo que le estaban haciendo a Esperanza. Al parecer, podía haber un indicio de que las cosas pudieran cambiar, pero había que mantenerlo en cuarentena, porque en medicina ya se sabe que nunca se debe realizar un diagnóstico demasiado a la ligera, ya que luego todo se puede complicar a última hora. Cuando se hubo marchado el doctor, a Agudo el tiempo se le hizo demasiado largo y los

minutos caían como losas.

También acudió hasta el hospital Gabriel Portaceli, quien trató de animar al investigador privado dado lo nervioso que éste se encontraba. Al menos en esos momentos el detective agradecía que hubiera una persona junto a él que le pudiese dar algo de calor en una situación tan tensa.

—No crea que me he olvidado del código. Estoy intentando averiguar algo y sé que ya estoy cada vez más cerca, pero aún me queda una pieza del puzle para encontrar el camino. De todos modos, la recuperación de Esperanza es lo más importante y ahora mismo voy a rezar todo lo que pueda para que ella se termine de poner bien.

—No sabe, padre, lo importante que está siendo usted para nosotros. En estos últimos meses siempre nos ha ayudado cuando ha hecho falta y nunca nos ha pedido nada a cambio. Desde luego no tengo ni idea de cómo le voy a pagar esto —le dijo Agudo.

—Déjese ahora mismo de esas cosas. ¿Sabe lo que puede hacer por mí? Me podría acompañar hasta la capilla y así seguro que los dos ejercemos más presión para que el de arriba nos eche más caso, ¿no cree? —bromeó el cura.

Agudo asintió con su rostro y acompañó al padre Portaceli hasta la capilla. Hacía años que no rezaba, pero entendió que ese momento era demasiado importante como para tener ningún miramiento. Por primera vez en mucho tiempo notaba que podía hacer algo útil por los demás y en especial por Esperanza, la mujer que se lo había dado todo. Allí se llevaron un buen tiempo a la vez que una leve música sonaba de fondo. El olor de unas flores que alguien había depositado junto a una Virgen los reconfortó y Agudo no pudo dejar de pensar en su compañera ni un solo segundo.

Los minutos seguían pasando con lentitud y el detective no sabía a qué atenerse. Al poco tiempo abandonaron la capilla y de nuevo se dirigieron a la sala de espera. El doctor Molina acudió para hablar con el investigador privado de vez en cuando, y saludó de nuevo cariñosamente a Gabriel Portaceli cuando se reencontró con él. Al menos esos momentos sirvieron para bajar un poco la tensión acumulada, aunque todos estaban pensando constantemente en Esperanza. Era muy extraño que ella se hubiera quejado de ese dolor tan intenso en el estómago. ¿Qué podría significar todo aquello? Agudo no paraba de darle vueltas al asunto y pensó sólo un momento

cómo resultaría su vida en un futuro si ella se recuperase definitivamente.

Pasó una hora más hasta que Molina se acercó de nuevo adonde se encontraban el detective y el sacerdote. La incertidumbre era muy grande y Agudo no sabía qué pensar después de permanecer tanto tiempo en ascuas.

—Carlos, de momento no podemos decir que la cosa se haya confirmado cien por cien pero parece que Esperanza ha respondido favorablemente a la quimioterapia. No tenemos explicación posible a todo lo que está ocurriendo pero el hecho es que el tumor ha remitido y, pese a que ahora se encuentre tan débil, es posible que en las próximas semanas se pueda recuperar con toda normalidad y que vuelva a su vida habitual.

—¿Está seguro de lo que dice, doctor? —le preguntó Agudo con un tono de incredulidad, sobre todo porque no quería hacerse demasiadas ilusiones si al final todo se iba al traste.

—Mire, en el mundo de la medicina no hay nada seguro, pero ahora hay indicios de que la cosa está funcionando bien. Está claro que Esperanza tendrá que hacerse muchas más pruebas; sin embargo, todo tiene buena pinta.

—¿Puedo ir a verla? —preguntó el detective con ansiedad.

—En menos de una hora la van a subir a planta y, si bien va a tener las visitas muy restringidas, dejaremos que tanto sus padres como usted puedan ir a verla. Después de todo es justo porque los tres han estado al pie del cañón y siempre han estado pendientes de ella en las últimas semanas.

Agudo permitió que los progenitores de la enfermera subieran primero a verla. Los dos estaban sufriendo demasiado y no se merecían pasar por una situación tan desesperada. Para ellos suponía una prueba durísima ver a su única hija postrada en una cama por una enfermedad tan traicionera como un cáncer. Después de que éstos se hubieran ido, el detective subió a verla. Abrió la puerta de su habitación y le dijo:

—Anda, pero si aquí está la bella durmiente.

—No te metas conmigo, Carlos. Cógete esa silla y acércate que tenía muchas ganas de verte.

Agudo colocó la silla junto a su cama y le dio un beso en la mejilla. La enfermera presentaba un aspecto general mucho mejor que en días anteriores. Lo único que seguía teniendo era la piel muy pálida.

—Desde luego, vaya sustos nos estás dando últimamente —bromeó

Agudo.

—Anda que el que va a hablar —respondió Esperanza—. Parece mentira que no te acuerdes de todo lo que he pasado contigo en el hospital cuando estabas ingresado.

—Bueno. Ahora mismo lo único que me importas eres tú y que te recuperes lo antes posible.

—Yo estoy bien, Carlos. Lo que pasa es que no dejo de darle vueltas a todo lo que os ocurrió hace unos días en aquella casa cuando fuiste a ayudar a Arturo Enigma y a su novia.

—Al final eso no valió para nada —respondió el detective con amargura—. No pude hacer nada por él y ahora está muerto. Lo único que quiero ahora es hablar con esa canalla de María del Mar Niebla. Aún tiene que confesar muchas cosas y te aseguro que no se va a salir con la suya. Lo peor de todo es que aún pueden decir que está en un estado de enajenación mental.

—Creo que deberías dejar las cosas como están. Han muerto ya varias personas y tu vida ha estado en peligro en dos ocasiones.

—No, Esperanza. Todavía no he acabado mi trabajo porque tengo un par de deudas acumuladas. Pero eso no me interesa ahora. Lo que más deseo es que descanses y que te recuperes lo antes posible.

—No sé, Carlos, aunque ahora esté mejor no tengo ni idea de qué es lo que va a pasar con mi vida en un futuro. Me siento como una montaña rusa. Un día puedo estar en lo más alto de la cima y al siguiente caer en picado sin poder hacer nada para remediarlo.

—No debes rendirte. Aún no estás curada del todo, pero ya tenemos unas pequeñas señales de que te vas a poner mucho mejor.

—Dios te oiga —contestó la enfermera—. Ahora lo que más me interesa es reponerme y disfrutar contigo el día a día, sin preocuparme de qué ocurrirá mañana.

Agudo no quiso añadir nada más y dejó que Esperanza descansara. En esos instantes lo único que podía hacer era ver cómo evolucionaba su compañera y tratar de intuir qué futuro les esperaba, aunque éste fuese incierto.

Cincuenta y cinco



Las siguientes semanas fueron un tanto extrañas en la vida de Esperanza y de Agudo. Por una parte la enfermera se estaba recuperando progresivamente de los dolores de estómago que había padecido y, según las pruebas que se le habían realizado, la amenaza del tumor fue remitiendo. Sin embargo, ella notaba algo especial dentro de su cuerpo que no podía explicar. Una noche se levantó sobresaltada a media madrugada después de haber tenido una pesadilla horrible. Estaba temblando en la cama cuando el detective se despertó y la abrazó lo más fuerte que pudo. Entonces le dijo:

—¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien?

—No lo sé. Acabo de tener un sueño espantoso.

—¿Cuál ha sido?

—He soñado con Arturo Enigma. Estaba encerrado en un lugar muy oscuro y tenía una cara atormentada. Lo más extraño de todo es que estaba pidiendo ayuda, pero yo no podía hacer nada por él porque cuando me acercaba para intentar salvarlo, unas fuerzas invisibles me arrastraban hacia afuera y ahí fue cuando me desperté.

Agudo escuchó atentamente toda la historia que le explicaba su compañera. Por la reacción que ella había tenido, entendía que esa pesadilla había sido demasiado real como para tomársela a la ligera. Intentó abrazarla todavía con más fuerza procurando protegerla. La muerte del escritor les había afectado a ambos muchísimo, por eso se estremeció con ese relato tan verídico. Si Arturo se había condenado al ser el último en adquirir el viejo

manuscrito medieval, ahora debería estar recibiendo el máximo castigo que cabía esperar. Por eso era urgente que el padre Portaceli pudiera aclararles algo sobre aquel maldito libro.

Al margen de esto, el detective había obtenido por fin los permisos necesarios para poder ver aquella misma semana a María del Mar Niebla. La demencia se había adueñado de esta mujer después de haber sido detenida, pero Agudo aún albergaba esperanzas de que ésta le pudiera contar algo que le sirviera para rematar una investigación que estaba deseando abandonar de una vez por todas. Sentía que si no lo hacía acabaría enloqueciendo definitivamente, y ahora su prioridad era que la enfermera se recuperase definitivamente.

—No te preocupes, Carlos. A ver si Gabriel nos puede ayudar y terminamos ya con todo este asunto —dijo la enfermera.

—Claro que sí. En unos meses nos vamos a olvidar de esta historia y ya por fin podremos seguir teniendo nuestros planes.

—¿Nuestros planes? Vaya con el detective privado. Cómo has cambiado desde que te conocí hace unos meses.

—Sí, pero hace unos meses yo era otra persona totalmente distinta y me he dado cuenta de que he sido un imbécil contigo.

—Bueno, no quiero que comiences con eso ahora de nuevo. ¿Por qué no nos dormimos otra vez?

Agudo le hizo caso a la enfermera y trató de descansar pero eran muchas las cosas que le rondaban por su mente. Necesitaba ver cuanto antes a Niebla para aclarar sus pensamientos.

Unas horas después, el sabueso estaba en planta a punto para entrevistarse con aquella extraña mujer. Llegó a la cárcel y se encontró con Ceballos a la hora pactada. Cuando se aproximó hacia el inspector jefe, éste le advirtió:

—Agudo, le aseguro que esta mujer se ha vuelto loca y que es casi imposible hablar con ella. En las últimas semanas la han visto varios psiquiatras y psicólogos y han coincidido todos en que se trata de una persona muy perturbada.

—Tal vez sea así, pero necesito preguntarle un par de cosas personales sobre las muertes de Arturo Enigma y de Carmen Altamira. Les debo una y espero que ella me aclare algo.

—Ojalá tenga buena suerte, pero quiero que sepa que no puede estar con ella más de un cuarto de hora o veinte minutos a lo sumo, ¿de acuerdo?

—Está bien. Me ajustaré al guión.

El investigador privado fue conducido hasta la celda en la que se hallaba Niebla. Después del encuentro tan desagradable que había tenido con ella en la casa de Malatesta, se esperaba lo peor. No obstante, tendría que aprovechar el tiempo al máximo si quería llegar hasta el fondo de este asunto.

Cuando se encontró cara a cara con aquella mujer le intimidó la mirada perdida en el infinito que ésta mantenía. Estaba claro que era otra persona totalmente diferente a la que conoció meses atrás cuando fue a visitarla a su propia casa. Entonces la vio como a una mujer refinada y con gran educación, muy lejos de esa imagen de asesina sanguinaria que desarrolló posteriormente.

—Detective Agudo, ¿por fin ha venido a resolver todas las dudas que le quedan?

—No estoy para demasiadas bromas y más después de que usted haya asesinado a varias personas por culpa de ese ridículo código.

—¿Lo ve cómo no ha entendido nada hasta ahora?

—¿Es que la búsqueda de un viejo libro justifica lo que ha hecho?

—No tiene ni idea de lo que dice. El «Libro de las almas» es algo que sólo está al alcance de muy pocas personas y, por supuesto, no creo que tenga usted la suficiente sensibilidad como para darse cuenta de la importancia que posee.

—¿Qué me puede decir de los almistas? —Ese dato se lo había contado Enigma cuando se vieron por primera vez.

Niebla guardó silencio durante unos segundos y de nuevo la vista se le volvió a perder en el infinito. Su expresión era la de un ser demente, pero junto a aquella locura se mezclaban unos gestos inequívocos de maldad. Agudo no paraba de mirarla y comprendía que si no actuaba pronto no tendría ninguna posibilidad de sonsacarle nada. Por fin, al cabo de unos instantes de inquietante silencio, María del Mar Niebla continuó con su conversación.

—Veo que le gusta ir al grano y que no quiere perder el tiempo. Pues bien, le voy a decir algo que no le he contado a ningún policía. Es verdad que hasta el momento nadie se había interesado por los almistas. Sólo alguien muy avisado podría haberse dado cuenta de su importancia después de haber

leído la novela de nuestro escritor. Pero lo que no contó en el libro su amigo es que a éstos pertenecieron, además de Edmundo Malatesta, Jorge Sempere y los padres de Alejandro Soriano y de mi marido. Durante muchos años existió entre ellos una gran amistad y era un grupo que siempre permaneció inseparable. Sin embargo, Malatesta se separó de ellos y comenzó a actuar por su cuenta. Se consideraba el más listo de todos y pensaba que si buscaba el manuscrito individualmente lo encontraría antes que nadie, cosa que al final sucedió como ya sabe. A partir de ahí se creó un mal ambiente entre los demás miembros de aquella sociedad secreta y el padre de Gervasio tuvo muchos problemas con ellos, por eso se quedó marginado y murió de demencia senil sin contar con la ayuda de ninguno de sus excompañeros. Por desgracia eso marcó para siempre las relaciones futuras entre Alejandro Soriano y mi esposo y, como le conté hace unos meses, los aliados del abogado decidieron acabar con la vida de Gervasio porque era una persona muy molesta que podía poner en peligro todos sus intereses. A partir de ahí comencé a mover mis piezas y logré reconducir los pasos hasta dar de nuevo con el manuscrito.

—Lo que no entiendo es que si realmente se la tenía jurada a Alejandro Soriano por todo el daño que tanto él como su familia le hicieron a su esposo y al padre de éste, ¿por qué no le hizo nada a él y sin embargo asesinó a Carmen?

—Quise intimidarlo a partir de acciones muy sutiles. Sabía que si lo acorralaba, éste jamás sería capaz de contarle nada a la policía. Conozco a Soriano demasiado bien como para saber que es un cobarde y que mira siempre por su bien personal con tal de salvarse. En cuanto a Sempere, ese viejo no es más que una patética sombra de lo que fue en el pasado. Supe por supuesto que él intentó engatusarlo a usted ofreciéndole dinero. Era tan ridículo que vi que no podría ser ningún adversario para mí porque no tenía ni idea de dónde buscar para dar con el manuscrito. Pero ahora no sabe, Agudo, el mal que usted me ha hecho al no poder completar mis planes. Eso será algo de lo que se arrepentirá toda la vida y encima no conseguirá que Enigma se salve. Ahora mismo se estará pudriendo en el infierno. Pobrecito, ha perdido su alma y está descarriado —dijo aquella mujer con una mueca diabólica mientras empezaba a esbozar una sonrisa muy desagradable que denotaba también su estado avanzado de locura.

Agudo tuvo ganas de golpearla, pero se contuvo porque pensó que aquello no le serviría para nada y que no merecía la pena hacerle nada a esa mujer que estaba totalmente fuera de sus cabales. Lo que más ansiaba en ese momento era volver junto a Esperanza y soltar cuanto antes un caso tan turbio que ya le estaba asfixiando.

Cincuenta y seis



Agudo regresó con Esperanza pero cuando ella lo vio comprendió que las cosas no le iban demasiado bien. A pesar de que el detective intentó ocultarle su tristeza, no pudo evitar que ella se diera cuenta de que sus anhelos de futuro se estaban hundiendo para siempre. Ambos habían llegado a un punto en el que no veían una solución fácil a sus problemas. Y si bien se habían llevado semanas luchando por conseguir que todo saliera bien, había una pieza oculta que les impedía ser felices. El investigador se sentó en un sofá y contempló la televisión en silencio. Si al menos le hubieran ido mejor las cosas con María del Mar Niebla, aquel calvario padecido en los últimos meses hubiese merecido la pena, pero ahora la situación parecía haberse puesto en su contra. Encima el detective notó que su novia estaba muy preocupada, pues temía que el tumor se le fuera a reproducir de nuevo en cualquier momento. Agudo intentaba sacarla de aquella soledad, pero no sabía bien cómo ayudarla.

Aprovechando que estaba preparando la comida, Esperanza había puesto música en su viejo equipo de música. Ella intentaba tararear alguna canción para que Agudo no notara realmente lo mal que estaba. Puso un disco de Sting, «Ten Summoner's Tales», que a ella le encantaba, y las canciones comenzaron a sucederse desde el «If I Ever Lose My Faith in You». Al mismo tiempo que sonaban aquellos temas tan sugerentes, la enfermera se acercó hasta donde se encontraba el sabueso sentado y le dio un beso. Entonces Agudo se olvidó de sus zozobras personales y sólo quiso estar eternamente junto a ella, porque ambos compartían el mismo corazón y la misma alma. Fueron momentos de un

amor urgente, de ansias por lograr una vida plena exenta de enfermedades, de mezquindades, de miserias humanas y de intrigas. Sólo estarían ellos dos en lo más alto del universo. La música continuaba sonando y el detective estaba recorriendo cada poro del cuerpo de Esperanza. A continuación acarició sus cabellos y la besó en el cuello y en su rostro. Las lágrimas caían como palabras húmedas por las mejillas de ella, pero ahora era el universo el que se había detenido encima de ambos y ya nadie les podría hacer ningún daño. Entonces empezaron los primeros punteos de guitarra del «Shape of My Heart» y ambos se fundieron en un torbellino de pasiones. Los malos momentos parecían haber pasado. Ahora eran sólo ellos dos frente al firmamento; dos puntos de luz que brillaban hasta el infinito mientras que la armónica continuaba con su dulce tañido. La forma de sus corazones era demasiado profunda como para pensar que ya nunca más volverían a sentir el vacío de las penurias. La música dejó de sonar al acabar el disco, pero ellos siguieron abrazados sintiendo el cuerpo del otro a escasos milímetros. Entonces temblaron y volvieron a enlazarse en miles de formas. A partir de ahora no les importaría el futuro porque estaban construyendo el presente; una línea de hielo en lo más profundo del horizonte. Así estuvieron horas hasta que se percataron de que el infinito se había precipitado sobre ellos.

Cuando se levantaron, sintieron que ya no eran los mismos y que no volverían nunca más a su estado primigenio. Habían llegado a una simbiosis total que los había transformado en seres diferentes; unos seres que ya sólo vivirían en el cuerpo y en el alma del otro. Al asomarse a la ventana, contemplaron el cielo durante un largo rato. Las nubes pasaban con rapidez y ellos buscaban únicamente el rastro dejado por el infinito. Todo lo demás era ya demasiado vulgar.

Cincuenta y siete



El tiempo siguió pasando sin piedad y Agudo y Esperanza continuaban viviendo el día a día, intentando que nada les pudiera afectar en sus vidas. El detective había aceptado investigar incluso algunos casos nuevos de poca monta y la enfermera estaba dispuesta a reincorporarse al hospital lo antes posible. Lo único que ahora les preocupaba a los dos era ese intenso dolor de estómago que se le había reproducido a ella en los últimos días. No sabían a qué atenerse pues ese síntoma estaba presente a todas horas en el cuerpo de la enfermera. En todo caso, Esperanza no quería que se compadeciesen de ella. Fuera lo que tuviese estaba dispuesta a luchar, porque pensaba que la vida merecía la pena si de verdad uno intentaba todo lo que estaba en su mano. ¿De qué valía esconderse aunque la situación fuera desesperada? Había sido siempre una persona valiente y combativa, dispuesta a afrontar todos los retos que se le pudieran poner por delante.

A la vez que todo esto sucedía, Gabriel Portaceli estuvo investigando denodadamente el viejo código sin parar hasta que tuvo un grave percance. Su madre se había puesto muy enferma, por eso dejó su labor durante unas semanas. Pero luego volvió a trabajar con el tesón esperado en una persona que buscaba únicamente el bien de los demás. Sólo tenía que navegar entre aquellas extrañas páginas para ver si certificaba sus sospechas. Las horas se le pasaban como segundos y tenía el presentimiento de que iba a encontrar lo que tanto ansiaba de un momento a otro. Hasta que no diera con la tecla, no deseaba hablar ni con Agudo ni con Esperanza porque quería evitar crearles

falsas expectativas. Por eso estuvo tanto tiempo intentando hallar cualquier recoveco dentro de aquellas páginas.

En todo caso, lo que sí tenía claro era que el libro no debía permanecer mucho más tiempo consigo, ya que notaba la presencia de las fuerzas malignas a su alrededor. Quería dar el paso definitivo para cerrar una historia que había producido tantos quebraderos de cabeza a numerosas personas. Además, aún se acordaba del reciente fallecimiento de Arturo Enigma. No obstante, era de la opinión de que todavía podría haber salvación para él, por eso no paró hasta que un día descubrió en el manuscrito una ilustración muy rara: se trataba de una miniatura en la que se representaba a una mujer desnuda a la que se le veían sus entrañas. Cuando acercó una lupa para observar mejor ese detalle, comprobó que del cuerpo de aquella mujer salían unos haces de luz. Asimismo, se fijó en que tenía el vientre más hinchado porque en su interior tenía un bebé. «Claro que sí, ya lo entiendo», pensó el cura mientras el sudor se le derramaba por la frente. «La persona que aparece retratada en este libro está embarazada, de ahí que salga esa luz tan intensa, pues es como si recibiera la vida desde lo más hondo de su ser. No sé cómo no he podido caer antes en esto. ¿Y si Esperanza estuviera preñada y ahí fuera donde radicara la clave del enigma?». Entonces recordó una vez más las palabras de los manuscritos de Sempere: «Sólo cuando los que viven bajo el sol ayuden a los seres que habitan en las tinieblas a vislumbrar el don divino de la vida, entonces obtendrán la salvación eterna». Aquella frase no tenía sentido enunciada en ese orden y además le podía sobrar alguna palabra. Ahí estaba la trampa, así que volvió a reescribirla con una mano temblorosa en un folio y le salió la siguiente oración: «Los seres que habitan en las tinieblas sólo obtendrán la salvación eterna cuando los que viven bajo el sol vislumbren el don divino de la vida». Ahora sí que le concordaba todo y el mensaje quedaba muy claro. Únicamente el alma de una persona no nacida que viviera oculta bajo el sol dentro del vientre materno y que fuera premiada con el don de la vida, podría ser capaz de redimir a alguien que se había perdido para siempre en las tinieblas, como Arturo Enigma. Eso quería decir que el novelista aún podría estar a tiempo para ver la luz de Dios y que aquel niño podría ser su salvador. «Parece mentira —se dijo Portaceli—. Por fin he comprendido algo que he tenido delante de mis narices todo este tiempo. El alma de un no nacido

es capaz de obrar un milagro y también Esperanza encontrará cura a su enfermedad, porque ella alberga en su interior la fuerza renovada de la luz, y eso también la salvará».

Acto seguido, Portaceli se dispuso a telefonar inmediatamente a Agudo. Estaba tan nervioso que se tuvo que sentar de la emoción tan grande que tenía. Eran las tres de la madrugada, pero no tenía más remedio que llegar hasta el fondo de este asunto.

—Buenas noches, Carlos. Disculpad que les llame pero necesito verles inmediatamente.

—¿Pero qué es lo que pasa, Gabriel? ¿No se da cuenta de la hora que es?

—Claro que sí, pero ha surgido algo muy importante y creo que debo comunicárselo cuanto antes. Pienso que he descubierto la clave de todo.

—Está bien, padre, venga enseguida a casa y lo hablaremos con tranquilidad —le contestó el sabueso cada vez más consciente de la importancia del hallazgo que había realizado el cura.

En menos de media hora Portaceli se personó en el piso de Esperanza, que se vistió rápidamente, ya que le hubiera incomodado que el sacerdote la viera en pijama. Cuando ella y el detective vieron aparecer a Portaceli de esta guisa pensaron que algo vital había sucedido para que hubiera venido tan rápidamente.

—Ante todo buenas noches a los dos y perdonen que les haya fastidiado vuestro sueño —aclaró Gabriel algo contrariado—. Esperanza, no me gustaría ser tan indiscreto pero ¿no ha notado que últimamente se encuentra un poco más rara que de costumbre? Seguro que está experimentando cambios de humor y además probablemente sienta algunos desajustes, ¿no es cierto?

—Pero padre, ¿qué es lo que está diciendo? —protestó Agudo indignado—. ¿Para decir esas sandeces ha venido tan tarde? Esperanza siente unos dolores inmensos en su estómago y estamos pensando que se debería hacer algunas pruebas para ver qué es lo que le pasa.

—Lo lamento mucho porque creo que no me he expresado correctamente —se disculpó Portaceli.

—No se preocupe, Gabriel. El dolor en mi vientre es constante y no sé qué me ocurre. Es todo muy extraño —suavizó Esperanza.

—Tal vez no sea el cáncer lo que le produzca esas molestias, sino algo

mucho más positivo.

—No lo entiendo —manifestó la enfermera ingenuamente interrogándolo con la mirada.

—Quiero decir, Esperanza, que en su interior se ha sembrado una fuente de luz muy intensa y que su vida va a cambiar a partir de ahora porque creo que usted puede estar embarazada.

Al escuchar esto por parte del sacerdote, tanto el detective como su novia se quedaron boquiabiertos, sin terminar de encajar un mensaje tan contundente.

—Ahí estaba la raíz de todo el asunto. Si dentro de Esperanza viviera esa criatura, gracias a eso encontraría usted la curación de su cáncer. Además, podría llegarle la redención a Arturo. En ese sentido, el libro indica que la persona que albergara la luz en su interior la irradiaría hacia fuera —puntualizó Portaceli entusiasmado mostrándoles a la vez la vieja ilustración del códice.

Tanto Agudo como Esperanza no sabían qué decir ante esas palabras entusiastas del sacerdote.

—Todo lo que nos está contando es demasiado complicado, Gabriel —insistió ella.

—Sí, tiene usted razón, Esperanza,, pero si les enseño esta ilustración podrán comprenderlo todo mejor —le contestó el sacerdote mostrándoles la página del viejo códice en que venía la miniatura de la mujer desnuda—. El bebé que tiene en su interior es el que puede salvar a personas que andan descarriadas y que se han alejado de la luz divina, como es el caso de Arturo. También es un elemento curativo de enfermedades.

—Pero ¿cómo puede ser eso cierto? —preguntó el detective con su habitual sentido de la practicidad—. Esos dolores que tiene son de la enfermedad, ¿qué tiene que ver con un embarazo?.

—Carlos, Gabriel tiene razón. Todas las mujeres tenemos un sexto sentido especial cuando estamos preñadas y en mi caso creo que me puede haber llegado la hora.

Sin pensárselo dos veces, el investigador salió corriendo a la farmacia de guardia que tenían más cercana. En poco tiempo el test de embarazo confirmaba las palabras que había anunciado el sacerdote. Tras lo cual, tanto Esperanza como Agudo se fundieron en un abrazo embargados por la emoción

que les inundaba, sobre todo después de haber pasado juntos tantos malos momentos.

—Nadie nos separará ni podrán con nosotros, Esperanza. ¿Te das cuenta?
—le dijo el detective sin parar de besarla.

En el mismo instante en que sucedía esto, Gabriel Portaceli seguía dándole vueltas al caso que se le había presentado. Si hablara de esto con alguien de la archidiócesis de Madrid probablemente lo tomarían por un loco y nadie creería que un códice medieval pudiese tener la capacidad de obrar milagros de similares características.

—Creo que le debemos una misa a Arturo. Este viernes la celebraremos en mi iglesia y le pediremos a Dios para que acoja a su hijo descarriado en su seno.

—Claro que sí, Gabriel. Cuente con nosotros —indicó Esperanza al mismo tiempo que se le derramaban algunas lágrimas.

Estaban tan emocionados que no sabían si reír o llorar pero en el fondo pensaban que la vida les había dado una segunda oportunidad y que debían aprovecharla.

Aquel viernes por la tarde la parroquia del padre Portaceli se preparó para celebrar una misa en memoria de Arturo Enigma. A ella acudieron las mismas personas que habían asistido a su entierro más algunos curiosos y los habituales ancianos que no se perdían ningún oficio del cura. Éste preparó unas lecturas muy especiales para aquella ocasión y en su homilía habló sobre el escritor de una forma muy humana, destacando la importante labor que había realizado en la vida y dándole ánimos tanto a Alicia como a la hermana y a la madre del escritor. Mientras el sacerdote estaba en plena liturgia, de repente se intensificó la luz del sol a través de las vidrieras justo en el instante en que el cura dijo que el alma de Arturo debía estar ya en el seno de Dios. Ese destello cegó por unos segundos a Portaceli, quien tuvo que interrumpir su discurso. Todos los presentes no pudieron dar crédito a aquel fenómeno ni alcanzaron a explicarse cómo se había producido este suceso, pero Esperanza sabía en el fondo de su corazón que aquello había sido otra señal de la salvación del novelista. La criatura que albergaba en sus entrañas había obrado aquel milagro para que todos los pecados de Enigma hallaran su redención.

Al finalizar la misa, los feligreses estaban muy emocionados y tardaron unos minutos en volver a recuperar su ánimo habitual. El sacerdote fue despidiéndose de aquellas personas y Alicia se marchó de allí con la tranquilidad de que el alma de Arturo se había salvado. Al desalojarse por completo la iglesia, el padre Portaceli le pidió a Agudo y a Esperanza que le acompañaran hasta su despacho. Una vez allí, el cura le dijo al investigador privado:

—Y bien, ¿qué vamos a hacer ahora con el «Libro de las almas»? Creo que es algo muy peligroso para que caiga en malas manos y ya hemos comprobado todo el mal que ha ocasionado en estos siglos.

—No lo sé, padre, pero creo que debería usted quedárselo para estudiarlo más a fondo, ¿qué le parece?

Portaceli permaneció un buen rato en silencio impelido por una fuerza mayor. A continuación le propuso lo siguiente al detective:

—Verá, tengo un compañero que es demonólogo. Creo que este códice le podría interesar mucho porque estoy seguro de que sabrá sacarle todo lo que tiene dentro. Después de todo yo no soy más que un cura que quiere vivir en paz y dar sus misas. Se lo podría pasar a él para que nos informe continuamente de sus descubrimientos.

—De acuerdo, Gabriel. Si cree que eso es lo mejor, estoy conforme con lo que dice, pero recuerde que el libro no debe quedárselo ningún extraño — puntualizó Agudo.

—No se preocupe, haré lo imposible para que lo cuide como oro en paño.

Unos minutos después, el sacerdote los acompañó hasta la puerta del templo y de nuevo los felicitó por su próxima paternidad. La pareja le volvió a dar las gracias por todo lo que había hecho por ellos. Luego Portaceli se dirigió de nuevo hacia su despacho para resolver algunos asuntos que tenía pendientes porque no podía descuidar su feligresía. La vida tenía que continuar.

Cincuenta y ocho



Al año siguiente nació la hija de Agudo y Esperanza. La llamaron Sofía y pesó cuatro kilos cuarenta gramos. Para ellos fue el momento más importante en sus vidas y un punto de inflexión para iniciar una nueva etapa. Hacía ya muchos meses también que el detective se había olvidado de Alejandro Soriano, Jorge Sempere, Malatesta y María del Mar Niebla. Ésta última incluso llegó a empeorar en su estado mental y tuvo que ser ingresada de urgencia en un hospital psiquiátrico, dado el cuadro clínico tan alarmante que presentaba. Y es que el «Libro de las almas» había trastocado la personalidad de muchos de los que fueron en su búsqueda. Si no que se lo dijeran al pobre de Arturo Enigma, que sólo al final pudo obtener la salvación tras todos los males que había sufrido y que él mismo generó. Incluso el investigador privado se preguntaba muchas veces si había merecido la pena tanto esfuerzo para resolver ese caso, especialmente teniendo en cuenta que varias personas acabaron muriendo. Entonces entendió que todo ser humano que cae en la soledad y en la desesperación es capaz de hacer lo que haga falta en los momentos más extremos de su existencia. Y encima se le había cruzado por el camino aquel viejo códice medieval que tenía el poder de beneficiar a la persona que lo poseyera, aunque tuviese que pagar por ello un alto demasiado precio.

Una tarde, Agudo y Esperanza se fueron con la niña a dar un paseo. Como hacía muy buen tiempo, decidieron ir al Retiro. Fueron caminando distraídamente hasta que llegaron a la glorieta del Ángel Caído, lugar

en donde se inició la experiencia más tormentosa en la vida de Arturo Enigma. Desde que éste último comenzase a tener éxito con una de sus primeras novelas, no fue capaz de digerir con madurez esos cambios tan vertiginosos en su vida. Luego, todo se le complicó hasta que se vio arrastrado a una situación extrema; un túnel sin salida del que no encontró fácil escapatoria. Posteriormente entró en su vida Edmundo Malatesta y ahí fue cuando se produjeron los episodios más horribles en la existencia del desdichado novelista. En el fondo, sus ansias por recuperar el reconocimiento social no dejaban de responder a ese anhelo de alguien que ha perdido su paraíso y que luchaba por recuperarlo. A fin de cuentas, la vida de Arturo era como una metáfora de ese ángel caído que ahora estaba a escasos metros del detective, de Esperanza y de su hija. La figura de Alicia fue la única que hizo que el escritor recuperase algunos momentos de felicidad perdidos, pero eso no dejó de ser más que una coyuntura pasajera, un mero espejismo, puesto que acabó sucumbiendo a la locura de María del Mar Niebla y ya fue tarde para disfrutar de una segunda oportunidad.

Cuando Agudo y Esperanza estuvieron unos minutos en dicho rincón del parque, la enfermera se estremeció de repente impulsada por un escalofrío. Sin saber por qué razón no se hallaba cómoda en aquel lugar, así que le dijo al investigador privado:

—¿Por qué no nos vamos? Algo que hay aquí me está afectando mucho.

—No seas tan susceptible —protestó Agudo—. ¿No te das cuenta de que la tarde está muy buena y que la niña lo pasa muy bien?

—Todo esto es muy extraño y no sé explicarlo muy bien, Carlos, pero deberíamos irnos cuanto antes. Además, ¿ves lo inquieta que está Sofia? Eso no es normal, te lo digo yo.

Mientras decía esto, los dos comprobaron cómo la pequeña comenzaba a llorar amargamente. Esperanza trató de consolarla pero le fue imposible pues el bebé no paraba de revolverse en su pequeño capazo.

—¿Te das cuenta de lo que te digo? Nos vamos de aquí ahora mismo —contestó Esperanza tirando del carrito con mucha fuerza.

Agudo no tuvo más remedio que obedecerla porque veía que ella tenía razón. Así que, echando una mirada final hacia atrás, comenzó a andar. La enfermera ya le llevaba unos cuantos metros de ventaja.

Un viento violento se levantó de repente y el cielo, que hasta hacía menos de media hora se mostraba muy limpio, se cubrió de unas nubes negras y espesas que preludiaban que iba a caer de inmediato una tormenta. Muchas personas que se hallaban en el parque en esos momentos decidieron irse hacia sus casas porque se dieron cuenta de que en poco tiempo podría llover con estrépito.

En unos minutos, la glorieta del Ángel Caído se quedó vacía, sin ningún alma por los alrededores. Todo estaba en silencio, habiéndose ralentizado la tarde hasta un grado superlativo. Nadie pudo ser testigo de una escena que se produjo a continuación; en lo más profundo de la avenida del Marqués de Cuba, un hombre vestido de negro contemplaba cómo se alejaban el detective, la enfermera y su hija. Aquella persona permaneció inmóvil, con un gesto impasible en su cara y unos ojos ligeramente rojizos entornados hacia ellos. Desde la soledad de ese lugar, a dicho individuo se le grabó una horrible sonrisa en su cara, pues estaba barruntando un plan muy sombrío en lo más profundo de su mente. Cuando hubo comprobado que los tres se habían alejado de allí, se fijó en otra persona que estaba por los alrededores. Era un pobre ser solitario que parecía abandonado a su suerte. Aquel ente maligno dirigió entonces una mirada muy dura hacia ese desgraciado, dispuesto en cualquier momento a abalanzarse sobre él como un felino. Mientras tanto, el viento seguía soplando con fuerza y las nubes pasaban a gran velocidad desgarrando la piel del firmamento.

Una vez salieron del parque, Esperanza se encontró mucho mejor pues la pequeña ya no se quejaba nada y volvía a sonreír dentro de su carrito, pareciendo haberse percatado de que el peligro había pasado. El detective no se podía explicar por qué motivo la niña se había puesto así, pero estaba claro que algo muy extraño le había sucedido.

—Carlos, no quiero que ninguno de nosotros volvamos a sufrir más. Me tienes que prometer que a partir de ahora te vas a cuidar y nos vas a proteger a nosotras también. ¿Lo harás?

—Claro que sí, Esperanza. Tanto Sofia como tú podéis estar seguras de que os voy a proteger y no permitiré que nada ni nadie os haga daño.

A continuación, ella se abrazó al detective al mismo tiempo que el bebé comenzaba a sonreír de forma placentera. Como comenzaron a caer algunas

gotas de agua, se fueron rápidamente a un bar para merendar. Además, era ya hora de que la niña tomara la leche materna. Los tres se alejaron de allí a la vez que una suave lluvia mojaba las calles madrileñas. El futuro estaba aún por llegar y ambos desconocían qué les podría ocurrir en aquel libro abierto. Ni siquiera sabían si la enfermedad de Esperanza volvería a dar la cara en los próximos meses; sólo se tenían el uno al otro y los dos habían engendrado a una hija que era el fruto de la unión tan poderosa que ambos sentían. Ahora más que nunca Esperanza tenía unas ganas enormes de vivir. Se quería aferrar a los dos seres que más amaba de este mundo y que le daban una razón por la que luchar a diario. Por eso ya no le tenía miedo al mañana. Todo lo que tuviera que pasar más adelante vendría, pero ella ya estaba preparada para asumirlo.

Sevilla, junio de 2010 / octubre de 2015